La huella de Julián Marías: un pensador para la libertad

HOMENAJE A JULIÁN MARÍAS

La huella
de Julián Marías:
un pensador
para la libertad

HOMENAJE A JULIÁN MARÍAS

**La huella de Julián Marías:
un pensador para la libertad**

Edita

Comunidad de Madrid
Consejería de Cultura y Deportes
Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas

Presidenta

Excma. Sra. D.^a Esperanza Aguirre Gil de Biedma

Consejero de Cultura y Deportes

Excmo. Sr. D. Santiago Fisas Aixelà

Viceconsejera de Cultura y Deportes

Ilma. Sra. D.^a Isabel Martínez-Cubells Yraola

Director General de Archivos, Museos y Bibliotecas

Ilmo. Sr. D. Álvaro Ballarín Valcárcel

Con la colaboración y coordinación de FUNDES

CONSEJERÍA DE EMPLEO, TURISMO Y CULTURA
Comunidad de Madrid

Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Empleo, Turismo y Cultura de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

www.madrid.org/culpubli
culpubli@madrid.org

Depósito legal: M-7419-2006

Impreso en www.cege.es

Printed in Spain

Índice

Prólogo	11
<i>Esperanza Aguirre Gil de Biedma</i>	
La perspectiva cristiana	13
<i>Nuño Aguirre de Cárcer</i>	
El Duque de Feria en el Museo del Prado	19
<i>Quintín Aldea Vaquero</i>	
Julián Marías, nuestro amigo	25
<i>Gerardo Ancarola</i>	
Historia, leyenda y ficción	29
<i>Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón</i>	
La razón vital de Marías	37
<i>Luis M^a Anson</i>	
La huella de Julián Marías	41
<i>Rafael Ansón</i>	
Nacionalidad - Nación - Estado	47
<i>José Barea</i>	
Julián Marías: un amigo cabal	51
<i>Margarita Benítez</i>	
Recuerdos entrañables de Julián Marías	53
<i>Antonio Bonet Correa</i>	
Julián Marías: la época y el hombre	57
<i>Salustiano del Campo</i>	
Julián Marías y la Universidad	61
<i>Helio Carpintero</i>	
La elección radical	73
<i>Adela Cortina</i>	
¿El quejigo en peligro?	79
<i>Miguel Delibes</i>	
La intensidad como estilo	83
<i>Leticia Escardó</i>	
Julián Marías, un hombre entero	93
<i>Antonio Garrigues Walker y José Lasaga Medina</i>	

<i>Julián Marías, amigo de mirar</i>	101
<i>Enrique González Fernández</i>	
<i>La persona humana era su secreto a voces</i>	109
<i>Antonio Hernández-Sonseca</i>	
<i>Julián Marías: un referente humano</i>	115
<i>Antonio Lamela</i>	
<i>Julián Marías, o la continuación de una filosofía</i>	121
<i>Francisco López Frías</i>	
<i>Julián Marías en escorzo</i>	131
<i>Álvaro Marías</i>	
<i>Un sueño prestado</i>	145
<i>Javier Marías</i>	
<i>Últimas palabras, últimos pensamientos</i>	149
<i>Miguel Marías</i>	
<i>Complacencia en el paisaje</i>	153
<i>Eduardo Martínez de Pisón</i>	
<i>Julián Marías, la mirada</i>	159
<i>Federico Mayor Zaragoza</i>	
<i>Mi encuentro con Julián Marías</i>	163
<i>Aurelio Menéndez</i>	
<i>La viñeta</i>	167
<i>Antonio Mingote</i>	
<i>Memoria de mi poesía</i>	169
<i>Francisco Morales Padrón</i>	
<i>Julián Marías, un español de todas las latitudes</i>	175
<i>Enrique Múgica</i>	
<i>Mi postrer homenaje a D. Julián Marías</i>	181
<i>Agustín Muñoz-Grandes</i>	
<i>Grados de posesión de la vida</i>	185
<i>Francesco de Nigris</i>	
<i>Julián Marías: intelectual y maestro comprometido</i>	191
<i>Manuel Núñez Encabo</i>	
<i>Remembranza de Julián Marías en esta hora de España</i>	195
<i>Manuel Olivencia Ruiz</i>	

<i>Julián Marías, el cine y el teatro</i>	199
<i>Gustavo Pérez Puig</i>	
<i>Volvemos a estar en casa</i>	201
<i>Antonio Piedra</i>	
<i>La última lección de Julián Marías</i>	205
<i>José Luis Pinillos</i>	
<i>Don Julián Marías: pensamiento y persona</i>	211
<i>Harold Raley</i>	
<i>Julián Marías y yo</i>	215
<i>Alfredo Ramón</i>	
<i>Abrir puertas. Recuerdo agradecido a Julián Marías</i>	219
<i>María Riaza</i>	
<i>Recuerdos imborrables</i>	225
<i>Cecilia Rodrigo</i>	
<i>Don Julián o la grandeza de la razón</i>	229
<i>Eugenio Romero Pose</i>	
<i>Guión-homilía de la Misa-Funeral por D. Julián Marías</i>	235
<i>Antonio María Rouco Varela</i>	
<i>Una vida coherente</i>	239
<i>Emilio Ruiz</i>	
<i>España en realidad</i>	245
<i>Gregorio Salvador</i>	
<i>Persona y vida perdurable</i>	251
<i>Ignacio Sánchez Cámara</i>	
<i>Julián Marías y el grupo de economistas de la Escuela de la II República</i>	259
<i>Juan Velarde Fuertes</i>	

Prólogo

*Esperanza Aguirre Gil de Biedma
(Presidenta de la Comunidad de Madrid)*

La figura de Julián Marías constituye, sin duda alguna, un caso sin igual en la historia del pensamiento español. En primer lugar, por la amplitud y la originalidad de su obra. Parafraseando al que consideraba su maestro, D. José Ortega y Gasset, podemos afirmar que la obra de Julián Marías es la obra de un “espectador” constante, agudo, vigilante y profundo del mundo y de la España que le tocó vivir. Y en esa labor de espectador del mundo y la gente, Marías fue capaz de posar su mirada en prácticamente todo. Haciendo buena la clásica definición de humanista, que a él mejor que a nadie se le puede aplicar, a Marías nada de lo humano le resultaba ajeno. Y por eso nos ha dejado, en libros y en artículos periodísticos, un número inmenso de páginas certeras para analizar todo lo que pasaba por delante de su siempre inquieta y penetrante mirada.

A la amplitud de su obra une Marías su insobornable independencia. Una independencia intelectual que hace imposible que se le pueda etiquetar, que se pueda incorporar a la nómina de ninguna capilla intelectual. Y en esa actitud tan profundamen-

te independiente es también Marías un caso ejemplar. A Marías nunca le importó remar en contra de la corriente de las modas o de la corrección política porque su compromiso intelectual sólo le ligaba a la defensa de la verdad y de la libertad.

Ahora, cuando Julián Marías ha muerto, la Comunidad de Madrid quiere que el recuerdo de su obra y el ejemplo de su vida permanezcan entre nosotros. Por eso hemos promovido la publicación de este libro en el que muchos de los que le conocieron, quisieron y admiraron han tratado de plasmar su visión sobre la vida y la obra de este español impar. Estoy convencida de que las colaboraciones contenidas en esta publicación nos ayudarán a todos a conocer mejor el ejemplo humano, cívico e intelectual que, en todo momento, nos ofreció, con una generosidad constante, Julián Marías.

La perspectiva cristiana

Nuño Aguirre de Cárcer

(Embajador de España. Vicepresidente de INCIPE)

Al tratar de escoger un tema sobre el que apoyar estas palabras de contribución a un libro en homenaje al maestro, al amigo, recién desaparecido, me ha costado mucho decidirme, tal es el bosque de libros, el océano de artículos, salidos de su pluma entre los que fijar mi atención. En otra ocasión similar (*Un siglo de España*) expliqué que podía considerarme entre los que Julián Marías llamaba “mis nuevos amigos”, porque aunque mi aprecio por su obra había empezado mucho antes, con la lectura de su *Historia de la Filosofía* y *San Anselmo y el insensato*, por ejemplo, mi prolongada ausencia de España en puestos diplomáticos no hacía fáciles unos encuentros que sólo se producían en torno a una conferencia en Madrid o en alguno de los cursos del Instituto de Humanidades.

Mi primer encuentro personal, en Bruselas, coincidió con la pérdida de su mujer: la profunda tristeza y pesadumbre que le embargaba creó en mí un afecto especial que nunca me ha faltado en mis relaciones con él, por encima del respeto y de mi admiración por su obra.

Poco más tarde, en Washington, en el otoño de 1982, adelantándonos a la celebración en España del aniversario de Ortega y Gasset,

organizamos bajo la presidencia de Soledad Ortega y con la colaboración del Librarian of Congress, un importante simposio en la Biblioteca del Congreso, en el que llevaron la voz cantante, entre otros oradores, Julián Marías y José Ferrater Mora. Esa ocasión lógicamente nos permitió un mayor conocimiento mutuo. Estaba también presente, aunque no se consideraba filósofo sino un discípulo a distancia de Ortega, el famoso Rector, luego Presidente, de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, Jaime Benítez, al que Marías dedicó un muy elogioso y merecido artículo en junio de 2001 con motivo de su fallecimiento.

Fue un año después, en Roma, siendo Marías miembro del Pontificio Consejo de la Cultura, cuando en los primeros meses de 1984 y 1985 mi mujer y yo pudimos ofrecerle la hospitalidad debida en el Palazzo di Spagna, adonde acudían a visitarle muchos académicos colegas, discípulos y amigos españoles, italianos e hispanoamericanos, periodistas e incluso algunos doctorandos que se especializaban en su obra, dirigidos por el profesor Pietro Prini.

Aprovechando su presencia en Roma le invité a dar una conferencia en el salón Alfieri de la embajada, indicándole el gran interés que habría en los medios españoles y vaticanos por que abordase una difícil cuestión, “El sentido religioso en la obra de Ortega y Gasset”. Aceptó gustoso este reto. La conferencia, el 19 de enero de 1984, fue brillante y documentada a la vez, correspondiendo a la expectación despertada entre un plantel de cardenales, altas jerarquías vaticanas, rectores y profesores universitarios y público español e italiano que aún hoy día me recuerdan ese espléndido acto cultural. Al año siguiente, el 15 de febrero, gran parte de este público volvió a reunirse, esta vez en el Centro de Estudios Eclesiásticos de Santiago y Montserrat, para escuchar a Marías sobre un tema muy suyo, “Visión cristiana de la realidad”.

De vuelta a Madrid jubilado en 1988, colaboré estrechamente con Julián Marías y, a su invitación, escribí en *Cuenta y Razón* “Cristianismo e Islam: enfrentamiento o diálogo”; hablé en el Casino de Madrid en un ciclo sobre Cristianismo e Islamismo ante un nuevo siglo; y en un libro de homenaje a Julián Marías, *Un siglo de España*, se

publicó un breve ensayo mío, “Conocimiento del ‘otro’ y espíritu de conciliación”.

* * *

Estos recuerdos de tema religioso que me vienen a la memoria, me han hecho elegir para este comentario un libro de Julián Marías, “de serena brevedad”, en el que habla, desde realidades cristianas, de forma clara, densa y profunda. Me refiero a *La perspectiva cristiana*, presentado en marzo de 1999 en un acto de FUNDES.

Nos dice Marías que las reflexiones que, con enjundia y concisión, se expresan en el libro arrancaron de una primera visita a Jerusalén y Tierra Santa, en 1933, continuaron germinando a lo largo de sesenta años y pasaron a la redacción final con motivo de un curso que dio en el Colegio Libre de Eméritos, donde descubrió su complejidad y riqueza e inevitablemente su dificultad. Como resulta imposible materialmente resumir su densísimo contenido, insertaré cuando proceda —poniéndolas en letra cursiva— frases originales de la obra.

El Cristianismo es primariamente una religión... pero lleva consigo una visión de la realidad enteramente original. El hombre cristiano, por serlo, atiende a ciertos aspectos de lo real, establece entre ellos una jerarquía, descubre problemas y acaso evidencias. Esto es lo que llama el autor la perspectiva cristiana.

A lo largo de dos milenios, grandes porciones de la humanidad han ido recibiendo, en mayor o menor grado, esta influencia del Cristianismo, con independencia de sus creencias personales en sentido estricto, es decir, que afecta tanto a los que son cristianos en rigor, como a los que no lo son o han dejado de serlo, existiendo en cambio una gran diferencia con respecto a quienes son anteriores al Cristianismo o no recibieron nunca su influjo.

En quince capítulos se van desarrollando, recogiendo todo lo esencial: la *historicidad* del Cristianismo, el *monoteísmo* cristiano, la *Paternidad* divina de toda la humanidad de donde nace la fraternidad entre todos los hombres, la *Encarnación* como hecho histórico, la *inmortalidad*: *la esperanza en que la muerte no sea el final de*

la realidad humana. “*Non omnis moriar*”, *No moriré del todo, no moriré todo yo.*

La resurrección de la carne, racionalmente inaccesible, objeto de revelación, núcleo esencial del Cristianismo, es resurrección de la carne, no simplemente de los muertos, sino de entre los muertos, es decir después de la muerte, sin escamotearla. El amor permanente de Dios al hombre es prenda de su inmortalidad, que no puede ser “privilegiada” sino “universal”.

Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece y Dios en él, nos dice San Juan, amémonos los unos a los otros porque el amor procede de Dios. Es la palabra clave del Cristianismo, que se repite incesantemente en el Nuevo Testamento.

No deja el autor de tocar la cuestión vidriosa de las infidelidades cristianas al Cristianismo. No habla de las infidelidades individuales, incontables y difíciles de determinar, sino de las colectivas, que afectan a amplias zonas de la Cristiandad o a épocas que pueden ser duraderas. Algunas empezaron entre judíos de Jerusalén, otras en relación con conceptos filosóficos helénicos.

Pero Marías no escurre el bulto, quiero decir que aborda los problemas que se prestan a controversia a lo largo del acontecer histórico. Así nos recuerda que tras el edicto de Milán del emperador Constantino, la Iglesia se aprovechó de ciertas estructuras estatales para ayudar a la difusión del Cristianismo, con el riesgo de que los poderes políticos trataran de inmiscuirse en sus asuntos. Más adelante, el Cisma de Oriente separa a la Iglesia griega y la latina con consecuencias que aún perduran, fruto de una rivalidad entre Roma y Constantinopla más allá de discusiones dogmáticas que merecen acertadamente el calificativo de bizantinas. Entretanto, esta ampliación geográfica del espacio donde viven mayorías cristianas, pueblos en los que tiene vigencia el Cristianismo, crea como efecto reflejo la existencia de otros pueblos no cristianos, calificados de infieles, algunos de los cuales pretenderán imponer su religión y someter a su poder a miembros de lo que se llamaba la Cristiandad.

Ese fue el caso de la invasión árabe de África del Norte, desde Egipto hasta el Magreb, zonas que contaban con una presencia cristiana, a su vez heredada de la del Imperio romano desde Cirene y Tripolitania (Leptis Magna y Sabbrata) a Túnez, Argelia (recordemos a San Agustín, obispo de Hipona) y Marruecos. Tras su sometimiento a las fuerzas árabes, las poblaciones autóctonas fueron islamizadas.

España, católica desde Recaredo y desaparecido el arrianismo, debilitado en extremo el trono visigodo, sucumbió en gran parte de su territorio a las escasas fuerzas árabes invasoras: replegadas en el norte de la Península las poblaciones que mantuvieron su carácter nacional hispano y su religión católica esperaban emprender una histórica y evidentemente lícita empresa de reconquista. La derrota definitiva de los árabes en España, a fines del siglo xv, es algo que reaparece en los manuales de historia de las escuelas musulmanas en toda la Umma, creándoles desde niños una fijación, la de la vuelta a una Edad de Oro como aquella, la de nuevas victorias como las de Saladino contra los cruzados. Hace cincuenta años, tras una conferencia mía en la universidad de Peshawar, en la frontera con Afganistán, se levantó al final un estudiante para preguntarme, entre risas y aplausos de sus compañeros, ¿cuándo les íbamos a devolver Córdoba! Digo esto para quienes se extrañaban que los radicales fundamentalistas islámicos hubiesen escogido España, alegre y confiada, como uno de sus primeros objetivos terroristas.

Tampoco soslaya Marías el tema de las Inquisiciones, en España y otros países europeos. Está claro que el mandato apostólico *docete omnes gentes* se refiere al deber de enseñar, exponer, presentar, explicar el acervo de la religión cristiana, no de imponerla. Todas las Inquisiciones —nos dice— partieron de un profundo error religioso. Si la fe es una gracia, no puede ser exigida; su ausencia o desviación puede ser un pecado, que Dios juzgará, pero no un delito. La libertad personal es la condición intrínseca de la vida religiosa. El no tenerlo en cuenta provocó que se estableciera en los siglos xvi y xvii, y sobre todo después de la guerra de los Treinta Años, como principio político, *cujus regio ejus et religio*, creyendo que con ello se terminarían los conflictos entre los príncipes cristianos.

Podríamos seguir comentando otros capítulos del libro (“La hostilidad contra el Cristianismo”, “La persona como raíz de la visión cristiana”, etc.), pero espero que lo recogido en los anteriores párrafos sirva para estimular el interés de los que no lo hayan conocido o no hayan entrado en estos aspectos espirituales y religiosos de la cosmovisión impresionante del maestro Julián Marías.

El Duque de Feria en el Museo del Prado

Quintín Aldea Vaquero
(*De la Real Academia de la Historia*)

Tratando de escoger un tema en honor de nuestro admirado Julián Marías —que tanto amor sentía por la historia de España y de su arte—, hemos pensado que sería de su agrado el precisar algunos detalles sobre el trasfondo histórico en que se enmarca la figura del Duque de Feria, don Gómez Suárez de Figueroa, protagonista de tres de los doce grandes cuadros que ornamentaban el magnífico Salón de Reinos, hoy en el Museo del Prado, a la espera del traslado a su lugar de origen: el Museo del Ejército.

La memoria histórica no ha sido generosa ni con los autores de los cuadros ni con el Duque de Feria. No lo ha sido con los cuadros, porque fueron excluidos de su ambiente original y reducidos a un lugar secundario en el Museo del Prado. Ni con el Duque de Feria, porque no se le ha prestado la atención que merecía. Ni de él ni de la mayoría de los personajes que salen en mi obra *España y Europa en el siglo xvii*, dedicada precisamente al Duque de Feria, no existe biografía que merezca la pena e incluso algunos datos que corren por ahí son confusos o falsos.

¿Quién era don Gómez Suárez de Figueroa, III Duque de Feria? Remitiéndome a la mencionada obra para una mejor información, puedo decir que don Gómez nació en Guadalajara el 30 de diciembre de 1587 en el palacio gótico-renacentista del Infantado y murió en Baviera el 11 de enero de 1634. Oriundo de la familia de los duques del Infantado y emparentado con los almirantes de Castilla, se acreditó como gobernante y como hombre político en el gobierno de Milán, cuyo cargo de gobernador desempeñó dos veces. La primera, desde el 13 de febrero de 1618 hasta el 31 de marzo de 1626. Y la segunda, desde el 20 de marzo de 1631 hasta el 24 de mayo de 1633, en que cedió el puesto al Cardenal Infante para marchar a Alemania a abrirle militarmente el camino de Flandes.

Durante su primer mandato se celebraron una serie de tratados y acuerdos sobre el estratégico camino de la Valtelina que terminaron en el tratado de Monzón, el 5 de marzo de 1626.

El segundo mandato terminó con la brillante expedición militar del duque en Alemania, apoyado por las tropas imperiales, mandadas por el general Aldringer. Gracias a esta rápida operación, la ciudad de Constanza fue liberada del asedio sueco, el 2 de octubre de 1633, a las cuatro de la tarde. Y, gracias también a su enérgica decisión, Constanza quedó en el Imperio y no en Suiza como se pretendía, cosa que no se le ha agradecido por parte de los beneficiarios.

A continuación fueron recuperadas las llamadas “cuatro ciudades del bosque” (Waldshut, Laufenburg, Säckingen y Rheinfelden), todas en la orilla del alto Rin. La última de las citadas cuatro ciudades, Rheinfelden, fue tomada al asalto el 17 de octubre y su guarnición pasada a cuchillo por no haberse rendido a tiempo y por ser su jefe militar perjuro al emperador. Dos días después y ante el avance de las tropas españolas, el enemigo levantaba el sitio de la ciudad de Breisach (Alsacia), el 19 de octubre, y el 21, el Duque de Feria hacía su entrada triunfal en dicha ciudad.

Estos tres triunfos militares de Feria sirvieron de tema para la glorificación de Felipe IV en el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro de Madrid.

De los doce cuadros que figuraban en dicho Salón —uno de ellos, el célebre cuadro de *Las Lanzas*, de Velázquez—, tres representan las victorias del Duque de Feria: 1) *El Socorro de Constanza*, del 2 de octubre de 1633, pintado por Vicente Carducho en 1634. 2) *La toma de Rheinfelden*, del 17 de octubre, pintado por el mismo autor en 1634. 3) Y *El Socorro de Breisach* o entrada triunfal del Duque de Feria del 21 de octubre, pintado por Jusepe Leonardo en 1635.

Estos tres cuadros, que hasta hace años figuraban lamentablemente en la antesala del Museo del Prado y no en su interior, merecen ocupar un lugar más digno en nuestra riquísima pinacoteca.

Además de esta exaltación pictórica de las victorias de Feria en el Museo del Prado, existen también otros recuerdos numismáticos y arquitectónicos que merecen el honor de ser recordados en esta ocasión, ya que nadie les ha dedicado ni la menor mención a su memoria.

De la liberación de Constanza quedan tres recuerdos además del cuadro de Carducho: 1) Una moneda de plata en honor de Feria. 2) Una capilla barroca. 3) Una medalla conmemorativa de esta capilla.

Moneda de plata

En agradecimiento al Duque de Feria, la ciudad de Constanza mandó acuñar una moneda de plata del peso de un real de a ocho con el emblema de un sol, en medio de él una efigie y debajo una zorra que va huyendo. La leyenda decía: “*Oriente sole, fugit*”. Y en la otra parte las armas del Duque de Feria y las de Constanza y Alsacia. Esta noticia la comunicaba el jesuita Sebastián González a su colega Rafael Pereira. Pero no hemos encontrado ningún ejemplar de esta moneda.

Capilla a la Virgen de Loreto

También quisieron los habitantes de Constanza construir una capilla a la Virgen de Loreto —devoción muy difundida entonces en Europa— como ex-voto por su liberación. Y así, en efecto, el príncipe obispo de Constanza, Juan Truchsess von Waldburg-Wolfegg, puso

la primera piedra en febrero de 1637 en unos terrenos de la montaña de la ciudad que le fueron cedidos por el Gran Maestre de la Orden Teutónica, Gaspar von Stadion, y consagró la capilla solemnemente el día 1 de julio de 1638. En el altar se pusieron las reliquias del mártir español San Lorenzo, de San Carlos Borromeo, de San Ignacio de Loyola y de Santa Isabel de Hungría.

No hay en la inscripción ninguna alusión ni a España ni al Duque de Feria. Pero es muy significativo que las reliquias que se colocaron en el altar fueron las de San Lorenzo, San Carlos Borromeo (arzobispo de Milán) y la de San Ignacio de Loyola, además de las de Santa Isabel de Hungría, de donde era Reina la hermana de Felipe IV.

Hoy, sin duda, el turista vulgar que visita dicha capilla barroca ignora todas estas circunstancias y su significado. Por eso quiero dejar constancia aquí de la razón de ser de dicho monumento conmemorativo, que yo visité con emoción la mañana del 26 de julio de 1990.

Medalla conmemorativa

También se acuñó en 1637 una medalla cuadrada conmemorativa de la construcción de la capilla, uno de cuyos ejemplares se conserva en el Museo de Monedas y Medallas de Constanza, de donde amablemente me sacaron una fotocopia. Es de plata y tiene 31 x 32 mm de lado.

En el anverso de la medalla figura esta leyenda orlando la efigie de la Virgen, que se eleva sobre el escudo de la ciudad: “CONSTANTIA. A. SUECIS. OBSESSA. A VIRGINE. VICTRICE LIBERATA. MDCXXXIII”.

Y en el reverso pone, siguiendo, la leyenda: “HOC VICTORIAE. MONUMENTUM. EX VOTO POSUIT. ANNO MDCXXXVII”. Y aparece la figura de la capilla sobre el escudo de la ciudad. (“La ciudad de Constanza, asediada por los suecos y liberada victoriosamente por la Virgen en 1633, erigió este monumento en reconocimiento por la victoria. Año 1637”).

Tuvo la desgracia el Duque de Feria de que el único hijo que le quedaba murió el 22 de noviembre de 1634 a los cinco años de edad, diez meses después de su padre.

Y tal vez a esto se debiera el relativo olvido de su persona en el futuro, al carecer de sucesores.

El embajador veneciano Alvise Mocénigo nos describe así su imagen: “El Duque de Feria no tiene la experiencia necesaria de un capitán, pero ha superado muchos defectos naturales de los españoles: se comunica con los soldados con cortés afabilidad y manda sin odioso empaque; aunque es corpulento de cuerpo, es bastante ágil y sufrido en la fatigas; de robusta complexión; amigo de leer historias y ver papeles; tiene buena memoria; no es dispuesto para hablar por el impedimento natural de la lengua, pero lo sabe corregir con arte y no resulta molesta su conversación”.

La muerte del duque impresionó profundamente a la Corte de Madrid y dejó un vacío que por entonces nadie podía llenar. Aquel hombre corpulento, cortés con todos, lector y escritor empedernido, y algo tartamudo, era, a juicio de Mocénigo, “el hombre con mayor conocimiento de los asuntos de Estado que tenía España”.

Saavedra Fajardo, diplomático en la corte de Baviera, había colaborado estrechamente con Feria en toda la campaña del Sur de Alemania y había sentido reverdecer, con los triunfos del duque, los laureles que en anteriores gestas habían ganado los tercios españoles. Pero ahora veía el horizonte cubierto de nubarrones.

En carta escrita el 18 de enero de 1634 a Martín de Axpe, secretario de Estado del Cardenal Infante, expresaba de nuevo su amargo sentimiento: “Cada día siento más la muerte del Duque de Feria, porque cada día conozco que es mayor la pérdida para el servicio de S. M., y más hallándose las cosas de Alemania en el estado que V. M. sabe y lo que importaba su vida para otros empleos”.

El mismo Saavedra, seis años más tarde, seguía abrumado todavía por el peso de un fatal destino que, a causa de la desaparición de tantos hombres valiosos, y entre ellos Feria, veía abatirse sobre la Monarquía hispánica.

Y con ojos entristecidos se decía a solas pausadamente, mirando al infinito por la ventana de su residencia de Múnich, estas sentidas palabras: “En pocos años, hemos visto rendidas a sus filos [de la

muerte], las vidas de don Pedro de Toledo, de don Luis Fajardo, del Marqués Spinola, de don Gonzalo de Córdoba, del Duque de Feria, del Marqués de Aytona, del Duque de Lerma, de don Juan Fajardo, de don Fadrique de Toledo, del Marqués de Celada, del Conde de la Fera y del Marqués de Fuentes.

Tan heroicos varones que no menos son gloriosos por lo que obraron que por lo que esperaba de ellos el mundo. ¡Oh profunda Providencia de aquel eterno Ser! ¿Quién no inferirá desto la declinación de la Monarquía de España?”.

Esperemos que los cuadros de Feria del Museo del Prado, devueltos a su lugar de origen, mantengan viva la memoria y la imagen de aquel egregio varón que murió en campaña, a los 47 años de edad, cerca de Múnich, en el frío invierno de 1634.

Julián Marías, nuestro amigo

Gerardo Ancarola

*(Secretario General de la Institución José Ortega y Gasset.
Miembro de número de la Academia Nacional Argentina de
Ciencias Morales y Políticas)*

Julián Marías fue una de las figuras intelectuales más completas no sólo de España, sino inclusive de Europa.

A lo largo de su fecunda vida, publicó más de sesenta libros —todos serenos y bien escritos— sobre los más diversos temas, que abarcan de la filosofía a la historia, de la literatura al cine, de la reflexión sociológica al análisis político, en defensa siempre de la democracia y la libertad. Y cuando se le cerró por la dictadura franquista la posibilidad de acceder en su patria a las cátedras universitarias, fue entonces un profesor extraordinario —en el más amplio sentido de la palabra— en universidades extranjeras. Además, como su maestro José Ortega y Gasset, creyó también que la prensa podía constituirse en la “gran plazuela” donde dictar su magisterio, por lo que durante décadas ha escrito cientos y cientos de agudos artículos en diarios y revistas de su país y del mundo.

Al haber mencionado a Ortega —el mayor filósofo español desde Francisco Suárez y uno de los más importantes de todos los tiempos—

menciono un aspecto sustancial de la trayectoria vital e intelectual de Marías, ya que él es su discípulo más consecuente, de quien fue su entrañable amigo y del que publicó análisis de sus ideas y semblanzas personales inolvidables. Pero no es el simple eco de Ortega. Fue un fruto maduro que en el campo de la filosofía —su siempre confesada principal inquietud intelectual— ha hecho aportes fundamentales. Hay ya obras, como su *Historia de la Filosofía* que es todo un clásico en nuestra lengua. En otras, como en la *Antropología metafísica*, para muchos su más logrado libro en este campo, expone aspectos nunca antes explorados en la filosofía, entre la vida humana en su generalidad y cada una de las vidas singulares, todo en el marco de sus convicciones católicas.

Porque para Julián Marías, y no se fatigaba en repetirlo, la filosofía no es sólo el más alto grado de conocimiento humano, es sobre todo una “visión responsable” del hombre concreto —es decir, el de carne y hueso—, del mundo y de la vida. En el libro que acabamos de mencionar, como en la *Introducción a la Filosofía*, en *La estructura social*, en *Breve tratado de la ilusión*, en *La felicidad humana* o inclusive en *Razón de la Filosofía* —el último de sus ensayos que he leído—, hay en todos una rigurosa y precisa investigación sistemática de la realidad en su perspectiva filosófica, auténticamente filosófica, muchas veces abandonada por los que usurpan abusivamente el nombre de Filosofía.

Marías y la Argentina

Pero a todo lo anterior, hay además algo que los argentinos debemos sumar y recalcar cuando nos referimos a Julián Marías. Y es que quizá, y sin quizá, fue uno de los mejores amigos que tuvo el país en el mundo. En tiempos muy difíciles siempre lo vimos a nuestro lado. Recordemos por ejemplo, su clara y hasta dolorida actitud durante el conflicto de 1982 en el Atlántico Sur, cuando se constituyó espontáneamente en uno de los pocos abogados que Argentina tuvo en Europa. Raro privilegio pues el nuestro el haber contado, prácticamente a lo largo del siglo XX, con la amistad de los dos más grandes filósofos españoles de la centuria. Ortega primero y, sin solución de continuidad, Marías después.

La amistad con Ortega fue más compleja, a veces hasta tensa, como cuando en prueba de su cariño nos señaló con cruda franqueza nuestros defectos. La relación con Marías fue distinta. Quizá por su carácter, por su natural bonomía o por la frecuencia de los contactos, fue sin duda menos complicada. Nos visitó más de veinte veces, desde que vino por primera vez en 1952, y se encontró entonces con un clima, entre la opresión y la farsa, que relata con vivos trazos en sus memorias, para volver una y otra vez, reuniendo como nadie multitudes en sus conferencias, tanto en la ciudad de Buenos Aires, como en el interior del país.

Además, en amistosa y hasta entrañable sinceridad no ha aconsejado o criticado, en este turbulento medio siglo de la vida argentina. Y a pesar de todos los problemas que atravesamos, y seguimos atravesando, conservó hasta el final un optimismo sobre nuestro destino que nos estimula en los momentos de pesimismo.

Personalmente, fui un asiduo lector de sus libros —el primero de filosofía que siendo adolescente leí fue su *Biografía de la Filosofía*— y entusiasta concurrente a sus charlas y conferencias. Pero en los años setenta, Jaime Perriau —a quien Marías consideraba como “un hermano”— me lo presentó y desde entonces lo frecuenté en sus visitas a Buenos Aires o en su departamento en Madrid, atestado de libros. Además, lo presenté en varias oportunidades en sus conferencias en esta capital o en el interior. Lo hice, por ejemplo, cuando, el 22 de noviembre de 1989, dio a conocer entre nosotros los tres tomos de sus memorias, con el expresivo título de *Una vida presente*, en un tradicional hotel y ante más de mil personas; muchas de ellas ubicadas en salones contiguos al principal lo seguían a través de pantallas de televisión. Pero en cuanto a cantidad de público, creo que será muy difícil de superar una mesa redonda, donde sobre el tema “Meditación del pueblo joven” de Ortega, intervino con un pequeño grupo de argentinos, en el teatro Avenida el 24 de agosto de 1994, frente a una sala colmada —1.050 butacas—, con gente de pie en los pasillos y centenares más que no pudieron ingresar y pugnaban por hacerlo, en la Avenida de Mayo.

En los últimos años, cuando pasaba por Madrid, lo visitaba. Lo hice hace poco —el 24 de octubre de 2005— luego de asistir, en la semana anterior a los actos en que España se recordaba el cincuentenario de la muerte de Ortega. Lo encontré físicamente disminuido, pero intelectualmente lúcido. “Estoy —me dijo— bien de las cejas para arriba...”, con esa sonrisa suave con la que a veces remataba sus ironías. Hablamos mucho de Ortega y de sus homenajes que se le tributaron; de la Argentina y de sus problemas; y de sus amigos argentinos, a los que recordaba con cariño. Cuando me retiraba —creo que los dos intuíamos que esta sería la entrevista final—, me dijo: “No olvide visitarme cuando vuelva a Madrid, claro, siempre que yo no esté ya conversando con Ortega...”. Como ambos, a su manera, creían en la inmortalidad del espíritu, estoy seguro que han reanudado ese diálogo —sólo interrumpido cincuenta años—, y que ahora será eterno.

Historia, leyenda y ficción

Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón
(*Director de la Real Academia de la Historia*)

El conocimiento popular que se tiene de la historia de España, tanto en nuestro país como fuera de él, o es casi nulo o, en un altísimo porcentaje de la población, está distorsionado, a veces hasta extremos inimaginables. Quienes no se interesan en comprobar lo que se enseña, difícilmente admitirán los resultados de las indagaciones que se han hecho en estos últimos años, y que muestran tanto la ignorancia como la tergiversación, según los ámbitos espaciales que se consideren¹. En cursos universitarios de licenciatura, y en facultades que no sean las de Geografía e Historia, sorprende la ignorancia, en los alumnos, de lo más sobresaliente del pasado, o su tergiversación siempre con una finalidad política, de la que no suelen ser conscientes quienes están convencidos de que lo que creen saber es exacto y objetivo. Si de los estudiantes se pasa a cualquier otro sector de la población, incluido el formado por los políticos, las conclusiones a que se llega son más o menos las mismas. A los historiadores profesionales nos interesa comprobar que esto es así, para poner de

¹ Real Academia de la Historia: *Informe sobre los textos de Historia en los centros de Enseñanza Media*, (Madrid, 2000) 34 pp.

nuestra parte cuanto podamos con el fin de atenuar la ignorancia y de evitar la tergiversación del pasado.

Si se examinaran las versiones vigentes sobre España en países extranjeros, entre los que sólo me interesa referirme a los más próximos en tradiciones civilizadoras, el panorama no es más alentador. Si se hiciera una encuesta entre universitarios de los Estados Unidos para comprobar lo que saben sobre España y su historia, seguro que habría de resultar la comprobación de que un alto porcentaje de los encuestados —quizá superior al ochenta por ciento— no sabría si se trata de un país europeo o de la América del Sur. Sólo un porcentaje muy pequeño de universitarios —quizá no superior al diez por ciento— mostraría saber que España es un país europeo, del que piensa que tiene una historia tenebrosa, en el que hubo una inquisición que ahogó toda posibilidad de avance cultural. Respecto a la acción de los españoles en América, habría de comprobarse ser general el convencimiento de que allí se cometieron crueldades sin cuento con los indígenas, hasta exterminarlos. Coincidirían los encuestados que tuviesen alguna noticia sobre España en calificar muy negativamente todo lo acontecido en el siglo xx, por causa de la guerra civil de 1936-1939, aunque no pudieran precisar las fechas de la contienda. Renacimiento, barroco, ilustración, romanticismo serían para ellos hechos culturales que se dieron en otros países de Europa. Jamás en España.

En la actualidad más reciente, los discursos y actitudes de los presidentes Chávez, de Venezuela, y Evo Morales, de Bolivia, respecto a lo que significó la acción española en América no suelen sorprender por sus inexactitudes y tergiversaciones, ni en sus países, ni siquiera en el nuestro. Al fin, sólo son continuadores exaltados de una tradición española que arraiga en los escritos de Fray Bartolomé de las Casas, recibidos como dogmas en su tiempo, magnificados por los enemigos en el extranjero, y recibidos de nuevo aquí con aceptación plena. El origen de la “Leyenda negra” española está en la misma España. Que la aceptan los extranjeros recelosos de la hegemonía española durante los siglos xvi y xvii, en guerra declarada en las provincias unidas de los Países Bajos, al revelarse Guillermo de

Orange y sus seguidores contra su soberano y señor natural Felipe II, no es de extrañar que formaran parte de la propaganda política de los insurrectos. Lo que resulta sorprendente es la continuidad de la leyenda y su vigencia en nuestros días, ya no sólo entre políticos como los citados, sino en ciudadanos que prefieren siempre las falsedades antes que admitir las versiones que resultan de la indagación objetiva. Se reciben y se difunden sin el menor reparo las versiones tergiversadoras de realidades sociopolíticas y de acciones cuya irracionalidad es fácilmente comprobable. La complacencia en dirigir la mirada hacia lo negativo, en extasiarse ante crueldades (que se dieron en España como en cualquier otro país de Europa, aunque fuese con menores frecuencia e intensidad), parece como si colmara los afanes indagadores de los que se interesan por el pasado, o que inspirasen a quienes, como artistas, quieren reflejar en sus obras las realidades de su tiempo o las de los pretéritos. Lo señaló Marañón, en su día, al expresar que muchos artistas españoles propendieron siempre a una inclinación morbosa en pintar —también en describir con su pluma— la parte más terrible de las realidades históricas o actuales. Goya y Solana —en pintura— son muestra de esa complacencia en lo tenebroso. Valle-Inclán —y a veces también Baroja— describieron en sus novelas los aspectos más negativos de la política, y los de la pobreza de los marginados. En otros países de Europa también se dio esa tendencia a tratar de la miseria —y ahí están novelas de Dickens y de Víctor Hugo para mostrarlo—, pero no se tomaron como documentales de la realidad, sino como lo que eran: obras de ficción, en las que los creadores seleccionan aspectos de la realidad para llamar la atención de los lectores y para simplificar y hacer más comprensible su relato. El prestigio de los novelistas es tal, en España, que los resultados de sus obras de ficción, en lo que a la historia se refiere, se difunden más y son más creídos que el contenido de las obras de investigación fundadas en las fuentes más fidedignas del pasado. Así, y como ejemplo, la obra de Valle-Inclán *Farsa y licencia de la reina castiza* ha sido y es inspiradora de la versión más generalizada del reinado de Isabel II. Ya pueden publicarse obras de investigación sobre la época, o cifras e informes de los innumerables hechos positivos del reinado, que seguirá manteniéndose

firme e invariable lo que resulta de novelas y escritos fundados en rumores de aquel tiempo, en versiones de periodistas y en fantasías de divulgadores.

Los planteamientos de Julián Marías

He leído siempre con el mayor interés cuanto Julián Marías ha escrito sobre historia. Sin ser historiador, y tal vez por no serlo, Marías, cuando trató del pasado en sus conferencias y en sus escritos, consiguió siempre dar ideas claras y explicaciones sencillas de acontecimientos complejos. No incurrió nunca en la insistencia erudita en la que podemos caer los historiadores, ni en excesos de información que tantas veces, por no saber seleccionar, impiden entender y explicar lo que se estudia. Julián Marías supo siempre distinguir, en el conjunto de la información disponible, cuál era la que de verdad sirve para, por medio de la lógica, entender lo que no está claro y rebatir tesis erróneas. Fue lector atento de libros de historia. Nunca le sedujo la erudición, cuando consiste en aducir hechos insignificantes, aunque debidamente comprobados, como si fueran muestra significativa, autorizada con la cita prolija esclarecedora de cosas intrascendentes.

Con el hecho aislado, al presentarlo como si explicara la realidad que se investiga, se ha querido a veces informar sobre una sociedad determinada en un momento dado, o sobre toda una época. Situaciones o hechos reales, pero sin las convenientes comparaciones, pueden conducir a presentar la historia de un país determinado como excepción en el conjunto del que forma parte. Así ha ocurrido con la historia de España, tan frecuentemente vista como diferente de la de los demás países de Europa, no por peculiaridades que la distinguieran para bien —y que existen—, sino por lacras que se consideran exclusivas, cuando se sufrieron, incluso con mayor intensidad, en otros países de Europa: expulsión de los judíos, intolerancia y persecuciones religiosas, coacciones a la libertad de expresión.

Desde la pérdida de la América continental, consecuencia de la guerra y del proceso revolucionario desencadenado en España con motivo de la invasión napoleónica, comenzó a surgir y a formarse una corriente de pensamiento pesimista sobre las realidades del pre-

sente. Fue usual hacer responsable a la historia de los males sentidos y sufridos por las distintas generaciones que se sucedieron en España desde comienzos del siglo XIX. Esta actitud respecto al pasado también se dio en el siglo XVIII, aunque no con la intensidad y con el carácter general que tuvo desde entonces hasta hoy. Los hombres de letras de siglo XVIII, para exaltar los éxitos borbónicos, trataron de denigrar la acción de los reyes Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Para algunos de esos escritores políticos, en la España del siglo XVII se habrían cometido los mayores errores, responsables de una supuesta decadencia económica, del malestar social y de la pérdida de la hegemonía política.

Sin vincular las versiones negativas sobre el pasado español a la complejísima formación y desarrollo de la llamada leyenda negra, es de notar el gran éxito que tienen los análisis que, desde comienzos del siglo XIX, han venido haciéndose de la historia de España. Julián Marías, en su nunca bastante leído libro *España inteligible*, presentó los cinco grandes tópicos que circulan sobre el pasado español: el Islam —los moros en la designación popular todavía vigente—, la Inquisición, la destrucción de las Indias, la decadencia y el mosaico fragmentador.

En cuanto a las influencias del Islam, ha sido constante ver en ellas las causas del acontecer más positivo y esplendoroso de la historia de España, como prolongación de las creaciones culturales, artísticas y científicas del califato de Córdoba; el desarrollo urbano, agrícola y manufacturero de Al-Andalus y las creaciones arquitectónicas y la transmisión de técnicas y conocimientos de la antigüedad grecorromana y del lejano oriente a la Europa cristiana (casi nunca se ha reparado en cómo vivían los mozárabes en Al-Andalus, reflejado en el *Documentarum Martyriale* escrito por San Eulogio, ni las causas de su éxodo a tierras cristianas), ni lo que significaron de retroceso y de barbarie las invasiones sucesivas de bereberes. La persistencia de tradiciones y costumbres musulmanas en España —luces y sombras—, ha habido la tendencia a considerarlas como elemento diferenciador de la historia de la península ibérica respecto a la del resto de Europa. Tener presentes las influencias musulmanas en la historia

de España es cosa distinta a considerar que explican las supuestas diferencias con el resto de la Europa Occidental.

En cuanto a la Inquisición, es común y constante atribuirle el origen de todos los males sufridos desde comienzos del siglo xvi hasta hoy. No se suele admitir que las persecuciones por motivos religiosos fueron, en otros países de Europa, más tempranas, intensas y sangrientas que en España. Las víctimas fueron muy inferiores en número en España a las que hubo en Francia, en Inglaterra o en Alemania. Quienes afirmaron y afirman hoy que la Inquisición “frenó todo avance cultural”, especialmente en el siglo xvii, que es cuando se atribuye mayor crueldad a los autos de fe, no reparan en la contradicción que existe entre admitir la eficacia del Santo Oficio y denominar esa centuria “siglo de oro”, por el florecimiento cultural, literario, artístico y científico.

En cuanto a la acción española en América, es batalla perdida, al menos hasta ahora, cuando se habla con no historiadores, intentar poner orden en el caos de información inexacta y en los lugares comunes respecto a los efectos de la llamada colonización. De poco sirve mostrar que en América no se hizo cosa distinta de la que se llevó a cabo en el valle del Guadalquivir, después de las conquistas de Fernando III, o en las islas Canarias, o en el reino de Granada desde su incorporación a Castilla, culminada con la toma de la ciudad en 1492. Suele ser eficaz, en las conversaciones con los convencidos de la explotación, de los robos, de la acción sanguinaria de los españoles en las Indias, preguntarles si consideran bueno que la América española —y la portuguesa— pertenezcan al que llamamos “mundo occidental”, y por qué es así. Como la respuesta es afirmativa, aunque no sepan contestar a esto último, los detractores suelen quedar prisioneros de su contradicción. Las reacciones indigenistas del presente quizá permitan a los convencidos de “la explotación” mantener el convencimiento de que, sin el contacto con Europa, todo hubiera sido mejor, en América, si se hubieran perpetuado las culturas precolombinas.

Respecto a la Decadencia durante el siglo xvii, siguen vigentes los memoriales y discursos de los escritores políticos de aquella cen-

turia. Se toman como “artículo de fe” por quienes no se resignan a no situar en el siglo xvii la crisis de la sociedad feudal, debida a una traición de la burguesía (por no adivinar los hombres de negocios de entonces el papel de “clase ascendente” que les habría de asignar Marx en el siglo xix) y a la reacción señorial, consistente en que hubiese señores que prestasen más atención que sus antepasados a sus intereses materiales. El siglo xvii fue de esplendores y de crecimiento económico en el gran conjunto formado por España y las Indias. Así ha de reconocerse, como muestran el proceso de crecimiento urbano en América, prueba evidente de desarrollo, y los reajustes que tuvieron lugar en España, consistentes en el abandono del cultivo en las tierras peores y en el consiguiente éxodo rural, con la esperanza de vivir mejor.

Julián Marías reconoció siempre que la idea de considerar España como un mosaico se formuló en la segunda mitad del siglo xix. Ortega se refirió a ello en *España invertebrada*. Actualmente, la diversidad enriquecedora se ve en sus particularismos y la aprovechan algunos políticos para formar su clientela. Con la tergiversación de la historia, se fomentan sentimientos nacionalistas, con el independentismo como meta a alcanzar. Fundar sentimientos en falsedades ha tenido siempre pésimas consecuencias. Esperemos que la sensatez y el buen juicio se impongan frente a esa tendencia a presentar lo español como caso particular negativo en la historia de Europa, lo que siempre tuvo, tiene y tendrá efectos negativos para la convivencia y para las libertades. La lectura de las obras de Julián Marías sobre España y su historia espero que sirva para aclarar ideas y fundamentar juicios y actitudes.

La razón vital de Marías

Luis M^a Anson

(De la Real Academia Española)

Julián Marías no ha escrito su obra con luz artificial, entre erudiciones de despacho y bibliotecas. En sus libros se agolpan muchas horas de meditación al aire libre, mil ideas que vienen de hablar con el mar y con el viento, de andar caminos solitarios en las noches desnudas de estrellas. Julián Marías talló siempre su prosa en cristal de roca y le dio sus transparencias, sus durezas, sus suavidades. El intelectual abnegado se entregó a la búsqueda de la verdad, de “la razón vital” orteguiana, como médula de su pensamiento filosófico. En todas sus frases, en todos sus juicios, en todas sus palabras recrea la sinceridad.

A la obra de Julián Marías me unen muchas afinidades y algunas discrepancias. Pero estas últimas son precisamente las que provocan en mí más admiración, porque ninguna de las afirmaciones contrarias a lo que yo pienso me han hecho daño, han rozado mi sensibilidad, me han herido. No he encontrado en la extensa obra de Marías ni agresividad ni invectivas ni ataques personalistas. Sus páginas se nutren de ecuanimidad, de sencillez, de afán de diálogo, de búsqueda de luz. La obra del escritor proporciona un rico caudal de sugestio-

nes e ideas desparramadas en mil direcciones: filosofía, ciencia, arte, historia y filosofía de la historia, crítica, filología, humanidades. En un campo tan fértil resulta difícil seleccionar una espiga, pero tal vez los libros más importantes sean los que estudian la cultura de los últimos setenta años. En mi opinión, su obra cardinal es la *Antropología metafísica*, que cerró sus ensayos históricos sobre la filosofía y sus reflexiones ontológicas.

Marías ha sido también uno de los intelectuales que más ha meditado sobre el ser de España y los españoles, situándose entre Américo Castro y Sánchez Albornoz. Una docena de libros y centenares de artículos, muchos de ellos deslumbrantes, respaldan sus meditaciones españolas. “El español —escribe— ha sido siempre —y es todavía— uno de los hombres más fácilmente dispuestos a jugarse la vida; la historia entera de España lo atestigua. Pero tiene cierta pereza para jugarse algo que sea menos que la vida”. La preocupación de los intelectuales por España —en especial los del 98— interesó vivamente a Marías. Al hablar de Menéndez Pidal, dijo que se pasó la vida descubriendo a España no sólo “entre manuscritos y polvorientos legajos notariales, sino en los campos, en las aldeas, en el romance que recita la vieja, en la canción del arriero distraído por los caminos de Castilla, Asturias o Andalucía, en el cristal sonoro que pone la moza junto a la fuente, mientras se llena su cántaro”.

La preocupación por España se completa en el autor de *Ortega y la idea de la razón vital* con la religiosa. Un sector de católicos españoles siente, desde muy antiguo, la necesidad de “combatir al enemigo”. Si no lo hay, dice Marías, se lo inventa. La agresividad y el extremismo no han podido, sin embargo, barrer la preocupación religiosa del intelectual hispano. “Los españoles que hacen profesión del pensamiento y, en general, del cultivo de las disciplinas de la inteligencia, se sienten todavía profundamente vueltos hacia el catolicismo; pero necesitan la posibilidad de afirmarlo independiente, limpio, sin vinculaciones utilitarias, sin oportunismos, religiosamente exigente, exento de odio y rencor y lleno de caridad, revestido de fe y de buena fe, abierto a la comprensión, que sea un estímulo y una promesa, que favorezca la justicia y la investigación de la verdad

en lugar de volverles la espalda”. En *La Chute*, Camus coincidía con Marías: “Los hombres habían metido a Nuestro Señor en el desván, después de haberle relegado al sótano; y no tardarán en encaramarlo a un tribunal, en el secreto de su corazón, y golpean, y, sobre todo, juzgan, juzgan en su nombre. Él hablaba suavemente a la pecadora: “Yo tampoco te condeno”; sin embargo, ellos condenan, no absuelven a nadie”. Habrá que reconocer que el cristiano, en líneas generales, se convierte con gran facilidad, sobre todo en España, en un policía moral que reprueba severamente en los demás lo mismo que él estaría dispuesto a hacer, si pudiera. Para Marías es éste un mal muy grave contra el que conviene luchar. Graham Greene se identifica a lo largo de toda su obra con el “no juzguéis” de Camus y Marías. “Si fuéremos al fondo de las cosas, ¿no tendríamos compasión incluso de las estrellas?”

Julián Marías, que fue un intelectual generoso y flexible —el “sostenella y no enmendalla” era para él la actitud menos intelectual del mundo—, deja una obra de calidad extraordinaria. Entre tanta hojarasca estéril como hoy se imprime y se premia, los libros del filósofo son frutos en sazón. Marías creía en la vida perdurable. Era hombre de religiosidad profunda. En su último libro, *La fuerza de la razón*, pide a sus lectores, los de la desazonada España actual, que recuerden un verso de las rimas sacras de Lope, “vuelve a la patria la razón perdida”. Y habla de Dios: “Cuando su luz venza mi oscuridad... Esa luz perpetua que siempre me iluminará”. Termino estas palabras apenadas, transformando la imagen de Valle-Inclán en su novela póstuma, para afirmar, en la hora del tránsito, que Julián Marías ha jugado una definitiva baza de oros en la historia de la cultura española.

La huella de Julián Marías

Rafael Ansón

(Consultor de Comunicación. Secretario General de la Fundación de Estudios Sociológicos, FUNDES)

Se nos ha ido Julián Marías. Su trayectoria vital ha sido muy larga, como sus méritos profesionales y académicos. Al fin y al cabo, estamos hablando de uno de los intelectuales más influyentes de la España del siglo xx, del discípulo de Ortega y Gasset y de Xabier Zubiri, del autor de la *Historia de la Filosofía* (1941) y de unas setenta obras más, de un Premio Príncipe de Asturias, senador por designación real, del padre de Javier, Álvaro, Miguel y Fernando Marías, de un filósofo sencillamente excepcional y de un cinéfilo empedernido. Todos esos valores que, junto con otros muchos, destacaron, en coincidencia con su muerte, el pasado mes de diciembre, los medios de comunicación.

Pero yo quiero hablar también de mis vivencias personales, puesto que su pérdida, a pesar de estar revestida de la normalidad que implica su lejana fecha de nacimiento, sigue dejando en mí el dolor de una tremenda ausencia, la de un amigo con el que he compartido, a lo largo de los años, numerosas y apasionantes singladuras.

Comer poco y bueno, y de lo bueno, mucho

Por ejemplo, en mi relación con él hubo ocasión de comentar muchas veces temas gastronómicos. Recuerdo que un día le pedí que pensara en la definición de “*gourmet*”. Y vaya si lo hizo pues, al poco tiempo, me llamó de madrugada para decirme que ya la había encontrado. Y me dio un lema excepcional: “El que come poco y bueno, y de lo bueno, mucho”.

Julián no era un gran aficionado a la buena mesa, aunque le gustaba la comida tradicional y, muy especialmente, el vino de Rioja, naturalmente, el tinto. Tenía sus restaurantes favoritos, entre otros, dos templos de la cocina vasco-navarra. Y le encantaba el bacalao.

Hemos compartido también, la singladura de la Fundación de Estudios Sociológicos (FUNDES), que Julián ha presidido desde su fundación en 1979 hasta su muerte, y su órgano de expresión, la revista *Cuenta y Razón*, creada en 1981 y cuyo Consejo de Redacción ha encabezado hasta sus últimas horas. En esta publicación, Julián escribió más de un centenar de maravillosos artículos de temática histórica, filosófica o política, además de otros centrados en su gran pasión: el cine.

El nacimiento de FUNDES

Recuerdo una lejana reunión en el Hotel Ritz de Madrid con Claudio Boada, Santiago Foncillas, Julián Marías y yo mismo. Fue la primera vez que planteamos la posibilidad de crear una Fundación de Estudios Sociológicos que permitiera situar y organizar el mercado de las ideas y del pensamiento del tal modo que pudieran ser aprovechados por los políticos. Estábamos todavía en plena etapa de la Transición y se empezaba a discutir la futura Constitución que se aprobó finalmente en 1978.

Marías comprendió perfectamente la conveniencia de llevar a cabo un esfuerzo intelectual para contribuir a facilitar fórmulas y soluciones a la clase política. Para ello, era necesario reunir a los intelectuales y pensadores más importantes de nuestro país e incluso algunos de fuera de nuestras fronteras. Naturalmente, la aportación de los empresarios era fundamental, entre otras cosas, por razones de influencia.

De esa forma, quedó planteada la Fundación como un lugar de encuentro de intelectuales y empresarios. Su finalidad ha sido y es abordar desde una perspectiva exclusivamente cultural los temas básicos que debían resolverse a nivel político.

Lolita, su esposa

Al final, Julián dijo que todo le parecía muy bien pero que él no tenía interés ni espíritu ni vocación para presidir e impulsar la idea y la Fundación. Sin embargo, asumió que, desde la muerte de su mujer, de Lolita, tenía una aptitud pasiva y de espera ante la vida.

Nos costó mucho convencerle de que cambiara de opinión y el argumento principal fue que, sin duda, si Lolita viviera le pediría que aceptara. Y así fue.

Durante los casi 30 años de Presidencia de FUNDES, cuando, repito, tuve la suerte de ocupar la Secretaría General, siempre le escuché decir que ninguna otra actividad le había proporcionado más alegrías y más satisfacciones. Pienso sinceramente que FUNDES fue una plataforma y un soporte que le permitió desarrollar muchas de sus capacidades. Desde allí, entre otras cosas, propició y encabezó la puesta en marcha del Colegio Libre de Eméritos y, en su día, de la Crónica Virtual de Economía, porque, según me dijo: “Rafael, en 10 años, lo que no esté en Internet no existirá”. Era el año 2000. Hasta en esto y en plena vejez ha sido un precursor y un hombre adelantado a su tiempo.

Pensar como oficio

Con todo esto y haciendo balance, yo he tenido la suerte de conocer, admirar y compartir muchas actividades con Julián Marías desde hace treinta años. Creo que es la única persona que conozco que tuvo por oficio pensar. Y fue, hasta su muerte, la gran eminencia del pensamiento español y la persona más coherente, la más sincera consigo misma y con los demás, la más profunda y la más equilibrada. Un personaje singular a quien las circunstancias no favorecieron y que, permaneciendo inalterable en su filosofía y en sus actitudes vitales, pudo haber sido contemplado en unas épocas como peligrosamente progresista y liberal, y en otras, como excesivamente conservador y reaccionario.

En realidad, él no varió nunca su posición. Los que cambiaron fueron los demás. Y los que trataron de situarle en uno u otro lugar fueron también quienes le rodearon. Si, como decía Ortega, uno es uno mismo y su circunstancia, el cambio de circunstancia complicó extraordinariamente la vida a Julián.

Ha sido uno de nuestros más brillantes filósofos, académico y gran escritor, extraordinario articulista y, sin duda, un hombre bueno, honesto y austero, honrado como pocos, brillante en su retórica, tanto en la palabra hablada como en la escrita, intelectualmente valiente y con una extraordinaria vitalidad hasta sus últimos días.

Luchar por la libertad con más libertad

Pero yo lo definiría, sobre todo, como el gran amante de la libertad y, como amante, su gran defensor. El ser humano es un proyecto de libertad, tanto individual como colectiva, y el progreso se mide en términos de libertades. En los muchos cursos que dirigió durante su fecunda vida académica, dos conceptos constituyeron la base: democracia y libertad, acaso los dos principales ejes filosóficos y políticos de la sociedad de nuestro tiempo.

Consideraba el profesor que la libertad es condición misma de la vida humana y, por tanto, irrenunciable. Y siguiendo la línea de su maestro Ortega, adornaba esta idea con un elogio: mientras está vivo, el hombre siempre está eligiendo, porque incluso cuando va a morir o cuando le van a matar tiene que tomar la última decisión sobre cómo va a encarar esa muerte inevitable, si con vergüenza o con orgullo, si con desesperación o con esperanza.

Una de las cosas más difíciles es saber qué es la libertad. Son territorios inhóspitos hasta para los filósofos y los pensadores, por muy brillantes que fueran, como nuestro protagonista de hoy. Los hombres de la comunicación preferimos hablar de libertades: de información, de prensa, de expresión..., palabras todas que se han incorporado al lenguaje ordinario, que todos manejan, aunque tampoco resulten fáciles de fijar.

Yo creo —y lo he aprendido de Julián Marías— que el orden, la sociedad, el mundo colectivo, el mundo del ser humano — que, como decía Aristóteles, es un ser social— es una armonía de libertades, y como tal es imprescindible defenderlas todas, mantenerlas todas y tenerlas todas; no es posible renunciar a ninguna de ellas pensando que así se protegen las demás.

La única forma legítima de poder

A partir de la Revolución Francesa, la democracia se ha considerado —dice Marías— la única forma legítima de poder, con una única condición: que sea posible, porque la existencia de la democracia requiere ciertas condiciones, la primera de ellas que existan demócratas. No se puede ignorar que la democracia encierra unas reglas de juego que, si no se aceptan, la imposibilitan, como alguien que la defienda. Es decir, que quienes van a decidir sobre los asuntos públicos entiendan sobre ellos lo suficiente para poder opinar, votar y resolver.

Porque su ideario se basa en que el sentido común, la cultura y el conocimiento resultan imprescindibles para la libertad y se consiguen fundamentalmente a través de la educación y de la información. Hasta hace muy pocos años, un siglo y medio, se recibía sobre todo a través de la educación, porque realmente los canales informativos se limitaban prácticamente al rumor, al boca a boca, a lo que nos contaban, a la tradición oral, y a muy poco más; pero en la actualidad, los medios masivos de comunicación tienen una influencia determinante, porque son constantes y permanentes.

La libertad de prensa tiene que respetar las demás, pues, como decía muy bien Julián, no es una libertad superior a las otras, no es superior al derecho a la vida, a la intimidad, al derecho a que cada uno tenga sus creencias y sus opiniones, a que desarrolle su proyecto de vida como le parezca más conveniente según su escala de valores.

Lo que ocurre es que ese rol debe ir siempre acompañado de un gran sentido de la responsabilidad, la ética del político tiene que mostrar un valor añadido con respecto a la del ciudadano normal y lo mismo sucede con la ética del científico o con la del periodista. Y

lo lamentable es que muchas veces no sólo no es superior sino que no llega ni con mucho a la altura de la del hombre de la calle.

Medicina: más libertad

Marías nos ha enseñado que hay que luchar contra los ataques a la libertad con más libertad. Lo peor que le puede ocurrir a la democracia es tratar de conquistar más libertades restringiendo las existentes, es decir, partiendo de una privación de parte de la libertad. Este ámbito sólo se mejora ampliándolo; no se puede modificar el sistema democrático de forma positiva restringiendo libertades, sino aumentándolas. Y, por último, hay que recuperar la ilusión, para conseguir, como ha sido siempre el sueño de Julián, que el sistema democrático sea el mejor de los sistemas políticos y no, como decía Churchill, simplemente el menos malo.

Estoy seguro de que, con el paso del tiempo, estos pensamientos y otros muchos serán su principal herencia, y su huella y su figura emergerán por encima de la, a mi parecer, discreta atención que ha merecido en vida, y nuestra sociedad hará justicia con uno de los más brillantes de sus miembros, un personaje singular a quien algunas circunstancias no favorecieron y que siempre permaneció inalterable en su filosofía y sus actitudes vitales. ¡Te echamos mucho de menos, Julián! Pero tenemos muy vivo tu legado.

Nacionalidad - Nación - Estado

José Barea

*(De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
Catedrático de Economía y Hacienda Pública de la Universidad
Autónoma de Madrid. De la Academia de Ciencias Económicas y
Financieras de Barcelona)*

Conocí a Julián Marías hace muchísimos años; Lolita, su mujer, había sido profesora de la mía. Durante varios años veraneamos en Soria y todas las tardes teníamos tertulia en el Parque de la Alameda. Era siempre el centro de la misma, a todos nos gustaba escuchar sus palabras y los temas que, por muy áridos que pudieran en principio parecernos, él los hacía fáciles de entender e inclusive amenos. Era un hombre bueno, bondad que siempre se le reflejaba en su cara.

En las Cortes Constituyentes fue designado Senador por S. M. el Rey. Cambiábamos impresiones sobre cómo iba avanzando la elaboración de la Constitución y lo preocupado que estaba por el hecho de que aunque quedaba absolutamente claro en su artículo 2º que no existe más Nación que la Española, patria común de todos los españoles, sin embargo hacía mención a las autonomías integrantes de la Nación Española. Su preocupación venía del hecho de que los nacionalismos extremos encontrarían en el término nacionalidad un

clavo del que colgar sus aspiraciones independentistas: una nacionalidad demanda una nación y una nación, un Estado.

Es de admirar la visión a largo plazo que Julián Marías tenía ya entonces de los problemas que el término nacionalidad iba a plantear a nuestro país.

Va para dos años del cambio de Gobierno; desde entonces se ha abierto la veda para un nuevo orden territorial, tema muy sensible en España, que nos ha costado varias guerras en el transcurso de los dos últimos siglos. Casi todas las Comunidades Autónomas están estudiando la Reforma de sus Estatutos; la Comunidad Autónoma Vasca lo presentó en el pasado año, en el que Euskadi se configuraba como un Estado Libre Asociado a España, que fue devuelto por el Congreso, y Cataluña aprobó en su Parlamento el pasado año un nuevo Estatuto, que empezaba a discutirse en el mes de febrero en el Congreso.

En contraposición a la clara delimitación que el artículo 147.2 de la Constitución efectúa del contenido de los Estatutos, el Proyecto catalán tiene 227 artículos, 11 Disposiciones Adicionales, 1 Disposición Derogatoria y 5 Disposiciones Finales. Los artículos aparecen agrupados en un Título Preliminar y los 7 Títulos siguientes: I. Derechos, Deberes y Principios Rectores; II. De las Instituciones; III. Del Poder Judicial de Cataluña; IV. De las Competencias; V. De las relaciones de la Generalitat con el Estado, con otras Comunidades Autónomas y con la Unión Europea, De la relación exterior de la Generalitat; VI. De la financiación de la Generalitat y la aportación catalana a la Hacienda del Estado; VII. De la Reforma del Estatuto.

La idea básica del Estatuto es que Cataluña es una nación, como se establece en el artículo 1, es más bien una Constitución que considera que Cataluña es una nación confederada con el resto de España, de ello deriva el modelo de su hacienda, de sus competencias, de sus relaciones con el Estado español y con otros países.

El artículo 203 del Proyecto de Estatuto establece que el rendimiento de todos los tributos estatales soportados en Cataluña forman parte de la Hacienda de la Generalitat, y el artículo 204

atribuye a la Generalitat capacidad normativa y responsabilidad fiscal sobre todos y cada uno de los impuestos estatales soportados en Cataluña en el marco de las competencias del Estado y de la Unión Europea. A la Agencia Tributaria le corresponde la gestión, recaudación, liquidación e inspección de todos los tributos estatales (artículo 205). La aportación catalana a la Hacienda del Estado comprende tanto la aportación para la financiación de sus servicios y competencias como la destinada a la solidaridad y a los mecanismos de nivelación (artículos 207 a 210). El modelo de financiación es análogo al Congreso Económico de las Comunidades Forales a que se refiere la Disposición Adicional Primera de la Constitución Española, con una relación fiscal bilateral entre la Generalitat y el Estado (artículo 214).

La distribución de competencias entre los tres niveles de gobierno está regulada en la Constitución en el artículo 142 para las Corporaciones Locales, el 148 para las Comunidades Autónomas y el 149 para el Estado. En 2004 las Comunidades Autónomas gestionaron más del 49% del gasto total público no financiero, una vez excluidas las pensiones contributivas de la Seguridad Social, que no puede ser objeto de descentralización, y los intereses de la deuda; el gasto gestionado por el Estado fue sólo del 32%.

El Proyecto de Estatuto produce un auténtico vaciado de todas las competencias del Estado, con excepción de las de Defensa y Relaciones Exteriores, aunque en esta última se produce una invasión de la Generalitat, al regular en el Capítulo II del Título V Las Relaciones de la Generalitat con la Unión Europea, y en el Capítulo III del mismo Título, La Acción Exterior de la Generalitat. La concepción del Estatuto de considerar Cataluña una nación tiene estas consecuencias.

En todas las competencias atribuidas a Cataluña, ligadas con sectores productivos, comerciales, industriales y financieros, se pone de manifiesto en el Estatuto el carácter intervencionista de la Generalitat, a través de procesos de regulación, de ordenación, de planificación, de disciplina, de inspección y sanción de las entidades que intervienen en el mercado. Choca la postura intervencionista de la

Generalitat de Cataluña con lo establecido en el Tratado de la Comunidad Europea sobre la adopción por los Estados miembros de una política económica que respete el principio de una economía abierta y de libre competencia. Los primeros perjudicados con la política económica diseñada en el Estatuto catalán serán los empresarios y los ciudadanos de dicha Comunidad Autónoma. Qué lejos del pensamiento liberal de Julián Marías.

Los temores de Julián Marías se han hecho realidad en el Proyecto de Estatuto de Cataluña. Espero que en la Comisión Constitucional del Congreso, el Partido Socialista reaccione, como esperan la mayoría de los ciudadanos; nunca este partido ha sido insolidario ni nacionalista, sino todo lo contrario. De no ser así, la centrifugación del Estado estaría servida.

Julián Marías: un amigo cabal

Margarita Benítez

(Catedrática de la Universidad de Puerto Rico)

Doy testimonio de la grandeza de Julián Marías en el ámbito de la amistad, pues tuve el privilegio de ser tanto testigo como partícipe de su ejercicio por más de cinco décadas, primero en Puerto Rico y después en España y en Estados Unidos. Ante la noticia de su muerte, son muchas las personas que estarán sintiendo lo mismo a través del mundo: nunca tendré otro amigo como él.

La amistad con Julián partía de una comunidad de intereses y compromisos: el afán de saber y el gusto de mirar alrededor; el compromiso de buscar y decir la verdad; la disposición a formular proyectos y empeñar su talento en su realización. “Que por mí no quede” fue la norma de vida de Julián, y por eso jamás le atormentó el fracaso, aunque conoció muchos contratiempos. Muchos de los que nos llamamos sus amigos nos quedamos muy cortos frente a su trayectoria. Afortunadamente, él era generoso—que no indulgente—con sus amigos, y siempre confiaba que seríamos capaces de hacer más de lo poco que estábamos haciendo.

Jaime Benítez y Julián Marías fueron grandes amigos. No sólo coincidían plenamente en los intereses y compromisos ya aludidos,

sino que los unían dos grandes devociones: a su maestro Ortega y a sus respectivas esposas, Lulú Benítez y Lolita Marías, cuyos apodos añados encubrían intelectos y personalidades fuera de serie.

Como la devoción a Ortega está documentada, prefiero reseñar algunos aspectos menos conocidos de la capacidad de amistad de Julián. Con mi padre fue consecuente y leal por aquel medio siglo en que labraron juntos una Universidad, publicaciones de vuelo intelectual, numerosos proyectos de colaboración internacional, e innumerables oportunidades de estudio y trabajo creador para jóvenes de todas las edades. Cuando mi padre decayó en salud, y luego de su muerte en 2001, Julián siguió insistiendo en la publicación de sus escritos y en la continuación de su obra intelectual, universitaria y política.

Eran muchos los amigos, y sobre todo las amigas, de Julián Marías en Puerto Rico. Totalmente monógamo y enamoradísimo de su esposa Lolita, Julián gozaba el trato con mujeres guapas e inteligentes. Las escuchaba con atención y las trataba como seres brillantes y distintos. Visitó hasta el final a Esther Bouret, una de las mujeres más excéntricas e interesantes del siglo xx puertorriqueño. Simpatizó con sus maridos, pero sobre todo, celebró la gracia de mujeres como Katherine Antonetti, y la chispa de Ena Ramos de Acevedo. No lo presencié, pero no dudo que se entendiera estupendamente con Sila Calderón.

Julián también fue buen amigo de numerosos protagonistas de la historia contemporánea. Entre ellos, el Papa Juan Pablo II, Don Juan de Borbón, y los Reyes de España. En Puerto Rico, Luis Muñoz Marín y Rafael Hernández Colón. Además de la inteligencia, imaginación e integridad a toda prueba de Julián, sus amigos ilustres tienen que haber agradecido su discreción y la sencillez de su sabiduría. Julián no divulgó jamás una conversación privada. Hablaba y escribía con donaire, con una erudición que no pesaba, pero que no faltaba. En palabras de su maestro y amigo: “es la espina dorsal que se me transparenta”.

Lloro a Julián Marías —“viva moneda que nunca se volverá a repetir”—, y guardo para siempre su amistad y su ejemplo.

Recuerdos entrañables de Julián Marías

Antonio Bonet Correa

(De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando)

La figura filosófica y humana de Julián Marías ha sido siempre objeto de mi admiración y respeto. Su personalidad de hombre íntegro, sin decaimientos en su comportamiento civil ni renunciadas de sus principios éticos, ha hecho que para aquellos que pertenecemos a una generación posterior a la suya, fuese desde un primer instante un ejemplo digno de ser imitado. Su continuada presencia en el ámbito del pensamiento, a través de sus libros, artículos en la prensa y conferencias, lo mismo que su perseverante permanencia, contra vientos y mareas, dentro de la fidelidad al espíritu liberal, han llevado a que Julián Marías ocupe, de manera definitiva, un puesto eminente en el panorama de uno de los momentos cruciales de la historia de la cultura española contemporánea.

La primera vez que el nombre de Julián Marías adquirió para mí el significado más elevado que confiere la sabiduría, fue cuando, en 1942, siendo aún estudiante de bachillerato, compré en Lugo su *Historia de la Filosofía* (1941). Su lectura me abrió horizontes de amplias perspectivas especulativas. Lo que no sospechaba entonces era que su autor, al que se le había prohibido la enseñanza oficial, era

todavía muy joven y que años más tarde lo conocería personalmente. El volumen de Marías, con la claridad y profundidad de sus ideas y juicios, era el verdadero paradigma de lo que debía ser un manual frente a los adocenados y anticuados libros de texto que nos imponían los profesores del Instituto. Pocos años después, ya estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Compostela, leí con avidez el libro *San Anselmo y el insensato* (1944), cuyo sugestivo título despertó mi curiosidad, llevándome su lectura a profundas meditaciones acerca de la existencia de Dios. Lo que sí puedo afirmar es que ninguno de los profesores de la Facultad citaba nunca en sus clases a Marías.

Pasaron bastantes años hasta que en 1958, a mi regreso a España, tras pasar el largo período de mi formación en Francia, siendo en Madrid profesor del Colegio Estudio, conocí a Julián Marías y a su mujer Lolita Franco. Marías, que hasta entonces había sido para mí una mera referencia intelectual, se convertía en un ente real, física y moralmente hablando, de gran cordialidad y humano trato, sin ningún asomo de altanería y presunción pese a sus grandes conocimientos y a la altura de su pensamiento. Gracias a los consejos que me dio él, en el año 1976 fui con mi familia a veranear a Soria y recuerdo con complacencia la estancia en la vieja y bella ciudad castellana y los gratos momentos pasados en la tertulia que todas las tardes, al aire libre, bajo las frondas de la Dehesa, reunía a Camón Aznar, a Pepe Tudela, a Marías y a otros interesantes personajes. La sensación de quien participaba oyendo sus coloquios era la de asistir a una platónica academia hispana.

Otro recuerdo imborrable de Julián Marías es, en la década de los 70, un viaje a la Alcarria con el grupo Politeia. Era una excursión cultural en la cual Marías estaba encargado de filosofar, don Manuel de Terán de explicar geografía y yo historia del arte. Las intervenciones de cada uno de nosotros se hacían sobre la marcha y de manera coral. He de confesar que para mí era un privilegio el participar al lado de tan grandes y admirados maestros. La gira tenía como punto central Pastrana. A la hora de comer nos encontramos con otro grupo conducido por Francisco Gin —sobrino del venerado fundador de la

Institución Libre de Enseñanza— que yo había frecuentado asiduamente en París ya que ambos vivíamos en el barrio de Saint-Germain-des-Prés. Como era lógico, Marías y Terán eran viejos amigos de Giner y el encuentro, además de afectuoso, adquirió el tono de un ilustrado diálogo entre los que soñábamos con una España posible, todavía por llegar.

Pasados los años, siempre bajo el aprecio y la consideración por Marías, he vivido un momento de entrañable proximidad a su persona. En el 2004, en tanto que miembro de la mesa del Instituto de España, fui una de las pocas personas que tuvo el honor de asistir en su casa a la entrega de la Antigüedad Académica que le correspondía. Marías, que ya no se podía levantar de su sillón, pero que conservaba intactas su mente lúcida y su inveterada cordialidad, recibió a la comisión con la amabilidad y el agradecimiento de quien sabía apreciar el homenaje y la muestra de afecto de sus compañeros y amigos académicos. El acto fue breve y cargado de emoción. El fotógrafo que recogía los momentos más interesantes de la ceremonia no paraba de disparar su cámara. Por indicación mía tomó la vista del fondo del despacho en que nos encontrábamos. Los muros totalmente ocupados por las estanterías repletas de libros y con dibujos y cuadros colgando de las baldas, la mesa de escritorio con una estatuilla que representaba a Marías entre los tarros con lápices y demás objetos, los sobres, papeles y volúmenes apilados sobre el suelo o cubriendo los sofás, las sillas en desorden del primer plano y las luces laterales que entraban por las ventanas, hacían que esta estancia constituyese un todo, un conjunto denso y abigarrado, impregnado del espíritu del filósofo que allí, en la soledad del estudio, había elaborado durante años textos esenciales para el pensamiento español. La imagen captada para la Historia —para mí la última del maestro— tiene un valor incalculable como retrato interior del espacio propicio para el trabajo de un intelectual.

Julián Marías: la época y el hombre

Salustiano del Campo

(Presidente del Instituto de España.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas)

En pocas ocasiones ha sido más acertada la afirmación de Ortega de que la realidad del hombre incluye su entorno y su tiempo, es decir, su circunstancia, que al referirse a Julián Marías. Sobrepasado ya en un lustro el comienzo del siglo XXI, entre los españoles aún presentes los hay que han vivido la segunda república, el régimen de Franco, la transición a la democracia y el cuarto de siglo largo que dura hasta hoy la monarquía parlamentaria.

Hace aproximadamente un año que nos dejó Julián Marías, que se contaba entre ellos y cuya biografía reviste un valor singular. No sólo por su calidad de gran intelectual español, sino también porque, como él solía decir, siempre acudió “a la brecha”. Una vez más es lícito preguntarse qué habría sido de él si le hubiera tocado vivir en una de esas raras etapas planas de la vida española, no digamos si hubiera sido extranjero. Muy probablemente habría sido un excelente Catedrático de Filosofía en la Universidad y su obra la habría realizado con más facilidad y menos viento en contra, pero tal vez su notoriedad y peso intelectual hubieran sido menores.

La carga de su experiencia conllevó dolor y fuertes contrariedades y tuvo que esforzarse más que muchos de sus coetáneos para lograr el reconocimiento del que disfrutó principalmente en la segunda mitad de su vida. Con estoicidad y mucho trabajo se labró una fama internacional que lo encumbró a la posición informal de gran oráculo de España. Bien es verdad que solamente para una parte de nuestros conciudadanos, porque su magisterio lo rehuyeron y aun atacaron los intolerantes del viejo régimen y también los extremistas de diversos signos de la democracia. Prueba de ello es que el número de distinciones y premios que recibió en vida fue inferior a los obtenidos por otros menos sobresalientes y, desde luego, a sus merecimientos.

Por otra parte, esto explica igualmente que su carrera se desarrollara con grandes sacrificios en el extranjero durante una parte importante de su vida y que, por querer seguir siendo identificado como español, gozara de menor nombradía en Estados Unidos que otros colegas suyos de países en los que la democracia se instaló después de la Segunda Guerra Mundial. No fue un sabio trasterrado definitivamente, como Gaos, Altamira, Ayala y otros, pero su situación dentro de nuestro país fue inicialmente bastante más que incómoda. Todo lo superó, sin embargo, gracias a su impermeabilidad, a esa asombrosa capacidad de resistencia de la que habla alguno de sus hijos.

Su dedicación a pensar para la vida pública y sobre ella, le caracterizó siempre y se intensificó con el paso de los años y, muy especialmente, al finalizar el régimen de Franco. Bien es verdad que siempre se ocupó de mostrar las posibilidades, en bastantes ocasiones perdidas, de la España del siglo XVIII y siguientes, y que levantó la bandera de la libertad y de la verdad. Para él España tuvo grandes posibilidades históricas y como realidad es inteligible, según el título de su inolvidable estudio histórico.

Sus maestros fueron los profesores de la casi mítica Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid de los años previos a la guerra civil de 1936-1939. Sobre todo José Ortega y Gasset, al cual guardó siempre una lealtad admirable, y Xavier Zubiri, que prologó su juvenil gran libro, *Historia de la Filosofía*. Gracias a la

primera edición de esta obra, que estudié durante mi séptimo curso de Bachillerato, pude conocerlo intelectualmente y también entrar en contacto con Enrique Gómez Arboleya, de la Universidad de Granada, que más tarde sería uno de mis maestros más queridos. Reflexionando estos días sobre el caso, he venido a caer en la cuenta del diferente modo de ejercer su magisterio de Ortega y Zubiri, que tanto influyeron en Marías. El primero lo hizo *erga omnes* desde la plazuela pública de la prensa, mientras que el segundo seguramente escribió un muy corto número de artículos en los periódicos, y esto me ha hecho recordar a grandes maestros que he tenido que nunca colaboraron en la prensa.

Los enemigos, adversarios, o como se les quiera llamar, de Julián Marías fueron al principio los propios de su discipulado y también de su particular manera de servir a la República y de ayudar a su respetado maestro Julián Besteiro. Posteriormente le acompañaron los odios africanos ganados por su valiosa obra, que culminaron con sus dificultades para aprobar su tesis doctoral y con el cierre de sus posibilidades de obtener una cátedra enfrentado a un ambiente intelectual hostil.

Su producción está contenida en unos setenta y siete libros, comenzando con los más propiamente filosóficos, como la citada *Historia de la Filosofía* (1941) o *Ensayos de teoría* (1954), y siguiendo por los que presentan su visión del hombre y de lo humano, como *El tema del hombre* (1950), *Antropología metafísica* (1970) y *La mujer del siglo xx* (1980). Entre sus obras destacan también *El método histórico de las generaciones* (1954) y *La estructura social*, cuya edición norteamericana fue prologada por Robert K. Merton. Sus libros sobre España son numerosos y reveladores de su enorme preocupación: *La España posible en tiempo de Carlos III*, *Meditaciones sobre la sociedad española*, *La España real*, *La devolución de España*, *España en nuestras manos*, el citado *España inteligible*, *Ser español* y *España ante la Historia y ante sí misma*. Como prolongación de ellos hay que considerar sus obras sobre Andalucía, Cataluña e Hispanoamérica, y como fruto añadido de su amplia curiosidad y experiencia, las que publicó sobre Estados Unidos, la India e Israel.

Nada menos, pues, que un hombre de nuestro tiempo que, según confiesa en sus *Memorias*, “nunca pudo separar su vida de la de España”. Al mismo tiempo, tampoco pueden desligarse su biografía y su obra, desde el apoyo y estímulo de su esposa, Dolores Franco, hasta la vivencia de sus hijos en el extranjero y en nuestro país. Es un hombre entregado a su labor que encaja, aunque sea posterior a ella, en la llamada Edad de Plata de España.

Tardíamente, recibió varios grandes premios como el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades y el Menéndez Pelayo de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, pero, sin ningún género de dudas, la recompensa que más debió de satisfacerle fue su ingreso en 1965 en la Real Academia Española (más tarde, en 1990, entró también en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando). Incluso en un régimen dictatorial, las Academias conservaron en nuestro país su libertad de elegir, que ejercieron de modo permanente. Julián Marías fue un gran académico y jamás rehusó su colaboración a ninguna tarea importante. Su fallecimiento ha dejado sendas vacantes en las Reales Academias citadas, pero su hueco se nota sobre todo en esa función de pensador para nuestra sociedad y nuestra política, que tan útil fue en momentos críticos como el de la transición. En ella desempeñó el cargo de Senador por designación real, y su ascendiente y prestigio no cedieron cuando su nombramiento formal se agotó. Como todo ser histórico es un hombre para el recuerdo, pero lo es también para la evocación y la añoranza cuando los nuevos tiempos aparecen tan difíciles como ahora.

Julián Marías y la Universidad

Helio Carpintero

(Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Vicepresidente de la Fundación de Estudios Sociológicos,

FUNDES)

Introducción

La vida entera de Julián Marías gira, como en torno a uno de sus centros esenciales, en derredor de la Universidad. Con ocasión de decisiones relacionadas con ella parece haber tomado su propia vida giros decisivos. Ha tenido una enorme vocación universitaria, primero como estudiante, luego como profesor, pero la circunstancia histórica de su país le ha impedido realizarla, de modo casi absoluto, en su mundo habitual, forzándole a cumplirla ocasional y periódicamente fuera de España. Su renuncia a la enseñanza en el franquismo, confiesa, fue “uno de los factores más negativos y penosos de mi vida, porque mi vocación de profesor era vivísima y lo ha sido siempre...” (*Memorias*, 3, 168). Con todo, es posible pensar que, porque no pudo ser profesor universitario en España —salvo unos breves años al final de su vida—, hubo de ser primariamente escritor. Nada de lo que, básicamente, tenía que decir parece haber quedado en su

tintero; pero sus potenciales alumnos y su posible continuidad en el mundo del saber han quedado sin duda afectados por aquel hecho. Ha sido ésta una historia de frustraciones no exenta de momentos felices. Al repasarla, se ve que condensa en su brevedad gran parte de la tragedia intelectual de la España del siglo xx.

La Universidad amada y perdida

Intelectual, humanamente, Marías encontró en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, a la que llegó en 1931 y de la que salió en 1936, el espacio en que fue posible para él una vida auténtica y plena. Allí encontró a los que iban a ser sus maestros —Ortega y Gasset, Zubiri, Gaos, García Morente, Besteiro...—; a quien sería su mujer y compañera esencial, Lolita Franco; descubrió su propia vocación, la filosofía, y una forma de vida henchida de saber y de afecto, que apuntaba a un futuro promisor, en que cabía confiar plenamente. “Esta Facultad era, ni más ni menos, vida intelectual” (Marías, 1988,101), aquello para lo que se sentía llamado.

Aquella facultad también le abrió el camino de las letras. En 1934, el decano Morente organizó un famoso crucero al mundo antiguo, de profesores y estudiantes, y ello dio la ocasión para que se publicaran tres diarios de aquel viaje, uno completo y dos en versión parcial. Uno de estos dos fue el escrito por Marías. El volumen *Juventud en el mundo antiguo*, es su primer libro —firmado en colaboración—. En sus páginas está ya formada su voz de escritor de un modo personal e inconfundible.

La guerra destruyó aquella Universidad, como tantas otras cosas. Llevó al exilio a muchos de sus profesores, y sus alumnos. Marías se vio ante el dilema de permanecer fiel a sus maestros o readaptarse a la nueva situación. Eligió lo primero. Primer fruto de aquella elección sería su *Historia de la Filosofía* (1941), que a través de sus innumerables ediciones ha sentado justamente la base de su fama.

Otra consecuencia de aquella elección fue su choque con el nuevo *establishment* universitario franquista. También en 1941 le suspendieron —caso único— su tesis doctoral, sobre el P. Gratry, que sin embargo apareció de inmediato publicada como libro. Quedó patente, si

antes no, que su porvenir en la universidad española estaba acabado. No tenía otro camino abierto sino el de escritor. (Diez años después, el decano J. Sánchez Cantón movió Roma con Santiago hasta que logró que un nuevo tribunal le concediera el doctorado). Marías ha enseñado que, en su tiempo, Platón hizo filosofía porque no podía hacer política; análogamente cabría decir que Marías se entregó con pasión a la tarea de escritor porque su tiempo le había cerrado las vías a la enseñanza universitaria. Aquí está el primer giro de su biografía.

La Universidad hallada

A principios de los años 50, se abrieron nuevas puertas que conducían al vivir universitario. Esta vez, en los Estados Unidos. Fue invitado a sustituir a Jorge Guillén en su curso de literatura española en Wellesley College, un prestigioso *Women college* del Este americano. La Universidad, de nuevo, intervenía decisivamente en la vida de Marías: le abrió el camino a su experiencia americana, profunda, personal, amplísima, vertida en innumerables ensayos, origen de sus dos libros sobre los Estados Unidos, sin duda impulsora de muchos estudios de tema literario que tal vez si no, no habrían llegado a término. Profesor en Wellesley College, luego en Yale, en Indiana, con cursos en otras muchas instituciones —incluso cursos en España— pudo decir de sí que había llegado a ser “escritor español y profesor americano”. Tuvo incluso el ofrecimiento de una cátedra de Filosofía en la Universidad de Yale, que declinó: creía que su deber era precisamente estar en España.

Una singularísima relación fue la que tuvo con la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras. Allí, durante años, un gran orteguiano, el Rector Jaime Benítez, impulsó una universidad inspirada en las ideas de Ortega acerca de la Universidad, como centro de cultura al tiempo que de investigación. Marías le prestó todo su apoyo a aquella institución, transformada en núcleo irradiante a todo el mundo hispano, al par que al ámbito universitario americano. (Marías, O. VII, 1966).

En América —Norte, Centro y Sudamérica— encontró una cálida recepción a su persona como profesor, y admiración hacia su

pensamiento. Allí logró cumplir su vocación de enseñante, e hizo de su figura una figura plenamente internacional. Es el segundo giro o inflexión de esta biografía.

La experiencia final

Activo partícipe de la Transición, a la que fue contribuyendo intelectualmente desde los años anteriores con artículos que promovían e impulsaban un viento democratizante (*La España real*, 1976), el gobierno democrático del Presidente Suárez incorporó a la Universidad, como catedráticos extraordinarios, unos cuantos nombres alejados de aquella institución, por razones ideológicas, que la joven democracia daba ya por superadas —Cela, Castilla del Pino, entre otros... Y también Marías, que cuenta su experiencia en sus *Memorias*, 3 (1989, 167 ss.)—. Le ofrecieron una cátedra “Ortega y Gasset” en la UNED, que al fin aceptó, en 1980. Aunque le habían prometido alumnos presenciales, al final estos faltaron, y el curso se dio con muy pocos asistentes; se grabó y difundió por radio, durante un tiempo, con gran audiencia, pero luego se retiró de las ondas. Marías obtuvo el permiso para trasladar desde el curso siguiente sus lecciones al Instituto de España, en el centro de Madrid, y así empezaron los cursos muy numerosos y con un público de gran fidelidad que han dado felicidad y sentido a los últimos veinte años de su vida. Desde 1981, hasta el 2001, Marías ha sido profesor universitario con curso abierto al público ciudadano, jubilado desde 1984, pero incansable hasta que la enfermedad le impidió continuar. Estos cursos sirvieron de base a varios libros de su última época. La cátedra de la UNED, que apenas le dio alumnos en su actividad reglada, abrió sin embargo el camino hacia su etapa de enseñanza más continuada, de más resonancia y con un apoyo público positivo y entusiasta.

Esa cátedra, ya a destiempo, y alejada de las formas usuales de docencia, sirvió no obstante para abrir el camino a su más amplia y fecunda enseñanza pública en su país, en cursos que primero apoyó la UNED, y enseguida promovió el Colegio Libre de Eméritos y la Fundación FUNDES por él presidida. Hoy queda, pendiente de que

algún día se reconstruya y se difunda, una enorme suma de materiales, resultado de aquellos cursos, que reunieron a innumerables gentes en torno a su palabra y su enseñanza.

Ideas sobre la Universidad. Una utopía necesaria

El hombre vive interpretando la realidad, unas veces mediante la acción; otras, más explícitamente, mediante teorías. Por lo que hace al caso, nuestro filósofo no sólo vivió la Universidad, de cerca y de lejos, y en contextos sociales muy varios, sino que pensó y teorizó sobre ella, y sus enormes problemas.

Lo hizo, en gran medida, desde su experiencia vivida. Comprendió el problema desde su vida misma, haciendo de ello un caso ejecutivo de razón vital. Para Marías, como para su maestro Ortega, la forma plena de comprensión es la “razón vital”, esto es, la vida misma en su función de dar razón de las cosas, de permitir su intelección.

Sus primeras reflexiones, en respuesta a una invitación de la Universidad de San Marcos, de Lima, en 1951, nacen sin duda de una doble experiencia madrileña: la de su facultad de estudiante, y su más reciente experiencia de un estimulante Instituto de Humanidades dirigido por Ortega y él mismo, de corta aunque productiva existencia (1948-50). En base a tales experiencias, indudablemente, escribió: “La Universidad es, irremediablemente, una utopía”. ¿Por qué?

Sustancialmente, por una razón: porque la esencia de la Universidad implica la entrega a la vida intelectual, movida por el afán de verdad y de saber; y ello resulta incompatible con toda una serie de funciones sociales que se le han acumulado a esta institución diseñada para funcionar como “servicio público”. Como dirá con toda energía en otro de sus escritos, la función primaria, aunque no única de la Universidad es sencillamente “enseñar a pensar” (Marías, 1981, 77).

Distingue en efecto cuatro funciones complejas, dadas las dimensiones del mundo actual: “creación intelectual” o investigación, docencia del conjunto de disciplinas teóricas y prácticas, influjo intelectual sobre la propia sociedad, y fomento de la red

internacional de relaciones que enlazan sociedades y países. Utopica, como dice el Diccionario de la RAE, es la propuesta “halagüeña, pero irrealizable”: eso es lo que le parece semejante proyecto.

Su experiencia del Instituto con Ortega, en Madrid —una “mínima institución” donde cada curso “era un hallazgo” (1988, 375)— le había hecho ver “la escasez” de personas con vocación intelectual. De ahí que tema sobremanera que no haya suficientes profesores competentes con verdadera vocación teórica para tantos puestos como las universidades de masas demandan. Al modo de su empresa madrileña, sugiere crear centros de alta calidad, de gran creatividad sobre temas concretos, libres de complicación administrativa; tales unidades han de resultar “insobornables y, por tanto, nunca prósperas. Perpetuas aventuras, en lo intelectual y en su menguada figura social” (O. IV, 537).

De esta suerte, estos núcleos de auténtica dedicación al pensamiento y al saber, libres de politizaciones y ajenos a las pasiones del poder social, habrían de funcionar como efectivos “centros creativos” que vivificarían las voluminosas y complejas instituciones necesarias a la marcha de las complejas sociedades de nuestro tiempo, tan profesionalizadas y tecnificadas.

La universidad norteamericana. Analogía y diferencias con la europea

La segunda experiencia biográfica decisiva fue su amplio y duradero contacto con la universidad americana, a partir de 1951, gracias a la cual vino a ser verdadero profesor. Tenemos buena noticia de ello en numerosos ensayos, y singularmente en sus dos libros sobre Estados Unidos, separados por una década.

No dejó de advertir que aquella era muy distinta de la universidad europea. Anotó diferencias, comenzando por las cuantitativas. Así anota que en Estados Unidos hay —cuando escribía, 1956— unas 1500 instituciones; la misma proporción exigiría en España “unas doscientas ochenta” (O. III, 413). Esto sólo ya muestra que estamos ante realidades diferentes.

La diferencia, con todo, es más honda: mientras para los europeos “de la instrucción científica se sigue la formación de la personalidad”, para el americano la relación sería inversa: “la formación de la personalidad requiere (entre otras cosas) instrucción científica” (Id., 415); por eso la universidad americana busca educar personas mediante la vida en sus campus, y la europea, informar técnicamente; ésta especializa pronto, con planes rígidos, y aquélla, sólo tras cuatro años de *undergraduate work*, con planes formativos flexibles que permiten combinar múltiples materias según el gusto individual. Veía la vida de la universidad americana regida por la libertad. Incluso cuando en los años 60 se sensibilizó hacia los problemas morales de la guerra del Vietnam, por debajo de todos los acontecimientos se percibía el “uso de la libertad” de los universitarios, su tolerancia de las discrepancias, el enorme ascenso a la cultura y la vida personal de las muchachas de *college*... (O.VIII, 110 ss.). Es ésta una imagen positiva lejos de la dramatización de los *mass media* europeos.

No obstante, también temía los peligros de un excesivo utilitarismo, la falta de inquietud intelectual (o “inspiración”) en profesores muy centrados en su pequeño campo, y el exceso de asistematismo, que puede producir huecos gravísimos en la formación de los estudiantes.

En general, la universidad americana parece haber activado el recuerdo de sus propios años de estudiante madrileño. En contacto con ella, reafirmó su convicción de que esta institución debe regirse solo por los principios de verdad y libertad; y le reafirmó en su rechazo a su instrumentalización y conversión en mero “mecanismo de docencia” (1973, 155).

El caso español

Aunque excluido de ella, nunca dejó de pensar en la universidad española, y de desear su recuperación. Lo iba a hacer desde su activa dirección de FUNDES, la fundación cultural por él presidida, y también desde el Colegio Libre de Eméritos, creado para contrarrestar los efectos de una jubilación adelantada, que durante unos años impulsó el gobierno a los profesores más maduros, buscando equivooca-

damente dar así mayor paso a los más jóvenes. Le preocupaba sobre todo hacer de nuestra universidad un núcleo de cultura y perfección para la vida intelectual social y personal.

Recordemos la creciente inquietud en torno a la universidad española en los años que siguieron a la muerte de Ortega, en 1955. La respuesta de la dictadura a la presión liberal se dejó sentir ahí con claridad. La destitución de los rectores de Madrid y Salamanca, Laín Entralgo y Antonio Tovar marcaron una inflexión en el curso político del país hacia el control y el mantenimiento del sistema. En ese contexto surge su ensayo sobre “La universidad en España” (Marías, 1973). Contiene su diagnóstico de nuestra institución en crisis. Ve en ella varias causas, en gran medida resultantes de su pasado reciente: la depuración política del profesorado tras la guerra civil (con numerosos expulsados y exiliados); la discriminación que introdujo la exigencia de adhesión al llamado Movimiento Nacional franquista; la mediatización de la enseñanza a la inspección eclesiástica; el control de las cátedras por los grupos en el poder (Id., 158; 1982, 674 ss.); también la falta de libertad, su tamaño pequeño (unos 100.000 universitarios por aquellos días [Id.,167])... Convencido de la imposibilidad de un cambio desde dentro de la universidad estatal controlada por los grupos políticos, abogaba por la apertura de un sistema con “universidades libres”, en que la concurrencia de centros en un “mercado libre” y su rivalidad forzase a elevar la calidad resultante (1973, 162). Era una propuesta impopular, porque los grupos políticos de derechas e izquierdas, por distintas razones, promovían la idea de “defensa de la universidad pública” frente a las posibles privadas. Aspiraciones socializantes de unos y resistencia al cambio de otros, coincidían en rechazar el supuesto “elitismo” de los posibles centros privados.

Marías, con sentido liberal, proponía “organizar el pluralismo” (Id., 163); no cerrar caminos por prejuicios ideológicos, sino multiplicar los medios para forzar al mundo universitario a competir, a exigirse y a elevar su calidad. Sería bueno, decía, que cambiara el Estado, pero con eso no se podía contar; era deseable que la universidad estatal cambiara, pero era inimaginable que lo hiciera desde

dentro (Id., 169); por eso, aspiraba a incorporar nuevas instituciones “libres” sostenidas por la sociedad.

Su modelo no eran las instituciones existentes, privilegiadas, que ya poseía la Iglesia en España (libre no es “privilegiado”); ni las dominantes en el tan distinto mundo americano, muy distinto al nuestro. Pensaba más bien en otras, “libres”, no estatales, de creciente peso en el mundo hispanoamericano, sostenidas por individuos y grupos sociales, que no condicionan su funcionamiento ni orientación. Sus requisitos habían de ser la libertad, la activa participación de la sociedad, y la aun más libre selección de profesores en función de su competencia; ello podría crear un espacio de concurrencia que fuera un comienzo de solución al problema.

Libertad, libre juego de fuerzas sociales, eliminación de la politización, competencia, superación de prejuicios y sesgos ideológicos, y reconocimiento del peso de una historia reciente gravitando sobre la institución: con esos mimbres, Marías abría la vía para un replanteamiento del problema, dentro de una efectiva visión liberal de la sociedad. Aunque tal propuesta no ganó apoyos en su día, luego, en gran medida, las reformas realizadas en el país han venido a coincidir bastante con aquellas apreciaciones suyas.

Conclusión

Esta historia resume, en pocas líneas, el perfil general de la existencia de Marías, desde la cual entiende el problema de la universidad. Precisamente su vida intelectual había quedado radicalmente afectada, a un tiempo, por la guerra, y por su fidelidad a la Universidad en que se formó, aquella que inició la Escuela de Madrid.

Su opción por la libertad de pensamiento, y la fidelidad a la filosofía de Ortega, que le parecía valiosa y verdadera, le excluyó de la universidad franquista. Y fue entonces cuando la universidad americana —norte y sudamericana— le abrió las puertas y le proporcionó un escenario internacional de extraordinario alcance.

Llegó al fin a la universidad española cuando ésta había ya salido de la dictadura, y su cátedra, como la de sus otros compañeros recu-

perados por el gobierno, fue un emblema del cambio de régimen y de los nuevos aires de la vida española.

Y fue, en fin, esa cátedra, sin alumnos, sin departamento, sin colaboradores, la que vino a servir de trampolín para su enorme labor pedagógica y creadora llevada a cabo en los cursos anuales que han dado pleno sentido a sus últimos tiempos.

Sus vivencias, su reflexión, su conocimiento de la estructura de la vida intelectual, le permitieron, además, dibujar un perfil de la institución universitaria donde dominan los valores de la convivencia intelectual, la libertad de pensamiento, y el espíritu creativo y libre de corsés institucionales. Su deseo de creación de centros educativos montados sobre creadores intelectuales que operan con libertad, sin excesivas ataduras administrativas, como núcleos de fermentación de nuevos pensamientos, corre paralelo de su idea de la enseñanza como “contagio”, como comunicación persona a persona, donde las evidencias y las sugerencias no se solidifican, sino que operan, mediante “vivificación” y personalización de los argumentos, originando nuevos focos creativos en los espíritus de los que aprenden. En todas esas críticas y en sus propuestas se trasluce, como en una filigrana visible al trasluz, su vida misma con sus experiencias, limitaciones y logros.

En última instancia, ha venido a aplicar a la Universidad sus valores supremos de verdad y libertad, aquellos que a su juicio han de regir y animar toda vida intelectual, como proceso personal auténtico y creativo destinado a la búsqueda del saber.

En el viejo romance castellano, el marinero que va en la barca anuncia:

“Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.”

El modelo de universidad viva, creativa, movida a impulsos del afán de saber nuevas verdades, es, como él mismo reconoció, una utopía. Pero tal vez la fuerza de la utopía radica precisamente en impulsar el ascenso del espíritu hacia las realidades que en ella se contemplan, es decir, hacia zonas ideales de renovación y claridad.

Bibliografía

Julián MARÍAS: (1959) “La Universidad, realidad problemática”, en *El intelectual y su mundo*, en *Obras*, IV, Madrid, *Revista de Occidente*, pp. 526-539 (orig. 1953).

Julián MARÍAS: (1973) “La universidad en España”, en *Innovación y arcaísmo*, Madrid, *Revista de Occidente*.

Julián MARÍAS: “Universidad y sociedad en los Estados Unidos”, en *Los Estados Unidos en Escorzo*, en *Obras*, III, Madrid, *Revista de Occidente*, pp. 413 ss.

Julián MARÍAS: (1966) “La Torre en guardia. Meditación de una Universidad”, en *El tiempo que ni vuelve ni tropieza*, en *Obras*, VII, Madrid, *Revista de Occidente*, pp. 551 ss.

Julián MARÍAS: (1970) “La Universidad”, en *Análisis de los Estados Unidos*, *Obras*, VIII, 110 ss.

Julián MARÍAS: (1988) *Memorias*, I, Madrid, Alianza

Julián MARÍAS: (1989) *Memorias*, 3, Madrid, Alianza

La elección radical

Adela Cortina

*(Catedrática de Ética y Filosofía Política.
Universidad de Valencia)*

“Pero, ¿y si después de la muerte seguimos viviendo? [...] entonces, precisamente entonces, es cuando me he comprometido a ser para siempre, y no sólo para un tiempo limitado, ese que quiero ser, ese que intento ser. Es entonces cuando todo, este mundo concretamente, tiene verdadera importancia: porque estoy haciendo, queriendo, diciendo algo que es para siempre”¹.

Con estas palabras ponía fin Julián Marías a una vibrante conferencia sobre *Lo bueno y lo mejor*, en una tarde de febrero de 2000, ante un público hechizado con su charla. El ciclo en su conjunto llevaba por título “*La educación y los valores*”, lo organizaba la Fundación Argentaria, y entre los asistentes —más que asistentes, participantes— contaban gentes de a pie, estudiantes y profesores de distintos niveles de enseñanza, y personas tan queridas para Julián Marías y para mí misma como Heliodoro Carpintero y como algunos miembros entrañables de la Asociación de Amigos de Julián Marías.

¹ Julián MARÍAS: *Lo bueno y lo mejor*, en A. Cortina (coord.), *La educación y los valores*, Madrid, Fundación Argentaria/Biblioteca Nueva, 2000, págs. 37-49.

Y yo quisiera traer a colación en este texto algo de lo que aquella tarde dijo, porque es una página de la filosofía moral española, y porque guarda relación con la muerte, que ya le ha llegado, y sobre todo con la vida, de la que allí trató.

Llegó don Julián al Círculo de Bellas Artes a la hora convenida, menudito, con cierta dificultad en el andar. Pero en cuanto subió a la tarima y dio comienzo a la conferencia, no hubo ya edad, ni problema físico, ni siquiera estatura: sólo palabra, profunda y clara. Sólo fuerza comunicativa.

El valor —nos dijo— se relaciona primariamente con la valentía, con el coraje, más que con la valía, como sustento de todos los valores. Y hace falta tener valentía para tratar de encarnar en el mundo los valores positivos (santidad, justicia, elegancia), atendiendo a su jerarquía, eso sí, porque la justicia es superior a la elegancia, y la santidad, el valor más alto.

Los filósofos han intentado eludir un asunto tan arraigado en la vida humana como es el del valor, porque plantea problemas sin cuento. Pero no existe un mundo humano sin valores, forman parte de él empecinadamente, constituyen la trama de la vida ética.

Hablaron de ellos Lotze, Brentano, Scheler y Hartmann. Habló de ellos Ortega en aquel precioso artículo “*¿Qué son los valores?*”. Y se fue conviniendo en que una existencia ética es la que trata de encarnar en el mundo los valores más elevados, respetando el orden de su jerarquía.

Pero, y aquí el problema, ¿se trata entonces de tener un catálogo ordenado de valores y de ir siguiéndolo paso a paso? ¿Es admirable una vida humana cuando su protagonista la organiza siguiendo al pie de la letra un manual de instrucciones axiológicas?

Nunca fue ésta la propuesta de Julián Marías, nunca la de Ortega. La vida personal, la vida biográfica es radicalmente proyecto, porque somos radical e inevitablemente libres. No repetidores de un manual, no cumplidores de instrucciones, mucho menos representantes de catálogos, que van de puerta en puerta intentando venderlos. La

vida, por el contrario, nos pone constantemente en el brete de tener que elegir, de tener que hacerla. ¿Con qué recursos?

Con valores, por supuesto, que no son seres contantes y sonantes, como los ríos o las praderas. Que *no son*, como bien decían Scheler y Hartmann, pero tampoco puede decirse de ellos, frente a Scheler y Hartmann, que sólo *valen*. No tienen ser, pero sí realidad, porque *los hay*.

Pensar filosóficamente en la propia lengua parece ser tarea de titanes. Lo hicieron los griegos y lo hacen los germanos, pero el mundo hispano parece empeñado en copiar cuando hace filosofía, como si el verbo “haber” o el “estar” no fueran una fuente inagotable de realidad, como han mostrado sobradamente Marías, Ortega, Zubiri, Aranguren y Laín.

Los valores no son físicamente, no nos hacen frente como cualidades físicas de las cosas, pero *los hay*, son cualidades de las cosas, aunque no físicas: tenemos que habérmolas con ellos a la hora de crear nuestro proyecto vital.

Un mundo sin valores no sería un mundo humano, sino propio de otra especie que desconocemos. Pero también es verdad que sería inhumano un mundo en que los valores inferiores fueran preferidos a los superiores, por mal cálculo, por ceguera axiológica o por debilidad moral. “Preferir”, ese verbo que impregna la vida toda, porque a lo largo de ella es necesario preferir constantemente aquello que creemos mejor.

Ya había publicado Julián Marías su *Tratado sobre lo mejor* aquella tarde de febrero, y allá nos transmitió su preocupación, puesta en escena: que el problema moral no es el de elegir lo bueno, “tal vez inaccesible”, sino lo mejor entre las posibilidades que se nos ofrecen². Y ahí los valores pugnan por ser preferidos, pero son las personas quienes prefieren unos u otros, desde su *proyecto vital* elegido, desde su *vocación*.

Junto a las éticas del deber, de la utilidad, de la *eudaimonía*, la ética de Marías y de Ortega ha sido empecinadamente la de la *autenticidad*, desde ese raciovitalismo nietzscheano que pugna por una

2 Julián MARÍAS: *Tratado sobre lo mejor*, Madrid, Alianza, 1995.

vida creadora y auténtica. “Sé el que sólo tú puedes ser”: ser plenamente moral exige preferir las posibilidades más adecuadas al propio proyecto vital, eligiendo en cada momento lo que en él *puede* ser elegido, y lo que en él *debe* ser elegido, según el proyecto con el que he adquirido un compromiso.

Junto a las éticas del deber y de la *eudaimonía*, o entreverada con ellas si se piensan en serio —nunca con las de la utilidad— la *ética de la autenticidad*, del *compromiso con la propia vocación*. Que se puede aceptar, y entonces la vida es moral; o rechazar, y entonces hemos preferido la inmoralidad. Es nuestra elección, la libertad nos constituye.

Con esto bastaría, si no fuera porque las elecciones puntuales se hacen en el marco de esa elección conjunta del proyecto, y entonces viene la pregunta para la que ofrecía una respuesta el texto con el que hemos iniciado este pequeño homenaje a la figura de Julián Marías, un texto que guarda relación con la muerte, pero sobre todo con la vida: ¿quién puede asegurar que “el conjunto de la vida toda termina con la muerte”, o quién puede asegurar lo contrario?

Bien decía Kant de la paz perpetua y de la inmortalidad que la razón teórica no puede asegurar que van a ser, ni tampoco negarlo. Bien puede decir Marías con respecto a una vida tras la muerte que nadie puede garantizar su realidad o negarla. Pero cuando la teoría ni afirma ni niega, hay un interés práctico, en este caso de la razón vital, de la que se encarna en un proyecto que lleva a preferir día a día cosas y, sobre todo, personas; un interés práctico en que las elecciones pervivan, por la radicalidad que les confiere el confiar en que no se han hecho para un solo momento, o para muchos, sino para siempre.

“A mí me importan enormemente algunas cosas y sobre todo algunas personas —decía Julián Marías poco antes de emprender el remate final de aquella hermosa conferencia—. Pero si el día que yo muera, que ya está cerca con toda seguridad, termina todo, dejarán de importarme esas cosas y esas personas, y entonces nada tiene verdadera importancia, nada tiene última importancia. Pero, ¿y si no es así?, ¿y si después de la muerte seguimos viviendo?”.

Una vida después de la muerte no le quita importancia a ésta, no justifica en ella la negligencia, el descuido de las cosas y las personas, la irresponsabilidad, sino justo lo contrario. Es la que me hace cuidar con más esmero aún de las personas a las que me entrego, de las cosas que elijo, de las causas por las que apuesto, porque me estoy comprometiendo con ellas para siempre.

Lo mejor de Nietzsche está aquí presente. La vida moral es todo menos descuido y negligencia, es elección radical e intensa, hecha con sentido de eternidad. Lo contrario del opio, la verdad del compromiso.

Al terminar la charla, tras un aplauso prolongado y cálido, preguntó alguien del público con un enorme respeto: “¿Nos ha expuesto don Julián Marías su propio proyecto vital?”.

Así era. Por eso, junto a Unamuno, Ortega, Zubiri, Aranguren y Laín, Marías pertenece ya a ese patrimonio de nuestra cultura filosófica y vital que no se puede obviar sin una grave pérdida.

¿El quejigo en peligro?

Miguel Delibes

(De la Real Academia Española)

En *Un año de mi vida*, informal diario que, a petición de José Vergés, mi editor de Barcelona, escribí entre 1970 y 1971, doy cuenta en repetidas ocasiones de la amistad y estrecha relación que mantenía con Julián Marías, así como de las frecuentes visitas que éste hacía por entonces a Valladolid, su ciudad natal. Repaso con nostalgia aquellos años y recuerdo con particular admiración las magistrales conferencias de Julián en “El Norte de Castilla”, una de las cuales, pronunciada el 21 de diciembre de 1970, me indujo a escribir lo siguiente: “Por la tarde, Marías habló en la Sala de Cultura del periódico sobre *Antropología metafísica*, el tema de su último libro. Me admira la facilidad de expresión y la claridad mental de este hombre, ya que los problemas que desarrolla no permiten sino conceptos exactos, la palabra medida y justa. Los juegos de aproximación no sirven aquí y, sin embargo, a lo largo de hora y media de conferencia, no he advertido en él la menor vacilación”.

Las anécdotas de mi relación con Marías, generoso padrino, no se olvide, de mi ingreso en la Academia de la Lengua, son incontables, pero, como hombre de campo que soy, guardo un recuerdo muy es-

pecial de la excursión que, con nuestras mujeres y en compañía de los Carpintero y de los Ruiz, hicimos en el verano de 1970 a la Laguna Negra, en Soria. Una jornada luminosa y feliz de la que fueron testigos tanto los frondosos bosques de Vinuesa como los dramáticos pinos nacidos en las grietas rocosas del entorno de la laguna. Los árboles, tan presentes entonces, no van a faltar tampoco en este homenaje a mi amigo Julián Marías.

* * *

Los olmos siguen muriendo. La pequeña olmeda que sombreaba mi refugio de Sedano ha quedado reducida a un ejemplar y, desgraciadamente, herido de muerte. Es curioso porque este superviviente vio prolongada su vida accidentalmente, no porque le tratáramos contra la grafiosis, sino porque fumigamos su copa contra un pequeño escarabajo, la galeruca, que devoraba la hoja. No recuerdo el nombre del producto, pero es evidente que aquella fumigación alargó la vida del árbol al menos tres o cuatro años. Ahora varias de sus grandes ramas se hallan desfoliadas y el resto conserva una hoja pequeña, débil y enfermiza, que hace pensar en su desaparición inminente. Si dolorosa es la muerte de cualquier árbol, lo es más la del olmo, particularmente en Castilla, tan unido al hombre y a las concentraciones humanas. La olma es un símbolo de unidad, de amparo, en los pueblos de Castilla y León. En muchos de ellos han muerto y ahora se piensa en la necesidad de reemplazarlas. Pero ¿qué poner en lugar de la centenaria olma recién muerta?

También el olmo es árbol de jardín. En el Campo Grande de Valladolid, y en el parque de Las Moreras, los olmos sacrificados han sido incontables. Sin embargo, aún hay supervivientes frondosos, auténticos testigos de la especie, como el que flanquea la primera entrada del Campo Grande, por Recoletos, viniendo de Filipinos. A lo largo de tres años le he visto tratar, ciñendo su grueso tronco con un cinturón de inyectables que le conservan la vida. Tengo entendido que en Soria se han salvado también olmedas enteras. El tratamiento ha de ser a base de productos que faciliten la circulación de la savia, flujo que trata de interrumpir un hongo, el *ceratocystis*, contra cuyos insectos portadores hay que luchar. Es decir, el árbol

muere por falta de circulación, por hemostasis. Mas la interrogante inevitable es ésta, ¿cuándo podremos considerar salvado al olmo que aún florece? O lo que viene a ser lo mismo: ¿Cuándo se podrá estimar erradicado el hongo que paraliza la circulación de la savia? Por otro lado: ¿Se puede confiar en que la actividad del *ceratocystis* y de los insectos vectores se limitará a destruir los olmos y no otros vegetales vecinos?

El equilibrio natural, cada vez más comprometido, trae cada día nuevos motivos de inquietud. En los montes de quejigos de Burgos que en La Lora ocupan extensas laderas y páramos, se observa este año un deshoje extraño, producido por una plaga de orugas de un apetito voraz. Funcionarios de la Junta me hablan de la posibilidad de fumigar desde el aire estas extensiones de monte para librarlas de los parásitos. Pero más que la acción inmediata contra la oruga, ¿no interesaría un estudio sobre su procedencia, multiplicación y riesgos de la nueva plaga?

En cualquier caso, entiendo que la preocupación administrativa por el medio ambiente no pasa de ser un gesto que aflora periódicamente en las campañas electorales, pero no se traduce en la actitud vigilante y continuada que requiere la conservación de un bien imprescindible tan amenazado como la naturaleza.

La intensidad como estilo

Leticia Escardó

(Periodista. Directora de la revista Cuenta y Razón)

“Por filosofía se ha entendido principalmente dos cosas: una ciencia y un modo de vida. La palabra filósofo ha envuelto en sí las dos significaciones distintas del hombre que posee un cierto saber y del hombre que vive y se comporta de un modo peculiar.” Así empieza *Historia de la Filosofía* un Julián Marías de 27 años que en el transcurso de su vida ha dado cuenta y razón de esta doble significación cumplidamente. Tenía D. Julián más que “un cierto saber”, una vasta cultura que puso a disposición del público a través de sus páginas y clases; y vivió —para su tiempo, muy peculiarmente— al aire libre, sin paraguas de seguridad alguna, libremente; con laboriosidad, con autenticidad, honestamente, sin mentir, sin fingir, ni presumir, en estado de alerta. Impregnando las dos significaciones del filósofo, la intensidad como estilo.

¿Qué es intensidad? El diccionario en su primera acepción —y presenta cuatro— ofrece una primera pista válida para entender el significado de lo que llamo “intensidad como estilo”: grado de energía de un agente natural o mecánico, de un sentimiento, etc. En la segunda, y con sentido figurado, dice escuetamente: apasionamien-

to. En las próximas líneas intentaré mostrar cómo el estilo —modo, forma— de Julián Marías a lo largo de su vida se ha caracterizado por un derroche de energía en una apasionada búsqueda: la verdad.

“Pero conviene no olvidar una cosa: y es que Unamuno no está hecho y concluso, ni tampoco su obra, sino que dependen de los demás, de los hombres posteriores. El presente reobra sobre el pasado y lo hace ser de nuevo; pero no por sí, sino en el presente. Lo que una cosa es, depende de lo que será, aunque parezca extraño”. Tenía Julián Marías 23 años cuando escribió estas líneas en *Blanco y Negro* —en plena guerra incivil— en aquel famoso artículo sobre Unamuno que comenzaba: “Hace dos años que se nos ha muerto a los españoles...”. 23 años y ya mostraba esa “intensidad” que ha caracterizado su pensamiento y escritura a lo largo de su vida.

Julián Marías se siente desde su primera juventud heredero de toda la escuela española de garra literaria y calado histórico que arranca en el final del siglo XIX, y al mismo tiempo, se siente discípulo de Unamuno, Morente, Zubiri, Gaos y sobre todo de Ortega. Se siente llamado a continuar la búsqueda de una filosofía propia, innovadora, capaz de dar respuesta a las preguntas radicales. Esta doble herencia fue conquistada por Marías, con asiduidad y constancia diarias, hasta transformarla en una filosofía propiamente suya difundida en más de sesenta libros y cientos de artículos en prensa, en todas sus conferencias y clases, con generosidad y un estilo muy peculiar, caracterizado por la claridad y sobre todo por la intensidad.

Pero la “intensidad” era para Marías más una exigencia personal de vivir con intención y atención cada instante y cada acción: ya fuese mirar o escuchar o leer o escribir o viajar o pensar en una muy personal y constante búsqueda de la verdad. Búsqueda realizada con fruición. Con gusto. No en estado de desasosiego, ni de urgencia. Sabía que la verdad era presa huidiza, pues toda aprehensión intelectual es repentina y fugaz, precisa atención, estado de alerta, debe captarse al instante y esta búsqueda mantenía toda su persona en estado de constante vigilia, con sus cinco sentidos despiertos, un poco al estilo

del cazador perdiguero. Este velar constante, andando tras la caza de la verdad, “dándole a la caza alcance”, le ha hecho dormir poco toda su vida, pero también le ha mantenido jovial y energético hasta el final de sus días. Sabía y sostenía que la verdad estaba al alcance de quien con buena fe mirase con atención la realidad.

Este estado de vivir en constante alerta tras la verdad ha conformado su peculiar modo de vivir, pero sobre todo ha impregnado su estilo literario con doble energía: hondura de pensamiento y calidad literaria. Julián Marías explicaba que frente a un artículo, un libro o un curso, lo primero que hacía era pensar: “¿Qué voy a decir?”. Luego, Marías daba al pensamiento estructura —elementos más orden— y forma mental (¿qué satisfecho se mostraba cuando, finalmente, había escrito el índice de un libro, o de un largo curso: “¡Ya está, ya lo tengo!”); formado el esquema, se sentaba a la máquina de escribir y sin dar marcha atrás empezaba a teclear —a navegar, diría— a toda vela, con intensidad.

“He escrito esta *Antropología metafísica* desde diciembre de 1968, en dieciséis meses sin interrupción, a pesar de mis desplazamientos: en Madrid, en Soria, en Indiana, otra vez en Madrid. Lo he escrito en un solo movimiento mental, exigido por el carácter sistemático de su teoría y por su forma literaria”. Confiesa en el prólogo de 1970 del libro que, en el prólogo a la edición de 1983, define como “el más mío, el que manifiesta mejor el sentido general de una obra muy extensa y dilatada ya durante treinta años”.

La calidad de página arranca en Julián Marías de esa urgencia en perseguir la verdad fugitiva desde dentro —única forma de ser original, decía—, de ese mojar la pluma en sangre que no en tinta, y que ofrece como resultado la intensidad como estilo personal. “A la filosofía se llega; en rigor, se está siempre llegando. Consiste primordialmente en un cambio de óptica o perspectiva, pero lo interesante es que luego se cae en la cuenta de que, a lo largo de toda su existencia, la filosofía mantiene los caracteres de la perspectiva cuando cambia; si se quiere una expresión sencilla, diríamos que siempre está empezando a mirar... Filosofar es estar renaciendo a la verdad; es no poder dormir”, afirma en *Antropología metafísica*.

Se manifiesta en Marías la intensidad como estilo desde sus primeros artículos, escritos con veinte y pocos años, y culmina en el prólogo de su último libro, firmado cinco meses antes de morir: “Quizá, con seguridad, ya no escriba más. La razón es divina, como nos recuerda Lope de Vega. Dios es *Lógos*, es Razón. Y la ha depositado en nosotros, aunque a veces se debilita debido a nuestra fragilidad. No perdamos la esperanza. Mientras gracias a esa fuerza me encamino a Dios e imagino cerca, con ilusión, la vida perdurable, pido a mis amables lectores —que me han acompañado benevolentes y atentos durante tanto tiempo— tengan presente el último verso de ese primer soneto de las *Rimas sacras* de Lope: “Vuelve a la patria la razón perdida”, cuando su luz venza mi oscuridad. Esa luz perpetua que siempre me iluminará. Nos iluminará, divina y admirablemente, a todos con su hermosísima claridad. Con su todopoderosa fuerza”. Esto escribe —mejor dicho, dicta— un Marías de 91 años, despidiéndose, debilitado hasta el extremo de no poder sostener una pluma entre los dedos de la mano, con oxígeno para respirar, el corazón cansado de tantos infartos, sí, pero con intensidad de pensamiento y estilo. Con lucidez y con coherencia.

Porque la ausencia de esa fe en la vida perdurable, que Marías sí hace gala pocos meses antes de morir, ha dicho muchos años atrás, era una de las más graves y actuales infidelidades a la perspectiva cristiana. Esa perspectiva religiosa que ha marcado —con intensidad— su vida entera. Decía, a propósito de las diversas infidelidades al Cristianismo —muchas de las cuales juzgaba como adherencias históricas—, y refiriéndose a las distintas formas de inquisición: “Si la fe es una gracia, no puede ser exigida. Su ausencia o desviación puede ser un pecado —que Dios juzgará— pero nunca un delito... Al cristiano le deben preocupar todos los hombres, amenazados por diversos males, desde el pecado hasta la soledad, la tristeza, la enfermedad, la vejez, la muerte, lo que afecta a todos. Es un extraño ‘materialismo’ el considerar que los únicos males son los económicos, y si éstos no cuentan se puede uno desentender del prójimo”. Pero añadía: “Acaso la infidelidad más grave es la que tiene mayor actualidad en nuestro tiempo: el olvido de la otra vida, la atenuación

de la perspectiva de la muerte y la perduración de la vida personal”. Marías ha querido ofrecer un último testimonio de fe y de coherencia vital escrito y vivido con intensidad.

Toda una vida apostada al mismo valor: la verdad, y ésta verdad descubierta descrita siempre con la misma intensidad. “No tengo que esconder ninguna de mis páginas escritas —decía Marías cumplidos ya los noventa años—: Ahí están”. Pongamos más ejemplos: “Siempre he creído que sólo se puede construir sobre la verdad, porque es coherente, resplandeciente aun cuando es dolorosa; la falsedad por el contrario es en sí misma destructora, incoherente, incapaz de edificar nada valedero y estable”, escribía en un artículo sobre la Argentina publicado hace tres años.

“No acabará de saberse —ni de tener realidad— el sentido último de algunas intuiciones de Unamuno mientras no se saquen de ellas —si se sacan— sus consecuencias extremas. La respuesta suficiente a aquellas preguntas sólo podrá encontrarse en el Unamuno que tendremos que hacer. La decisión corresponde al futuro. Y este es el signo en que se reconoce su fecundidad y su importancia”. Entre estos dos párrafos —tan similares en forma, escritos con idéntica intensidad— median 65 años.

La intensidad como estilo se manifiesta también en el arte de titular. Sus libros tienen títulos atractivos. Adecuados y precisos. Algunos tienen gracia literaria, podrían ser el título de una novela: *La mujer y su sombra*, *El tema del hombre*, *Mapa del Mundo personal*. Son títulos concisos, inductores para lectores medios, incentivadores de segundas lecturas y sobre todo sonoros, muy sonoros. Quizá por ese amor de Marías a la poesía. Quizá por su afición al cine. Pero sus títulos son todos sonoros. Desde los más filosóficos: *Antropología metafísica*, *Ensayos de teoría*, *El oficio del pensamiento*, a los más sociológicos: *El método histórico de las generaciones*, *La estructura social*, pasando por los ensayos históricos: *La España posible en tiempos de Carlos III*, *España inteligible*, *Cervantes, clave española*, a sus memorias, *Una vida presente*, o los libros que recolectan algunos de sus artículos en prensa: *La España Real*, *Tratado de convivencia*, *La fuerza de la razón*.

Este arte de titular, Julián Marías lo ha ejercido con esa intensidad que él requería a la vida para ser personal y sobre todo para ser ética. Pero lo ha ejercido no sólo en sus libros, sino en sus miles de artículos donde ha buscado al lector desde el título mismo. Vamos a repasar algunos ejemplos en prensa. Marías hace alarde de saber titular sin buscar titulares. Utiliza con cierta asiduidad la interrogación, por ejemplo: “¿Qué se ha perdido?”, “¿Excesiva originalidad?”, artículos ambos publicados en *ABC* en 1996, o “¿Por qué mienten?”, “¿Quién lleva dentro a Azorín?”, de 1997. Usa el binomio de palabras entrelazadas y reforzadas por conjunción: “Entereza y cordura”, “Personas y cosas”, “Maldad y Ejemplaridad”, los tres artículos publicados en *ABC* durante el año 1997, o “Sociedad y manipulación”, del año 2000.

En ocasiones elimina la conjunción y el efecto literario es más sonoro aún, aunque quizá menos poético: “Vientos contrapuestos”, “Proyectos sugestivos”. Algunas veces contrapone los términos, así en “Popularidad o estimación”, “Naturaleza o historia”, “Apertura o cerrazón”, todos ellos escritos en 1997 y publicados en *ABC*.

Otras veces el título es más largo y explicativo pero igualmente rotundo en su sonoridad: “El arte de no hacer caso”, “El peso de la libertad”, “La España posible”, “La incorporación máxima”, “El despertar de la conciencia histórica”, todos ellos publicados en *ABC* entre 1996 y 1997.

También con intensidad, Julián Marías ha ejercido el magisterio. En primer lugar desde su casa, siempre abierta para cuantos amigos, alumnos o discípulos precisasen respuesta. En segundo lugar desde el Instituto de Humanidades, fundado con Ortega en 1948. Pocos años más tarde desde las más prestigiosas universidades americanas. Muchos años después, ya “devuelta España a los españoles” en palabras de Marías, y por muy poco tiempo, desde la cátedra Ortega y Gasset de la Universidad Nacional a Distancia. Y muy al final de su vida, durante casi dos décadas, con una intensidad inusual para su edad, desde los cursos de FUNDES, del Colegio Libre de Eméritos y del Instituto de España.

“Todo se termina, hasta este interminable curso. Les había ofrecido a ustedes en esta última lección —sobre Ortega— explicar el hecho bastante insólito de la aparición en España, a comienzos de este siglo, de una figura de la magnitud de Ortega, de un filósofo absolutamente de primera importancia”... Así empezó Marías la última lección del curso dado en Madrid en junio de 2000 sobre “Los estilos de la Filosofía”.

Como tantos martes y jueves, una larga cola, más de 500 alumnos —de todas las edades—, esperábamos pacientemente a que abrieran la sala. Llega D. Julián andando muy despacio, sus 86 años a punto de cumplir, con serias dificultades para subir los escalones del estrado. Se sienta aún jadeando. Respira profundo. Y su figura se transforma en cuanto la palabra toma posesión de su ser. Se ilumina su rostro. Rebosa energía. Sus manos grandes abarcaban la mesa y su mirada, el auditorio entero. Ya está instalado en la clase, ya la intensidad está al servicio de sus oyentes.

Las frases brotan al servicio de los conceptos con claridad e intensidad: “Yo no estoy nunca solo. ¡Ah, este es el gran error del idealismo! Yo estoy siempre con las cosas, con unas o con otras; yo cambio, yo estaba hace un rato en mi casa, ahora estoy con ustedes en esta habitación. Sí, sí, pero estoy siempre con algo. No. Yo solo nunca estoy. Y, además, hay una parte, una parte que me ha acompañado desde mi casa, este cuerpo, esta mente, mi realidad psíquica, que no me ha abandonado”.

Julián Marías —¿quién puede recordar que cumplirá 86 años en unos días?— carga de emoción cada frase, no tiene delante un solo papel, ni siquiera un esquema, tan sólo el micro y un vaso de agua. Mira de frente, agita sus grandes manos como abrazando al auditorio que escuchamos en absoluto silencio su clase magistral. Mantiene la atención con silencios cadenciosos de segundos, la mirada de su ojo penetrante nos repasa, cuenta una anécdota, vuelve al hilo conductivo y prosigue sin casi respirar, ni dejar respirar, cortando el silencio su voz grave y cálida. Es más que una lección que clausura un ciclo, es un espectáculo prodigioso de inteligencia, memoria y voluntad. Julián Marías se transforma con el calor del público y el uso de la

palabra. Es un maestro, es un filósofo que tiene como estilo la intensidad.

Ejerció su magisterio vital, coherente y generosamente, desde que tuvo 17 años y empezó a explicar filosofía a un grupo de compañeras de la facultad, hasta el último momento, hasta esa última lección que es la muerte. Lo ejerció con intensidad, y empezando siempre por su ejemplo vital.

En el prólogo de *Persona*, escrito con 82 años, dice: “Este libro intenta comprender la realidad más importante de este mundo, a la vez la más misteriosa y elusiva, y clave de toda comprensión efectiva: la persona humana... La conciencia de este problema me ha acompañado a lo largo de toda la historia de mi pensamiento filosófico. Por sorprendente que pueda parecer, aparece ya en mi primer ensayo, *San Anselmo y el insensato*, escrito en 1935, a los veintiún años... En *La Filosofía del Padre Gratry* (1945) aparece temáticamente el problema de la persona, más aún y de manera muy personal en *Miguel de Unamuno* (1943); dentro de la primera exposición de conjunto de mi pensamiento en *Introducción a la Filosofía* (1947); con otros recursos, con un repertorio nuevo de categorías y conceptos en *Antropología metafísica* (1970). Desde entonces todos mis libros han sido exploraciones de la realidad de la persona... Cada vez que he dado un paso nuevo en el planteamiento del problema, me he visto obligado a realizar cierta innovación en algo difícil de ver y que casi siempre se pasa por alto: el género literario, la manera de escribir, que descubre el modo peculiar de pensamiento”.

Cierto en teoría, pero Julián Marías lo vivía en su vida. Para él, la persona, cada persona, era lo más importante. Su propio “mapa personal” era muy rico y variado. Tenía muchos amigos, viejos y jóvenes, de toda la vida y recientes, nos cruzábamos en su casa. Amigos de verdad. Con los que poder hablar de las cosas que a cada cual importan y preocupan. Le hemos visto renunciar a muchos “actos” importantes, a muchas invitaciones de couché con relieves dorados por estar en casa con un amigo de charla. Un amigo que, ¡tantas veces!, no era “nada”, pero era “alguien”.

Afirma en *Antropología metafísica*: “La relación personal, en cuanto es verdaderamente personal y no ‘cosificada’, es siempre ‘víspera de gozo’, aun en la presencia o la posesión más plena”. Y lo vivía.

Con ese estilo propio marcado por la intensidad, Marías afirma en *Persona*: “El alma, es decir, la persona, solo es de Dios y no puede ceder ante ningún poder distinto. Para Dios el hombre es persona única, inconfundible, insustituible, llamada a un destino rigurosamente personal... No es forzosa la referencia a Dios para que el hombre se vea y sienta como persona entre otras personas; basta con que reconozca la evidencia que se le impone si no se resiste a ella o la desvirtúa... Una forma distinta, pero no menos importante, en que aparecen los grados de personalidad es la estrictamente individual, diríamos mejor singular, y que no depende primariamente de la conducta: es lo que podría llamarse la intensidad de la persona. La noción de intensidad, como forma personal de la magnitud, ha surgido a propósito de los vectores en que los actos humanos se proyectan desde las distintas instalaciones. A cada una de las direcciones o cualidades de los proyectos corresponde una determinada intensidad. Cada persona ejerce cierta ‘presión’ sobre su circunstancia, se proyecta con mayor o menor energía sobre lo que la rodea, y por supuesto sobre su contorno humano”.

El contorno humano cercano —los españoles— lo conocía bien. También gustaba conocer el contorno físico porque le gustaba a Julián Marías —con intensidad— viajar y ver. Ahí están sus libros de miradas sobre India, Israel, Estados Unidos, Argentina... Pero sobre todo le gustaba vivir España. “Una sociedad es un sistema de vigencias: usos, creencias, ideas, estimaciones, proyectos con los cuales el individuo se encuentra y con los cuales tiene que contar”. Le gustaba Cervantes —*clave española*, como reza uno de sus libros— y repetía con inusitada calidez y fruición unos versos suyos:

“Español sois sin duda. —Y soylo, y soylo,
lo he sido y lo seré mientras que viva,
y aún después de ser muerto ochenta siglos”.

Marías impregnaba de mayor intensidad —si cabe— su conversación, su clase, su pluma si el tema era España. Tiene cinco libros en cuyo título aparece como sujeto España.

“Ha habido y todavía hay la tentación de creer que España, durante siglos, ha sido un error. No parece posible que las cosas sean así; y cuando se consideran las épocas no bien conocidas, de las cuales ni siquiera se adivina su proyecto, acaso se encuentra, como me sucedió al escribir *España inteligible*, un resultado inesperado: un máximo de coherencia y de continuidad”.

En *Cervantes, clave española*, escribe: “Cuando surge la apatía o la indiferencia o, todavía peor, el odio, Cervantes se pierde, desaparece del horizonte. Cuando, por el contrario, domina en España el entusiasmo, el no importar el fracaso por algo que vale la pena, en suma el amor inteligente, entonces España es fiel a su condición cervantina”.

Para Marías, como él dijo de Cervantes: “España es irrenunciable, irremediable, la circunstancia de que está hecha su vida. Y al mismo tiempo, libremente aceptada, querida, con solidaridad, sin dar ‘coces contra el agujón’, actitud tan frecuente entre los mejores españoles”. Decía siempre con intensidad, hablando de cómo enseñar Cervantes: “No basta con ‘saber’, tener información, mostrar el contenido de su obra. Lo más necesario es provocar entusiasmo. Sin él no se entiende nada —algo que se suele olvidar—. Quiero decir entender, comprender, la forma de intelección que corresponde a lo humano. Pero para provocar entusiasmo, la primera condición es sentirlo”. Y Marías siente entusiasmo sin límites por don Miguel, por España, por la enseñanza.

“Y al ver con la imaginación esa vida ejemplar, no por la genialidad de sus dotes, sino por su extremada autenticidad, por su apertura cordial a la realidad en torno, descubrimos lo que verdaderamente, en su íntima vocación, era aquella España, y vemos cómo ha perdurado, con desviaciones y desmayos, con olvidos, sin desaparecer nunca, siempre pronta a renacer”. Es nuestro autor hablando con intensidad de Cervantes, pero ¿no podemos decir otro tanto de Julián Marías, su vida y su obra, su tiempo y esta España nuestra tan desmayada hoy y tan —esperemos— pronta a renacer mañana?

Julián Marías, un hombre entero

Antonio Garrigues Walker y José Lasaga Medina***

*(*Abogado. Presidente de Fundación José Ortega y Gasset*

***Coordinador del Cincuentenario de José Ortega y Gasset)*

Julián Marías se licencia en la Facultad de Filosofía y Letras en el año 1936 poco antes de que comenzara la guerra civil. Esa es la circunstancia —en el más puro sentido orteguiano— que marcó su vida como la de otros varios importantes filósofos —entre ellos, Rodríguez Huéscar, Granell o Garagorri— que formaron con él una de las promociones más importantes de la historia de nuestra filosofía.

Marías asumió todas las pruebas que esos tiempos le impusieron y entre esas pruebas las de pasar por la cárcel, como consecuencia de una denuncia efectuada por una persona próxima, que decía y se comportaba formalmente como un buen amigo. Esa denuncia era —según sus palabras— “tan falsa como improbable”, pero aun así se resistió a hablar del incidente más de lo estrictamente necesario y jamás lo magnificó o intentó capitalizar en forma alguna. Llegó incluso a hablar de aquella época con positividad: “Los españoles tienen una fuerte vitalidad, incluso cierta estoica indiferencia ante las adversidades. Entonces gozaban de la vida con una intensidad

que acaso no se ha dado después. La escasez, la dificultad de conseguir las cosas, les daba más valor”.

Su situación, sin embargo, no fue fácil, ni material, ni espiritualmente. Cuando comenzó la posguerra, su Facultad de Filosofía había dejado de existir y la mayor parte de sus profesores o estaban muertos o habían partido para un exilio que se presumía largo. Y lo mismo pasaba con sus compañeros de promoción. Su maestro, y ya entonces amigo, Ortega y Gasset, volvió del exilio y ello fue para él un acontecimiento ciertamente positivo. Pero cuando Ortega se negó a alinearse o a comprometerse y se mantuvo a una elegante distancia, el ambiente filosófico y cultural no pudo ser más hostil para los cercanos a Ortega, y entre los más cercanos estaba ciertamente Marías.

Marías pudo haberse exiliado a cualquier universidad americana, a donde habían partido muchos de sus amigos, pero decidió permanecer en España y dar la batalla de su independencia personal, de sus convicciones, en suma, de su vocación. La universidad franquista, en lo que respecta a la filosofía, se había vuelto ni más ni menos que hacia la Edad Media: tomismo en estado puro, muy respetable como saber histórico, pero evidentemente incompatible con lo que Ortega había denominado la “altura de los tiempos”, lo que había que pensar, que es una exigencia irrenunciable en filosofía.

Marías fue rechazado por esa Facultad en manos del nacional-catolicismo. Su tesis doctoral sobre el Padre Gratry, dirigida por Zubiri, no se aceptó. No contaba con la *venia docendi* el autor de un manual de *Historia de la Filosofía* que, publicado en 1940, era conocido, utilizado y apreciado por la mayoría de los estudiantes de aquellos años, cosa probada por la constante reedición del libro. Tenía algo de simbólico el que éste llevara un prólogo de Xavier Zubiri y un epílogo de Ortega y Gasset, sus dos grandes maestros, los dos grandes ausentes de aquella absurda facultad poblada de fantasmas. Pero eran fantasmas que escribían. Roig Gironella, Villaseñor y, sobre todo, Santiago Ramírez, todos ellos religiosos, lanzaron una campaña de críticas contra la persona y la obra de Ortega que en algunas ocasiones bordearon la difamación. Se llegó a hablar incluso de colocar la obra de Ortega en el Índice de la Iglesia, donde

había terminado un libro muy admirado por Marías: *Del sentimiento trágico de la vida*, de don Miguel de Unamuno, a quien, por cierto, Marías dedicó su primer libro.

No era posible dejar pasar la ocasión mirando hacia otra parte. Muchos fueron los intelectuales que salieron en defensa de Ortega, como Laín, Maravall o Aranguren que redactó un librito titulado *La ética de Ortega* para mostrar que en su pensamiento no había más incompatibilidad con el cristianismo que el que pudiera haber en una encíclica papal. Pero quien, *noblesse oblige*, se empleó más a fondo fue Marías, que escribió un libro lleno de paciencia, respeto y sabiduría para refutar con toda energía los, en muchas ocasiones, peculiares argumentos de los críticos orteguianos. La cosa hubiera sido divertida si no fuera porque Marías era a la vez y públicamente católico y orteguiano. Desde entonces uno de los temas más interesantes de la recepción orteguiana es éste de si cabe una filosofía expresamente cristiana desde las categorías de la razón vital. Un tema fascinante del que habrá que ocuparse “*in extenso*”.

La firmeza de Marías en la defensa de su maestro no le facilitó las cosas. Comenzó a frecuentar varias universidades americanas, entre otras Harvard y Yale, pero aunque tuvo ofertas muy atractivas, no quiso establecerse en ninguna y siguió manteniendo la condición de profesor visitante. Era pues un escritor en España y un profesor de filosofía en Estados Unidos; y no sólo allí, pues impartió cursos en muchas otras universidades, entre ellas en Buenos Aires y en la de Río Piedras en Puerto Rico, donde se había exiliado un nutrido grupo de intelectuales españoles, como Francisco Ayala, Antonio Rodríguez Huéscar o Juan Ramón Jiménez.

Marías iba y venía, publicaba artículos y libros, pero a pesar de los cambios que el tiempo iba introduciendo en las cosas, la universidad franquista se mantenía firme casi en un único respecto: no franquear el paso al magisterio orteguiano. Hasta mediados de los sesenta, el ambiente había sido antiorteguiano, según acabamos de ver; pero después, y para decirlo con una expresión del propio Marías, la universidad, a la que se había incorporado una nueva generación de jóvenes profesores, decidió desentenderse de Ortega, ignorarlo

lisa y llanamente. Las causas son tan complejas que no es posible detenerse en ellas, pero sí conviene decir que eso tuvo que ver con el clima general de la filosofía occidental. Decididamente, Marías no tuvo suerte con la Universidad española. Cuando en 1980, el entonces ministro de la UCD González Seara decidió hacer un acto de justicia histórica nombrando a Marías catedrático extraordinario de la recién creada Cátedra “José Ortega y Gasset”, lo fue en la UNED, es decir en una universidad que impartía un tipo de docencia que no presupone la relación presencial con los alumnos.

La obra de Julián Marías es muy amplia y variada, por tanto, difícil de sistematizar. Hay que decir que Marías es, ante todo, por formación y proyecto personal un filósofo, y un filósofo de una tradición si se quiere incipiente pero muy precisa en sus formulaciones y temas de investigación. Me refiero a la razón vital. Libros como *Introducción a la Filosofía* (1947) o *Idea de la Metafísica* (1954) son tratados de filosofía primera que expanden y profundizan las intuiciones de una filosofía pensada por primera vez en los textos de Ortega. Pero las ideas no son propiedad de nadie, sino de quien las piensa, y en ese sentido, Marías, como ha señalado Pinillos en el prólogo al libro que Harold Raley dedicó a Marías, *La visión responsable* (1977), más que discípulo es heredero de Ortega. En una situación filosófica normalizada, no habría que dedicar más tiempo a la distinción entre “discípulo” y “heredero”, pero en España y después de cuarenta años de anormalidad académica, con la mitad de la filosofía en lengua española escrita en el exilio, la cosa no deja de tener su dificultad. Subrayemos, por tanto, la amplitud de temas tratados por Marías en sus libros, así como la profundidad y originalidad en el tratamiento de los mismos. Asuntos como la estructura empírica de la vida humana (en su *Antropología metafísica*, 1970) o el desarrollo de la teoría de las generaciones, apuntada por Ortega en cursos, como *En torno a Galileo* (1933), en *Generaciones y constelaciones* (1949), suponen análisis originales de temas de razón vital, a los que hay que añadir, en primer lugar, los dos largos estudios dedicados a su maestro: *Ortega, circunstancia y vocación* (1960), y casi veinticinco años después, *Ortega II. Las trayectorias* (1983), publicado en el

aniversario de su natalicio. Y hay que mencionar su producción en campos como España, a la que ha dedicado libros tan significativos como *España inteligible*, *Cervantes, clave española* o *España ante la Historia y ante sí misma* (1898-1936), por citar unos pocos; o los libros dedicados a trasladar al lector español sus experiencias viajeras por países como Estados Unidos, Hispanoamérica o la India. En los últimos años, Marías inició un último ciclo productivo muy interesante. Me refiero a una serie de libros que publicó sobre lo que, en rigor, hemos de llamar “experiencia de vida”. En un sentido más académico, hablaríamos de filosofía práctica, a la manera estoica, es decir, de esos libros en que se vierte la sabiduría que hemos atesorado a lo largo de nuestra vida en relación con las clásicas preguntas “¿qué camino seguiré?” o “¿cómo he de comportarme?”. Marías ha dicho en algún sitio que se trata de algo así como de un acto de restitución: de devolverle a la vida lo que ésta nos ha dado. Algunos de esos libros, que, por cierto, tuvieron un notable éxito de ventas en el momento de su aparición, son *La felicidad humana* (1987), *La educación sentimental* (1991) o *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida* (1995). A estos hay que añadir el libro que en rigor atesora de manera más íntima y, por tanto, profunda la “experiencia de vida” del propio Marías. Me refiero a sus memorias, publicadas en tres volúmenes: *Una vida presente*.

Marías ha escrito todos esos libros, y muchos más que no es posible citar, con un estilo transparente, ordenado y complejo. Lo primero porque ha tratado, en la estela de su maestro Ortega, de practicar la cortesía del filósofo. Y no sólo por eso, sino porque es un escritor que ha sido capaz de apoderarse de los recursos del idioma y servirse de ellos. Ordenado porque filosofar es en cierto modo educir un “orden”, un “sistema” del caos del mundo, y esa última intención se advierte en toda la escritura de Marías. Y complejo porque no ha renunciado Marías a vérselas con los temas de máxima dificultad que no son, como la gente suele creer, la estructura de la materia o la alta matemática. Esos temas pueden ser difíciles, abstrusos, especializados. Pero no son complejos. Lo más complejo, y por definición, es la vida humana, la de cada cual, pues abarca la totalidad del mundo,

todo lo que hay. No hay nada más vasto, múltiple y profundo. Y los análisis que se hagan sobre la vida humana habrán de tener este compromiso con la complejidad.

Marías se había retirado de la vida pública hacía ya varios años. Cumplidas sus trayectorias, su prolongada edad le había convertido en un “superviviente”, que, en el contexto histórico del juego de articulación entre generaciones, significa que su generación ha dejado de tener eficacia histórica, incluso “presencia”, por elementales razones biológicas. Ahora, cuando desgraciadamente su fallecimiento se ha producido, es el momento de dar por concluida la biografía y hacer balance. Julián Marías ha sido uno de los intelectuales más completos de la segunda mitad del siglo xx. Su influencia social es difícil de medir, pero no creo que su templada filosofía liberal haya sido ajena a la ejemplar salida del franquismo que protagonizó la totalidad de la sociedad española, produciéndose, por una vez, una refundación del cuerpo político sobre la saludable garantía de que no se excluía a nadie. Marías ocupó un discreto segundo plano en aquellos ajetreados años, pero en su momento sabremos si su influencia, difusa acaso, pero decisiva, como se sostiene aquí, tuvo que ver con algo tan vital como invisible: la atmósfera. Pues si es verdad que respiramos en una atmósfera gaseosa, no lo es menos que decidimos nuestro destino en una atmósfera de valores e ideas. Y es a ésta a la que Marías ha contribuido decisivamente.

“Balance” significa establecer los contrapesos entre lo que la persona ha aportado a su sociedad y lo que ésta le ha devuelto. A este respecto, se puede tener la impresión de que la sociedad española de comienzos de siglo XXI tiene algún trastorno en la memoria, como la de esas personas mayores que son incapaces de recordar lo que comieron ayer pero pueden rememorar con toda precisión lo ocurrido hace cincuenta años. Quizá cuando en 2004 Marías cumplió noventa años, la comunidad cultural española debió ser un poco más generosa y atenta y hacerle un homenaje. Es verdad que éstos no le han faltado. Pienso en el voluminoso, denso *Homenaje a Julián Marías* que Espasa publicó con motivo de su sesenta cumpleaños. Sea justa o no esta impresión, siempre estaremos a tiempo de rendir un homenaje

a este ejemplar pensador de la España que había cumplido el sueño de ser europea, esto es, de disponer de una ciencia y de unas libertades cívicas a la altura de cualquiera de las viejas naciones de Occidente, en compañía de las cuales venimos haciendo esa larga travesía que es nuestra historia. La Fundación Ortega y Gasset se propone dedicar a Marías y a su obra toda su fuerza, y todo su interés.

Julián Marías, amigo de mirar

Enrique González Fernández

(Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación)

Cuando murió Ortega, en 1955, Julián Marías escribió un artículo titulado “*Ortega, amigo de mirar*”, porque él se confesaba miembro del gremio platónico de los *philotheámones*, de los filósofos, amigos de mirar. También Marías ha hecho profesión y vocación del mirar. Mirando —dice— se hacen las dos terceras partes de toda filosofía que no sea una escolástica. El filósofo ha de recorrer la realidad con su mirada.

Frecuentemente insistía Julián Marías en la importancia de mirar bien todo alrededor, de fijarse con atención en los rostros de las personas, en esas caras donde está inscrita cada biografía, y en hacer mucho caso de lo que ellas nos muestran; aseguraba que su confianza en las personas dependía de lo que le revelaban sus rostros. “El conocimiento más verdadero que podemos alcanzar de una persona es el que nos proporciona la contemplación de su rostro”¹.

Para Marías, la persona se manifiesta en su cara, “está literalmente brotando, manando, en el rostro viviente”². El rostro, representación

1 Julián MARÍAS: *Antropología metafísica*. Alianza Editorial. Madrid, 1987, pág. 134.

2 Julián MARÍAS: *Mapa del mundo personal*. Alianza Editorial. Madrid, 1993, pág. 19.

de la persona, descubre la interioridad. En la cara está presente la persona misma. Lo malo es que el hombre contemporáneo, “por ser más racionalista que racional, no suele ver lo que es inteligible en el rostro ajeno, y además rara vez tiene en cuenta lo que ha visto”³. “La vida deja huellas en la cara, que tiene una expresión propia, bien-humorada o malhumorada”⁴. Incluso puede adivinarse la bondad o maldad de una persona mirando su rostro.

Marías daba enorme valor a las apariencias no de las cosas, que pueden engañar, sino de las personas: “A ellas les pertenece la apariencia, lo que de ellas parece y aparece, como parte esencial de la realidad”. Las frases “Las apariencias engañan” y “No hay que fiarse de las apariencias” se refieren a las de las cosas. En cambio, “Salvar las apariencias” se refiere a las de las personas. Y se pregunta: “¿Cómo desdeñar las apariencias? Significaría una forma incurable y perniciosa de ceguera. Por desgracia, se practica con demasiada frecuencia. Se resbala sobre la expresión de las caras, los gestos, los ademanes, la voz y su entonación, lo que se dice cuando se habla. Escasea la atención, condición de toda perspicacia; todavía más la reflexión sobre lo que se ha visto, la articulación con toda una serie de percepciones que se echan en saco roto”⁵.

Decía que hay que aprovechar mucho la mirada cuando se tiene el privilegio de poseerla. Recordaba Marías que, siendo él estudiante de la Facultad de Filosofía, Ortega invitaba insistentemente a sus alumnos a mirar a su alrededor, sobre todo cuando se es joven, cuando se tiene más flexibilidad, interés y curiosidad que en edades posteriores para aprehender la realidad; “luego ya no se puede”, añadía. Por pérdida de elasticidad vital, de sensibilidad y capacidad de proyección, por retracción, por la “corteza” de que la persona madura suele rodearse para disminuir su vulnerabilidad.

Julián Marías sufrió indeciblemente durante los últimos años de su vida en este mundo. Más que los dolores, que soportaba con tanta

3 *Ibidem*, pág. 32.

4 Julián MARÍAS: *La felicidad humana*. Alianza Editorial. Madrid, 1989, pág. 195.

5 Julián MARÍAS: *La fuerza de la razón*. Alianza Editorial. Madrid, 2005, págs. 115-116.

paciencia, lo que de verdad resultaba penoso para él era no poder seguir leyendo y escribiendo. Desde el año 2000, y durante cerca de un lustro, me dictaba sus artículos. En uno de ellos, con esa atrayente y elegante voz que todavía parece resonar en mis oídos, exponía así su pensamiento: “Por extraño que parezca, echo de menos en mis contemporáneos el ejercicio intenso y frecuente de una posibilidad absolutamente elemental: mirar. No basta, pero es el punto de partida. Si no se mira, y esto desde la primera juventud, el botín acumulado es siempre pobre, quizá todavía más en medio de la abundancia ambiente. Rodeado de cosas, de objetos que se compran, de imágenes que asedian por todas partes, la tentación es no mirar, pasar distraídamente la vista sobre lo que nos rodea, dejarse llevar por lo que se dice, se ofrece, se muestra, se vende. Son legión los que no viven desde sí mismos, se dejan llevar por los medios de comunicación, por todas las formas de propaganda. Hay que volver a contar con las apariencias, a fiarse de ellas, de lo que se ve”⁶.

Pero “la mirada filosófica nunca se queda quieta, va y viene, tiene que justificarse. La verdad filosófica no sirve si no se está evidenciando, si no exhibe sus títulos o *porqué*. Podríamos decir que ninguna verdad es filosófica si no es evidente”. Y el auténtico filósofo, lejos de caer en la soberbia, “desemboca en la más radical humildad, en la única verdadera humildad: aceptar la realidad”⁷. De aquí parte el inmenso respeto a la realidad que tanto ha tenido Julián Marías. Hay, por el contrario, “ciertas formas de pensamiento caracterizadas por un singular “asco” a la realidad, que debiera estudiarse a fondo”⁸.

Su amigo Gabriel Marcel hablaba de “*techniques d’avilissement*”, técnicas de envilecimiento. Se está difundiendo una extraña complacencia en lo que es desagradable, sucio, negativo, ofensivo, despreciable, vil. Hoy estos hechos se los subraya, retiene, acentúa, consolida. Se descalifica y condena. Son técnicas para potenciar ese lado oscuro de la vida. Está muy difundida la creencia de que lo “inteligente” es ver lo penoso y destructor. “Mi punto de vista es aproxi-

6 *Ibidem*, págs. 121-122.

7 Julián MARÍAS: *Antropología metafísica*, *op. cit.*, pág. 20.

8 *Ibidem*, pág. 26.

madamente el contrario: cuando se atiende a la realidad, cuando se la mira directamente y con atención, se descubre que en gran proporción es valiosa. El examen sincero de casi todo lo que es real lleva al descubrimiento de calidades positivas, que importaría retener y salvar”. “Habría que ensayar un cambio de óptica; frente a las técnicas de envilecimiento, se podría intentar una visión de salvación de lo real”. “Lo que resulta urgente es una corrección de la perspectiva, del punto de vista; en el fondo, se trata del uso indebido de técnicas destructoras, que sustituyen lo efectivo por construcciones mentales injustificadas e injustificables”⁹.

Es menester conceptualizar la evidencia, método adecuado del pensamiento filosófico. Lo que se ve es evidente, y ulteriormente hay que formularlo en conceptos, pero no debe hacerse al revés: forzar a la realidad a ajustarse a un sistema conceptual previo que la desfigura, origen de la mayoría de los errores de la historia del pensamiento. Por eso la “verdad consiste en dejar que la realidad penetre en nosotros y se dibuje en nuestra mente; en ese sentido, el conocimiento filosófico supone una aparente pasividad, que en rigor no lo es, y que sería mejor llamar humildad o aceptación de la realidad, respeto a ella. Pero no es pasividad, porque esa visión requiere *mirar*; ejercer presión sobre la realidad y obligarla a que se manifieste, a que empiece a manar y verter su sentido, a que supere su afición a ocultarse y se haga inteligible”¹⁰.

Marías piensa que quienes, contrariamente, imponen a la realidad sus conceptos previos le faltan al respeto. Por ejemplo, los idealistas alemanes no dejaban que la realidad se impusiera, sino que ellos se imponían a la realidad y ejercían violencia sobre ella. La reacción que siguió, el positivismo, retuvo de lo real solamente la porción que encajaba con su método tomado de las ciencias de la naturaleza, y renunció a todo lo demás, que es la mayor parte de la realidad. “El siglo xx empieza con un grado mayor de libertad; por lo pronto —no se olvide, porque es decisivo— libertad de mirar; y de aceptar lo visto. A esta actitud acompañó la fruición de la visión y la com-

9 Julián MARÍAS: *La fuerza de la razón*, op. cit., págs. 192-194.

10 Julián MARÍAS: *Razón de la Filosofía*. Alianza Editorial. Madrid, 1993, pág. 135.

placencia en lo real. Estos filósofos están dispuestos a aceptar lo que encuentren y a serle fiel. No admiten, por ejemplo, que se reduzca lo “dado” a lo dado en la experiencia sensible, y menos aún que lo dado se identifique con lo real sin más. Esta fue acaso la primera liberación”¹¹.

Hoy ha descendido la vocación, el interés por la filosofía. Esto es consecuencia, según Marías, de que la misma filosofía ha venido tradicionalmente aquejada de abstracción, separada y desconectada de la vida concreta de cada cual. “La enorme difusión de las mentalidades abstractas, que abarcan hoy la mayor parte de lo que se llama, no sin impropiedad, “pensamiento”, se debe a una extraña *fecundidad* de los “principios”. Lo abstracto opera mecánicamente, pierde el carácter *visual* propio del pensamiento concreto, y prolifera de modo ilimitado, sin tener en cuenta la realidad, que impone su estructura y obliga a ajustarse a ella”¹².

Pero ocurre lo que Marías llama la “fragilidad de la evidencia”: después de ver con claridad indubitable algo, la presión de lo que se dice y repite hace que desaparezca la anterior claridad y se pierda lo que parecía firme.

La realidad no sólo incluye diversos modos, sino que tiene diferentes maneras de presentarse, y por tanto hay varios caminos de acceder a ella. Todo esto significa el comienzo de una etapa, lo que el propio Julián Marías denomina un “punto de inflexión”, que ha introducido la perspectiva propiamente *personal* en la filosofía y que ha recuperado la razón, salvándola a la vez del racionalismo y del irracionalismo, respetando la realidad sin prejuzgarla. La vida es el ámbito en que se constituye y manifiesta toda realidad; la razón no es separable de la vida ni contraria a ella, sino la vida misma en su función de comprender. Se introduce así la visión de la realidad *desde la persona*. Porque Marías ofrece a la filosofía la empresa de ver la realidad desde esa persona, en su vida y no fuera de ella. Esto

11 *Ibidem*, pág. 98.

12 Julián MARÍAS: *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida*. Alianza Editorial. Madrid, 1995, pág. 39.

lleva a una visión enteramente nueva de lo real, en la cual se puede encontrar orientación para vivir, para saber a qué atenerse. “Solamente esto puede superar la profunda y peligrosa desorientación de nuestra época”¹³.

“Lejos de pertenecer al pasado, esta filosofía apenas ha hecho más que comenzar, pertenece primariamente al futuro”. Todavía el mundo académico no se ha dado cuenta de la máxima importancia y de la extraordinaria fecundidad de la filosofía de Marías, que marca ese punto de inflexión de su historia, el que le corresponde a la innovación frente al arcaísmo. “Lo urgente es tomar posesión de todo ello, de lo que somos, para seguir adelante. Pero esto no es posible más que si partimos de aquello adonde hemos llegado; si no se hace —y es lo que en los últimos decenios se elude o niega—, se cae inevitablemente en el arcaísmo, se invierte el camino normal de la historia”¹⁴.

“Lo decisivo es que la verdad filosófica no consiste sólo en el momento de la *alétheia*, el descubrimiento o patentización y, por tanto, la visión; requiere al mismo tiempo el afianzamiento o posesión de esa realidad vista; la filosofía es descubrir y ver, poner de manifiesto; si una filosofía no es visual, deja de ser filosofía —o es la filosofía de otros—; pero no basta con ver: hace falta además “dar cuenta” de eso que se ve, dar razón de sus conexiones. Por eso propuse hace algún tiempo una “definición” de la filosofía: *la visión responsable*”¹⁵.

Esta visión responsable ha llevado a Marías a realizar lo que creo es el rasgo más característico de su pensamiento: la descosificación en la visión de la realidad. Frente “a las cosas como tales no hace falta filosofía”¹⁶. La situación actual es crítica: Marías la llama de *invasión de cosas*, con el consiguiente oscurecimiento de la vida humana en la cual se encuentran y que hace posible su comprensión. Esto explica el hecho de que la filosofía haya sido “desalojada” en nuestra época. Y al mismo tiempo se da el fenómeno inverso: que

13 Julián MARÍAS: *Razón de la filosofía*, op. cit., pág. 119.

14 *Ibidem*, pág. 110.

15 Julián MARÍAS: *Antropología metafísica*, págs. 22-23.

16 Julián MARÍAS: *Razón de la Filosofía*, pág. 57.

la ausencia de la filosofía permite esa invasión de las cosas. Porque hoy ocurre la gravedad “de que el hombre, para decirlo con una frase coloquial, “no piense más que en cosas””¹⁷.

A lo largo de la historia se ha venido cosificando casi todo, y especialmente hoy se sobrevaloran tanto las cosas que son eliminadas aquellas realidades que no lo sean. Pero estas realidades que se rehúyen sistemáticamente porque no son cosas resultan ser las más importantes. Por ejemplo, Julián Marías advirtió que en las enciclopedias no aparecía el artículo “Amor”, concepto que parece indigno o imposible de ser tratado. Esto —que le resultaba escandaloso— lo comentó con el director de una de ellas, el cual le pidió que escribiera tal artículo, y así lo hizo. Tampoco suelen aparecer los conceptos de felicidad o de vida fuera de su sentido biológico. Todas estas realidades, que son las más reales, no son cosas. “Lo malo es que también las mentes están llenas de cosas, que apenas se piensa en algo más que ellas”. Y diversas “formas de despersonalización caracterizan las formas más frecuentes y difundidas del mundo actual. Son legión los hombres y mujeres de nuestro tiempo que se avienen a creer la propaganda que intenta persuadirlos de que no son nadie, simples organismos de existencia limitada, condenados a la aniquilación tras la muerte. Durante milenios, el hombre había creído que era una realidad perdurable, responsable, que tendría que dar cuenta de su conducta, la cual no se extinguiría un día cualquiera. Es urgente que nuestros contemporáneos caigan en la cuenta de que son personas con todas sus consecuencias”¹⁸.

Ahora que Julián Marías es más persona, con todas sus consecuencias, en esa vida perdurable que él tanto imaginó y deseó es cuando ya ve perfectamente, cuando recorre toda la realidad con su mirada felicísima, deificada, y disfruta admirando a las personas —las de allí y las de aquí—, amándolas, ayudándolas con sus amigos ojos a los que tantísimo debemos y echamos de menos.

17 *Ibidem*, pág. 58.

18 Julián MARÍAS: *La fuerza de la razón*, op. cit., pág. 17.

La persona humana era su secreto a voces

Antonio Hernández-Sonseca

(Canónigo de la Catedral de Toledo. Profesor de Filosofía)

Tengo viva mi última visita a su casa de Vallehermoso, 34, y bien grabados en la memoria del alma sus consejos, por desgracia el vademécum de sus últimos consejos, casi entrecortados pero sistemáticamente concentrados, no podía ser de otra forma, en la tarea grande del vivir: “No te canses de seguir esforzándote. No envilezcas falsamente tu realidad interior. Sigue mirando a la vida con ilusión y en fidelidad con tu vocación irrenunciable; ella es tu mejor circunstancia. Por ella te defines como en tu nombre propio. Sigue siendo amante de la verdad teniendo la libertad como aspiración. Nada te va a exigir tanto ni te proporcionará tanto. Asume de forma inteligente los ingredientes que constituyen tu realidad interior, con deseos de avanzar en elevación”.

Mis ojos no podían sustraerse ya a sus limitaciones tan pacientemente sobrellevadas, pero seguía estando en lúcida coherencia consigo mismo, dotado de su carisma meditativo, fija su atención en las cosas que más deben importarnos, pródigo en ofrecerte motivos de esperanza y ganas enormes de vivir a fondo tu realidad personal, e impenitente en sembrar claridad sobre la multiforme riqueza de la

realidad y los avatares de la vida presente. Sin angulaciones retorcidas seguía practicando la sentencia cervantina: “Ilaneza, que toda afectación es mala”.

Me trajo a la memoria esas familiares sobremesas vividas en el restaurante La Playa, junto con Enrique González, en las que tanto nos insistió a ambos: “Desde hace tiempo no creo en titulaciones ni en papeles. Creo más y sobre todo en la persona humana. Y las cosas que veo y que siento me hacen creer más en la Providencia”.

Aquellas conversaciones en privado las viví como una necesidad; aunque breves, me parecían infinitas. Dejaban al descubierto la relatividad de nuestras categorías de espacio y tiempo. Daba unas vueltas inéditas a las anécdotas y cuestiones cotidianas, y con un estilo de la mejor acrobacia sabía remontarse sobre ellas.

Al finalizar estos encuentros, de ida y retorno obligado porque había que reiniciar ese compromiso que Platón llamaba “la segunda navegación”, reconocías el valor altísimo de la amistad; sentías cómo crecía la autoridad de este gran maestro; su sabia humanidad te hacía crecer en la razón, en la palabra y en esa búsqueda con ahínco de la trama de las cosas; y te quedaba la seguridad de que bajo las amigables aguas de esas conversaciones, con tanta transparencia como sobrada elegancia, se ocultaba mucha más sustancia e inquietud de la que asomaba a la superficie.

Después de estos encuentros, comprendí que le faltaba razón a Isaac B. Singer cuando manifestaba que “si yo supiera que Shakespeare vivía en una casa vecina, procuraría no ir a visitarle por miedo a que el hombre quedara superado por su obra”.

Sobre ellas no podías rotular aquel título que en sus viajes a Toledo junto a su inseparable Lolita, descubrió en una pequeña tienda: “La intimidad: fábrica de hielo”.

Tomar con urgencia buena posesión de la persona, del mundo personal como el centro nuclear de la vida y de la historia, era su secreto a voces en la letra impresa, su “ciencia buscada”. No había modo de ocultar este asunto, casi intacto, y por explorar, cuando no manchado, en una sociedad donde se habla mucho más de las cosas

que de la felicidad y de la vida esperanzada de las personas. Lejos de ser ya una cuestión zanjada después de tantos siglos, sigue palpitante desde dentro de nuestras vidas como el gran problema que siendo tan proteico suele encajar tan desafortunados tratos. Tanto nos queda por vivir. Él nunca se ocultó.

Le delataba la transparencia de sus palabras equipadas, como sus escritos, de temblor personal. Él se hablaba en ellas. Era su infatigable proyecto. En algún momento confidencial me confesaba: “Padezco de incapacidad para cansarme, salvo si me aburro”. Siempre creí que la obra de este gran maestro era una biografía en curso en, desde, por y para la vida. Seguro que Feijóo le habría dedicado aquella sentencia: “Qué cosa tan dulce tratar en los libros con tan grandes hombres”.

La persona humana era la intención palpable de su hablar. Soñaba que el futuro de la historia debía ser un largo camino humano, progresando por y para el hombre como ser personal, instalando a la persona en su lugar justo. “Hombrear”, ser hombres es lo que debemos poder ser. Era nada menos que todo un hombre que hablaba y escribía encumbrado desde la vida, la vida como sistema de proyección vectorial cuyo epicentro lo ocupaba en todo instante la persona, explorada, analizada, vivida en sus sentires hondos, asumida con sus necesidades hirientes, impulsada en elevación, catalogada, con aquel feliz neologismo que él creó, como “realidad futuriza”. Ha sido el artífice del mapa de la vida personal a la que debemos rescatar de tanta profanación.

Era su ansia insatisfecha la comprensión de la vida humana en todas sus conexiones, y su compromiso, vivir la condición personal de una forma elegante y digna. Y todos sabemos que quien descubre algo importante, lo pone en la base de todo. No se enciende una luz para ponerla debajo del celemín, sino para iluminar la vida en tiempos menesterosos.

Lejos de sus afanes el ansia de ser exhaustivo (la exhaustividad era, según él, “una palabra fea”), dado que la persona es una realidad inexorablemente y completamente diferente a todas las otras reali-

dades. Siempre queda ir más allá, como él se atrevió a practicar respecto de su maestro Ortega. De ahí que don Julián en su obra te hace y te deja pensar; es preciso la tarea de prolongarle, a sabiendas que no es tarea fácil proseguir su sendero abierto desde la libertad con la pasión por la verdad: prestar más atención a la persona, a la realidad radical, inteligible, transparente, nunca estática, sin desligarse de lo cotidiano, con los secretos impulsos que la originan, con las pretensiones hacia las cuales no cesa de estar viniendo en la fluidez del curso de la vida: “viniendo de y yendo hacia”, como gustaba repetir a Ortega, sin rebajarle su estructura integral, abierta al misterio, sin cosificarla, pues es alguien, yo singular, pronominal.

Novedad audaz la suya sostener que nuestras experiencias radicales revelan y forjan “el principio de individuación” cuando hablamos de la persona. Una antropología digna de este nombre no puede olvidar ese fondo indomable de donde emergen como de su manantial nutricio las decisiones que dan nuestra talla, y como en la vida humana estamos llegando siempre y cabe la rectificación a tiempo, el axioma de este gran maestro estaba justificado: ser persona es poder ser más.

A todos nos agradaría hacerle retornar a este maestro del mundo personal; le seguimos necesitando; él ya se purificó colmando sus esperanzas. Pero su voz no ha enmudecido. Él no habita en las sombras. Comprenderá ahora aquel oxímoron obsesivo de San Juan de la Cruz al hablar de “la presencia ausente y escondida”, “la luz en medio de las tinieblas”. Los criterios y las palabras de muchos seguirán la estela que nos dejó marcada. El silencio elocuente de su presencia ausente nos permitirá escucharle más a fondo. Él sigue siendo fiel a sí mismo en la coherencia de su vida. Y desde “la otra orilla”, su principio de individuación portará grabados nuestros nombres como una circunstancia personalmente suya; sin ellos, él no podría reconocerse a sí mismo. Nosotros le recordamos con la esperanza de que su memoria personal nos seguirá recordando en “la otra orilla” y desde lo alto como la luz nos seguirá proporcionando segura compañía. Si la amistad es un regalo de los cielos, obligado ser agradecidos. Él nos sigue llamando a vencer las resistencias, como la paloma de

Kant, frente a las tentaciones de paralizar trozos de nuestra alma, por culpa de un impulso vital descendente.

Su obra en nuestras manos me recuerda un papel de seda con muchos pliegues; al irle desplegando, iremos descubriendo escorzos y atisbos nuevos para nuestra mejora personal. Esa “verdad escondida y buscada” nos resultará más familiar cuanto mayor sea el ejercicio de despliegue. Me atrevo a suscribir aquel verso de José Ángel Valente: “No sé reconocerme; lejos estoy del hombre que contemplo; pero alguien puede llegar, venir de pronto, no sé quién, conociendo más que yo de mi vida”. Esa vida desde la cual cada uno va organizando la realidad.

Julián Marías: un referente humano

Antonio Lamela

(Dr. Arquitecto. De la Real Academia de Doctores de Madrid)

Desde hace tiempo he leído libros del maestro Julián Marías escritos en el querido idioma español que él ha utilizado tan magistralmente, siempre respaldados por su cordura y sapiencia, avalados por la sólida documentación utilizada que —aunque a veces emanada de fuentes lejanas—, debido al vasto conocimiento de idiomas que manejaba el insigne profesor, lo supo convertir en doctrina auténtica y propia. Mi suerte se vio incrementada cuando tuve oportunidad de oír disertaciones suyas o deleitarme con la lectura de sus escritos de actualidad. Mayor todavía fue esa suerte cuando pude disfrutar de su contacto humano y amistad personal, especialmente a través de FUNDES, donde nos hemos encontrado durante tiempo, vinculados bajo su Presidencia, siempre cargada de señorío. Es algo que recordaremos tras su desaparición, a pesar de que queda bien sucedido por nuestro común amigo Helio Carpintero, también de la escuela del maestro, y discípulo predilecto suyo.

Seguirá siendo conocida su indiscutible talla intelectual y humana que, al igual que ocurre con tantas otras personalidades históricas, le

hace ser una figura referencial de su época por su condición de gran filósofo y pensador. Ello le permite irradiar, de manera muy natural y a través de su inmensa obra, su vasto saber, así como también influir de manera holística en muchos y variados sectores del conocimiento humano. Esto ocurre especialmente con sus planteamientos genéricos, envueltos en un particularísimo aroma orteguiano, aunque puedan tener otros posibles orígenes muy diversos. Es, precisamente, a estos sugerentes pensamientos generales a lo que me voy a referir, marginando, intencionadamente, otros enfoques más específicos, incluso biográficos, a los que, seguramente, personas más adecuadas e idóneas van a dedicar su atención de forma más capaz y rigurosa que lo que yo pudiera realizar.

Cuando Julián Marías —a través de su ingente legado— imparte llana y claramente sus profundos conocimientos filosóficos y sociológicos, nos sigue abriendo un sinnúmero de puertas que siempre conducen a caminos muy ilusionantes e interesantes para fructíferas reflexiones, pues el catedrático nos incita a mirar más hacia el futuro que hacia el pasado, sin mermar el valor de éste y de sus imprescindibles enseñanzas, que no se deben olvidar. Por tales itinerarios podemos transitar especialistas y profesionales de otras muchas materias, aunque pueda parecer que estamos muy alejados de cuanto el profesor trata, como consecuencia de nuestros tan diferentes campos de actuación. Es una buena oportunidad para aplicar su permanente docencia, cargada siempre de espíritu de conciliación, como corresponde a una personalidad tan profundamente religiosa. Todo ello fue muy tenido en cuenta cuando se le concedió el Premio Príncipe de Asturias.

Personalmente, considero que soy uno de quienes han recibido muy provechosas enseñanzas de Julián Marías —sin que él fuera quizás consciente de cuánto nos beneficiaba y sigue beneficiándonos— y que, en mi caso, eran y son inmediatamente aplicables, a través de mis reflexiones o trabajos profesionales, a la Arquitectura, Urbanismo y Planificación Territorial o Geoísmo, que constituyen mis campos de actuación profesional. Afortunadamente, de este modo es como lo percibimos y planteamos en nuestras diversas actividades algunos profesionales y especialistas de muy distintas materias. Es

como muchos ya lo venimos haciendo desde hace tiempo, cada día con mayor fe y convencimiento, y, con su apoyo, con mayor respaldo. Esto sucede así por esa inevitable interrelación holística que existe permanentemente entre nuestros conocimientos y comportamientos de seres racionales, ya que todo se entrelaza tal y como ya sabemos apreciar.

El académico Marías ha contribuido a ello muy eficazmente —aunque ésa no haya sido aparentemente su intención inmediata—, ayudándonos a la reafirmación de nuestros convencimientos, recordándonos que las intervenciones de todos y cada uno de nosotros tienen que tener, esencialmente, contemplaciones y objetivos eminentemente humanos y sociales, derivados de planteamientos de índole superior que irradian moral y ética, de las que no debemos prescindir jamás. Tales ideas, tan pedagógicamente bien expuestas, están muy especialmente dirigidas a la formación y educación de los jóvenes, por quienes él sentía predilección, y a quienes empujaba a utilizar al máximo la razón, como soporte esencial e imprescindible del conocimiento bien cimentado y mejor instruido. Marías sugería buscar la razón de cada cual para encontrar la razón más generalizada.

Al ser gran apasionado y defensor de la Verdad, incluso con modos radicales, valientes y contundentes, a pesar de su aparente mesura y objetividad, nos ha alertado del peligro que se corre cuando se vive al margen de la Verdad, así como de la indiscutible perversidad que entraña y se genera cuando se está claramente contra ella. Julián Marías siempre ha sostenido que la Verdad ayuda a saber a qué atenerse para evitar estar desconcertados, circunstancia demasiado común y frecuente en diferentes ocasiones y sectores de nuestra Sociedad actual—, lo cual, casi siempre, termina desembocando en la aparición de grupos humanos que degeneran en radicalismos, anarquismos y fanatismos de muy diversos órdenes. A la vez, como gran defensor de la Libertad, suele ser muy categórico a través de su inmensa obra, cuando asegura que si se abandona la Verdad no es posible conseguir la Libertad, y que el ser humano, cuando se olvida de que es persona, no puede poseer la Verdad ni la Libertad, tan esenciales para nuestra existencia y

desarrollo. Lo que hoy, desgraciadamente, se está olvidando. Debemos reconocer la justicia que su persona recibe cuando se le aplica el sobrenombre de “Héroe de la Verdad”.

Son estas enseñanzas tuyas las que asimilamos —posiblemente sin que Marías lo sospechara— y por las que seguimos encontrando en él un magnífico apoyo los especialistas y profesionales que trabajamos en sectores donde el humanismo social, la ética y la moral general siempre deben estar permanente y esencialmente presentes en nuestros trabajos, sin ninguna otra posible opción contrapuesta. Es otra manera más de adquirir la seguridad integral necesaria que nos refrende de manera categórica, evitando su continuo deterioro, tanto moral como físico.

Una de sus múltiples inquietudes ha sido descubrir el verdadero sentido del “hoy”, con contemplación futurista, para poder vivirlo con todas sus consecuencias, de manera “contemporánea y decente”, calificativos que a él le gustaba mucho utilizar. Era un gran apasionado de la decencia, palabra que estaba en sus labios con enorme frecuencia, quizás como reacción a su excesiva ausencia en la vida real. Para quienes trabajamos en mi profesión, tal enseñanza nos estimula a aprovechar y hacer buen uso de todo lo que nos brinda el cuantioso y alucinante desarrollo técnico de la época que nos toca vivir, pero, sin olvidar las tradicionales enseñanzas del pasado, ni prescindir de la imaginación, ni del inevitable idealismo, ni siquiera la utopía, que deben ser acompañamiento imprescindible del obligado pragmatismo que necesitamos cotidianamente. De esta manera, nuestras realizaciones podrán llegar a ser más sugerentes y perdurables a lo largo de los tiempos. Sólo así conseguiremos para la sociedad humana resultados que sean verdaderamente válidos y más aceptables. También en Arquitectura, Urbanismo y Planificación Territorial o Geoísmo. Pues, en todo ello —por haber mucha más intencionalidad y fundamento humanístico y social que técnico— es básico que aparezca esa gran carga de sencillo, transparente y limpio humanismo con el que el insigne maestro nos alecciona, y al cual nos ha invitado siempre; y más especialmente como creador y director del Instituto de Humanidades de Madrid.

Por lo tanto, podemos decir que, posiblemente sin presumirlo ni pretenderlo, Julián Marías, entre tantas otras muchas cosas, ha devenido indirectamente en arquitecto, urbanista y geoísta, desde su magistral *podium* orquestal filosófico. Por ello, todos le debemos estar muy agradecidos, desde nuestros diversos campos de actividad, gratitud que debe culminar en la del conjunto de la sociedad civil. Yo así lo aprecio, por lo que manifiesto mi público agradecimiento al inolvidable gran pensador, maestro y amigo Julián Marías, con el ferviente deseo de que nos siga instruyendo y alentando, manteniéndose presente en nuestros pensamientos.

Debemos resaltar su ánimo liberal, que le hizo ser merecedor del calificativo de “gran y permanente conciliador de las ideas”. Siempre amante de España y de su papel mundializador en la totalidad de nuestro Globo. Su enorme españolismo le hizo defender aquella sentencia que todos recordamos: “la Patria es un destino común de todos los españoles”, y que él, como gran amante de Hispanoamérica —donde ejerció la cátedra durante mucho tiempo, incluyendo los EE.UU.—, supo extender al gran continente hermano a través de sus mensajes filosóficos, de manera que aún se sigue recordando allí a una Madre Patria común, salvo algunas inexplicables minorías interesadas en lo contrario, sin justificación suficiente para actitudes de rechazo, olvidando la gran herencia recibida: Cultura, Religión e Idioma.

Julián Marías se ha distinguido por ser un eficiente armonizador de las ideas del Liberalismo, con el Catolicismo y la Democracia, consiguiendo resultados altamente sorprendentes e inesperados.

En sus últimos tiempos mostraba su enorme inquietud por la descomposición que se está produciendo en la Sociedad Civil mundial, y, más especialmente, en la española, por la pérdida de valores morales de todo tipo, con enorme trascendencia en los diferentes ámbitos y sectores.

Su legado será una gran referencia para la sociedad del futuro.

Julián Marías, o la continuación de una filosofía

Francisco López Frías

(Profesor titular de Filosofía de la Universidad de Barcelona)

Julián Marías ha sido un nombre clave en la filosofía y la cultura de un siglo xx que él mismo calificó —resumiendo el capítulo III de *La rebelión de las masas*— como “superior a todos los anteriores pero inferior a sí mismo”. Falleció el 15 de diciembre de 2005 y, tal como aconteció con Ortega, muchos periódicos —incluso de los que le habían ignorado durante años— han escrito con inesperada unanimidad sobre la importancia de su figura que sin duda irá a más. Una obra muy importante, continuación de una escuela de filosofía que él mismo llamaría Escuela de Madrid¹. Terminó sus estudios en 1936 con vocación de docencia universitaria. Su *Historia de la Filosofía* —donde hay un magnífico capítulo sobre Heidegger que no aparecería en los programas de la universidad española hasta muy avanzada la década de los 60— fue durante años el libro menos recomendado

¹ “La Escuela de Madrid. Esta expresión que he usado sin demasiada formalidad hace muchos años —escribió Marías en 1959— ha sido utilizada por Ferrater Mora en la 4ª edición de su Diccionario de Filosofía en el mismo sentido, dándole así alguna mayor solemnidad. Creo que designa con fidelidad el núcleo central de un esfuerzo filosófico que me parece una fecunda posibilidad de vida intelectual”. (*Obras*, V, 221)

pero también el más consultado, no sólo por los estudiantes de enseñanza media y universitaria, sino incluso por una amplia clientela de lectores —el éxito de sus libros y sus artículos periodísticos así lo demuestran— fieles hasta hoy mismo². Pero la guerra civil cambió su destino como el de tantos otros discípulos de Ortega.

Publicó su primer libro en 1934 y sus artículos —en el *ABC* republicano— fueron coetáneos de la guerra civil y la posguerra donde se desarrolló una actividad cultural muy poco conocida que Marías reivindicó en su artículo “La vegetación del páramo”. Una década difícil donde —ha escrito Marías— lo más grave no fueron las dificultades para publicar en un ambiente hostil sino sobre todo, mentir a sabiendas en la prensa, en la radio y en los carteles³. Unas circunstancias difíciles donde padeció los efectos de la manipulación de la verdad con sus consecuencias en el ámbito de la libertad —sus dos grandes pasiones—, cuyo ejercicio le acostumbraron pronto a estar en minoría⁴. Encarcelado en 1939 por el régimen franquista, no tuvo opciones —tampoco las tendría más tarde— en una Universidad depurada de maestros y profesores. No optó como tantos otros por el exilio⁵, un exilio interior comprometido con sus convicciones, su vocación intelectual y unos conocimientos con los que subsistió —con su docencia privada y sus publicaciones— sin comprometer su libertad. Contaba —según explica en sus 3 libros de *Memorias*— con su resistencia al abatimiento, reforzada con su experiencia de la cárcel (la única ocasión en que —contra su voluntad— vivió del presupuesto del Estado), con la ayuda familiar, la de sus amigos y, sobre todo,

2 Marías cuenta la anécdota de que un profesor de la Complutense recomendó a los alumnos —sin percatarse de que en el aula se encontraba uno de sus hijos— cualquier Manual de Filosofía... “menos el de Julián Marías”.

3 Desde muy pronto, Marías estuvo frente a la mentira prefiriendo la verdad a las conveniencias: “El día que se produzca —si se produce— una rebelión general contra la mentira, pensaré que estamos salvados” (*ABC*, 25-02-2000); “Nunca a lo largo de mi vida he abdicado de decir la verdad, toda la verdad. Porque para mí decir la mitad es mentir”. (Cf. Entrevista a J. Marías. Los Domingos de *ABC*, 12-01-03)

4 Para Marías, verdad y libertad son dos dimensiones complementarias del hombre: “La verdad permite reconocer la estructura de la realidad y dibujar el espacio en que se puede mover la libertad. La libertad permite ver las cosas como son poniéndolas en su verdad”.

5 M. Martín Ferrand ha llamado *in-ilio* al *exilio interior* por el que optaron algunos españoles como Marías. Cf. “Dos formas de ser español maldito”. *ABC*, 19-09-02.

con su fe religiosa puesta a prueba por la presión de los dos bandos de la guerra civil a los que siempre se ha referido, en términos de rechazo moral, como los injustamente vencedores y los justamente vencidos. Sin renunciar a nada y fiel a uno de sus famosos lemas — ¡por mí que no quede!—, en 1939 optó al Premio Extraordinario de Licenciatura, sorprendentemente concedido por un tribunal que no tuvo en cuenta el veto oficial. Éxito que le reafirmó en su actitud intelectual pese a la conciencia clara de que su proyecto vital, los valores que defendía y la fidelidad a sus maestros, en su mayoría fuera de los claustros universitarios, eran imposibles en una Universidad con la filosofía dominada por una mentalidad escolástica. Sólo al margen de esa Universidad era posible salvar —en el sentido que emplea Ortega en *Meditaciones del Quijote* citando a los clásicos— la historia y la cultura española de la visión perturbadora del franquismo. Había que salvar a Ortega, a Unamuno, a la generación del 98, a la facultad que fue posible con el decanato de García Morente y al nivel alcanzado por España durante el primer tercio del siglo xx en la cultura, la ciencia, la política y el pensamiento. Su producción filosófica es abundante y coherente con esos principios. Su primer libro, *Historia de la Filosofía* (1941), ya lo situaron al margen de la filosofía oficial que acusó recibo, ese mismo año, cuando, al presentar su tesis doctoral dirigida por Zubiri, *La filosofía del Padre Gratry*, fue calificada de suspenso sin respetar los criterios académicos y administrativos vigentes, aunque Marías la publicó con la ayuda de Pedro Laín Entralgo, con quien había colaborado en la revista *Escorial*.

Su libro *Miguel de Unamuno* (1943) rescató la imagen pública del maestro pero fue silenciada, marginada y finalmente hostigada desde ambientes eclesiásticos muy cerrados, incapaces de ver la significación religiosa, e incluso cristiana, de Unamuno. Revisando con rigor una obra dispersa y de difícil aprehensión, Marías descubrió — como veremos más adelante— su dimensión filosófica y existencial en buena parte dentro de la trama dramática de sus novelas. En 1948, Ortega organizó con Marías en Madrid y fuera de la Universidad el Instituto de Humanidades que significó, social e intelectualmente, la recuperación de Ortega por el público de Madrid, pero el propio

Ortega lo interrumpió a los dos años, lo que no impidió una hostilidad primariamente política que pronto pasó a manos del estamento clerical. El brazo eclesiástico del régimen se entrometía entonces sobre todo en los temas intelectuales e intentó desarraigar de España el pensamiento de Ortega, incluyendo las obras de Ortega en el *Índice de libros prohibidos*⁶. Marías había tomado desde 1941 la responsabilidad de mantener viva la tradición creadora del pensamiento español contemporáneo, y reaccionó escribiendo *Ortega y tres antípodas*. Un ejemplo de intriga intelectual (1950), un libro que solo fue posible publicar en Buenos Aires desde donde se pudieron importar 800 ejemplares. El prólogo de la edición de 1981 da buena cuenta de estos avatares (*Obras*, IX, 13-17). En 1953 Ortega cumplió la edad de jubilación y su cátedra de Metafísica en la Universidad de Madrid salió a concurso. Marías parecía el sucesor natural pero, salvo el Rector Laín, nadie intentó recuperar la herencia de Ortega en alguno de sus discípulos. Se desató una gran polémica que alcanzó especial virulencia con el profesor Calvo Serer, para quien Marías tenía una trayectoria intelectual que repugna a la filosofía de los combatientes vencedores de 1939. Ese mismo año, un Marías bien relacionado con filósofos franceses y alemanes como Wilson, Daniélou, Ricoeur, Gadamer, Spranger y Curtius, fue designado miembro del Institut International de Philosophie a propuesta de los filósofos Louis Lavelle y René Le Senne.

El año 1955 publicó *La estructura social*, un libro clave en la evolución de su pensamiento y muy importante en su biografía pese a no haber rendido entonces unos resultados que llegarían más tarde. En agosto estuvo en el Château de Cerisy, en Normandía, donde Heidegger iba a entrar en diálogo con algunos filósofos europeos. Se programó su conferencia, *Was ist das die Philosophie?*, y pidió que,

6 Relación de los 5 libros que se escribieron para demostrar que Ortega no era un filósofo: 1) Sánchez Villaseñor, J. (1943): *José Ortega y Gasset. Pensamiento y trayectoria*. Ed. Jus. México; 2) del mismo autor (1948): *La crisis del historicismo y otros ensayos*. Ed. Jus. México; 3) Roig Gironella, J. (1946): *Filosofía y vida. Cuatro ensayos sobre actitudes*. Ed. Barna. Barcelona; 4) Iriarte, J. (1942): *Ortega y Gasset. Su persona y su doctrina*. Ed. Razón y Fe. Madrid; 5) el mismo autor (1949): *La ruta mental de Ortega*, misma editorial.

aparte del coloquio y las discusiones, se expusieran los puntos de vista o discrepancias en breves conferencias independientes, para lo que se ofrecieron Marcel, Ricoeur, Goldman y el propio Marías, que resumió la importancia del acto en *El oficio de pensamiento (Obras, VI, 430-436)*.

El 18 de octubre murió Ortega, su maestro desde los 18 años. Un acontecimiento en el ámbito de la cultura occidental que en España se vivió de manera peculiar debido a la actitud del gobierno que dio instrucciones a los periódicos sobre el tamaño y contenido de los artículos que “podrían ser elogiosos aunque señalando sus errores políticos y religiosos”⁷. Algunos no cumplieron las consignas. Sobresalió la manipulación de noticias y el intento de aprovechar a Ortega para fines ajenos, como el “homenaje” que rindieron ante su tumba un grupo de universitarios convirtiendo a Ortega en bandera de una política contra el gobierno que nunca había sido la suya ni la de sus discípulos. Los graves incidentes en la universidad de Madrid a comienzos de 1956 mostraron que los detractores de Ortega y sus discípulos no eran ya sólo el gobierno y la universidad franquista. Los antípodas ya no eran sólo tres, como en 1950, sino muchos más. Una corriente nueva surgió a finales de 1955 dentro de una generación joven muy influida por el marxismo aplicando la creación intelectual a una política concreta. Eran de observancias muy distintas y de pretensiones opuestas —de izquierdas y de derechas— pero con la misma finalidad de desterrar a Ortega y a cuanto procediera de él. Marías ha dejado constancia en sus *Memorias* de una revista comunista española de Bruselas, *Nuestras ideas*, con la estrategia política, académica y cultural sintetizada en una consigna famosa⁸. En 1956 Marías editó, traducida al inglés, en Yale University, su *Introducción*

7 El texto era el siguiente: “Ante la posible contingencia del fallecimiento de don José Ortega y Gasset, y en el supuesto de que así ocurra, ese diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión, si se quiere, de un solo artículo encomiástico, sin olvidar en él errores religiosos y políticos del mismo y, en todo caso, eliminando siempre la denominación de maestro”. Era una nota de la Vicesecretaría de Educación Popular.

8 El texto citado por Marías es: “Los falangistas ya no tienen importancia; con el Opus Dei siempre es posible entenderse; los verdaderos enemigos son los orteguianos”. Cf. *Memorias*, 2, 107.

a la *Filosofía*. Además impartió dos seminarios —de Metafísica y sobre Imaginación y Ficción— y un curso sobre Filosofía Europea Contemporánea sobre Unamuno y Ortega. Luego fue a la Universidad de Puerto Rico, desde tiempo atrás llena de profesores exiliados españoles, donde su rector ensayó con éxito las directrices de Ortega en *Misión de la Universidad*. Allí escribió Marías su valioso *Comentario a “Meditaciones del Quijote” de José Ortega y Gasset* (1957), un proyecto aplazado desde 1950. Enseguida comenzó a escribir el primer libro de la que puede considerarse más completa biografía de su maestro: *Ortega. Circunstancia y vocación* (1960), cuya redacción abandonó temporalmente para acudir a un viejo frente de batalla: el P. Santiago Ramírez, O. P. había publicado en Barcelona *La filosofía de Ortega y Gasset* (1958) una “antología de textos orteguianos”, el más enérgico intento de conseguir su inclusión en el *Índice*, tras el fracaso del decenio anterior (*Obras*, IX, 16). Marías respondió con *El lugar del peligro* (*Obras*, IX, 145-164) y Aranguren con la segunda edición de *La ética de Ortega* (Cuadernos Taurus, 1959). El P. Ramírez agregó dos libros más, *¿Un orteguismo católico?* y *La zona de seguridad*, como respuesta a Marías. Pero estas críticas a Ortega y su doctrina filosófica, por otra parte sólo atendidas en un ámbito concreto de la Iglesia, fueron reemplazadas por formas más sutiles y eficaces. Martín Santos, prototipo de los nuevos antípodas frente a los orteguianos, con el eco de su famosa novela de 1961 —*Tiempo de silencio*—, trató de desmitificar la figura de Ortega recreando con sarcasmo la parodia de la manzana en uno de los cursos del Instituto de Humanidades a propósito de las *Meditaciones cartesianas* de Husserl. Por entonces Marías había optado ya por dedicarse enteramente a su obra. Desde 1950, un tema propio le acompañaba con algunos hallazgos en su temprana publicación sobre *La estructura social*, y en 1968 comenzó la redacción de *Antropología metafísica*, su obra más personal y original, origen de una fenomenal producción posterior sobre los nuevos temas allí explorados, como el de la persona. Un libro innovador y decisivo en la evolución de su pensamiento que apareció en 1970 y que nos remite inmediatamente a una de las obras de Julián Marías que más huella han dejado en su autor, en tanto origen y crisol de la gran cantidad de obras que Marías dedi-

có —entre 1980 y 1996— al concepto de “persona”. Efectivamente, el segundo libro que escribió Marías (aunque no lo publicaría hasta 1943) fue sobre Unamuno, su segundo maestro por delante incluso de Zubiri⁹. Unamuno es un tema permanente en la obra de Marías, cuya filosofía es sin embargo inexplicable sin un pensamiento que, como el de Ortega, le permite alumbrar y entender mejor la comprensión antropológica y metafísica que subyace en el cristianismo. De su *Miguel de Unamuno* son los temas más personales de la obra de Marías, sobre todo, en sus escritos postreros como la muerte, el hombre como persona y la novela como método de conocimiento. El de la muerte apenas está en Ortega, recordándose apenas su discusión con Heidegger por definir al hombre como ser para la muerte, *Sein to Tode*. Lo mismo podría decirse del hombre como persona, prácticamente reducido en Ortega al individuo aunque con una cita interesante e inteligente¹⁰ que muestra un Ortega poco unamuniano pero con una valoración de la persona en un horizonte muy distinto del de los positivistas, lo que explica cómo Marías necesitó también beber en este tema de la mano de Unamuno. Sobre la novela como método de conocimiento, fue Marías quien cayó en la cuenta de que la novela unamuniana se había desatendido siendo, tanto filosófica como literariamente, lo más importante de su obra. Además advirtió que en ella se encontraba un análisis de la existencia que reflejaba el pensamiento del existencialismo en esos momentos triunfante en Europa con Sartre y Marcel como figuras relevantes¹¹.

9 “Desde los quince o dieciséis años —escribe Marías— había sentido la atracción, la fascinación de Unamuno. Lo leí con avidez, ya desde el bachillerato; mi encuentro con él en la Magdalena me permitió sopesarlo y al mismo tiempo verlo directamente, intentando adivinar lo que podríamos llamar su secreto.” Cf. *Memorias*, 1, 333.

10 “La noción de *persona* —escribe Ortega— es una víctima del siglo XIX. Se ha borrado de la cultura usual. ¿Cuántas *personas* tienen hoy idea clara de qué es ser *persona*? Y sin embargo de esa noción depende todo un jirón del porvenir”. (*O. C.*, II, 143).

11 “Le interesó mucho —escribe Marías— mi *Miguel de Unamuno* porque entendía que se podía aplicar a su teatro lo que decía yo de la novela de Unamuno.” Cf. *Memorias*, 2, 66. Fue Gabriel Marcel, el existencialista católico, quien en 1947 quiso conocer a filósofos españoles, sobre todo Ortega y Zubiri, invitándoles a las conferencias que dio en Madrid. Marías excusó su asistencia pero le hizo llegar un ejemplar de su reciente *Introducción a la Filosofía* cuya lectura le interesó hasta el extremo de visitarle ese mismo día en su domicilio. Luego se vieron en Perú y muchas veces en París y Madrid. Marcel citó a Marías en *Le Mystère de l'être*.

Con su obra *Miguel de Unamuno*, Marías rescató la imagen pública del maestro, muy marginada en ambientes eclesiásticos muy cerrados e incapaces de ver la significación religiosa, incluso cristiana, de Unamuno. Su publicación estuvo llena de dificultades para Marías. Escribir entonces contra Unamuno era fácil, pero sobre él y con entusiasmo, una empresa descabellada por el temor, entre otros, de los editores a probables reacciones. Este libro le dejó a Marías una huella perdurable porque, más que el estudio de un tema, fue una aventura personal. Ortega leía los escritos de Marías pero nunca leyó este *Miguel de Unamuno*¹². Marías siempre pensó que el interés de Ortega por Unamuno fue muy alto pese a las exasperaciones en torno a temas sobre la racionalidad de la vida y el conocido incidente de 1909 cuando, por una involuntaria indiscreción de Azorín, polemizaron sobre lo europeo y lo castizo. Otros discípulos de Ortega —Antonio Rodríguez Huéscar, Paulino Garagorri y otros— y al menos uno del propio Marías, Heliodoro Carpintero, han coincidido con él en la necesidad de aprovechar el magisterio de ambos con voluntad de integrarlos.

Marías —discípulo de Ortega y de Unamuno— advirtió que el concepto de existencia en Unamuno es muy anterior a la elaboración rigurosa del *Existenziale Analytik des Dasein*¹³. Marías explica el sentido primario de estas dos expresiones que definen la novela de Unamuno. No basta con una sola de ellas. Es existencial pero no se agota en ellos. Necesita completarse con la dimensión personal. La existencia le preocupa en cuanto condición inexcusable para entender la muerte, un entendimiento problemático que sólo puede hacerse desde su anticipación imaginativa. A Unamuno le importa sobre todo ese imposible necesario¹⁴ en que consiste la felicidad del hombre que ha vivido ansiando perdurar. Hay tras lo existencial un

12 “Yo no puedo leer —le dijo Ortega a Marías— un libro suyo sobre Unamuno... para usted es un tema; no se da cuenta de que me he pasado la vida luchando con él; me afectaría demasiado” (Cf. *Memorias*, 1, 351).

13 Para Marías, “tanto Heidegger como Ortega nos sirven para comprender conceptualmente desde ellos lo que en Unamuno solo está *vivido*, vislumbrado, entrevisto” (*Obras*, V, 59).

14 Marías define así la felicidad. Cf. *La felicidad humana*, Alianza Editorial, S. A. Madrid: 1987. pp. 22-36.

último reducto que trasciende del relato vital cuando llega a su término en la muerte. Le preocupa la vida en cuanto es condición para entender la muerte, su verdadera, única y angustiosa cuestión¹⁵.

La razón para conciliar las obras de Unamuno y Ortega refleja una de las grandes preocupaciones de Julián Marías, tal vez la aportación más trascendente de este *Miguel de Unamuno* que dejaría una huella perdurable en el resto de su obra. Marías siempre ha pensado que el interés de Ortega por Unamuno fue muy alto pese a ciertos roces humanos. A ambos les faltó —en su opinión— holgura para dejarse penetrar por lo que el otro veía. Unamuno hubiera podido recoger lo que estaba dando la joven filosofía de su amigo distanciado e injertar con ella su propia trayectoria intelectual. Y Ortega no se hubiera sentido tentado a “eludir” a Unamuno y su meditación sobre la muerte que no tenía que haber sido tema privado y personal de don Miguel. Según Marías, “es menester que la teoría filosófica de la vida humana llegue a sus últimas consecuencias y no eluda el planteamiento adecuado del problema de la muerte y de la inmortalidad”¹⁶.

Este libro, en la alta medida en que Marías implica a Unamuno con el pensamiento de sus demás maestros, es una magnífica atalaya desde la que se contempla un largo periodo de filosofía creativa en España. Con él, Marías no sólo rescató la imagen pública de Unamuno, sino que, al construirlo también como filósofo, lo convirtió en el primer eslabón de una nueva etapa de la filosofía que durante el siglo xx se ha cultivado en España y América: cuatro generaciones encabezadas por la del propio Unamuno (nacido en 1865); Ortega (en 1883); Zubiri (en 1898); el propio Marías (en 1914), y una larga pléyade de discípulos que pueden ser el futuro de fecundos frutos.

Todo lo aquí expuesto —y más— es el motivo por el cual el 20 de enero de 2006 me fui volando —no es sólo una expresión retórica— a Madrid para asistir al primer homenaje póstumo convocado por la Asociación de Amigos de Julián Marías. Tengo una deuda no

15 “Por eso —escribe Marías— su novela desciende al estrato último del hombre y es radicalmente, más que otra cosa, novela *personal*” (*Obras*, V, 61).

16 Cf. “La *meditatio mortis*, tema de nuestro tiempo”, en *Obras*, VIII, 539-548.

sólo profesional sino también muy cordial con quien me recibió en su casa el día antes de la muerte de Carrero Blanco. Recuerdo su reacción —“¡pero si yo recibo a todo el mundo!”— al presentarle una carta de recomendación para que me recibiera y me orientara en una tesis doctoral sobre Ortega que había empezado a redactar. En alguna próxima ocasión escribiré sobre todo lo que debo a Julián Marías. He leído y aprendido mucho de él y tengo guardadas muchas de sus espléndidas expresiones, de las cuales en este artículo me parece que sólo he citado una de ellas y con la que acabo: ¡Por mí que no quede!

Julián Marías en escorzo

Álvaro Marías

*(Músico. Catedrático del Real Conservatorio Superior de
Música de Madrid. Crítico musical)*

Excmo. Sr. Presidente y Junta Directiva del Casino de Madrid, Excelentísimos señores, señoras y señores, queridos amigos¹:

No puedo comenzar estas palabras sino expresando, en nombre propio y en el de mi familia, nuestra más profunda gratitud por esta Sesión Necrológica que el Presidente y la Junta Directiva del Casino de Madrid han querido celebrar en recuerdo y homenaje a la figura de mi padre.

No saber decir “no” es una de las infinitas cosas que no logré aprender de mi padre. Y lo cierto es que lo lamento, porque hablar públicamente de él, cuando su muerte está todavía tan próxima, me resulta sobremanera difícil. Quizá por eso he optado por romper por una vez la tradición familiar para, en lugar de hablar, leer un texto previamente escrito.

¹ Esta colaboración es transcripción literal de las palabras pronunciadas en la Sesión Necrológica que el Casino de Madrid celebró en recuerdo y homenaje a Julián Marías el 30 de enero de 2006, y en la que participaron D. Ramón Muñoz-González y Bernaldo de Quirós, D. Helio Carpintero, D. Carlos Seco Serrano, D. Francesco de Nigris y D. Álvaro Marías.

Cierto es también que me he sentido incapaz de declinar la cordial invitación del Casino de Madrid, una casa por la que mi padre sintió gran simpatía y que tan generosa y acogedora fue con él en innumerables ocasiones.

Al mismo tiempo, no puedo dejar de sentir un gran pudor, porque las personas que me han precedido en este acto están infinitamente más cualificadas que yo para hablar de la figura intelectual y del pensamiento de mi padre. Así, esta breve intervención está llamada de antemano a ser tan agradecida como banal. ¿Qué les puedo contar yo sobre mi padre que la mayor parte de ustedes no sepan, acaso mejor que yo mismo?

Puesto que estoy aquí, no por mis méritos, sino como hijo de Julián Marías, pienso que lo más sensato es que les hable de mi padre como tal, que intente esbozarles algunos retazos de la personalidad o de la vida cotidiana de mi padre.

Fue mi padre —es fácil imaginarlo— un trabajador infatigable, pero lo fue de una manera extraordinariamente natural y placentera. Jamás lo vi cansado, jamás expresó fatiga ni hartazgo, jamás lo vi nervioso ni apresurado. Cuando volvía de sus frecuentes viajes por los Estados Unidos o Hispanoamérica, en los aviones de entonces, al volver se daba un baño y se ponía a trabajar, si es que no tenía que dar esa misma tarde una conferencia. El “*jet lag*” no iba, ciertamente, con él. Su fortaleza era sólo comparable a su salud férrea. Hasta los 85 años apenas nunca lo vi enfermo; ni siquiera se acatarraba cuando el resto de los madrileños andaban, como hoy mismo, moqueando.

Persona extremadamente desordenada en el espacio —al menos en lo que se refería a los libros y papeles, cuyo follaje selvático invadía la casa por doquier, hasta hacer difícil el acceso o la circulación por muchas zonas de su domicilio—, poseía una envidiable organización temporal. Parece imposible hacer tantas cosas y tan diversas al mismo tiempo, sin que unas interfirieran negativamente en las otras.

Piensen ustedes que mi padre era capaz en una misma jornada de escribir un fragmento de un libro de filosofía, de redactar un artículo de periódico (una “tercera” de *ABC* o del periódico de turno en el

que pudiera publicar, lo que durante muchos años fue difícil y azaroso), quizá de dar una clase de literatura o de historia para sus jóvenes alumnos estadounidenses y, por la tarde, era probable que tuviera que dar una conferencia y quién sabe si no terminaría la jornada yéndose a un cine después de cenar, para poder dar cuenta del artículo de “*Visto y no visto*” de *Gaceta Ilustrada*, primero, o de *Blanco y negro*, años más tarde.

Lo increíble es que esta actividad frenética era cualquier cosa menos frenética. Todo eso y muchas más cosas eran llevadas a cabo, si no con parsimonia, sí con holgura. Mi padre insistía mucho en la necesidad de “vivir la vida con holgura”, cosa que cada vez nos resulta más difícil. Y lo cierto es que, en medio de todo este quehacer, nunca dejó de tener tiempo para las cosas que consideraba realmente importantes, para los aspectos de la vida a los que no estaba dispuesto a renunciar.

Porque, en una imaginaria jornada de trabajo como la que antes esbozaba, es probable también que hubiera encontrado un rato para ver a algunos amigos, que aparecían por su casa de manera cotidiana; es probable que hubiera encontrado un rato para sentarse en su sillón rojo de orejas, para sentarse... a pensar. “No os creáis que no estoy haciendo nada” —nos decía a veces a los hijos— “estoy pensando; hay que pararse a pensar y la gente muchas veces se olvida de hacerlo”. Quién sabe si ese mismo día, ya en la cama, no encontraría unos minutos para saborear las páginas de una novela, quizá para darse un paseo por las húmedas calles de París siguiendo los pasos del comisario Maigret.

Pensarán ustedes que estoy exagerando, que estoy haciendo ficción. De eso nada, y no faltará entre ustedes quien podría corroborar lo que afirmo. En mi casa —en casa de mis padres— quedaba siempre tiempo para la vida, pueden estar seguros. La jornada comenzaba con un desayuno, celebrado durante muchos años “en familia”, extraordinariamente copioso: fruta, queso con uvas o membrillo, pan con mantequilla, café con churros o buñuelos (de esos que ya no existen)... La comida, al mediodía, era sagrada; de no estar de viaje, mi padre no faltaba jamás, porque no sabía qué eran los hoy tan en

boga “almuerzos de trabajo”. Era la hora del encuentro familiar, de la conversación: durante las comidas se hablaba, se hablaba interminablemente y se discutía, a veces muy acaloradamente. Y en casa de mis padres, hasta la muerte de mi madre, también se merendaba, casi siempre en compañía de amigos, y, desde luego, se cenaba, a la española y en horario español. No deduzcan que era una familia de comilones empedernidos, todo se hacía con mesura —mi padre fue un hombre extremadamente medido en todos los aspectos de su vida, al menos si exceptuamos la bibliofilia—, pero cada colación suponía un paréntesis, un momento para la convivencia, para el diálogo, con la familia o con las amistades.

Para entender todo esto hay que tener presente que mi padre jamás perdió el tiempo, como hacemos cualquier hijo de vecino, en tontearías. Dispuso de todo su tiempo para él y se supo liberar con mano maestra de estériles servidumbres. A pesar de viajar con frecuencia, pasaba gran parte de sus jornadas en casa, trabajando y disfrutando de la compañía y consejo de mi madre. Yo le decía a veces, medio en broma, que tenía una gran deuda con el franquismo; que la dictadura lo había librado de ser profesor universitario, lo que, en mi opinión, le habría hecho perder un tiempo y unas energías preciosas, le habría obligado a contemporizar con ideas y personas que no eran de su gusto. Julián Marías nunca tuvo un jefe y nunca tuvo subordinados “no me gusta mandar ni que me manden”, solía decir. Gran amante de la libertad, consiguió, a lo largo y a lo ancho de su vida, ser asombrosamente libre.

Se ha hablado en las últimas semanas de la veracidad de Julián Marías. No voy a abundar en ese tema. Sí, en cambio, me gustaría pasar revista a algunos rasgos de su personalidad. Uno de ellos fue su gran valentía. Le he oído muchas veces decir que “para vivir la vida con dignidad es imprescindible una cierta dosis de valor”. El siempre lo demostró, en la vida pública, en la intelectual y en la privada. Hacía falta ser valiente para comenzar en los años 40 una vida familiar —con “familia numerosa” en perspectiva— sin ningún género de emolumento regular. Entre las muchas cosas asombrosas que logró mi padre no fue la menor mantener una familia viviendo

de “escribir filosofía” en España. Él insistía en que los españoles leían libros de pensamiento en mayor medida que los ciudadanos de otros países, en apariencia más civilizados. Ortega había impuesto, acaso también por necesidad, un estilo de filosofía capaz de resultar claro, asequible y atractivo, sin rebajar un ápice su altura intelectual. “En España, para convencer, es necesario antes seducir”, había dicho Ortega. Mi madre lo recordaba a menudo. El resultado es que los españoles se acostumbraron, se aficionaron, si quieren ustedes, a leer obras de pensamiento. He oído a mi padre muchas veces describir la perplejidad de algunos pensadores europeos cuando les contaba las ventas que tenían sus libros en España. Parece ser que en países como Francia, Alemania o Inglaterra era algo perfectamente impensable.

He recordado en muchas ocasiones, y quizá deba hacerlo una vez más, que, a finales de la dictadura, mi padre fue a Sevilla y dio una conferencia en la que hizo lo que hacía siempre: decir, de manera sosegada, lo que entonces nadie en España se atrevía a decir. Un comentarista sevillano escribió al día siguiente en el periódico que en Sevilla no se hablaba de otra cosa, lo mismo que el día en que Juan Belmonte, toreando en la Maestranza, había agarrado el cuerno de un toro de Miura por la mazorca, proeza que todos los aficionados tenían por imposible. Les diré que a mi padre aquel símil taurino le gustó de manera especial. Verdaderamente, Julián Marías fue más valiente que don Tancredo. Lo fue con la pluma, con la palabra, lo fue durante la guerra, lo fue en la cárcel y lo fue en la vida cotidiana. Les diré que con casi 80 años fue atracado en la calle, al volver de misa un domingo, y reaccionó de manera tan bravía que el atracador, con las manos vacías, puso pies en polvorosa.

Ya que el desordenado hilván de mis ideas me ha traído, sin pretenderlo, a hablar de toros, quiero dejar constancia, de pasada, de que mi padre, sin ser aficionado, no era en modo alguno “antitaurino”. Y quiero dejar constancia aquí, en esta tan taurófila casa, porque es tradicional dividir a los escritores españoles en “taurinos” y “antitaurinos”, y no quisiera que nadie dijera que Julián Marías perteneció a esta segunda facción. Es más, uno de los pocos caprichos que

recuerdo me haya concedido —no era padre de conceder caprichos a sus hijos— fue llevarme a los toros, teniendo yo seis años, en el momento en que mi afición taurina se reveló, en compañía de mi madre y de uno de sus más entrañables amigos, el inolvidable Heliodoro Carpintero.

A lo largo de muchos años intenté estimular a mi padre para que escribiera sobre algunos temas a los que —creo— no había dedicado atención alguna. Uno de ellos era el deporte, y no porque ni a mí ni a él nos interesara lo más mínimo, sino porque me parecía un tema que inundaba de manera tan patológica y desproporcionada la realidad de nuestro tiempo, que merecía su análisis (creo que incluso en una ocasión, un profesor americano, llevado de su entusiasmo, lo arrastró a un partido de béisbol, lo que no pareció haberle dejado demasiada huella). Naturalmente que nunca me hizo caso —y creo que ustedes lo lamentarán conmigo— y me contestaba escuetamente: “no me gusta escribir sobre cosas sobre las que no entiendo”. Otro de los temas con los que andaba yo emperrado que atendiera, era el de los toros, de tan honda tradición orteguiana. Otro, lo pueden fácilmente imaginar, era el de la música, también tratado por Ortega en su célebre y polémico ensayo “*Musicalia*”. Naturalmente que tampoco en esto me hizo caso. Pero voy a aprovechar la ocasión para dejar bien clara la desconocida actitud de mi padre ante la música, porque es tradicional también etiquetar a los escritores españoles de “musicales” o “antimusicales”. Digámoslo brevemente: mi padre no era en modo alguno, por desgracia, amante de la música. Y digo por desgracia porque la música habría supuesto un consuelo inestimable en el momento en que el deterioro de sus ojos le impidió leer, uno de los golpes más duros que tuvo que afrontar. Nunca, o casi nunca, se le vio poner un disco, a pesar de haber comprado, para fortuna de los hijos, un excelente tocadiscos, verdadero lujo para los años 60. Él no ponía música, entre otras cosas porque los hijos bombardeábamos sus oídos, con músicas de toda laya, mucho más de lo que él habría deseado. Había asistido bastante a conciertos y óperas —y no sólo a los de su cuñado, el director Odón Alonso— y había tratado a no pocos músicos, entre ellos nada menos que al director Ernest An-

sermet —que era gran admirador de su filosofía— y a Pablo Casals, al que trató en los años de Puerto Rico. Lo curioso es que mi padre no sólo poseía una cultura musical más que regular —no había, por ejemplo, ópera del repertorio cuyo autor desconociera— sino que, además, no carecía de sensibilidad musical. El compositor al que estimaba por encima de todos era Mozart, cuya alegría y elegancia le producía entusiasmo. Y, cuando asistía a mis conciertos, sus comentarios eran siempre certeros, sutiles y dictados por el buen gusto. Recuerdo una ocasión en que asistió a un concierto del gran director Igor Markevitch, que ansiaba conocerlo. Después se fueron a cenar y mi padre comentó que el desarrollo de la música de Beethoven, que había dirigido Markevitch, era imprevisible pero, al mismo tiempo, completamente necesario. Recuerdo que esta sencilla apreciación provocó un entusiasmo, aparentemente desmedido, en Markevitch, uno de los intérpretes más inteligentes de nuestro tiempo, que no paró de darle vueltas, durante toda la noche, al juicio del profano que era mi padre.

Las palabras previas han hecho aflorar a mi veleidosa memoria una escena familiar que creo refleja el temple —evito la palabra “talante” por razones fácilmente deducibles— de mi padre. En la época en que mis hermanos rondaban la adolescencia y en la que yo era aún un niño, era corriente ver a mi padre trabajando, sentado ante su flamante máquina eléctrica IBM, en su inmenso salón, que ocupaba una alta proporción de los metros cuadrados de la casa. Allí estaban a menudo, semirrecostados por divanes y sillones —aún no invadidos por la vorágine libresca gracias a los constantes desvelos de mi madre— mis tres hermanos mayores, enfrascados en sus respectivas lecturas, a veces sobre el telón de fondo de alguna música que mi padre no había logrado acallar. Quiero pensar que mis hermanos tendrían el buen criterio de no asaetearle con músicas que abiertamente le repugnaban —como la de Bob Dylan o la de los Rolling Stones— y que se conformarían con Joan Baez, cuyo timbre de voz mi padre elogiaba. Es increíble que mi padre pudiera seguir alumbrando su obra en tales circunstancias; pero lo peor es que no acababan ahí las cosas. Cada uno de mis hermanos, sin levantar la mirada del libro,

le lanzaba constantes preguntas. Pongamos por caso: “¿Qué quiere decir *charrue*?”. Mi padre, sin dejar de teclear, respondía a velocidad de ordenador: “Arado”. A los pocos segundos caía otra consulta en inglés, en alemán, en griego, en latín... que mi padre respondía tan veloz como infalible. A veces protestaba un poco: “podíais, por lo menos, decir de qué idioma se trata”. Esa utilización como “diccionario viviente” creo que le producía a mi padre un secreto placer. Su capacidad lingüística era tan irritante que reconozco haberle tendido, con la peor de mis intenciones, múltiples trampas. Cuando leía en otro idioma, memorizaba las palabras más raras y, a la hora de comer, le espetaba a bocajarro: “¿Qué quiere decir *foulon*?”. Como la cosa más natural, contestaba: “Batán”, palabra cuyo significado desconocen, en español, la inmensa mayoría de los españoles. Otra vez fui aun más cruel: a la hora de los postres le coloqué delante de las narices el pasaje más enrevesado del enrevesado latín del *Miles gloriosus* de Plauto, aquél de cuyo sentido ni siquiera el catedrático de latín de mi facultad estaba muy seguro. Ante mi asombro, se puso a traducirlo a la misma velocidad y con la misma precisión con que podía traducir una novela de Dumas del francés. Después de aquello, me guardé durante una temporada de tenderle nuevas emboscadas lingüísticas. Todavía en sus últimos días, ya gravemente enfermo, se complacía en recitar versos en alemán, que nadie de la familia entendía, pero que le provocaban un íntimo placer.

Los versos, la poesía, siempre la poesía. Como telón de fondo, como cita constante, como piedra angular de la “educación sentimental”, como intimidad compartida con mi madre, como trasfondo de la vida. Así, la vida cotidiana se entreveraba constantemente de citas literarias, que acudían a su boca con la espontaneidad con que los refranes acudían a la boca de Sancho. Cuántas veces le hemos oído sentenciar con Machado “todo necio confunde valor y precio”; cuántas veces ha recordado las coplas de Jorge Manrique, que tan nítidamente cobran vida en mi memoria en estos momentos; cuántos versos, del Arcipreste a Lorca, de Quevedo a Salinas, del Marqués de Santillana a Rosales, lo acompañaron a lo largo y a lo ancho de su vida. Y es que para él, la cultura —su inmensa, inabarcable cultu-

ra— era una fuente de placer, un ingrediente de la vida, en las antípodas mismas del dato erudito o del ornato social. Contaba su discípulo Emilio Lledó que una vez cierto filosofastro se escandalizó de ver a mi padre comprando libros de poesía: “¡Un filósofo que compra poesía!”. Mi padre comentaba, risueño: “¡Qué imbécil!”. Por cierto, que recordaba también Lledó la gracia que le hacía, cuando iban “de libros”, ver que, si en un montón había uno suyo, lo cogía y lo ponía bien a la vista, en lo alto de la pila. Es un pecado venial que yo mismo practico cuando me topo con alguno de mis discos en una tienda.

Yo no sé si ustedes se estarán escandalizando del trato no demasiado respetuoso que los hijos nos permitíamos para con nuestro padre. Les diré que es probable que los hijos “nos pasáramos”, como creo que “se pasan” todos los hijos. Pero también les diré —y esto, creo, no carece de importancia— que mis padres habían decidido, de mutuo acuerdo, educar a sus hijos en la confianza. (Aprovecho para recordar aquí el hecho inaudito de que, hasta que nació el primer hijo, mi madre llamó a mi padre, con el que llevaba casada ya varios años, por su apellido, y se dirigía a él como “Marías”. Felizmente se dio cuenta a tiempo de la impropiedad de llamarlo así en una familia con hijos y empezó a llamarlo, un tanto a la fuerza, por su nombre de pila). Pues bien, retomando el caprichoso hilo de mi discurso, les diré haber oído comentar a mis padres que habían decidido no adoptar con sus hijos el modelo de “respeto reverencial” con que muchos hijos de intelectuales trataban a sus padres. Mis padres propiciaron la confianza y la proximidad, aunque no sé si en un grado del que pudieron llegar a arrepentirse un poco. Porque he de reconocer, no sin bochorno, que a mi padre le salieron cuatro críticos verdaderamente crueles —y vengativos, porque su parquedad en el elogio a cuanto hiciéramos podía resultar también irritante—. Así, cuando mi padre leía en voz alta su último escrito, podía estar seguro de soportar las impertinentes voces de cuatro boquirrubios bastante majaderos —éste era su insulto predilecto, junto con “macaco”— que apostillaban sin piedad: “Eso ya lo has dicho mil veces”, “vaya obviedad”, “eso no se entiende”, “¡qué disparate!”, “¡estás hecho un carcamal!”, etc.,

etc. Del mismo modo que, cuando proyectaba sus por lo demás excelentes diapositivas —uno de sus más placenteros pasatiempos—, se escuchaba un infame coro de aguafiestas que gritaba: “¡Foco!”, “mal encuadrada”, “pasada de luz”, “oscura” o sencillamente “¡qué señora tan horrible!”. Me tranquiliza pensar que, en alguna medida, él mismo se lo había buscado y quisiera no equivocarme al creer que tan despiadada diatriba, en el fondo, le producía algún íntimo regustillo.

Al escribir las palabras “¡qué señora tan horrible!”, sale al paso de mi accidentada vereda, como atracador de caminos, el entusiasmo de mi padre por las mujeres, y no precisamente por las horribles. Pocas veces he conocido a un hombre que sintiera tamaño entusiasmo por las féminas. No me mal interpreten, mi padre era lo más opuesto a un Bradomín, o “a un seductor Mañara”, para decirlo con Machado. Hace poco su entrañable amigo, el feliz y encantador centenario Pepín Bello, declaraba a un periodista: “¿Quién no ha tenido varios amores en la vida? Menos Marañón que, el pobre, estaba enamorado de su mujer”. Pues bien, mi padre era otro de esos “pobres” enamorado de su mujer, pero sentía un abierto entusiasmo por muchas otras mujeres. Mi padre tuvo muchos amigos, pero tuvo, sobre todo, amigas, docenas y docenas de excelentes amigas, a veces de una lealtad y una fidelidad conmovedoras. Tres de esas amigas, las conocidas hasta hoy como “las chicas”, a pesar de ser octogenarias, que habían sido tres alumnas adolescentes que mi madre había tenido allá por el año 40, se habían incorporado para siempre a la familia y fueron leales y fidelísimas contertulias de mi padre durante todas las tardes de domingo del resto de su vida.

Tuvo, como decía, mi padre infinidad de excelentes amigas, a veces compartidas con mi madre y a veces en diferentes grados de exclusividad. En medio de la pacatería de la vida española de la dictadura —“lo peor de Franco es esa mentalidad que tiene de señora española de la clase media”, decía sabiamente mi madre—, esa situación había sido asimilada con talento y naturalidad por su esposa. Era frecuente, pongamos por caso, que mi padre se fuera al cine con alguna buena —y a menudo guapísima— amiga, en el caso de

que mi madre tuviera demasiados quehaceres o de que la película en cuestión fuera en exceso “terrorífica”. Como mis padres no ejercieron nunca de “modernos” ni, mucho menos, de “progresistas”, siempre creí que eran gente burguesa. No pueden imaginarse el susto que me llevé cuando, ya bien crecido, me encontré cara a cara con la burguesía.

Hablando del entusiasmo paterno por las damas, voy a cometer una incorrección que no sé si sería del gusto de mi padre, que fue la persona más discreta y menos cotilla que nunca conoceré. Se trata de una foto, de una bella foto en blanco y negro, que me temo se ha extraviado para siempre, que constituía un retrato vivo de la personalidad jovial y nada campanuda de mi padre. Era una foto de prensa, tomada en un “*cocktail*” o cosa parecida, de esos a los que mi padre acudía muy rara vez. Al lado izquierdo estaban tres escritores, el mentón sobre la palma de la mano, con ademán grave, sesudo y trascendente. Uno era, creo, Antonio Buero Vallejo; el segundo, su entrañable amigo Pedro Laín; del tercero no estoy seguro. En escandaloso contraste, a la derecha de la foto estaba mi padre, en ademán inusitadamente mundano, con una copa de champán en la mano y una sonrisa digna del pato Donald en las playas de Copacabana del “Loco Carioca”, al lado de una juvenil y exuberante Analía Gadé que lucía dos esplendorosos muslos apenas cubiertos por uno de aquellos “minipantalones” que estuvieron antaño de moda.

Les previne al comienzo, iba a ser superfluo y banal. Pero al menos he sido como fue siempre mi padre, optimista y jovial. Incomprendiblemente optimista y jovial, para tratarse de un filósofo que había tenido una vida muy dura y que había sido blanco de infinitas envidias y mezquindades. Un día, llegamos mi mujer y yo a su casa, a la hora de comer —tuvimos el inmenso privilegio de estar invitados a almorzar con él durante un cuarto de siglo—, y nos dijo muy sonriente: “Hoy me han hecho tres”. Se sobreentendía: tres.... “faenas”, porque jamás dijo una palabra malsonante. Una de ellas era la declaración de un escritor, al que se habría podido suponer amistoso para con él, que escribía en un periódico: “Algunos intelectuales españoles deberían haber muerto hace 10 años, el primero de ellos es

Julián Marías”. Las otras dos no se las contaré por no aguar el optimismo que me he propuesto. Pues bien, les cuento esto solamente para decirles que ese día mi padre comió con el mismo buen humor y excelente apetito de siempre.

Quizá les sorprenda que haya sido tan alegre en estos momentos en que me cuesta verdadero esfuerzo serlo. Creo que con ello soy fiel a mi padre, que fue un gran enamorado de la vida y que no perdió jamás las ganas de vivir, ni en las circunstancias más adversas y penosas. Creo que habría dicho, con el Arcipreste, aquello de “¡Ay muerte! ¡Muerta seas, muerta e malandante!”, de no ser porque no hablaba casi nunca de la muerte, cosa que quizá resulte sorprendente en un filósofo y en un filósofo que era profundamente católico. Sus alusiones a la muerte eran, al menos en familia, muy raras y superfluas. A veces, cuando los muchos años comenzaban a cobrarse su tributo, dejaba caer, risueño, una pequeña broma: “Claro que la otra opción es peor...”.

No quiero terminar estas palabras, ya demasiado largas, sin expresar mi gratitud. Sí, mi gratitud y la de mi familia hacia todos ustedes: hacia sus amigos, hacia sus discípulos, de manera especial hacia sus jóvenes discípulos, que tanta alegría y tanta ilusión le proporcionaron en los últimos años, hacia los “Amigos de Julián Marías”, una institución de insólita espontaneidad y desinterés, hacia los oyentes de sus conferencias, hacia sus lectores. Mis hermanos y yo hemos recibido, a su muerte, varios centenares de cartas ciertamente conmovedoras, a veces de personas desconocidas, que reconocen agradecidas lo mucho que deben a mi padre. Yo me he propuesto firmemente contestarlas una a una, si es que no muero yo mismo antes de poder llevarlo a cabo. Pues bien, no dudo que todas esas personas hayan recibido mucho de mi padre, que fue para ellas como un faro, como un faro que ilumina pero que, al mismo tiempo, orienta; como un faro que en su giro lanza una ráfaga de luz en nuestras vidas pero que, a la vez, alerta de las amenazas, de los riesgos, señalando los escollos y arrecifes de la costa.

Pero quiero decirles también que mi padre les debe —sí, conjugo adrede en presente— también mucho a ustedes, a sus lectores, a

cuantas personas, muchas veces modestas, sencillas, acaso desconocidas, escucharon su verbo. Ustedes han colaborado de manera inestimable, acaso sin saberlo, a que el río de su vida fuera a dar, felizmente, “a la mar que es el morir”, a que, con Jorge Manrique, podamos decir:

“Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados, [...]
dio el alma a
quien gela dio
(el cual la ponga en el cielo
en su gloria)
y aunque la vida perdió
dexónos harto consuelo
su memoria”.

Muchas gracias.

Un sueño prestado

Javier Marías
(*Escritor*)

Aunque no soy nada partidario de las narraciones de sueños, sobre todo si aparecen en una novela o en una película —¿para qué me cuentan esto, si sólo es sueño y estamos ya en una ficción?, me pregunto—, hoy voy a relatar uno reciente de mi hermano mayor Miguel, a quien he pedido permiso y a quien entregaré, descuiden, por lo menos la mitad de lo que perciba por este artículo, en concepto de derechos oníricos. (Y esto no es una novela.)

Fue a los cinco días de la muerte de nuestro padre, que se despidió del mundo el pasado 15 de diciembre, hacia las diez de la mañana. Tal como Miguel me contó su sueño, me pareció que algo de deformación profesional o aficionada había en él, ya que, aunque en realidad es economista, se lo conoce más como crítico cinematográfico, y en su evocación vi “influencias” de Lubitsch (*El cielo puede esperar*), Powell y Pressburger (*A vida o muerte*), Mankiewicz (*El fantasma y la señora Muir*; una de mis favoritas de siempre) e incluso Capra (*¡Qué bello es vivir!*). Lo cierto es que Miguel veía a nuestra madre, que murió en la madrugada del 24 de diciembre de 1977, sentada en un banco de la dehesa, como se conoce el bonito parque de la ciudad

de Soria, en la que pasamos muchos veranos de nuestra infancia. Mi padre llegaba con sus andares por una de las alamedas y se detenía ante ella, que sostenía sobre su regazo a nuestro hermano Julianín, el mayor de los cinco nacidos, y muerto el 25 de junio de 1949 a los tres años y medio, aunque el niño no se le aparecía a Miguel (el único que llegó a conocerlo) física o corpóreamente; estaba allí, pero no se lo veía. Y entonces mi madre le dedicaba a mi padre un reproche en tono humorístico: “Hay que ver, Julián”, le decía, “mira que tardar casi veintiocho años. No sé si te das cuenta de lo que ha sido estar yo sola tanto tiempo con un niño de tres años. Anda, coge un rato al inquisidor y encárgate de contestar sus preguntas. Ya sabes que a estas edades no paran de preguntar cosas, por qué esto y por qué lo otro. Me tiene agotada”. Mi padre cogía al niño etéreo con su habitual torpeza para coger niños, bien conocida por Miguel, Fernando, Álvaro y yo, los cuatro hermanos vivos. Era más o menos como si le pusieran en las manos un montón de platos que no pudiera depositar en ningún sitio. E intentaba justificarse por la tardanza: “No, si yo quería haber venido mucho antes, casi inmediatamente. Pero tú ya sabes lo que pasa, Lolita, se lían las cosas, y había libros que escribir, y la gente se pone muy pesada con esto y con lo otro. Total, hasta ahora no ha habido manera”. Al igual que Julianín, ambos tenían la edad de sus respectivas muertes, así que mi madre, que en vida era un año mayor que mi padre, se aparecía con sus casi sesenta y cinco, y mi padre con sus noventa y uno. “Mira qué gracia”, le decía nuestra madre, “ahora soy mucho más joven que tú. Y sí, ya sé, pero para tus asuntos eres muy impaciente, y para lo de los demás te tomas todo con mucha calma”.

Al cabo de ya muchas noches, lo que recuerda Miguel son retazos, pero por lo visto mi padre informaba a mi madre de lo ocurrido desde su ausencia, y ella, contradictoriamente, por un lado lo escuchaba con interés, y por otro venía a decirle que estaba al cabo de la calle (“No te creas que yo no me entero de nada”). “En algo has fallado”, le reprochaba sonriente, “para que ninguno de los chicos sea religioso”. No me consta de mis hermanos, porque nunca nos preguntamos por cuestiones tan personales; pero creo que algunas amistades pías

y chismosas de mi padre criticaron que en las dos misas habidas tras su fallecimiento, ninguno nos acercáramos a comulgar, así que puede. Y mis padres sí eran creyentes, desde luego. “Ya”, contestaba él, “pero son todos bastante buenos”. “También podías haber convencido a Xavier de que casara, ¿no?”, era el siguiente y guasón reproche de mi madre. “Bueno, ya sabes que siempre fue un poco picaflor; y aunque no cuenta mucho, creo que ahora está bastante emparejado, y con una mujer muy simpática y risueña, yo la he conocido”. “También están emparejados varios nietos”, insistía en chincharlo un poco mi madre, “pero no se casa ninguno”. A lo que nuestro padre respondía incongruente e insinceramente: “Bueno, pero es que ahora sólo se casan los homosexuales”, a lo que nuestra madre, bien informada desde su banco de la dehesa, le contestaba: “No me vengas con cuentos. Se casan también ellos, pero se sigue casando todo el que quiere”.

Como sucede a menudo en los sueños, había una mezcla de verosimilitud —casi de escena doméstica— y de absurdo. A mí me ha hecho gracia que mi padre apareciera como un poco pillado en falta, aunque sin motivo real, el pobre, y que admitiera su excesivo retraso. Yo no soy religioso, en efecto, pero sí muy cinéfilo, y me gustan mucho las películas que he mencionado y otras de fantasmas y de gente a la que sigue importando lo que ocurre en el mundo que han dejado, así que el sueño de mi hermano me ha divertido y hasta aliviado. Y al fin y al cabo, hay un territorio —por llamarlo algo— en el que los tres, mi padre, mi madre y Julianín, sí se han unido, además de en la misma tumba: los tres son ahora pasado y memoria, y eso al menos comparten. Y no parece tan grave ser pasado, si bien se mira: es un tiempo, o quizá un sitio, lleno de personas interesantes, y también de algunas muy queridas.

Últimas palabras, últimos pensamientos

Miguel Marías

(Economista. Jefe del Servicio de Estudios de la Cámara de Comercio e Industria de Madrid. Crítico de cine)

Puede entenderse que, al morir quien no abrió jamás la boca, o alguien que nunca escribió, sus últimas palabras cobren un especial significado, y no tanto porque lo tengan sino por que, entre manifestaciones escasas, son las últimas. Se me atraviesa el prestigio reverencial que se le da con frecuencia a lo postrero, como si fuese lo mismo que definitivo, como si las palabras sucesivas fuesen borrando las anteriores, día tras día, como si sólo quedase, valiese, ¿por qué?, lo último, lo que ya uno mismo no podrá continuar ¿o rectificar, matizar, precisar, ampliar o incluso contradecir?

Si se exagera con los ágrafos y los taciturnos, imagínense hasta qué extremo es injustificado ese entronizamiento de lo cronológica e involuntariamente último en el caso de quienes, no contentos con expresarse a menudo y con claridad, lo han hecho en público y en impreso. Puede suponerse que sus últimas palabras lo serán por casualidad, sin que eso las convierta en su última palabra sobre cuestión alguna, ni siquiera si en el último momento cambiaban de opinión sobre alguna cuestión para ellos esencial, y ello al menos

por dos razones: porque poco pesa una palabra frente a muchas, articuladas y argumentadas, a lo largo de la vida, y esa vida misma, y porque no es el momento de la muerte, ni siquiera los días o meses de enfermedad que la preceden, el de mayor lucidez, voluntad más firme o ánimo más fuerte; más bien se diría lo contrario. Y no vale arrimar el ascua a la sardina de cada cual; siempre está feo, y más si el “ascua” es un muerto, frío ya el pobre, enmudecido, que no puede defenderse.

Permítaseme una hipótesis. Recuerdo que hubo quien pretendió convertir a D. José Ortega y Gasset en católico, al menos en creyente, en el último suspiro. No entro ni salgo (si es que alguien lo supo) en cuál pudiera ser, de tenerla, su convicción más íntima. Pero al final, ya débil, se puede ceder a la presión familiar, a la insistencia de amigos, a la propia debilidad, a la angustia, al miedo. Por tanto, desde un punto de vista intelectual, nada significaría su pretendida “conversión” de último minuto, en nada cambiaría sus escritos. Este mismo argumento, que con Ortega algunos no aceptarían, sería en cambio admitido por esas mismas personas, me temo, en el caso contrario: si un creyente público y confeso —aunque nada beato ni sermoneador, poco clerical aunque ajeno al anticlericalismo, crítico con la Iglesia cuando se metía donde no debía o se manchaba las manos con complicidades impropias—, como mi padre, hubiese abjurado, apostasiado a algo así en el último momento. Tranquilizo a quien pueda producir un sobresalto la mera imaginación de tal cosa; no pasó nada parecido; pero tampoco habló de la muerte —de la suya nunca— ni en el último día que estuvo consciente al menos durante algunos ratos. Ni visiblemente rezó. Meses antes había recibido la extremaunción, y el pobre no tuvo mucha ocasión de pecar, ni siquiera cayó en la desesperación, porque yo creo que hasta el último día, con su incurable optimismo, pensó que “de esta se libraba”.

Por eso, no me valen nada sus últimas declaraciones por el hecho de serlo (o presentarse como tales), ni las últimas palabras que figuran con su firma. Hay abundantes escritos y entrevistas como para tener que recurrir a las pronunciadas cuando su resistencia y

su voluntad de precisión estaban mermadas. Puede decirse que hasta el 13 de diciembre de 2005 mi padre estuvo consciente (cuando estaba despierto), y que conservaba su juicio y su mente en buenas condiciones. La memoria remota le permitía el 14 recitar poemas en alemán aprendidos cuando tenía veinte años. Pero eso no significa, como es lógico, que estuviese entonces, ni desde hacía meses e incluso años, en el mejor de sus estados.

Su vista se había deteriorado mucho, y cada vez más. Hacía años ya que no podía leer, más allá de los titulares de los periódicos; pedía que se le leyese lo que le interesaba en principio, interés que a menudo se disipaba en el curso de la lectura. Encontraba descabellados e infundados muchos comentarios alarmistas y catastrofistas que se han prodigado en prensa en los últimos meses. “¡Pero qué tonterías escribe la gente!” era uno de sus comentarios más frecuentes. Hacía esos mismos años que no podía escribir en su querida máquina, sintiendo las teclas, porque el número de pulsaciones erróneas se había hecho tan elevado que los originales, de tanta corrección, quedaban confusos; en consecuencia, dictaba y se hacía leer el texto. Por mucho que agradeciese a los que tomaban sus frases, y luego se las releían, no le gustaba nada la pérdida de contacto físico con la escritura, la imposibilidad de ver lo que escribía y lo escrito, y las correcciones. La falta de costumbre, además, le hacía escribir de otra forma, menos límpidamente clara. O incurrir en repeticiones, en una cierta circularidad. Cualquiera que haya leído sus artículos o asistido a sus conferencias de los últimos años, salvo fanatismo ciego, tiene que haber observado un cierto deterioro, una tendencia a decir cosas ya dichas anteriormente, a insistir en lo mismo dentro de un texto. A ninguno de los próximos se nos escapaba, y creo que a él tampoco. Sorprendentemente, el día que cumplió 90 años, es decir, el 17 de junio de 2004, nos anunció que ya había trabajado mucho y escrito mucho, y que no iba a volver a escribir —pues no quería ni repetirse ni decir tonterías—, salvo que tuviera algo nuevo e importante que decir. Espontáneamente, nunca más volvió a escribir, y cuanto con fecha posterior lleva su firma son brevísimos textos de compromiso, de respuesta, que había que sacarle con sacacorchos.

Del mismo modo, mi padre, que siempre había sido mucho más hablador que oyente, empezó desde hace unos tres años, y cada vez en mayor medida, a escuchar, a querer oír las voces —que cobraban especial importancia por proceder de rostros que apenas distinguía—, a desear que se le contasen cosas. Dejó de dominar las conversaciones, aunque de vez en cuando contase aún una anécdota o un chiste, hiciese un comentario. Pero fue tendiendo al monosilabismo, y al encogimiento de hombros. Cosas que antaño le hubieran sublevado no provocaban ya más que un indulgente “qué tontería”; no llevaba apenas la contraria —lo que siempre le había divertido— ni insistía en puntualizar su opinión acerca de cada uno de los puntos de un tema que se discutía. Agradeciendo la conversación y la compañía, no iba a discrepar abiertamente. “Sí...”, “Pshé”, “Bueno”, “No creo”, “Más bien”, “Puede”, “No tanto” eran ahora sus comentarios. Si alguien exponía un pensamiento, en lugar de detallar con qué aspectos estaba de acuerdo y con cuáles no mucho y cuáles en absoluto, o no decía nada o asentía vagamente a aquella porción que le parecía más aceptable. Se hizo fácil, por primera vez en su vida, poner en su boca palabras que no había pronunciado, que jamás hubiera pronunciado. Cualquiera que escriba y hable en público tiene palabras y expresiones que le gustan, y otras que detesta, y que no pronunciará o escribirá mas que entrecomilladas, citándolas. Cualquiera que conozca el estilo, el léxico y la manera de pensar y ser de mi padre, puede tener, como yo la tengo, la “convicción moral” —como se dice ahora— de que ni dijo ni dictó algunas frases que se le han atribuido en los últimos meses, y de las que se subraya, precisamente, su carácter de “últimas”. De todas ellas, puedo garantizar la exactitud (aunque no espontánea) de las que yo tomé al dictado y de la transcripción de Leticia Escardó en el último número de *Cuenta y Razón*, porque, efectivamente, reflejan sus ideas, incluso la forma que adoptaban en los últimos meses de su vida. De las restantes fechadas en 2005 no, lo siento, no pondría la mano en el fuego por ninguna de ellas, más bien lo contrario. Y pienso que sería una perezosa traición resumir su pensamiento en un par de esas frases, que no le he oído jamás y que no puedo imaginarle pronunciando en ninguna circunstancia.

Complacencia en el paisaje

Eduardo Martínez de Pisón

(Catedrático de Geografía Física de la Universidad Autónoma de Madrid. Premio Nacional de Medio Ambiente del año 1991)

La imagen

Escribía Marías hace cincuenta y dos años que la vida intelectual debería “estar regida por el rigor, la verdad y la complacencia en la realidad”. El libro en el que está recogida esta propuesta, *El intelectual y su mundo*, regala conocimientos, es guía de convivencia y contagia no poco entusiasmo. Quisiera ahora recobrar una parte del sentido de esa “complacencia en la realidad”, para mí tan importante porque anima la vida aplicada a algo que es sustancial en mi oficio: la mirada sobre el paisaje.

La primera mirada complaciente que añade valor al objeto observado es la del pintor. Y su enseñanza nos ejercita a encuadrar los horizontes, a encajar formas con búsqueda de armonía y manchas de color acordes y bellas. Porque la complacencia es obviamente también en la belleza de la realidad y, en concreto, de la visible, que la posee en abundancia. El cuadro siempre es una ventana, un marco que delimita y, después, casi todas las ventanas se vuelven cuadros. La fotografía y la pantalla de cine que enmarcan escenas son cua-

dros que delimitan y componen, son las inevitables ventanas para asomarse a un mundo o a una acción. El pintor y el fotógrafo tienen, pues, confianza en la calidad de lo real. Y se complacen en ella.

Pero el paisaje no es sólo visual, sino que, como bien señalaba Giner de los Ríos, incluye a todos los sentidos. Porque si estamos en él ya no hay más ventanas que las que queramos ponerle para entenderlo o para pintarlo o para retenerlo: en realidad se huele, se oye y roza al mismo tiempo que se ve y, por ello, su percepción es conjunta. Incluso puede provocar confusiones o traslaciones entre unas percepciones y otras. No sólo el paisaje te circunda, se relaciona, sino que mis instrumentos para captarlo se mezclan o traspasan sensaciones entre sí. Los poetas han escrito sobre el sonido de los colores y a la inversa. Los músicos románticos supieron encontrar las melodías de los paisajes alpinos. En ocasiones los paisajes parecen sinfonías. ¿Quién no tiene experiencias propias o inducidas en este campo? Oír la luz, por ejemplo. Recuerdo el despuntar de un amanecer invernal como un ruido metálico que producía su luz al tocar la campana del aire helado: el silencio del horizonte iluminándose era un tañido de metal. Y la metáfora ha servido para expresar lo que es algo de todo en el conjunto, lo que es lo suyo y posible expresión de lo otro. Finalmente, la ventana más honda ha resultado ser la página. Porque en ella, prosa o poesía, es posible la expresión más completa y profunda. Las letras del 98 y de Ortega dejaron claros testimonios de esa potencia.

El amante de la pintura, del cine y de la fotografía que lee y escribe está ejerciendo su parte de “complacencia en la realidad”. Fotografíar no es un simple “clic” que detiene y fija una imagen destinada, si no, a ser fugaz. Actúa, aunque no se pretenda, en el paso del tiempo. Sobre su paso en las cosas, las personas, los paisajes. Y otorga a la escena retenida, si el fotógrafo aspira a algo más que a un documento gráfico, encuadre, composición, armonía, belleza, interés y puede que hasta afecto. El objeto, el momento y el mismo espíritu del fotógrafo quedan retratados en la imagen. Si también queda el espíritu de las cosas, eso es arte. La foto de paisaje logra una universalización de lo local, una generalización de lo concreto y

una persistencia de lo pasajero. El cine es la foto elevada a literatura. Quienes practican estas aficiones saben lo que tienen entre manos. Así, la foto de cubierta de la edición de 1961 de *Imagen de la India*, sus proporciones, significados y evocaciones son expresión del complemento visual que Marías deseaba añadir a sus palabras, aunque éstas fueran, como es natural, su medio y parte de su finalidad. Por algo el título se refiere a “imagen” o, incluso más claramente, el libro se abre con una advertencia precisa: “mirando —he escrito una vez— se hacen las dos terceras partes de toda filosofía que no sea una escolástica”.

El sentido

Pero añadía: “La realidad “misma”, concreta y en movimiento —es decir, viva—, lleva consigo su sentido. Un poco de amor —de efusión—, un poco de generosidad para salir realmente de uno mismo e ir a “lo otro””. Además de ver, es preciso distinguir, saber qué se está viendo: “Cuando un viajero habla de lo que no se ve... Cuando nos cuenta cosas muy importantes, que se leen, que se dicen, que están en los periódicos, en los libros, en las enciclopedias, pero nunca se pueden dibujar en la retina, me pregunto si ha “estado”. Pero ¿qué es lo que se ve? ¿Es que se puede ver cualquier cosa? No se ve más que entendiendo; para ver no basta con luces y colores y formas; hace falta, además, sentido. Ver, lo que se llama ver, sólo se ve lo inteligible”. Podrían ser también los preceptos ideales de una obra de geografía, el método que uno desearía transmitir a sus alumnos.

La explícita y mantenida afición de Julián Marías a esta fotografía o a ese cine significa amor e incluso pasión por la vida, por las cosas, por las historias de las cosas y de las vidas. Y por el arte que las envuelve. Un gusto adicional a la escritura. Adicional porque, para ser quien era, necesitaba escribir, interpretar y expresar la realidad escribiendo sobre ella. Y pasión, efectivamente, porque “el amor consiste primariamente en complacencia en la realidad”.

Lo que ahora tratamos indica amor a la tierra, efusión general y definida por Toledo, Castilla, Cataluña o Andalucía y por sus significados, inclinación a ver el mundo con los mejores ojos, con la mayor

lucidez y simpatía, sin esquivar un solo reto ni entrar en un solo error. Esos significados, los sentidos de los paisajes, son las claves de su contribución como mirada sobre el panorama, pero también lo fueron de sus preferencias. “Cruzar una frontera —escribía en *Aquí y Ahora*— es siempre dramático. Porque se advierte la inserción en el espacio geográfico del tiempo histórico, y el paisaje —con frecuencia igual a ambos lados de la raya— adquiere súbitamente virtualidades bien distintas. La tierra que se recorría poco antes, y que se podría tomar como naturaleza, a lo sumo como cultivo, cultura utilitaria, se convierte en escenario”. Como los elementos del territorio adquieren referencia histórica calificada, como las presencias de las cosas están moduladas por sus relaciones con las vidas, por sus alusiones, por su intrínseco sentido de circunstancialidad, tal paisaje referenciado es el que importa al escritor, al que se debe. Si es sobradamente conocido que Marías tenía una actitud abierta al mundo, la del viajero incluso de tierras remotas y distintas, lo ejerció desde una profunda inserción en la “España real”, dedicado a ella, y eligió hacerlo así porque lo que habitaba en su paisaje dándole significado le mereció la pena —y el giro en este caso podía tener un sentido bastante literal—. “Cada vez me gusta más el mundo, casi todo el mundo —decía hace casi veinte años—. Y cada vez soy menos cosmopolita, cada vez soy más irremediabilmente español”. Recordaba Marías que “cuando vuelvo a España después de una de mis frecuentes ausencias, largas o cortas, todo me hace buena impresión: el cielo, el paisaje, las ciudades, la gente; todo, hasta que abro un periódico”.

La oferta

“Pensé —escribe en otra ocasión— que era necesario ofrecer el pensamiento, lo único de que disponía”. “He tratado, ante todo, de no dejar solo a mi país”. Ese ofrecimiento se concretó, dentro de lo geográfico y entre otras reflexiones sociológicas, primero en una “interpretación” de lo propio, Andalucía, de su “cualidad vibrante”, escrita “con ilusión, con extraordinaria complacencia”, y acompañada de acuarelas de Alfredo Ramón, la mirada devuelta a la tierra, y luego en una “consideración reflexiva y penetrante”, igualmente de

lo propio, Cataluña, “desde el paisaje y las formas urbanas hasta la historia”. La “fortísima personalidad” de Andalucía y de Cataluña, el peso cualitativo formidable de ambas fueron pie de su análisis de esa España real, tan tangible y a la vez tan necesitada de constatación inteligente.

En 1987, en su libro *Ser español*, tras preguntar al lector sobre los caracteres e implicaciones de lo que significa serlo, señalaba la extensa tendencia a desentendernos de semejante cuestión. Sobre el paisaje dio una vez más lo que tenía, para evitar la pereza de pensar: páginas sabias, veraces e inteligibles. No le faltaron ánimos, como cuando escribió que “la vitalidad de España se revela a cualquiera que, con alguna experiencia de pueblos, ponga la mano sobre su corazón”. “La vida es una operación que se hace hacia delante, se futuriza; para ello requiere una instalación desde la cual se proyecta, a una altura determinada de la historia, con toda la realidad acumulada”. Julián Marías añadía con brío que, además, “nunca se ha hecho nada que valga la pena más que desde el entusiasmo”.

* * *

Al releer una descripción de Marías de los paisajes de la tierra de Cervantes, donde todo es significativo, vuelve a mi memoria sobre la página evocadora el prólogo de las *Novelas ejemplares* y al que “fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades”. Si este país fuera generoso, no sería este país. Pero, si lo fuera, tendría una breve lista de ciudadanos de honor a la que estaría añadido el nombre de Julián Marías cerca del soldado que aprendió a tener paciencia en las adversidades sin perder el entusiasmo ni la complacencia, esas únicas siembras que aquí hacen germinar el suelo del paisaje gastado.

Julián Marías, la mirada

Federico Mayor Zaragoza
(Presidente de la Fundación Cultura de Paz.
Ex Secretario General de la UNESCO)

“Se requiere mucha filosofía para
saber observar lo que se ve siempre”

J. J. Rousseau

En mi contribución al homenaje a Marías *Un siglo de España*, comenzaba con unos versos de José Ángel Valente en *El fulgor*: “Nadie puede tender sobre tal sueño / el manto de la noche, callar tal grito”. Julián Marías, mirada serena, capaz de observar y reflexionar sobre lo que ve todos los días, sobre nuestra circunstancia (*circum-stantia*) habitual, nos ha dejado, asequibles, atractivos, inspiradores, innumerables ingredientes, elementos para construir, cada uno, por sí mismo, libremente, el propio ideal, el propio sueño, el diseño del propio rumbo y destino, las palabras del propio grito.

“Observar lo que tan sólo vemos. / No dejar que la vida / transcurra como un río / agua hacia el mar / como destino / sin mirar atentamente / la flor, el árbol, el junco, / el puente, la gente / a lo largo de

todo / el recorrido. / Y los peces en el seno/ del cauce... / Y todo lo invisible / que sólo el agua sabe”. Sólo así, observando atentamente, valoramos, apreciamos, incorporamos lo que de otro modo escapa a nuestra percepción sin dejar huella. Nadie debe tender sobre nuestros sueños y nuestros gritos el manto de la noche, nadie debe oscurecer espacios por Julián Marías esclarecidos. Nadie debe ahogar las palabras que expresan nuestro pensar y sentir. De otro modo, en medio del bullicio, nos convertimos progresivamente en espectadores, en receptores, que no ejercemos la capacidad creadora distintiva de la especie humana, nuestra riqueza suprema y nos uniformizamos, gregarizamos y amilanamos. “Tanto griterío / para que no se oiga/ la conciencia / para que no se escuchen / los gemidos / ni la cuenta de los muertos... / Voces airadas y aspavientos / para que todos miremos / el dedo y no la luna, / para que sigamos, distraídos, / el paso de los días / y olvidemos”.

Julián Marías, mirada serena, de vigía. Pensador —faro—, mirada incisiva, prospectiva, para alertar en el momento justo, para evitar, para prevenir, para elegir el mejor de los caminos. La capacidad de anticipación es una de las características esenciales en la semblanza de Julián Marías.

Julián Marías, defensor a contraviento de la fuerza de la razón cuando prevalecía la razón de la fuerza. ¡La fuerza incomparable, indomable, del espíritu! “—Nosotros, Winston, controlamos la vida en todos sus niveles... —Al final os vencerán. Hay algo en el universo contra lo que no podéis... —Entonces, ¿qué principio es ese que ha de vencernos? —El espíritu del Hombre”. (Orwell, 1984). La mirada luminosa propia de la respuesta libremente elaborada, de los argumentos minuciosamente ponderados. Le recuerdo, lúcido y valiente, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, sembrando incansable semillas de ciudadanía democrática en los alumnos que, en aquellos años de tantas turbulencias, debían prepararse para las transiciones múltiples que se anunciaban.

“El tiempo, que ni vuelve ni tropieza”, dice un verso de Quevedo. “El tiempo, efectivamente, ni vuelve ni tropieza; pasa, se desliza entre nuestras manos, constituye nuestra vida”... Actuar de tal modo

que nada pueda “frenar el ejercicio de nuestra libertad histórica, la plena posesión de nuestro tiempo”¹. ¡La plena posesión de nuestro tiempo! No perder ni un solo instante. Descansar lo justo. Dormir lo indispensable. Es tiempo de participar, de unir voces y manos, es tiempo de no resignarse, aceptando dócilmente designios de instancias externas de poder. Es tiempo de buscar las respuestas en nosotros mismos, de edificar tenazmente, día a día, los baluartes de la justicia, de la igualdad, de la paz.

Como Salvador de Madariaga manifestó², “este escritor vivió años en las planicies abiertas a todos los abismos y jamás abatió la mirada, desconfió, se sintió desfallecer... consintió a nada que no fuera el agua clara de un alma artista e independiente”. Artista, capaz de inventar e imaginar, porque poseía, junto a la calma, la tensión humana propia de “el hombre en la cornisa”, según acertada definición de su amigo Juan Rof Carballo. Nada puede esperarse de los instalados, de los indiferentes, de los sin remedistas.

En su *Breve tratado de la ilusión* (1984), nos recuerda que “hay que reflexionar sobre lo que se vive para así revivirlo; para tomar posesión de ello y no resbalar; para que llegue a ser parte de uno mismo”. “La mismidad no es nada ya hecho, sino el proyecto radical que constituye a cada uno... La ilusión corresponde sobre todo a los proyectos, o a aquellos contenidos que se asocian al proyecto de tal manera que se convierten en ingredientes del yo proyectivo... La ilusión se refiere a lo que (el hombre) pretende ser, más exactamente a quien pretende ser y siente que tiene que ser...”.

Tensión humana propia de quien es capaz de escudriñar, de avizorar. De quien no mal gasta una sola gota de la clepsidra de su existencia. “Mientras el verbo ‘vivir’ es intransitivo..., desvivirse es el correlato de la ilusión... la forma plena y positiva de desvivirse es tener ilusión: es la condición de que la vida, sin más restricción, valga la pena de ser vivida”.

1 Julián MARÍAS, en *La España real*, (1998).

2 Salvador de MADARIAGA, en *Homenaje a Julián Marías*, (1984).

Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Xavier Zubiri... ¡Cuántas veces, en sus libros, en sus conferencias, en las conversaciones que mantuvimos, me ayudaron a adoptar decisiones, a proyectar inéditos caminos. Fue precisamente Xavier Zubiri quien prologaba así el libro *Historia de la Filosofía*, publicado por la *Revista de Occidente* en 1941: “Usted está comenzando a filosofar. Es decir, comenzará usted a bracear con toda suerte de razones y problemas”. En su *Reflexión sobre un libro propio*, a los 24 años de haberlo terminado de escribir, Julián Marías explica los motivos personales que le llevaron a profundizar en la filosofía, citando los versos de Goethe, que Ortega y Gasset repetía con frecuencia: “Yo me confieso del linaje de esos / que de lo oscuro hacia lo claro aspiran”. En el epílogo de este libro, José Ortega y Gasset defiende que el nombre perdurable de la filosofía debió ser “averiguación”. En efecto, nada define con tanta precisión la esencia de la filosofía como la actitud permanente de averiguar, que según la Real Academia significa: “Inquirir la verdad hasta descubrirla”.

Como las estrellas que iluminan el firmamento a pesar de que algunas han dejado de existir hace mucho tiempo, la luz-estrella de la obra de Julián Marías nos seguirá orientando e iluminando para siempre.

Con profunda gratitud, por su contribución al esclarecimiento de espacios tan sombríos, por su “visión responsable de la realidad”³, por su infatigable actitud solidaria con las nuevas generaciones, por permitirnos saber más sobre nosotros mismos, por su mirada dirigida resueltamente hacia el mañana que anhelamos.

3 Juan del AGUA, en la *Introducción al Homenaje a Julián Marías*, (1984).

Mi encuentro con Julián Marías

Aurelio Menéndez

(De la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Catedrático de Derecho Mercantil.

Ex Ministro de Educación y Ciencia)

Hace ya unos años, con motivo de la concesión a Julián Marías de la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo, participé en el libro-homenaje que se le dedicó bajo el título *Un siglo de España*. Lo hice con un artículo que versaba sobre el “Recuerdo del Gobierno de la Transición Política (1976-1977)”. Empezaba entonces mi modesta colaboración sobre la “transición política” con estas palabras, que alguna vez comenté, con gran fruto por mi parte, con nuestro gran filósofo e historiador.

“Siempre me ha parecido, aunque se trate de una interpretación discutible y necesitada de no pocas aclaraciones, que la España del siglo XIX se prolongó más tiempo del debido, hasta bien entrados los años del siglo XX. Si este punto de vista no es desacertado, podríamos pensar, con algún fundamento, que la Guerra Civil de 1936-1939, el más dramático acontecimiento de la España moderna, fue tanto como la explosión terminal de un largo período, no sé si de decadencia, pero sí, al menos, de desorientación e incertidumbre; pe-

ríodo que se había iniciado, sin embargo, con la esperanza, más tarde malograda, que se fraguó en la segunda mitad del siglo XVIII con la monarquía de Carlos III y su política reformadora. A mi juicio, aquella etapa histórica, con sus luces y sus sombras, se interrumpió felizmente con los esfuerzos realizados en la segunda mitad del siglo XX para una efectiva modernización de España: por un lado, la reforma económica iniciada a finales de la década de los cincuenta con el Plan de Estabilización; por otro lado, la reforma política iniciada en el año 1976 y que introdujo definitivamente a nuestro país en la modernidad europea.”

La Fundación de Estudios Sociológicos (FUNDES) me pide ahora con urgencia una colaboración para los “Estudios-Homenaje a Julián Marías” que se preparan con motivo de su fallecimiento. Me encuentro sin tiempo para intentar redactar una colaboración que, por modesta que fuera, tuviera el nivel que Julián Marías se merece. Me encuentro, en este momento, en una labor que ciertamente reclama toda mi atención: las reflexiones que he de hacer como Consejero Electivo de Estado al “Informe sobre modificaciones de la Constitución Española” del alto organismo consultivo. La nota urgente que redacto en este momento para los “Estudios-homenaje a Julián Marías” se convierte así en una nota complementaria de mi colaboración anterior. No quiero, sin embargo, faltar a una invitación que tanto agradezco y tanto estimo en favor de esta gran figura de la cultura española y este excelente amigo.

Nació nuestra amistad con un almuerzo —al que en algún otro momento me he referido— celebrado en 1976 en el Hotel Suecia. Invité también a ese almuerzo a Pedro Laín y a Rodrigo Uría. Mi propósito como Ministro de Educación y Ciencia era ofrecer a Julián Marías la creación de una Cátedra de Filosofía en la Facultad de Letras de la Universidad Complutense para incorporarle a la docencia universitaria, reparando, en cuanto se pudiera reparar, la larga ausencia universitaria del ilustre maestro. Se trataba de responder a una deuda con Julián Marías que podríamos calificar de absolutamente increíble en el más exigente sentido de lo que es una selección del profesorado universitario. Todavía hoy causa asombro que una per-

sona que tanto ha significado en la vida cultural española y universal del último siglo fuera privado de algún modo del ejercicio de una Cátedra de Fundamentos de la Filosofía para la que siempre estuvo especialmente dotado. Y tan increíble es cómo sobrellevó tamaña injusticia y cómo siguió toda su vida sirviendo a una vocación intelectual que nos ha permitido contar con una aportación cultural tan abundante y valiosa para un mejor entendimiento de las más diversas ramas de nuestro saber histórico y actual, un extenso y profundo conocimiento de lo que ha podido vivir el hombre de nuestro tiempo.

En aquel inolvidable almuerzo, Julián Marías no aceptó la invitación que le hice como responsable del Ministerio, y en la que había puesto no poca ilusión y esperanza. En aquel mes de setiembre de 1976 (no mucho tiempo después de haber logrado la aprobación de los Decretos por los que se revocaba la decisión política de privación de sus Cátedras a los profesores que habían sido sancionados, o que sencillamente habían pedido su baja, durante el régimen anterior) era bien explicable mi invitación, como lo era una negativa de Julián Marías a la aceptación, cuando estábamos iniciando la Transición política y en el sentir muy generalizado de nuestro pueblo todavía era muy incierto el futuro de aquella gran y provechosa aventura en que todos andábamos comprometidos. Años más tarde, el Ministro González Seara creó la Cátedra de Filosofía Española “José Ortega y Gasset” en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, y Julián Marías aceptó la invitación.

Nuestra relación de amistad no sólo no sufrió para nada en nuestros encuentros posteriores a mi invitación; siguió creciendo de modo entrañable, enriquecida en algún momento por atenciones mutuas, entre las que he de citar su confianza y generosidad cuando intentó incorporarme, sin que me fuera posible complacerle, a alguna responsabilidad concreta en el seno de la Fundación de Estudios Sociológicos.

Entre las muchas cosas que le debemos, está cuanto nos enseñó en tantos libros, artículos e inolvidables conferencias sobre el ser y la historia de nuestro país, con aquella capacidad que tenía para —como se ha podido decir— “anticiparse a los problemas nuevos

que apuntaban en la vida colectiva” (Leopoldo Calvo Sotelo). Hoy ya no me será posible dialogar con él sobre este tiempo nuestro de reforma; sobre el Informe del Consejo de Estado, los distintos puntos confiados por el Gobierno a ese Informe o la polémica relativa al Estatuto de Cataluña. Pero sobre todo siento la ausencia de su diálogo vivo en este tiempo de cierta crispación de unos y otros, cuando algunos hablan de lo que podríamos llamar “la transición de la Transición” y uno quisiera ver robustecido el clima de consenso y esperanza que tanto brilló en los últimos años setenta del pasado siglo.

Lo que no quiere nuestro pueblo, si se me permite hablar así, es una tensión política que ocasione un cierto clima de ruptura en nuestra conciencia nacional, un volver a la preocupación sobre el porvenir de España. Algo nos ofreció en este sentido la luminosidad intelectual y la enseñanza viva de este gran filósofo y pensador. Merece la pena volver a su saber y su experiencia para conocer por dónde andamos, mostrando una vez más nuestra gratitud y aprecio a quien —como ha dicho Helio Carpintero— trabajó “tantos años por poner siempre las cosas claras”; más aun cuando, por recordar a Ortega, “lo que a veces nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa”.

Julián Marías nos ha enseñado muchas cosas y, entre ellas, estemos o no de acuerdo con él, la claridad en las ideas, la visión ponderada del acontecer diario y un poder de convicción nada frecuente. Seguiremos notando siempre su ausencia, todo lo que nos pueda librar de volver a los versos pesimistas de “El hacha” de León Felipe (“¿Por qué habéis dicho todos / que en España hay dos bandos, / si aquí no hay más que polvo”), o simplemente al precioso poema de José Ángel Valente “Patria, cuyo nombre no sé”, cuando en los primeros años cincuenta del pasado siglo cerraba su poema con unos versos perdidos en la duda (“¡Oh! patria y patria / y patria en pie / de vida, en pie / sobre la mutilada / blanca de la nieve / ¿quién tiene tu verdad?”).

La viñeta

Antonio Mingote
(De la Real Academia Española)

Memoria de mi poesía

Francisco Morales Padrón
(*Catedrático Emérito de Historia de América de*
la Universidad de Sevilla)

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Hay quienes inician y terminan la lectura de este libro universal. Hay quienes no la comienzan jamás, y hay quienes saborean sólo trozos. Pudiéramos afirmar sin equivocarnos que el comenzar de *El Quijote* con el que iniciamos nuestro escrito lo conocen la casi totalidad de la gente, que por una u otra razón no repiten su lectura. Algo parecido ocurre con otros escritos; los leemos y difícilmente retenemos la totalidad de su contenido, aunque sí una parte que por diversos motivos nos afectó, como es el caso de los ejemplos que vamos a ofrecer salidos de la pluma de Juan Ramón Jiménez, Gustavo Adolfo Bécquer, Rabindranath Tagore y el rabí Dom Sentob: “Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos”. Tagore, traducido, precisamente por la esposa del poeta de Moguer, nos sirvió para conocer una lírica sin rimas que hacía fácil el aprendizaje y que nos dejó honda huella. Tengo indebidamente subrayados libros suyos en donde leo y releo: “Fue un día en que no te esperaba y entraste sin que te lo pidiera... Ahora que has entrado en mi vida, hazme

llorar, mira a ver si me partes el corazón”. Todavía hoy repito los versos medievales del rabí Dom Sentob en los que éste se lamenta que el amor lo visite cuando la decrepitud ya le domina: “Cerrada estaba mi puerta. ¿A qué vienes? ¿Por do entraste? ¿Di, ladrón, por qué saltaste las paredes de mi huerta?”. En cuanto a Bécquer, pocos serán los que no se han regalado el oído y el corazón con “Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar y otra vez...”. Nuestras vidas están hechas, entre otros elementos, de un amasijo de prosa y lirismo.

Yo recuerdo cómo se me quedó grabada la frase de un personaje novelesco, propia de un joven egoísta: “Me basta con los que me encuentran de su gusto, tal como soy, los demás que me dejen”. Estudiábamos en los años cuarenta, y lo que escuché a un compañero permaneció impreso y determinante.

Era una frase, creo que de Somerset Maugham. Frase también repetida era la del comienzo en la película *Rebeca*: “Anoche soñé que volvía a Manderleyh”.

Hay libros bíblicos de los cuales retenemos renglones, caso de los *Salmos*, que por su brevedad y significado religioso conservamos en la memoria. Otros, contenidos en el más hermoso de los libros, se hacen difíciles de memorizar por su poesía, como acontece con el *Cantar de los cantares*; a nosotros nos impactó en esos años cuarenta la historia de Absalón, y aprendimos para siempre el trozo dramático en que el narrador dice: “Entonces el rey, lleno de tristeza, subiose a la torre o cuarto que estaba sobre la puerta y echó a llorar diciendo mientras subía “Absalón, Absalón, hijo mío, quién me diera que yo pudiera morir por ti, ¡oh hijo mío! Absalón”. Creo que la manera de expresar el amor de padre me hirió fuertemente, e hice mío aquel deseo de un padre privado de un hijo. Lo mismo me ocurrió con la frase de Ruth: “No me dejes, no me digas que te deje y me aparte de ti; donde tú vayas iré yo, donde tú vivas viviré yo. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios, y donde tú mueras, allí moriré yo y allí tendré mi sepultura”. Escrita en la tumba de Stevenson y tan conmovedora como la que luce la tumba de Keats: “Aquí yace uno cuyo nombre fue escrito en el agua”.

Quienes poseemos este tesoro lírico, a veces muy mutilado, lo traemos a colación en cualquier instancia. El piropo por ejemplo, siempre vigente por los amadores que lo guardan para, llegado el momento, no dudar en confesar o declamar: “Ojos claros, serenos / si de un dulce mirar sois alabados, / ¿por qué si me miráis, miráis airados?” (Gutiérrez de Cetina). No falta el verso burlón, el de suspense, similar al de Baltasar del Alcázar: “En Jaén donde resido, vive don Lope de Sosa, y direte Inés la cosa más rara que de él has oído. Tenía este caballero un criado portugués... pero cenemos Inés, si te parece primero”. Hermanado a este servil lusitano testigo, nos imaginamos una sensacional cena en la que un portugués se admiraría de que en su tierna infancia todos los niños en Francia supiesen hablar francés.

El varón presumido, burlador de mujeres, encuentra su crítica en el mundo anónimo de la mística o la fémica valiente que no se detiene al denostar al machista: “Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón / sin ver que sois la ocasión / de lo mucho que culpáis”. En la mística del XVI es donde más hallamos las personales confesiones con las que a veces el poeta, casi siempre anónimo, da riendas sueltas, dejando escapar un juego de versos y de rezos bellos: “No te tardes, que me muero, / Carcelero, ¡no te tardes que me muero! / apresura tu venida / porque no pierda la vida / que la fe no está perdida, Carcelero, / ¡no te tardes que me muero!” (Juan del Encina); “Ven, muerte, tan escondida, / que no te sienta conmigo, / porque el gozo de ir contigo, / no me torne a dar la vida.” (Comendador Escrivá); “Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero...” (Santa Teresa); “En una noche oscura / con ansia de amores inflamada, / ¡Oh dichosa ventura! / salí sin ser notada, / estando ya mi casa sosegada.” (San Juan de la Cruz); “Aquí la envidia y mentira / me tuvieron encerrado. / ¡Dichoso el humilde estado / del sabio que se retira / a questo mundo malvado!” (Fray Luis de León). Muchos vivieron intensamente una soledad, que debieron contar con sus modelos, pues el fondo es el mismo, en el que se contrasta otro tipo de vida y en el que ocasionalmente añoran la ciudad y elogian la paz del campo, como: “A mis soledades voy / de mis soledades vengo”.

Hoy, en nuestros días, el misticismo no pierde su sentido. Autores como Amado Nervo el de “siempre que haya en tu vida un hueco llénalo de amor”, nos ha legado los inolvidables versos “Oh Kempis, Kempis, asceta yermo, pálido asceta / que mal me hiciste, / ha muchos años que estoy enfermo / y es por el libro que tú escribiste”, en el que se hace un reconocimiento a la mística del XVII. Otros, con la muerte de continuo presente, citan versos muy sabidos: “Recuerde el alma dormida / avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida, / cómo se viene la muerte, tan callando...”. De entre las coplas y los versos más citados de Jorge Manrique en referencia a la brevedad de la vida y la omnipresencia de la muerte, ante la cual, como pintase Valdés Leal, todos somos iguales, entra la acertada imagen: “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar, que es el morir”. Hermosa figura que el mismo Antonio Machado glosa y nos confiesa: “Entre los poetas míos tiene Manrique un altar / dulce goce del vivir; mala ciencia del pasar...”

El pueblo, siempre sabio, supo recoger en sus romances las tensiones con el enemigo morisco, que ya preludia el romance: “Abenamar, Abenamar, / moro de la morería, / el día que tú naciste / grandes señales había”; o el también conocido del cordobés Góngora: “Amarrado al duro banco / de una galera turquesa, / ambas manos en el remo / y ambos ojos en la tierra, / un forzado Dragut / en la playa de Marbella / se quejaba al ronco son / del remo y de la cadena”. Este mismo galeote pudiera ser el que en otra ocasión cantase: “Ande yo caliente ríase la gente. / Traten otros del gobierno / del mundo y de sus monarquías, / mientras gobiernan mis días, / mantequilla y pan tierno, / y las mañanas de invierno, / naranjada y aguardiente, / y ríase la gente”. Aunque siempre nos resultó más fácil recordar aquello de “Hélo, hélo por do viene, el moro por la calzada”.

Una buena parte de la poesía de la llamada generación del 27 la han incluido en sus canciones autores populares coetáneos o de nuestro tiempo. Es lo que acontece con Antonio Machado: “Caminante, son tus huellas el camino y nada más; caminante, no hay camino, se hace camino al andar”. Imposible silenciar del mismo poeta lo que éste canta y él comenta: “El que espera desespera, dice la voz

popular. ¡Qué verdad tan verdadera! La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés”. Populares se han hecho también, aunque ignoro si inspiraron cantares, los versos de Miguel Hernández, que prometió a su fraternal compañero del alma hablar de muchas cosas. Y no olvidemos al popular Alberti de: “Haz un milagro, Señor, déjame bajar al río, volver a ser pescador, que es lo mío”.

Acabemos. El caudal poético español es tan amplio que supera las limitaciones que determinados imponderables imponen. Anotemos la melancolía ante las ruinas de Itálica (“Estos ¡oh! Fabio...”); el ardor patriótico del “Oigo patria tu aflicción...”. Riamos con el burro de Iriarte que tocó la flauta por casualidad; sintámonos reyes creyendonos que nuestro barco es un tesoro, que nuestra ley es la libertad, que nuestra fuerza es el viento y nuestra única patria la mar.

Esta antología se torna larga, y no digamos para explicarlo que “agotado su tesoro, de asuntos falta, enmudeció la lira, (pues) mientras haya en el mundo primavera, habrá poesía”. Siguiendo a Platero, juguetón e inquieto, y a Juan Ramón, que nos acompañaron al principio, recemos con el poeta: “Sea lo que Vos queráis . Si queréis que, entre las rosas, ría hacia los matinales resplandores de la vida, sea lo que Vos queráis. Gracias si queréis que mire, gracias si queréis cegarme; gracias por todo y por nada; sea lo que Vos queráis”.

*Julián Marías,
un español de todas las latitudes*

Enrique Múgica

(Ex Ministro de Justicia. Defensor del Pueblo)

Hace pocos años, cuando Julián Marías aún estaba entre nosotros y todavía activo a pesar de su edad, se me pidió que colaborara en un libro-homenaje a su labor impagable¹. Mi pequeña aportación utilizó como hilo orientador la impresión que yo tenía —y sigo teniendo— de que Marías era un hombre a la medida de su tiempo. Ahora bien, como ese tiempo suyo fue tan prolongado, lo cierto es que, en definitiva, vino a ser un hombre de muchas y muy distintas épocas. A todos esos periodos distintos supo adaptarse y quienes tuvimos la suerte de coincidir con él en alguno o algunos de ellos somos beneficiarios de su palabra o de sus escritos.

En esta nueva y honrosa ocasión de rendir tributo a su memoria, me parece de justicia, antes que entretenerme en una relación extensa o simplemente enumerativa, y por eso mismo superficial, de su quehacer filosófico y ensayístico, destacar tan sólo un par de rasgos complementarios, de su carácter y de sus querencias,

1 Julián MARÍAS: *Un siglo de España*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

para intentar contribuir así a fijar con más hondura su recuerdo. Por eso, me voy a referir a su aceptada y entusiasta condición de español. Pero también a su afición viajera, con esa forma especial, tan laboriosa y tan suya, de mirarlo todo con perspicacia buscadora de contrastes enriquecedores, tanto en lo personal como en lo nacional.

La pasión española de Julián Marías se manifestó siempre, de modo paradójico, pues emanaba de su cordial sentir, por la vía de la reflexión. La incesante mención de España y de sus múltiples circunstancias posibilitantes a lo largo y ancho de la obra de Marías se acompaña, indefectiblemente, de algún comentario deseante o incluso de algún lamento ante la realidad vivida por él, que consideraba siempre perfeccionable. Su asidua españolidad era algo radical, procedente del hondón del alma, porque pudo superar incluso las adversidades y las incomodidades de un exilio interior a veces insoportable. Pero esa pasión la combinaba, o la retroalimentaba, para emplear un vocablo que jamás hubiera utilizado él, sin descanso, con el rigor intelectual y la continua búsqueda de la verdad.

Es imposible, en este sentido, separar esas dos devociones en Marías, su devoción por España y su devoción por la verdad. La Verdad con mayúscula que señala Zubiri en el prólogo a la primera edición de la *Historia de la Filosofía* publicada por Julián Marías en 1940: “El pecado contra la Verdad ha sido siempre el gran drama de la historia”. Ambas devociones —España y la Verdad, o la Verdad y España, que tanto da— se mezclan hasta fundirse para configurar una búsqueda infatigable y un auténtico *leitmotiv* existencial. “La vacilación y oscuridad de las opiniones sobre España, dentro y fuera de ella proceden de muchas causas, la mayoría de las cuales convergen en una: la confusión entre el Estado y la sociedad”, afirma tajantemente en sus *Meditaciones* sobre la sociedad española. Y excelente pedagogo, lo explica enseguida en el mismo texto: “la actitud de un español frente a ambos (Estado y sociedad) puede ser, y en muchos casos es, de radical disparidad; para hablar de mí mismo, mi actitud durante tres decenios (este texto apareció en 1966) ha sido de total

alejamiento del Estado —hasta el punto de no haber tenido ni siquiera un puesto docente oficial—; en cambio, mi situación ha sido y es de total inserción en la sociedad española”.

Curiosamente esa misma actitud de integración en la sociedad, desde ópticas diversas, se manifiesta en los grandes españoles, cuando su experiencia vital atraviesa por dificultades, aunque esa trayectoria sea completamente distinta en el plano político, cultural o ideológico. Podrían aducirse ejemplos varios, pero mencionaré tan sólo uno, bien significativo. Largo Caballero, cuya vida y cuyo itinerario personal pueden considerarse muy lejos de los de Julián Marías, recién liberado del campo de concentración nazi de Oraniemburgo, desde la sede berlinesa del cuartel general del ejército ruso de ocupación, en 1945, y meses antes de morir en París, escribe una *Carta a los trabajadores* que finaliza con la necesidad de “considerar la guerra civil como una catástrofe nacional (idéntico sentimiento a lo tantas veces repetido por Marías), defender que sean indemnizados los perjudicados por ella: huérfanos, viudas, inútiles, expropiados, etc., sin hacer diferencias entre las víctimas de las dos partes y tomar cuantas medidas puedan llevar la tranquilidad a los espíritus”. Cuando a los sesenta y seis años de terminar aquélla, uno de sus grandes vencidos —socialista y presidente del Gobierno— manifiesta con reflexiva dignidad la necesidad de la reconciliación, se anticipa en contrariedad a quienes tratan ahora de marginar el gran legado de la transición.

Ese ser español por encima de banderías u opciones políticas se manifiesta con mayor intensidad si cabe cuando los españoles se encuentran fuera de su tierra. Julián Marías era un viajero impenitente y tuvo que viajar muchas veces, en ocasiones por necesidad, a lugares muy alejados cuando los medios de transporte y locomoción no estaban tan adelantados como lo están hoy y cuando no eran tan cómodos como hoy lo son. Israel, India, Estados Unidos, toda Iberoamérica, Europa... le ofrecieron acogida, etapas y estancias más o menos prolongadas, la mayoría de las veces originadas por su fecunda labor académica o por su condición de conferenciante ilustre. Pero él no era un turista superficial ni obnubilado por tal o cual pai-

saje o monumento, aunque le produjeran placer y admiración; ni por las modas consumistas o acaparadoras que tantas veces condicionan nuestros viajes. Él todo lo aprovechaba y lo acarreaba en notas y artículos para que sirviera como modelo o como vacuna preventiva a sus lectores españoles.

Además de esa función sumadora de inquietudes o inspiradora de reformas, o de delimitación clarificadora de hábitos sociales, todos los escritos relativos a sus salidas de España tenían mucho de lo que puede llamarse su dimensión interna y hasta íntima. Su intento continuado de racionalizar, de categorizar o simplemente de sentir. Todo eso queda bien patente, aun con tintes de melancolía o añoranza explícita, sobre todo en sus *Memorias*, que fueron publicadas con el título ambiguo de *Una vida presente*. En el tomo segundo se refiere a su regreso a España, tras una larga estancia en América, y dice: “Había pasado trece meses fuera de España. Había conocido los Estados Unidos y buena parte de América del Sur; había tenido experiencias interesantes que habían de ser decisivas en mi vida; había hecho nuevos amigos, muchos de ellos para siempre (...)”. “Pero —se queja— había perdido algo más de un año de España”. Y más adelante, después de evocar sus años de estudio y la posibilidad o el deseo de irse al extranjero, repite, casi melancólico: “había pensado que un año en otro país era un año sin España”.

Mas no sólo echa de menos, con atenuada pesadumbre, a la España que le toca vivir. También dirige una mirada de cariño mezclado con sano orgullo a la historia y comenta: “América mostraba lo que España había sido, lo que seguía siendo al otro lado del Atlántico. Fuese lo que fuese la situación en que vivíamos, España es mucho más. No era el conocimiento libresco de la historia, bueno para nutrir la retórica patriótica al uso, abstracta e insincera; era la percepción de la España pretérita en sus consecuencias reales, actuales, que formaban parte de lo que efectivamente era en el presente. Y esto me dio un sentido de responsabilidad y de pertenencia al mismo tiempo”.

Responsabilidad y pertenencia. Creo que no hay otras palabras en castellano que reflejen mejor el carácter y el estado de ánimo de

Julián Marías. Antes, cuando calificué de ambiguo el título de *Una vida presente*, no había caído en la cuenta de su verdadero sentido que se me acaba de revelar al redactar apresuradamente estas líneas de homenaje. Se trata de una presencia entregada, responsable y en la que ante todo se refleja un sentido incomparable de identificación con la Verdad siempre buscada. Una vida presente todavía en nuestro recuerdo.

Mi postrer homenaje a D. Julián Marías

Agustín Muñoz-Grandes
(Teniente General del Ejército de Tierra)

He sentido la muerte de D. Julián como si desapareciera algo que me pertenecía. Aun en la última fase de su vida, en la que permanecía en silencio, por motivo de su quebrantada salud, confortaba saber que una persona sabia y buena conservaba una mente clara, llena de ideas que podían ayudar a salir de la confusa situación en que nos encontramos y que siempre incitaban a la concordia.

La última vez le vi en su piso de Vallehermoso, repleto de libros hasta en el más pequeño rincón y aparentemente no muy bien ordenados; me regaló su *Entre dos siglos*, una buena recopilación de artículos y pensamientos vertidos entre los años 1997-2002. Creo que he leído desde entonces algunas páginas casi todas las noches.

Cuando en 2001 se le concedió la Medalla de Oro al Trabajo, cinco años después de recibir el Príncipe de Asturias, FUNDES me invitó a participar, con una veintena de personas de muy diversa condición que habíamos tenido la suerte de conocer de forma más o menos cercana a D. Julián, en la elaboración de un libro como merecido homenaje a su persona. Naturalmente acepté y me sentí muy honrado

en hacerlo porque, en cierto modo, representaba a quienes habíamos hecho de la profesión de las Armas nuestra forma de vida.

Sintetizaré hoy mi colaboración:

1º) Alabé que el pensamiento de Julián Marías, expuesto en su dilatada obra, lo entendía siempre a la primera, sin necesidad de segundas lecturas. Me ratifico en que para alcanzar el don de la claridad de expresión lo primero es tener, y sobre todo sentir, muy claro lo que se quiere decir.

2º) Sus ideas, por un lado, me inquietaron muchas veces, porque me interpelaban directamente, pero, al mismo tiempo, me reconfortaban. Tras una crítica, a veces dura, siempre proyectaba un rayo de luz y de esperanza. Me apunté a su lucha contra el conformismo y la pasividad, a su esfuerzo por sustituir el “qué va a pasar” por el “qué podemos hacer”.

3º) Me alisté también en su “guerra” contra la mentira, bien distinta del error que siempre es corregible, y muy especialmente contra la falsedad más dañina: la basada en medias verdades. Y entendí que todos, de alguna forma, y sin creernos en posesión de la verdad absoluta, teníamos una cuota de responsabilidad en sacar a la luz hechos que permanecen prácticamente ocultos, que no se relatan por el temor a salirse de lo “políticamente correcto”. Lo que no se cuenta es, a la larga, como si no hubiera existido.

4º) Aprendí de él que todos los temas, incluso los mas espinosos e impopulares, pueden y deben ser tratados siempre que lo hagas con corrección, que nunca se puede renunciar al ejercicio de la libertad y que con delicadeza, como él hizo con Ortega en el Instituto de Humanidades que crearon en Aranjuez en el año 49, se puede desarmar a la censura.

5º) Me atrajo muy especialmente su forma de explicar y entender el concepto de Patria y el orgullo de ser español, de contar de forma sencilla nuestra historia, que todos debemos asumir, con sus glorias y fracasos, y valoré mucho, y hoy lo vuelvo a hacer, su empeño por cicatrizar para siempre dolorosas heridas que nadie tiene el derecho de reactivar, sin que ello lleve al ocultismo ni a renunciar a la veraz investigación.

6º) Participé con él en la idea de que el ser humano y muy especialmente la juventud se mueve por ideales, que sólo alentando los valores del espíritu se pueden acometer las grandes empresas que precisa la humanidad para cerrar la tremenda brecha abierta entre una minoría privilegiada y una mayoría que sobrevive con dificultad, para que pueda ser real la implantación de una paz que, para ser duradera, ha de apoyarse en los pilares sólidos que definió el Papa Juan XXIII: El amor, la verdad, la justicia y la libertad.

D. Julián nunca ocultó su fórmula para conseguirlo: el regreso al humanismo cristiano, despojado de los fariseísmos que tanto daño le han hecho. Con suavidad y sin aspavientos, pero también con firmeza, repetidas veces exteriorizó su fe, sin duda porque la tenía.

Termino estas líneas con la misma consideración que entonces hice. En distintas celebraciones, ya retirados del servicio activo, al repasar con mis compañeros de armas nuestra conducta, siempre pudimos decir, sin altanería pero con la cabeza alta, que la honestidad y la austeridad habían presidido nuestras vidas; que habíamos practicado el compañerismo siempre proyectado hacia el más débil; que habíamos ejercido la disciplina consciente que rechaza el servilismo; que la lealtad proyectada en sus tres direcciones, hacia el superior, hacia el compañero y hacia el subordinado, había sido el norte de nuestra actuación; que, sobre todo, habíamos rendido culto a la dignidad del ser humano, y que habíamos asumido la alta responsabilidad que entraña el custodiar las armas que el pueblo puso en nuestras manos para su defensa.

La práctica de todos estos valores, mucho más que el necesario conocimiento de la profesión, son los que de verdad definen la condición de soldado, ese noble título que yo me honro en llevar. Tengo la certeza que todos ellos los reunió en grado excelso Julián Marías. Por eso, desde mi condición militar y con mi respeto y admiración a quien dedicó su vida a la más difícil y apasionante de las tareas, la de “pensar”, vuelvo a repetir lo que entonces y ahora me sale del corazón: ¡Qué buen soldado hubiera sido D. Julián!

Pido a Dios que en este siglo surjan muchos hombres como él. España los necesita.

Grados de posesión de la vida

Francesco de Nigris
(Escritor)

Muy pocas personas hoy se paran a pensar y se plantean su vida en términos radicales.

La vida, decía espléndidamente Ortega, es quehacer; pero cuando ese quehacer que hacemos lo encontramos y adoptamos automáticamente, sin crítica alguna excepto aquella misma que socialmente le va adjunta, la vida se transforma en mero hacer, dictado por instancias externas, lo cual no quiere decir que sea necesariamente malo, pero no realmente elegido, no verdaderamente nuestro. Quien llega a preguntarse por su quehacer, por lo que está haciendo en su vida, siente, aunque sea por un instante, el peso de la tremenda y radical cuestión del sentido de la vida, de su porqué y de su para qué. Si bien todos tenemos esta vertiginosa vivencia, sobre todo en la adolescencia, que es el momento en que uno empieza a vivir desde sí mismo, reobrando sobre las creencias recibidas por los padres y la sociedad, pocos consiguen conservarla y enfrentarse a ella, y poquísimos, los filósofos, quienes pretenden convertir esta búsqueda de sentido de la vida en su vocación.

El adolescente que cae en la cuenta, sorprendido, de su misma existencia, que se asombra y tiembla al no verle un fin último a

la vida, mira tímidamente hacia fuera, hacia la sociedad, para poder volver auténticamente sobre sí mismo con alguna respuesta. Y gran daño la sociedad le hace al joven cuando no da importancia a esta vivencia, procurando su desgaste, archivándola como mera inquietud o como “cosa de la edad, que luego pasa”. Cuando la sociedad no comprende esta vivencia, y el joven, que se interpreta desde su sistema de ideas y creencias, no sabe cómo conceptualarla, ocurre lo que hoy está ocurriendo: que sucesivas generaciones de jóvenes no entienden qué son la filosofía y la religión; en definitiva, para qué sirven, cuál es su función vital. Porqué históricamente la filosofía y la religión han sido, con distintos métodos, los quehaceres con que el hombre ha pretendido encontrarle a la vida un sentido radical, un principio y fin que diera sentido y valor a todos sus actos. Y parece increíble tener que afirmar, con cierto pudor que conlleva tamaña afirmación, que el hombre hoy, sencillamente, no sabe para qué sirven estos dos hechos enormes, fuentes de la más honda intensidad y originalidad de Occidente.

Yo creo que el fenómeno que explica en el fondo esta situación se puede magníficamente definir con lo que Julián Marías, ya a final de su vida, llegó espléndidamente a llamar “la fragilidad de la evidencia”. Ésta ocurre cuando, en la vida social o en la misma vida individual, se llega a perder la conexión entre ciertos conceptos y sus vivencias auténticas, de suerte que éstas pierden su sentido, su evidencia intelectual. El hombre, en otras palabras, vive algo pero no sabe lo que le pasa, no lo descubre y no reobra sobre él en el círculo consciente de la vida, el del pensamiento conceptual. Todo concepto necesita la vivencia que lo evidencia, que lo hace inteligible, si no queda vacío, muerto; y, viceversa, toda vivencia no se puede rigurosamente pensar sin el concepto adecuado que la evidencia. Cuando este desajuste entre concepto y vivencia ocurre, sobre todo con respecto a los conceptos y vivencias fundamentales de un pueblo, acecha el peligro de la peor decadencia: no la de los índices estadísticos socioeconómicos —que en sí llevan a todo tipo de conclusiones arbitrarias—, sino la de la sustancia misma de un pueblo, la de su patrimonio real.

Este desajuste entre vivencias y conceptos no ocurre sólo con la filosofía y la religión, ya que se ha peligrosamente extendido a conceptos fundamentales de Occidente como el de matrimonio, liberalismo o incluso el mismo de democracia; y debería esto por lo menos alertarnos sobre el momento por el que Occidente está pasando. Pero volvamos a los que concretamente hemos tratado hasta ahora.

Pocos jóvenes tienen la suerte de sustraerse a la mortal tenaza social que se ha formado y que está, desde hace tiempo, triturando toda inocente y espontánea vivencia del joven que, con asombro, se encuentra en la vida sin saber por qué y para qué; es decir, sin que esto en principio le parezca, como le sugiere la sociedad, lo más normal del mundo. En cuanto a la filosofía, la suerte de estos pocos consiste en resistir a la tentación social, en conservar íntimamente viva la inquietud radical de la vida, y, finalmente, en encontrar un maestro, como en mi caso me ocurrió con Julián Marías, cuya vida consista en heroica búsqueda de la verdad. Hay que decir que no hace falta que el maestro sea figura tan creadora y tan intensa como la de Julián Marías, que la suerte quizá demasiado generosa conmigo ha puesto en mi camino, sino toda persona que ejemplifique en su vida la función de la filosofía, que no es la misma que la de las ciencias. La filosofía, siempre procuro recordarlo, no estudia porciones acotadas de la realidad, como, por ejemplo, la porción física, química, psíquica, que estudian sus ciencias respectivas, sino contempla la realidad toda en cuanto tal y busca su sentido. Toda filosofía es la respuesta que cada filósofo ha dado al problema radical de su vida, y todo maestro es quien recorre el sistema de respuestas o verdades cada vez más perfectas que la historia de la filosofía ha dado, y se nutre de ellas para tomar posesión de su vida desde dentro, desde el sentido último que debe orientar todos sus actos.

En cuanto a la religión, domina la idea de su absoluta incompatibilidad con todo conocimiento científico o filosófico. Domina todavía la idea arcaica de la insoluble antinomia entre fe y razón, cuando toda ciencia de razón, en realidad, implica siempre algo de fe, en el sentido vulgar de creencia ciega en algo recibido. Si nos lo pensamos bien, casi todo lo que sabemos no lo entendemos hasta sus últimas

consecuencias, que heredamos de un pasado que no podemos comprender del todo. El físico, así como el que de física nada entiende, creará en la absoluta verdad de las ondas electromagnéticas que, como Dios, “nunca vio ni toco”. Tampoco nadie ha visto nunca un protón ni un electrón, pero son los objetos que se llegan a imaginar mediante la descripción no estrictamente real, sino puramente matemática, de ciertos fenómenos naturales en cuanto hipotéticas consecuencias de ese objeto. Pero esto es un ejemplo más del carácter histórico y cumulativo de la verdad, que permite al hombre estar en la verdad de forma cada vez más perfecta pero insuficiente. Cada hombre pretende llegar a comprender una verdad última, pero dicha pretensión se hace históricamente; es el proyecto de la humanidad al que cada individuo contribuye cada vez que descubre porciones cada vez mayores de la misma verdad última que anhela; lo cual le obliga a instalarse, inevitablemente, en verdades que, aunque aumenten su carácter histórico de verdad apoyándose en las verdades anteriores, siempre precisan por su historicidad de cierta fe por parte del hombre en una verdad última que dé sentido a su carácter de verdad, que dé sentido a su misma pretensión¹. Y este fenómeno precisa una explicación mucho más real de una teoría meramente científica, parcial de la realidad, en cuanto pone el problema del sentido mismo de la realidad y de este objeto, llamado Dios, hipóstasis latente que se manifiesta en el proyecto de verdad del hombre.

Una de las frases que intelectualmente más me han impresionado es aquella con la que Ortega empieza su célebre libro *La idea del principio en Leibniz*. Recuerdo todavía que nada más abrirlo y recorrer con las pupilas las primeras dos líneas, tuve, sobrecogido, temblando el libro en mis manos, que cerrar los ojos y pensar una y otra vez en aquella frase que plasmaba perfectamente lo que desde hacía tiempo se gestaba en mi mente. “Formal o informalmente —dice Ortega—, el conocimiento es siempre contemplación de algo a través de un principio”. Lo más revelador de la frase me

1 Quisiera que el lector no cayera en la trampa de pensar que cada “nueva” idea de la realidad en el sentido cronológico del término sea más verdad que las otras, ya que hay decadencias y arcaísmos. Hay que conservar siempre cierta prudencia frente a todo progresismo que pretende progresar a toda costa.

parecieron los dos adverbios iniciales, que designan dos modos distintos en que la vida procede. El conocimiento es el quehacer que conscientemente observa siempre desde un principio, es decir, consiste en establecer formalmente un principio desde la porción real acotada de cada ciencia o, en el caso de la filosofía, en no quedarse en él, esto es, en la búsqueda del principio. Pero si el conocimiento no establece o busca formalmente su principio, el acto del conocer, al ser, como todo acto de la vida, intrínsecamente interpretativo, quiera o no interpretará desde un principio. El quehacer de la vida en todos sus actos consiste, en efecto, en interpretación; aquella que uno hace desde un principio que formal o informalmente establece. El nivel de una vida, el grado de posesión que tiene de la realidad, esto es, de sí misma, dependerá de la capacidad de sus conceptos de dar razón de todos sus elementos, de manera que pueda decidir sobre ellos. El nivel de posesión de una vida, que es su potencial de libertad, dependerá de la verdad de sus principios y, a la postre, del principio último que elige para organizarlos todos sistemáticamente.

A raíz de todo esto, se entiende que cuando la sociedad no sabe conceptuar la vivencia filosófica o religiosa, el joven no sabe lo que le pasa, y estos dos quehaceres fundamentales de Occidente quedarán desarraigados de la vida, sin su función vital. Queda así dañada primariamente la felicidad del hombre, que, no nos engañemos, en estos momentos no pasa por sus mejores momentos, ya que hay sobre todo en los más jóvenes una reticencia al auténtico ensimismamiento, a la exploración de la intimidad, que es el lugar de la felicidad.

Para este homenaje a Julián Marías he pensado explorar, dentro de lo que cabe, la filosofía y la religión como quehaceres mediante los cuales el hombre puede auténticamente poseerse a sí mismo, hacerse dueño de su vida. Como en casi todo lo que me atrevo a pensar, me acompañan las infinitas charlas que durante estos últimos casi cinco años he tenido con Julián Marías. Puedo todavía escuchar su voz y hablarle, intuyendo a menudo lo que me contestaría, siempre preocupándose por lo que la verdad esperaría de mí. Me doy cuenta,

entonces, de cómo las trayectorias de una vida siguen inevitablemente habitando en otras, en inagotable convivencia. Y al contemplar que en lo humano la presencia de una vida en otra va más allá de la muerte, reviviendo originalmente en las que quedan, me invade el asombro y la esperanza de que ésta sea la manera más auténtica para seguir queriendo a los que nos han querido y seguir dejándonos querer por ellos.

Julián Marías: intelectual y maestro comprometido

Manuel Núñez Encabo

*(Catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la
Universidad Complutense de Madrid. Vicepresidente del Ateneo.*

Catedrático Europeo Jean Monnet)

La desaparición de una personalidad como Julián Marías resuena más allá de su propia biografía, porque la magnitud de su obra y el ejemplo de su vida tiene una dimensión que va más allá de sus límites personales.

La Guerra Civil española, y también el largo periodo histórico franquista, no fue una anécdota sino que tiene el rango de categoría histórica kantiana. En el erial de cuarenta años de dictadura, encontrar personalidades de la reciedumbre intelectual y moral de Julián Marías nos devuelve la esperanza de que en todo desierto es posible encontrar algunos oasis revitalizadores. En las difíciles circunstancias españolas donde predominaba el “viva la muerte”, Julián Marías tiene el mérito de haber sido el eslabón necesario para asegurar la continuidad de la mejor tradición cultural del pensamiento español siempre históricamente amenazado. Marías, siguiendo la metodología aristotélica, articuló sus ideas y su obra únicamente a través

del proceso racional del análisis y la argumentación, compatible con los valores y creencias personales siempre vinculados a los seres humanos pero que no deberían impedir el arbitraje último de la razón, que ha garantizado la autonomía y la independencia intelectual de los grandes pensadores españoles. Por eso, Marías no cayó en fundamentalismos o sectarismos y ha ejercido el magisterio de su pensamiento desde la imprescindible autonomía e independencia intelectual propia de la mejor estirpe de la historia cultural española más allá de uno u otro signo ideológico o político.

El compromiso intelectual de Julián Marías me evoca otros insignes eslabones del pensamiento ilustrado español, y concretamente la figura de Sales i Ferré, agnóstico y primer sociólogo español con una relevancia intelectual pareja a su compromiso social en el marco del confuso, y a la vez estimulante, panorama intelectual de finales del s. XIX, cuya obra no fue suficientemente valorada precisamente por su independencia y autonomía frente a las corrientes predominantes católicas y krausistas.

Con diferencia de siglos, creencias e ideologías, Marías, filósofo católico lejos de todo fundamentalismo político o religioso, ha sido un pensador liberal progresista de primera magnitud con una biografía intelectual basada en su teoría de la razón vital de raíces orteguianas, también complementadas con el magisterio y los ejemplos de Zubiri, Gaos y Besteiro, que forjaron una personalidad intelectual autónoma alejada del panorama indigno del franquismo a costa de persecuciones y cárcel, que supo soportar con toda dignidad siguiendo las lecciones de otro de sus grandes maestros, Antonio Machado, del que afirmaba: “Es uno de los hombres a quien más he admirado en mi vida, de quien apenas puedo leer una línea sin que resuene en toda mi alma, y que me ha ayudado como pocos a entender y me ha servido muchas veces para decirme a mí mismo, la prueba suprema de un escritor”¹. La figura de Antonio Machado fue objeto de muchos estudios de Marías desde 1949 junto con su buen amigo Heliodoro Carpintero, otro insigne pensador insuficientemente re-

1 Heliodoro CARPINTERO, Julián MARÍAS y otros: *Antonio Machado y Soria*, pág. 58, Consejo de Investigaciones Científicas, Madrid, 1976.

conocido. Marías fue uno de los principales estudiosos de la obra de Antonio Machado. Con el poeta compartió el conocimiento de la profunda tierra soriana adonde el filósofo acudía muy frecuentemente. La teoría de la razón vital de Marías, presente en sus obras filosóficas y también en sus colaboraciones diarias en la prensa, se compenetraba con un Machado que cuando llegó a Soria en 1907, según Marías: “Tiene una nueva y más radical experiencia de amor y dolor y una experiencia de la vida de los demás con los cuales se siente en comunión fraterna”². Marías siempre estuvo presente en todas las actividades machadianas, en el congreso “Antonio Machado hacia Europa”, celebrado en Turín en 1990, Julián Marías, profundo europeísta, reivindicó una vez más a Machado como gran pensador español más que filósofo en sentido estricto.

Buenos maestros los de Julián Marías, cuyo propio magisterio se hurtó especialmente a la universidad española en una época en que había universitarios sin universidad. A los universitarios de los años sesenta, en una Facultad de Filosofía y Letras condenada a la censura y al anacronismo de la metafísica escolástica, nos llegaban algunos pocos nombres esperanzadores como el de Julián Marías que sólo podíamos conocer en la lejanía. La muerte de Julián Marías ha coincidido con el cincuentenario del fallecimiento de Ortega. Desde el franquismo, la censura prohibió utilizar en los medios de comunicación la palabra “maestro” con ocasión del anuncio de la muerte de Ortega, un calificativo que hay que recuperar para Julián Marías. Hoy nada debe impedir reconocer el magisterio intelectual de uno de los filósofos y pensadores españoles de primera magnitud comprometido además con los problemas de su tiempo. Ambas cualidades unidas son infrecuentes también actualmente y solamente se pueden otorgar a quienes, como Julián Marías, tienen una trayectoria intelectual relevante, coherente con una moral privada y pública ejemplar.

2 Heliodoro CARPINTERO, Julián MARÍAS y otros: Op. cit., pág. 65.

Remembranza de Julián Marías en esta hora de España

Manuel Olivencia Ruiz

(Abogado. Catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad de Sevilla)

En el libro homenaje a Julián Marías que escribimos algunos amigos y admiradores suyos, hace cuatro años, con motivo de la concesión de la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo, y que, por feliz iniciativa de sus promotores, se centró en la España del siglo xx¹ —nuestra Patria en las circunstancias históricas del siglo recién pasado—, expresé mi gratitud al maestro “por habernos hecho reflexionar acerca de quiénes somos y qué somos los españoles y de quién es y qué es España”, “España en su conjunto, en su totalidad, como una realidad que algunos no quieren reconocer ni por su nombre”². Páginas antes, precediéndome inmediatamente en el orden alfabético de apellidos (como en tantas otras cosas), Agustín Muñoz-Grandes, un caballero de las armas, gran soldado, de los que tanto saben de la Patria a la que sirven por vocación y por oficio, escribía, en una magnífica

1 *Un siglo de España. Homenaje a Julián Marías*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

2 “Trabajador de la verdad”; *op. cit.*, p. 285 y ss., especialmente, p. 289.

conjunción de la pluma y la espada, que el maestro era uno de aquellos que “por convencimiento y sin patriotismo han sabido explicar y extender el concepto de Patria... han mostrado su orgullo de ser españoles”, nos han recordado “que somos la nación más vieja de nuestro continente, con unas raíces tan fuertes y profundas que ni tan siquiera las heridas más graves y dolorosas que se le han infligido, las guerras civiles, ha logrado secarlas” y “que nos invita a no tolerar que el más valioso patrimonio que tenemos, nuestra Historia, sea prostituido fuera de nuestras fronteras y, lo que es todavía mucho peor, dentro de nuestro propio territorio”³.

Julián Marías, por conocimiento y por convicción, sin patriotismo, era un auténtico patriota, un español amante de España, cuya realidad histórica enseñaba con la autoridad de su magisterio, iluminaba con la lucidez de sus ideas y exponía con la transparente claridad de sus palabras, en su obra científica y en las páginas del periódico, siempre asequible, siempre con la altura de su dignidad intelectual.

“Trabajador de la verdad” le llamaba yo en aquel homenaje, para resaltar el mérito de su enseñanza “en un clima de confusión y oscuridad” que provoca su deformación o su ocultación (la “verdad oficial”, la “cultura de la imagen”, lo “políticamente correcto”), y cuya causa principal, en relación con España, encontrábamos, tanto el General Muñoz-Grandes como yo, en las ideologías nacionalistas y separatistas.

Aquel elogio es hoy nostalgia. La agravación del clima político de confusión y oscuridad de la verdad coincidió con la de la enfermedad de Julián. El quebranto de su salud física le fue mermando facultades y ello se reflejó en la progresiva disminución de sus publicaciones, en la falta a la cita semanal de la tercera, en su ausencia de las tribunas. Tan lamentable coincidencia —la gravedad de la situación de España y la de Julián Marías— me hizo notar, supongo que como a muchos otros, la carencia de su magisterio. ¿Qué dirá de

3 “¿Qué buen soldado hubiera sido don Julián”, *op. cit.* p. 279 y ss., especialmente, pp. 281 y 282.

esto Julián?, nos preguntábamos quienes sentíamos la orfandad de sus ideas, de su análisis, siempre agudo, certero, exacto. Y en medio de un clima de debate político desabrido (los políticos le llaman de “acritud”, “crispación” o “confrontación”), percibimos el déficit de pensamiento sereno, reflexivo, profundo, que dominase las turbulencias desatadas de los partidismos.

Lo confieso: nunca he experimentado tanta desazón por el silencio de un maestro. La España actual no se ha liberado de la onda expansiva de las criminales explosiones del 11 M ni del baño de sangre de aquella matanza. La vida pública padece de un exceso de polémica política, de denuestos personales y de exacerbación partidista; la libertad de expresión estalla en los medios en la grosería del exabrupto histriónico contra España y sus instituciones, y, mientras tanto, adolece de una alarmante escasez de ideas que merezcan ser elevadas a la categoría de pensamiento.

La diagnosis es tanto más necesaria cuanto más preocupante sea el mal que se sufre, y es grave el que afecta a la España de nuestro tiempo. Sus enemigos (son ellos quienes así se definen) reclaman cuotas en el gobierno y tratan de forzar la arquitectura constitucional tan trabajosamente diseñada para levantar, sobre la superación de las viejas disputas, un edificio de convivencia en paz. ¡Cuánto sabía Julián de las viejas disputas y cuánto ayudó a trazar los planos del nuevo edificio! Y ahora, parece que las paredes se resquebrajan, la estructura cruje, algunos de los vecinos preparan la salida del hogar común y amenazan con destruir la idea de España. La carrera de los estatutos se ha convertido en una ofensiva de las partes contra el todo, contra la esencia de España, del español y de lo español.

Grave es la situación; más grave aún, la ocultación de la verdad. Quienes advierten del peligro son tachados de alarmistas, agoreros y apocalípticos por quienes quieren que el mal pase inadvertido o pretenden convertir sus síntomas en signos de fortalecimiento de la salud de España, cuando no desprecian el valor de los conceptos y de sus términos como cuestiones teóricas, discutidas y discutibles, indiferentes para la realidad española.

Frente a esa realidad, frívola o perversa, es necesaria la fuerza del pensamiento que busca la verdad. Julián nos ha dejado muchas pruebas de esa función esencial del intelectual; pero nos ha dejado... Huérfanos de su magisterio —¡hasta de una tercera!—, no nos consuela el recuerdo de cuanto nos enseñó, de su obra, que sólo la muerte completa; es cierto que en ella nos refugiamos para hallar las claves del diagnóstico de los males actuales de España, pero añoramos su palabra viva, fiel expresión de su claro pensamiento. ¿Qué diría de esto Julián?

Julián Marías, el cine y el teatro

Gustavo Pérez Puig

(Director teatral y realizador de televisión)

Hace bastante tiempo leí un artículo inolvidable de Julián Marías, titulado “La vegetación del páramo”, fue en un libro suyo, *Ser español*, editado en 1987, en el que reunía una mínima parte de su obra periodística y en él hacía una disección extraordinaria del panorama cultural de los años posteriores a nuestra Guerra Civil. Con infinidad de datos y multitud de nombres, demostraba que aquella etapa comprendida entre los años 40 y 60, fue espléndida en creación intelectual; lo mismo en novela, teatro, periodismo, pintura, escultura, música o pensamiento y que, a pesar de los pesares y en contra de los que decían los “enterradores de la historia”, brillantísima.

Mi segundo acercamiento a Julián Marías, para mí siempre don Julián, fue gracias primero a “la Gaceta frustrada” y después a *Blanco y negro*, donde todos los domingos hacía un comentario crítico en el que, bajo el título “Visto y no visto”, analizaba una película. Jamás he leído sobre cine nada tan inteligente y atractivo, su visión de etnomólogo y poeta al tiempo, de cada secuencia, de la interpretación, del guión, del director, del sonido, de la iluminación, de la música, del atrezzo, de los decorados... de todo, era tan perfecta y al tiempo

tan seductora que, al acabar de leerle, uno no tenía más remedio que salir corriendo para el cine a ver aquella película tan delicadamente contada y tan bien explicada. Nunca me defraudó, siempre me descubría matices que para mí habrían pasado inadvertidos y, además, con una habilidad de funámbulo de la pluma, jamás descubría el final, dejando al lector inquieto y deseoso de descubrir todo lo que había leído.

Mi tercera aproximación a don Julián fue con motivo de un ciclo de conferencias que organicé en el Teatro Español, durante las representaciones de *Don Juan Tenorio*, sobre en personaje de Don Juan. Yo no lo conocía personalmente y para mí fue una estupenda sorpresa su amabilidad, su receptividad y su afán de colaborar. Me dijo inmediatamente que aceptaba mi ofrecimiento de participar en aquel ciclo, y unos días después, momentos antes de comenzar su conferencia, me pregunta: “¿Cuánto tiempo quiere usted que hable?”. Yo respondí: “El que usted crea oportuno”. Me dijo: “Pienso que cincuenta minutos estaría bien”. “De acuerdo”.

Sin un solo papel, con una perfección absoluta, con una voz que acariciaba los oídos y con un conocimiento total del tema, dio quizás la mejor charla del ciclo, teniendo al auditorio pendiente de sus palabras y totalmente hipnotizado. Logró acercarse a los espectadores al personaje y sentar a Don Juan junto a ellos. En un alarde de precisión abrió el abanico del tema y, a los cincuenta minutos, después de un recorrido extenso y apasionante, terminó sus palabras de un modo magistral.

Julián Marías era una gran humanista que dominaba todos los campos de la cultura, desde el pensamiento filosófico, al artículo periodístico, al ensayo o a la oratoria, y con una característica casi imposible en nuestro país, la generosidad, el buen estilo, la ausencia de rencor, la objetividad en todo cuanto hacía o decía y siempre de un modo bondadoso. Basta leer sus tres memorias para no encontrar en ellas ni una sola palabra hiriente para nadie, ni ofensa, ni comentario molesto, ni aun para sus peores enemigos. Julián Marías no sólo fue un “todoterreno” y un fuera de serie del mundo de la cultura, sino también, y eso sí que es difícil, un hombre bueno y generoso con todos.

Volvemos a estar en casa

Antonio Piedra

(Director de la Fundación Jorge Guillén de Valladolid)

El mismo día en que ocurrió el triste fallecimiento de Julián Marías, oí por la radio que, si bien el filósofo nació en Valladolid en 1914, su vallisoletanismo, en cambio, había sido más bien distante, porque en el 19 ya era ciudadano censado en Madrid. No lo creo, por lo que viví al respecto. Conocí a don Julián, precisamente, de la mano de una vallisoletana de pro que sí ejercía de los pies a la cabeza: Rosa Chacel. Ella me llevó en repetidas ocasiones a la tertulia madrileña de Julián Marías, y la presencia allí de un vallisoletano más —para mí un honor emocionante y sustancial— la resumía siempre el filósofo con una expresión muy suya: “Bueno, volvemos a estar en casa”. En casa, claro, quería decir en ese planeta donde se nace y luego se difunde el pensamiento sin saber que ese acto implica una felicidad de nacimiento. Pues así operaba don Julián con respecto a su lugar de origen. El suyo era un vallisoletanismo sin decadencias, con las pasiones justas, con esa tendencia del estoicismo clásico que sabe demasiado para ser víctima de lo fácil, de lo local más frecuente.

En la vida de la literatura y en la del pensamiento español contemporáneos hay autores decisivos que, precisamente, nacieron en

Valladolid y, además, recorrieron el mundo con actitud vallisoletana. Me refiero a Jorge Guillén, Rosa Chacel, Miguel Delibes y Julián Marías. Los cuatro tienen una característica común: fueron y son amigos en el sentido más amplio de la palabra, y han ejercido su vallisoletanismo, quiero decir, su impronta de origen, con una vocación verdaderamente universal. A esto lo llamó el maestro del 27 trascender a una “local eternidad”. Pero los cuatro, evidentemente, tienen su particular forma de ser y de escribir, son creadores diferentes con una trascendencia *pro indiviso*, y sobre todo con un lenguaje tan propio que cada uno configura, justamente, aquello que Goethe consideraba lo más fundamental en la escritura: hacer verdad con cada pensamiento. Algo nada fácil de conseguir, sobre todo en un mundo epigonal, en el que liquidar el pasado resulta un ejercicio velocísimo y divertido, y donde el placebo del relativismo resulta ser una medicina para espíritus abrumados.

Jorge Guillén dedicó a Julián Marías una parte muy significativa de su último libro *Final*. Aquella que lleva por título “La expresión”. 31 poemas en los que la palabra, el arte, la verdad y la razón configuran los entramados de la vida del pensamiento. Y si está dedicado a Julián Marías es, como señalaba el propio Guillén, porque “nadie como Marías ha puesto en la forma una definición tan clara de lo verdadero”. Efectivamente, la expresión de don Julián se articula en una forma que va por delante de la misma expresión, porque el pensamiento diseña en cada libro y en cada artículo la morfología del espíritu. Y esto son palabras mayores, ya que nos sitúa plenamente ante lo que Platón denominaba en el *Timeo* “revoluciones del alma”. Estamos, por tanto, ante un pensador en el que filosofar equivale a una preparación para la vida y también para vivirla con dignidad.

Acertó Guillén cuando en la mencionada “Expresión”, dedicada a don Julián, decía:

“El texto del autor, si bien leído,
Se trueca en otro ser de tan viviente.
Las palabras caminan, se transforman,
Se enriquecen...”.

Escuchar las palabras que caminan de un filósofo como Julián Marías constituye, además de una riqueza, una liberación auténtica que va más allá de las políticas concretas y de las modas sociales. Escuchar a un hombre así —lo decía Epicteto— “te hará seguramente más libre que todos los pretorianos de cualquier tiempo y condición”.

Julián Marías fue un gran vallisoletano, que nunca empobreció la historia del pensamiento, que acertó en las ampliaciones y reclamos del mismo, añadiendo libertad, honestidad, tolerancia y humanismo a espuertas.

La última lección de Julián Marías

José Luis Pinillos

*(De la Real Academia Española y
de la de Ciencias Morales y Políticas)*

Estamos en la España de 1946. Hay restricciones de energía eléctrica, apagones, calles mal iluminadas, sequía, escasez de combustible, taxis con gasógeno y cosas peores. Mi amigo Maesso y yo somos jóvenes y volvemos de clase, desde la Ciudad Universitaria, tomando el sol y riéndonos de las cosas divertidas que ocurren en nuestra Facultad, la de Filosofía y Letras (sección de filosofía “pura”). Al llegar a Alonso Martínez, mi amigo tiene que bajar por Santa Bárbara, y yo doblar a la izquierda. Pero nos paramos un momento para hablar del profesor “Peluquín”, un buen hombre que tiene a su cargo la historia de la filosofía, y sale del paso comentando pasajes de un libro secreto, cuyo título y autor no cita jamás, pero todos sabemos que es de Julián Marías. Y justo en ese momento, cuando lo estamos mentando, Maesso ve que cruza Alonso Martínez y me dice: “¡Mira, mira, ese que va ahí es Julián Marías!”. Sólo le vi de espaldas, y no llegué a conocerle personalmente hasta varios años después.

Julián Marías había estudiado durante la República en una facultad ya legendaria, en la que además de filósofos como José Ortega y Gasset,

Xavier Zubiri, Manuel García Morente, José Gaos y Julián Besteiro, enseñaban también Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz y Miguel Asín Palacios. Marías termina brillantemente su Licenciatura en Filosofía en junio de 1936, y con seguridad habría sido profesor de su facultad de no ser porque el 18 de julio estalla la guerra civil. Marías no ha sido nunca un hombre belicoso, su formación es claramente liberal y pone su pluma al servicio de la República. A principios de marzo de 1939, la República ha perdido ya la guerra y el Coronel Casado se subleva contra Negrín, que quiere prolongarla. Casado constituye un Consejo Nacional de Defensa, del que forma parte Besteiro, para tramitar la rendición, pero las negociaciones fracasan. El 28 de marzo se hunde el frente de Madrid, Casado logra llegar a Alicante y huir con varios ministros, mientras Marías se queda con su maestro Besteiro que ha decidido permanecer en su puesto dando la cara. El 31 de marzo, las tropas de Franco alcanzan sus últimos objetivos militares y el 1 de abril de 1939 la guerra ha terminado.

A Besteiro le perdonan la vida, pero le encierran a perpetuidad en el penal de Carmona. Don Juan Zaragüeta, un sacerdote católico formado en la Universidad Católica de Lovaina, va a visitar a Besteiro al año siguiente. Le encuentra tan mal que pide a las autoridades que, dada la edad del preso, su comportamiento durante la guerra y su estado de salud, le pongan en libertad. Las autoridades se llaman andanas y don Julián Besteiro muere de septicemia poco después. A Marías se conforman con meterle en la cárcel y procesarle por desafecto al régimen. Pero durante el juicio declara como testigo Salvador Lisarrague, un filósofo social orteguiano entonces en buena posición política, que habla muy elogiosamente a favor del acusado, y unos meses después le ponen en libertad.

Casado ya con Lolita Franco, pero solo ante el peligro y sin un céntimo, Marías no se achica, saca fuerzas de flaqueza y se organiza. Como no puede dar clases en la Universidad ni escribir en los periódicos, enseña en Aula Nueva y escribe libros. A finales de 1940 ha terminado una *Historia de la Filosofía* a la que Xavier Zubiri pone un prólogo, y la editorial *Revista de Occidente* publica el libro en 1941. En contra de todo lo que entonces cabía imaginar, el libro tiene un éxito increíble. Fiel a sus maestros,

pero de hecho en solitario, Julián Marías ofrece al público español algo impensable en aquella situación. Sale a la palestra a cuerpo limpio, con un libro en el que cuenta en un lenguaje riguroso, pero que se entiende bien, lo que ha ocurrido en la filosofía desde Thales de Mileto hasta Heidegger y Ortega. Y todo ello sin falsear su exposición con ideologías políticas o interferencias religiosas fuera de lugar. En definitiva, el libro arrasa. Se suceden las reimpressiones, se hacen ediciones “corregidas y aumentadas”, y la que hace Alianza Editorial 60 años después, en el 2000, se reimprime en el 2001, en el 2002 y en el 2003, que es hasta donde alcanzan mis datos. Un día le pregunté a Julián cuántas ediciones y reimpressiones habría tenido en España su *Historia de la Filosofía* y me dijo: “Muchas, pero no sé cuántas”. Yo tampoco, pero creo que de medio centenar no bajan. Cuando yo era joven, ante estas cosas decíamos ¡chapeau!

Al año siguiente, no conforme con el gol que había metido al régimen, Marías presenta una tesis doctoral sobre el Padre Graty, dirigida por Xavier Zubiri, y ahí es donde le esperan. La tesis es rechazada injustamente, no sólo porque su calidad es excelente, sino porque el hecho de haber sido admitida a examen implicaba al menos la calificación de “aprobado”. Es obvio que la hostilidad del régimen y de ciertos sectores de la Iglesia contra Marías, que era un pensador católico, aumenta a la par que sus éxitos. El único profesor de la Universidad que daba la cara por él en la nueva Facultad de Filosofía (la originaria había sido destruida durante la guerra) era el padre Zaragüeta, pero a Marías eso no le preocupa. Sus perseguidores pinchan en hueso: Julián no cede, ni se desanima. Traduce libros, enseña filosofía por libre y prepara nuevos trabajos filosóficos. En 1943 aparece un libro suyo sobre Miguel de Unamuno, que irrita a quienes pretenden que la Iglesia condene la obra del gran escritor vasco. Pero la irritación sube de punto cuando la Real Academia Española concede a la obra de Marías el premio Fastenrath. Y para acabarlo de arreglar, en 1946 Ortega regresa a España tras diez largos años de ausencia. Marías ha vivido día a día esos diez años, de los que su maestro no tiene experiencia directa, y es precisamente esa diferencia de perspectivas la que permite que ambos funden juntos un Instituto de Humanidades que en los dos años que dura hace sonar las alarmas del sistema.

En 1949 muere inesperadamente el primer hijo de Julián y Lolita. Es un golpe muy fuerte, pero la vida sigue, y el impacto del Instituto de Humanidades en los medios intelectuales del país provoca una fuerte reacción de la que son protagonistas tres eclesiásticos, que esta vez buscan que la Santa Sede condene las obras de Ortega. Marías sale por derecho al paso de la maniobra con un libro titulado *Ortega y tres antípodas*, en el que, sin concesiones ni rodeos, señala punto por punto los sesgos y manipulaciones a que han sido sometidas las citas y las ideas del maestro. El problema es que cuando el libro ya está impreso, es prohibido por orden de la superioridad y durante mucho años no podrá verse un ejemplar en los escaparates de las librerías españolas.

El año 1951 hay un cambio de Gobierno. Pedro Laín es nombrado Rector de la Universidad de Madrid, y Sánchez Cantón, el nuevo Decano de Filosofía y Letras, preside un tribunal que aprueba con honores la tesis de Marías y repara así un episodio lamentable. Excepto que el libro de los “antípodas” sigue prohibido, y la revista *Escorial*, que ha editado como libro la tesis de Marías, es obligada a retirar la edición por otra que no lleve el escudo de la revista, ni mencione la editorial. Ya es demasiado. La persecución de Marías trasciende las fronteras y Jorge Guillén propone que, durante su año sabático, Marías le substituya en el prestigioso Wellesley College americano. A partir de ese momento, cambia el panorama. Comienzan sus largas permanencias en las universidades americanas, es nombrado profesor en el Boston Institute de Madrid, ingresa en la Real Academia Española, su *Historia de la Filosofía* es ya un *best-seller* que se traduce a otros idiomas, sus colaboraciones son requeridas en la prensa española y extranjera, le llegan los reconocimientos de todas partes: del Institut International de Philosophie de París, de la Hispanic Society of America, de la International Society for the Study of Ideas. Pero en 1977, la pérdida de su mujer le rompe el corazón. Julián continuará trabajando con el mismo ahínco (“hay que hacer siempre más de lo que se puede”, me dijo una vez), pero ya no será igual.

El Rey le nombra Senador Real, la UNED le hace titular de una cátedra que lleva su nombre, se publican biografías y libros colectivos sobre su obra, en español y en otras lenguas, y dada su facilidad para los idiomas, Marías se convierte en una especie de conferenciante plurilingüe muy so-

licitado en Europa, en los países de habla inglesa y hasta en la India y el Japón. A mí me invitó una vez a un encuentro internacional que a principios de los ochenta se celebró en el Institut Universitaire d'études européennes de Genève que dirigía André Reszler, y allí comprobé que en los debates Marías se sentía feliz, como pez en el agua, porque pasaba del español al francés, del inglés al alemán o al italiano, sin la menor dificultad. En fin, un artículo como éste no da para mucho más, pero quiero recordar que el año 1987 Marías funda con José Sánchez Asiaín el Colegio Libre de Eméritos, que ayuda a resolver un problema universitario importante de aquel entonces. En 1990, Julián entra en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por sus trabajos sobre el cine. El año 1995 recibe el premio de Valladolid a la trayectoria literaria. Al año siguiente le conceden el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, y así siguen las cosas por algún tiempo.

Al cruzar la frontera del siglo XXI, Julián comienza a tener problemas de salud que van agravándose lentamente, hasta que el 16 de diciembre de 2004, fecha en que el Instituto de España rinde un homenaje a su antigüedad académica, el acto ha de celebrarse en su domicilio. La lucidez no la ha perdido, es perfecta, pero su movilidad está ya muy limitada. Julián es muy consciente de que su vida se acaba, y contesta a la *laudatio* que tuvo el honor de ofrecerle en nombre del Instituto de España y en el mío propio, con una página que suena a despedida. No hay en ella ni un asomo de queja o de reproche, aunque Julián nunca ha ignorado que la superación de los opuestos no es un fruto que se dé fácilmente en esta tierra. El texto de Julián es en el fondo una última lección en la que trasparecen el temple de su ánimo, la calidad intelectual de su pensamiento y el sentido moral de su magna obra. El texto de Marías dice así:

“Querido Presidente del Instituto de España.
Queridos compañeros de las Reales Academias.

Señoras y señores:

Siento gratitud al oír palabras cuya perspicacia está empañada sólo por un exceso de generosidad, que agradezco muy de veras, de mi gran amigo José Luis Pinillos.

Lo único que puedo decir aquí es que mi vida ha estado regida siempre por un recuerdo de niñez: cuando yo tenía seis años y mi hermano nueve, nos aislamos un día detrás de una puerta y nos comprometimos seriamente a no mentir nunca. No he faltado a sabiendas a aquella promesa. Esta actitud ha tenido con frecuencia consecuencias penosas, en ocasiones bastante graves; pero no hubiera podido hacer otra cosa. He sentido toda mi vida pasión por la verdad. Esto no me ha librado absolutamente del error, pero sí de toda falsificación, de cualquier tentación de suprimir o desvirtuar lo que me ha parecido verdad. A lo largo de muchos años, de muchas palabras pronunciadas, de innumerables páginas escritas, no he faltado nunca a aquella promesa infantil, que me ha forzado a una disciplina interior que me hubiera sido imposible violar o suspender. Con esta clave se puede entender una vida ya larga, en la que no han faltado los errores, pero que se ha mantenido inexorablemente fiel a aquella viejísima promesa, anterior a todo lo que he dicho y escrito.

Desde este supuesto me he esforzado siempre por entender. La realidad es problemática, se presenta como una interrogante; hay que hacer un esfuerzo tenaz por iluminarla, aclararla, verter sobre ella una luz que procede del pensamiento. Es la condición de toda vida intelectual que merezca este nombre. Si se ve que esto es una exigencia inexorable, de ello se deriva una responsabilidad intelectual que es la medida de la autenticidad del pensamiento. Que está expuesto naturalmente al error, pero enderezado siempre por esa insobornable responsabilidad que es la veracidad. Esta situación es un ejemplo particularmente importante y grave de lo que llamo desde hace mucho tiempo las raíces morales de la inteligencia.

Nada más. Muchas gracias.

Madrid, 16 de diciembre de 2004”.

Julián Marías Aguilera falleció el día 15 de diciembre de 2005.

Don Julián Marías: pensamiento y persona

*Harold Raley
(Catedrático de Español)*

En mayo de 1966, en la ciudad universitaria de Norman, Oklahoma, mi mujer y yo conocimos en persona a don Julián Marías, y digo en persona porque ya estábamos algo enterados de su manera de pensar por algunos de sus ensayos y libros.

A veces la imagen que nos formamos de un autor a base de la lectura de sus escritos luego resulta incompatible con su persona. Son frecuentes las sorpresas, decepciones, desilusiones, o al contrario, se cae en la cuenta de que la inferioridad es de la obra y no de la persona. Hay libros mediocres cuyos autores son excelentes personas.

No había, claro está, tal desequilibrio en el caso de don Julián. Como decía Buffon, él era su estilo, y no sólo el estilo literario sino también filosófico. Llegó un poco adelantado y, tal como lo describe su hijo Javier, "... con una prisa infrecuente, la prisa del entusiasmo". A poco de empezar su discurso ante un gran público sobre el tema de los lazos culturales de la civilización occidental, nos dimos cuenta de que eran inseparables el autor de libros admirables y aquel pensador español que nos iba explicando la realidad occidental —por cier-

to, en un inglés elocuente— con una lucidez que deslumbraba y una cordialidad que atraía, acaso a mí más que a nadie. Era incitante y brillante su pensamiento, pero sin pizca de pedantería libresca. Para mí, y creo para muchos aquella noche, fue como un desvelamiento. Lo que escuchábamos era la verdad, no una verdad abstracta sino misteriosamente personal, la verdad manifestada como *aletheia* de que hablaran tanto Ortega y Heidegger. Hubo prolongados aplausos y un sinnúmero de preguntas. La gente no quería dar por terminado el acontecimiento.

Luego pudimos charlar un rato con él. Con cierta reticencia le enseñé mi tesis doctoral sobre Ortega recién terminada. Creo que le sorprendió encontrar a un estudioso de temas orteguianos en un lugar tan remoto del mundo español, y así lo comentó posteriormente. Con la generosidad que luego supe le era característica, se brindó en el acto para leerla y mandarme sus impresiones. A los pocos días tuve su respuesta llena de comentarios acaso más favorables de los que merecía mi trabajo. Gracias a su actuación, mi estudio fue publicado por *Revista de Occidente*.

A raíz de aquel encuentro, empezamos una serie de visitas, cartas, artículos, proyectos y libros que iban a durar casi cuarenta años. La suya fue una amistad nunca desmentida. En su vida, mis deudas para con don Julián eran incalculables, y ahora más que nunca, impagables.

Varias revistas me han pedido algunas precisiones sobre las influencias filosóficas de don Julián en la América de lengua inglesa. Confieso que en última instancia es una tarea utópica. Existen traducciones de varios libros suyos: *A Biography of Philosophy (Biografía de la Filosofía)*; *America in the Fifties and Sixties (Los Estados Unidos en escorzo y Análisis de Los Estados Unidos)*; *Generations: A Historical Method (El método histórico de las generaciones)*; *History of Philosophy (Historia de la Filosofía)*; *José Ortega y Gasset: Circumstance and Vocation (Ortega: circunstancia y vocación)*; *Metaphysical Anthropology: The Empirical Structure of Human Life (Antropología metafísica: la estructura empírica de la vida humana)*; *Miguel de Unamuno*; *Philosophy as Dramatic Theory* (traducción de varios ensayos); *Reason and Life: The Introduction to*

Philosophy (Introducción a la Filosofía); *The Christian Perspective (La perspectiva cristiana)*; y *The Structure of Society (La estructura social: teoría y método)*. Además de reseñas, estudios, capítulos y artículos de varios estudiosos sobre su filosofía, hay que citar el libro *Julián Marías* del filósofo americano Anton Donoso, así como las tesis doctorales de Ralph Dean Cole y Linda Bash. Yo también dediqué varios artículos y dos libros a su filosofía.

Un listado de todos los datos librescos y bibliográficos en lengua inglesa referentes al pensamiento de don Julián desbordaría este contexto. De todas maneras, de más difícil medición son las influencias humanamente transmitidas a amigos, alumnos, profesores en las universidades de Yale, Indiana, Oklahoma, Wellesley y otras.

De vez en cuando pude alcanzarle en algunas universidades y otras instituciones —Indiana, Oklahoma, Puerto Rico, McGill de Montreal, la Biblioteca del Congreso—. Al parecer, sus energías y entusiasmo eran prácticamente inagotables. Muchas veces me vino a la memoria el dicho español: “No hay mal que por bien no venga.” Pues, por estarle cerradas las puertas de las universidades españolas durante tantos años, se le abrieron las de otros países, sobre todo, de los Estados Unidos. Si lamentablemente hubo generaciones de jóvenes españoles privados de su docencia, otros de otras culturas y lenguas han sido discípulos suyos, incluso un servidor. Pero gracias a sus dotes de escritor, aquellas lecciones aún están en sus libros al alcance de todos. Yo diría que su enseñanza sólo fue aplazada, no negada. Decía don Julián que Ortega iba a ser un filósofo de la segunda mitad del siglo xx. Lo fue, pero creo que lo será aun más del siglo xxi. En cuanto a don Julián, creo que desde ahora su pensamiento va a surtir más que nunca su efecto. Será también un filósofo del siglo xxi, y acaso de no sé cuántos venideros.

Donde menos resuena su pensamiento actualmente es precisamente en los departamentos de filosofía norteamericanos, desde hace décadas dominados gremialmente por el pensamiento analítico de abolengo británico y norteamericano. Hay que decir que el pensamiento de don Julián, así como el de Ortega, sólo mereció una atención pasajera por los años cincuenta. Se supone que sus posi-

bilidades quedaron truncadas para siempre. No lo creo. Repito lo que he dicho en otras ocasiones: la filosofía de ambos pensadores es una bomba de tiempo que el día menos pensado retemblará —acaso como lo diría Unamuno— en nuestras manos.

También me preguntan qué significó Norteamérica para don Julián. Sería imposible precisar en todo su alcance. Hubo, ciertamente, muchos recuerdos entrañables que él comentó sobre todo en sus memorias (*Una vida presente*): amistades, alumnos, el año que la familia Marías pasó en Wellesley, repetidas visitas, etc. Pero creo que son visibles al menos dos componentes de la vivencia americana en su perspectiva filosófica. Sin prescindir del impacto de la “otra” América —española y portuguesa—, creo que mi América significó la plena “occidentalización” de su pensamiento, y por lo tanto la forma concreta de su universalización. Gracias a ambas Américas, don Julián pudo descartar todo provincianismo, tanto americano como europeo.

El otro componente afectó sobre todo a su pensamiento social. A pesar de los problemas de aquel entonces —la guerra en Corea, crecientes tensiones raciales, hostilidades de la Guerra Fría—, la sociedad americana funcionaba con una “normalidad” exuberante. A don Julián no le mereció mucha atención la sociología académica, pero sí la misma sociedad de los Estados Unidos. Al volver a pensar en la experiencia norteamericana años después, comenta don Julián: “Al absorberla por todos los poros, ella fue la que me enseñó sociología.” (*Una vida presente*, 2, pág. 33).

Ha pasado aproximadamente medio siglo y la América que don Julián llegó a conocer por los años cincuenta y sesenta está muy cambiada. La cordialidad cívica, el alto nivel de respeto, el optimismo y entusiasmo característicos de los norteamericanos en aquella época están muy disminuidos. Acaso más que nunca hace falta el dechado de veracidad y respeto humano que fue don Julián. Pero por lo menos su filosofía está disponible, tanto en América como en Europa. Fiel a su lema “que por mí no quede”, don Julián hizo lo que pudo. Sólo falta ahora que de ambos lados del Atlántico nos animemos a seguir por las pautas que él tan magistralmente dejó señaladas.

Julián Marías y yo

Alfredo Ramón
(*Pintor*)

Hace ya bastante tiempo tuve la primera exposición de mis obras, pinturas y dibujos en la Galería Biosca de Madrid. Era hacia el final de los años cincuenta.

El día de la inauguración vino a la exposición D. Enrique Lafuente Ferrari, el gran historiador de la Pintura Española del cual aprendí tanto en los años de estudiante en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, en la que él era catedrático de Historia del Arte. Entró en la sala con otro señor que miraba atentamente mis obras: era Julián Marías. Desde aquel momento en que D. Enrique me presentó a Julián, junto a un cuadro que representaba una pescadería madrileña, fuimos amigos. Durante años y años me honró con su amistad, su interés por la evolución de mi pintura, escribió artículos sobre mi trabajo, comprendió perfectamente el mundo de temas urbanos que yo pintaba y sigo pintando, sobre todo de Madrid. Aunque él no provenía del campo del Arte, siempre tuvo un magnífico ojo para juzgarlo y comprenderlo.

“Si se me entendiera bien, yo diría que el Madrid de Alfredo Ramón es de ‘clase media’. Casas modestas, sin grandes pretensiones,

que llevan muchos años albergando vidas grises y monótonas, pero inconfundibles, no intercambiables, singulares, únicas. Esas esquinas por donde tantos pasos han sonado, donde tantas personas han esperado horas muertas; esos árboles que se levantan a mirar por los balcones...”

Fue Julián para mí un maravilloso y entrañable amigo.

De los recuerdos de experiencias vividas en su compañía se me destacan muchas que muestran su visión positiva y optimista de las cosas.

Durante bastante tiempo coincidimos como profesores de grupos universitarios norteamericanos con programas de estudios en España. Una parte importante de los cursos de Arte Español para estos grupos de estudiantes, en su mayoría, muchachas, eran los viajes por tierras españolas.

El profesor que dirigía el viaje solía ser D. Enrique Lafuente. Yo iba como auxiliar suyo. Frecuentemente se unían al grupo profesores de otras asignaturas impartidas en el programa, uno de los más entusiastas era Julián. Su presencia daba al viaje mayor interés. Los comentarios, las preguntas de las estudiantes, las tertulias en el autobús, en las paradas, son ahora para mí un cúmulo de recuerdos y anécdotas inolvidables.

En uno de esos viajes, una de las ciudades donde nos detuvimos fue Sevilla. Al día siguiente a la llegada, dedicamos la mañana a visitar y estudiar la gran Catedral y su torre. Cristos, Vírgenes, Santos, Niños Jesús, toda la maravillosa serie de figuras sagradas de la Catedral de Sevilla, fueron objeto de la atención y estudio de las alumnas. En los comentarios y explicaciones apareció la palabra “milagro”, no siempre bien entendida en su relación entre los seres humanos y las figuras sagradas.

Después subimos a la gran torre, la Giralda. Allí arriba, en el cuerpo de campanas, contemplábamos con inmenso placer el panorama de la ciudad, el río, la lejanía. Pero una de las estudiantes gritó: “¡Mis gafas!”. Éstas, descabalgándose de su joven nariz, volaban velozmente hacia abajo desde lo alto de la torre. Decía la muchacha:

“¡Son mis gafas oscuras, pero son graduadas, los cristales se van a hacer pedacitos!”. Bajamos. Allí en el suelo, junto a las primeras piedras de la torre hay unos tiestos grandes. Sobre unas suaves hojas de geranio, tranquilamente recostadas con sus cristales enteros, sin un rasguño, estaban las gafas, compradas con receta del oftalmólogo en una casa de óptica de Boston.

La alumna decía: “¡Esto es un milagro!”. Julián le dijo: “Exactamente, eso es”. “¡Pero yo no lo he pedido!”, dijo ella. Marías le contestó: “Tú no lo has pedido, pero alguien de los que has visto dentro, en la Catedral, te ha cogido simpatía y ahí tienes el resultado”.

En otra ocasión coincidimos en Dinamarca con motivo de una exposición mía en un centro cultural de Copenhague donde compartimos el atractivo de la bella capital del Báltico.

Pero la ciudad que le fascinaba era Nueva York. En eso coincidíamos plenamente. Allí nos vimos también e intercambiamos nuestras opiniones entusiastas sobre la ciudad y su ambiente en un restaurante especializado en pato de Long Island.

En España, muchos lugares recorrimos juntos: La Mancha, Extremadura y, sobre todo, Castilla, particularmente Soria, donde él pasaba los veranos. Allí conocía a un grupo de amigos suyos que hoy son entrañables amigos míos. Gracias a ese grupo (Heliodoro Carpintero, Emilio Ruiz o don Alonso...) hice dos exposiciones en Soria y pinté sus tierras y sus pueblos.

Tampoco puedo olvidar que por la amistad con Julián Marías pude conocer a personas que siempre admiré como Pedro Laín Entralgo o Dionisio Ridruejo.

Cuando su enfermedad le impedía casi moverse, hacía el esfuerzo de venir a la inauguración de mis exposiciones ayudado por sus hijos, a los que siempre agradeceré ese cariñoso gesto.

Ahora, siempre echaré de menos esas palabras con que contestaba mis llamadas: “¿Qué hay Alfredo? ¿Pintas mucho?”.

Abrir puertas. Recuerdo agradecido a Julián Marías

*María Riaza
(Catedrática de Filosofía)*

Si tuviera que resumir el papel que ha representado Julián Marías diría: “abrir puertas”. Abrió puertas como pensador, que también podría expresarse como “trayectorias” (palabra tan perfilada filosóficamente por él). Así la utilizó para la biografía de Ortega en su volumen sobre Ortega: las trayectorias.

Una canción que me enseñó mi madre, derivada de un romance antiguo, dice: “Abrid puertas y ventanas, balcones y celosías...”. La idea así queda mejor, porque las puertas se pueden utilizar para salir, pero las ventanas son para mirar por ellas. Y Marías ayudó a realizar las dos cosas.

Voy a tratar de resumir aquí esas salidas y miradas que el pensamiento de Marías permitió hacer a sus oyentes y lectores, agrupándolas en forma escalar, en tres tramos. Escalones que algo tienen que ver con lo temporal, pues una trayectoria no es un mero trayecto, sino un efectivo recorrido. Es lo que va de lo estático a lo dinámico. Paso, pues, a describir estos tramos. Son éstos:

-La *Historia de la Filosofía*

-Los cursos de “Aula Nueva”

-El tema de la Religión en su relación con la Filosofía

Primer tramo: La *Historia de la Filosofía*

La obra inmensa, que comienza trazando un camino y lanzándonos hacia él, es la *Historia de la Filosofía*. Es de sus obras primeras, y la primera que me puso en contacto con él y también con la Filosofía. Hacía yo entonces el bachillerato en el colegio de San Luis de los Franceses, de Madrid, y tuve la fortuna de conocer a Dolores Franco (que fue para mí poco después Lolita) que explicaba allí Filosofía, con el texto de aquella *Historia de la Filosofía*. Ahora tengo 79 años y esa trayectoria que comenzó entonces es aún hoy para mí el camino que piso. Lolita nos aclaraba dudas a las ignorantes alumnas que éramos entonces, y aun más, nos daba un empujoncillo para atrevernos a salir por la puerta y a mirar por la ventana. Esto es importante; sin ese impulso externo, sin un catalizador, la vocación filosófica —otra expresión grata tanto a Ortega como a Marías— no se hubiera producido .

¿Qué decir del libro que da lugar a este tramo?

-Que era un libro “narrativo”, con principio, desarrollo y final.

-Que, no obstante, servía para ser leído con la continuidad de un relato. Y también para ser estudiado con agrado (¡ya tiene mérito en un texto!).

-Que descubría un mundo de pensamiento ilusionante, coherente y que invitaba a ser aceptado como verdadero.

-Que daba a conocer autores de acuciante interés, y bastante desconocidos entonces en España. Otros eran conocidos pero rechazados políticamente.

También aprendí allí, casi de niña, a no mezclar la filosofía con la política, enseñanza de la que estaba tan necesitada tanto la España de entonces como la de ahora.

Segundo tramo: “Aula Nueva”

Y ahora subo otro tramo y sigo recorriendo esta curva ascendente.

Cuando terminé mis estudios secundarios, entré en la Facultad, entonces de Filosofía y Letras, para hacer Filosofía. Ingresé en aquella facultad pobre en saberes, de escaso empuje y mucha politización. Era como si la puerta se hubiera cerrado. Me encontré perdida (¡tanta ilusión derrochada!). Pero no voy a insistir más en esto. No hago mi propia biografía.

Sin embargo las cosas mejoraron y recuperé la esperanza: apareció “Aula Nueva”; de esto voy a tratar ahora.

“Aula Nueva” (ya la denominación era sugerente) era una academia preparatoria para aquel terrible “Examen de Estado” que todos mis contemporáneos recuerdan. Además allí impartía Julián Marías clases de Filosofía de nivel universitario a un grupo de amigos suyos y de la Filosofía. Yo llegué allí, otra vez, de la mano de Lolita (no he dicho antes que era la mujer de Julián Marías porque creía que todos lo saben; pero lo digo ahora). Me sentía algo avergonzada y extraña entre tantas personas mayores, con los estudios acabados, y conocedores de muchas cosas, yo, que tenía muy poco saber, pero mucho deseo ilusionado de adquirirlo. En sus *Memorias*, Marías llama a esto “fundación modestísima” y en algún sentido lo era. Quizás esta falta de relevancia social permitió que aquellas enseñanzas fueran tan verdaderas. Nadie pretendía alcanzar un puesto, ni ganar dinero, ni disfrutar de una beca. Queríamos saber, adentrarnos en esa selva que es la Filosofía. Nos gustaba a todos la aventura y el riesgo del hacer filosófico. Estos cursos llegaron hasta 1948, corriendo casi paralelos a mi carrera de Filosofía.

Temas de gran interés por su objeto (Heidegger, Husserl, Ortega, el idealismo alemán). Esto lo recuerda Marías en sus *Memorias*, por eso voy a ser poco explícita. Sin embargo voy a recordar algún curso de mayor impacto.

Así fue el curso de “Husserl y la fenomenología” (que ha marcado muy especialmente mi predilección por este tema). Fue de aclaración y valoración. Aclarar Husserl no es cosa baladí. Se trata de

un mundo ajeno a la mentalidad española y además de una filosofía incompleta. Permítaseme dar alguna muestra de esta difícil explicación. Se trata de la *epokhé* (puesta entre paréntesis o invalidación parcial del mundo tal como se da naturalmente). Esto es necesario hacerlo —para empezar— en el mundo de lo científico. Para terminar con una *epokhé* que conducirá hacia una filosofía fenomenológica. No sería propio aquí ahondar más. Quede sólo indicado.

Otra cosa que recuerdo es el curso que hizo sobre una serie de filósofos, quizás secundarios, filósofos franceses del siglo XIX que son antecedentes necesarios para comprender la filosofía posterior, como son Degérando y Laromiguière que eran poco conocidos en España. Insisto en que todo ello se hacía con los textos delante, y en su idioma original, como es preciso hacerlo en filosofía.

Tercer escalón: Religión y Filosofía

Y pasamos al tercer escalón. También último en el tiempo de la reflexión filosófica de Marías: el tema del Cristianismo. Los últimos años del siglo XX se han caracterizado por una falta de vigencia de la vida religiosa, que arrastra asimismo un cierto desinterés por la Filosofía. Estos dos temas (Cristianismo y Filosofía) no podían dejar de interesarle. Ha escrito dos libros relacionados con ellos: *Sobre el Cristianismo* y *Problemas del Cristianismo*. Libros paralelos y complementarios, aunque orientados de distinto modo. He dejado para el final estos asuntos, por tratarse de algo que a mí me interesa mucho. Él lo sabía y por eso me dedicó el libro *Problemas del Cristianismo* (con ese talento entre pícaro y cariñoso que le caracterizaba en las dedicatorias): “A M. R., que es casi prelada”.

He hablado ya de la ilusión que suscitaron las clases de filosofía de “Aula Nueva”. Menciona la voz “ilusión” por lo mucho que a él le gustaba y a cuyo concepto dedicó un librito titulado *Breve tratado de la ilusión*. Y ahora termino prolongando este tema con el ahondamiento en el tema religioso.

¿Es que la Religión es el fundamento de la Filosofía? Sí y no. Filosofía y Religión son en este caso dos asuntos distintos y hay que distinguirlas claramente. Marías utiliza para esta distinción el que la

Religión se fundamenta en una re-velación (se refiere por supuesto al Cristianismo) y la Filosofía nace en el mundo helénico y se fundamenta en una des-velación (*Alétheia*).

Son, efectivamente, distintas, pero... ¿y separables?

Aquí aparece una problemática que se refiere a la originariedad de los saberes. La Filosofía aparece como un saber principial. Pero ¿es un saber por completo independiente de cualquier otro? Y contesta que no. La Filosofía procede del saber religioso, pero proceder no es ser equivalente. La Filosofía se escapa de ahí de donde viene. Se escapa, pero queda un vínculo, que poco a poco se va deshaciendo.

La puesta en marcha del Cristianismo fue griega. Por lo pronto la Biblia de los Setenta, (aunque casi todo el Antiguo Testamento es un traducción) y originariamente en griego todo el Nuevo Testamento. Por tanto heredó los principales conceptos ya helenizados (*soma*, *psique* y *pneuma*) y los elaboró con la Filosofía griega.

Y algo más. La Iglesia se propuso emplear para su esclarecimiento la cultura helénica. Si el Catolicismo tiene algo de diferenciador, y de gran valor (y no sólo valor de valioso, sino de valiente), ese algo es cargar con una tradición que ha ido, por peligrosos meandros, incorporando dolorosa y sabiamente esa Filosofía. El Catolicismo es la Historia de esa accidentada vida. Me atrevería a decir que incluso las herejías fueron una manifestación de vitalidad y obligaron a incorporar y dosificar la Filosofía.

Y voy a dejar aquí este tema, que es de los que a mí me harían enredarme y no poner punto final.

Eso sí, antes de hacerlo, recomiendo vivamente la lectura de esos dos libros (no son muy extensos porque a J. M. no le gustaban los libros “gordos”).

Y voy a pasar a un tema menos denso: el Concilio.

Muchas veces decía Marías que éste había sacado a la luz mucho de lo que la Iglesia Católica tenía latente. “He tenido el privilegio —dice— de haber sido invitado a las últimas jornadas del Concilio

Vaticano II, en su tercera sesión que terminó el 21 de noviembre de 1964”.

Sorprende hoy la poca información que en España se tuvo de este magno suceso (cuando hoy hemos tenido detallada información de las actuaciones de Juan Pablo II). Marías nos confiesa que: “hace un decenio de esto (hubiera sido inimaginable)”. Allí se habló del “temor de Dios” (hoy expresión en desuso y tan mal interpretada). El temor que del que aquí se habla, y también el atrevimiento, son categorías religiosas que tienen que ver con el Poder y la Majestad divina; no con ningún castigo que inspirase miedo.

Y para terminar —ahora de verdad— quiero llamar la atención sobre la grandiosidad con la que describe la reunión conciliar, de esa visión de los padres conciliares.

En las espectaculares naves de S. Pedro, con el enorme baldaquino del Bernini, y el púrpura y el morado invadiéndolo todo.

Esto, que además de la vívida descripción del libro me ha contado tantas veces, me vuelve a despertar la envidia de no haberlo vivido yo misma, aunque el narrador fuera Julián Marías.

Recuerdos imborrables

Cecilia Rodrigo

(Presidenta de la Fundación Victoria y Joaquín Rodrigo)

Helio Carpintero, mi querido amigo de tantos años, me sobresalta con una llamada telefónica para sugerirme que escriba unas líneas sobre Julián Marías.

Sinceramente, su propuesta me causó en un principio susto y desazón, porque no me considero a la altura de escribir sobre tan insigne personalidad, ni tampoco de ser incluida entre aquellas personas que van a dedicar un artículo en su memoria. Todavía menos podría competir con ninguno de sus hijos, y en particular me refiero a Álvaro, autor de algunos de los más bellos y acertados comentarios y escritos sobre mi padre.

Pero al tiempo que me desalentaba por los temores antes mencionados, me llegaban, muy deprisa y en avalancha, como si quisieran anteponerse unos a los otros para llegar antes a mi cabeza, una serie de recuerdos muy gratos de vivencias que, por la época de mi juventud en que se produjeron, llegaron a influir en mi personalidad. De aquellas vivencias y de las posteriores a lo largo de mi vida, me voy a referir a través de estas líneas.

Mi primer contacto con Julián Marías y su familia se remonta a mi época escolar. Tanto sus hijos como yo íbamos al colegio Estudio. Por relaciones de amistad entre miembros de la familia de su esposa Lolita y mis padres, los Marías empezaron a invitarme a almorzar los sábados, para inmediatamente después llevarnos a toda una patulea de niños al cine. De aquellos almuerzos nunca he podido olvidar que sus cuatro hijos, muy pequeños entonces, me miraban con adoración y rivalizaban para ser el primero en abrir la boca para que yo les diera de comer. Creo que eran Fernando y Javier los más apasionados. A tal punto que, al poco tiempo, cuando los Marías se trasladaron a Estados Unidos, y en la fecha del 14 de febrero, San Valentín y día de los enamorados, los niños me enviaban tarjetas con la mención “*a Valentine for you*”, naturalmente escritas por su mamá, y que todavía guardo preciosamente.

Años después, y al regreso de nuestras estancias respectivas en el extranjero, nos volvimos a encontrar. Julián reunía un grupo de jóvenes universitarios de vez en cuando y volvimos, no solamente al cine, sino que después continuábamos en su casa donde nos esperaban unas apasionantes charlas especialmente apropiadas a nuestra capacidad intelectual de entonces y que calaron profundamente en mi incipiente formación de persona adulta. Allí tomé conciencia de lo que es la verdadera españolidad, de lo que significa la espiritualidad y de muchos otros conceptos, que expuestos por él parecían la cosa más lógica y más fácil no solamente de entender, sino, lo que es mejor, de ejercitar. En ese grupito de jóvenes estaba Helio, cuyo padre, también Helio Carpintero, era bien conocido por los míos y se trataban en aquellos años, entre 1960 y 1963.

Joaquín Rodrigo y Julián Marías se conocían bien, aunque no se trataron personalmente mucho. Pero sí puedo dar fe del aprecio que mis padres sentían en un principio por Lolita y Julián Marías, y de la admiración hacia el gran filósofo y erudito que fue Julián. Aunque sus quehaceres eran distintos, en su condición de seres humanos y creadores veo paralelismos importantes entre los dos matrimonios, Lolita y Julián, y mis padres, Victoria y Joaquín. En primer lugar, unos y otros pasaron calamidades y grandes dificultades en los años

anteriores e inmediatamente posteriores a su boda. Aunque en circunstancias muy distintas, vivieron años durísimos. La segunda similitud, es el inmenso amor que ambos sintieron por su esposa, que para ellos era también su apoyo, su consejera, fuente de inspiración y compañera inseparable con quien compartieron sus penas, pero también las alegrías y satisfacciones. Julián, desgraciadamente, perdió a Lolita demasiado pronto. En ese aspecto, mis padres tuvieron más suerte y vivieron juntos sesenta y cuatro años.

El tiempo fue pasando y un día, en 1991, paseando con mi padre por Santiago de Compostela, nos encontramos con Julián Marías, quien también paseaba por allí con unos amigos. Nos saludamos y estuvimos charlando.

Pero lo más inolvidable fue la ceremonia de la entrega de los premios Príncipe de Asturias en 1996. Ambos, Marías y Rodrigo, fueron galardonados en el mismo año. Y si bien mi padre no pudo asistir, debido a su avanzada edad, yo recogí el premio en su nombre con el privilegio de participar en la ceremonia y escuchar la clarividencia del discurso de Julián Marías sobre el concepto de *Humanidades*.

Para mí, Julián Marías ha sido desde mi niñez un punto de referencia y he disfrutado con muchos de sus escritos y artículos. Los he leído con avidez porque los entendía por la claridad de su planteamiento y su vocabulario preciso y directo a la vez. Quizás otra similitud con la música de mi padre. De uno de sus artículos me quedó grabada para siempre la frase: “El que no cree en Dios, es que no ha querido a nadie”. Tal vez podría corresponderse con otra de Joaquín Rodrigo: “Para los que nos dedicamos a una labor de creación resultaría especialmente amargo admitir que todo acaba con la muerte. Componiendo música he tenido la sensación de que todo lo bello —y el alma lo es— ha de perdurar. Creando, influimos sobre la inmortalidad”.

Don Julián o la grandeza de la razón

*Eugenio Romero Pose
(Obispo auxiliar de Madrid)*

Se me pide una palabra, unas páginas empujadas por la urgencia, sobre don Julián Marías; y siento que cuanto más grande es el testigo, más difícil es compartir lo que, en el silencio y con la distancia del tiempo, sería posible de manera más auténtica y verdadera. Mejor sería escribir para uno mismo para únicamente avivar lo vivido; mas no puedo negarme a la petición cuando el recuerdo, cada vez más vivo, conlleva un siempre obligado y agradecido reconocimiento a la memoria de un amigo.

La figura de don Julián, con el pasar de los días, crece en grandeza y admiración. No puedo por menos de traer de nuevo ante mis ojos la imagen que contemplé y conservaré como una bella “florequilla” franciscana, gravada en mi corazón, el día de la muerte de Don Julián. Ante su cuerpo, ya sin vida, una joven que nunca había hablado con él, sin conocer a nadie de los que allí nos encontrábamos, estaba a su vera, en silencio orante, para llevarle el agradecimiento por cuánto le había regalado en sus escritos. Don Julián había llegado a lo más hondo de muchos, de cerca y de lejos, de un modo silente e invisible ¿Será esta la razón de por qué el esperado agradecimiento se ha manifestado escondido en medio de una cierta invisibilidad?

Con la muerte de Don Julián Marías se ha pasado una de las más valiosas páginas de la reciente historia de la sociedad y de la cultura española. Los títulos, *Un siglo de España* y *Entre dos siglos* resumen concisa y justamente la vida y el quehacer del amigo pensador que clamó por no olvidar la confianza en la inteligencia y no perder la dignidad de la razón. Vivió y pensó respetando la razón.

Los que tuvimos la fortuna de compartir con él pasado y presente, afanes e inquietudes, en su conversación diáfana, cercana y sencilla, aparecía, sin disimulo, la verdad de lo que creía, pensaba y esperaba. No escondió jamás su pasión por la verdad y por ahuyentar el fantasma de que ésta no puede dejar de estar en el centro de la vida. ¿Quién no se conmovió cuando oyó de sus labios o leyó en sus escritos que, de niño y con testigo, se había juramentado contra la mentira? Su misión propia era buscar la verdad.

Inteligencia y razón estaban aunadas en su caminar. Por eso don Julián no podía concebir la existencia sin el permanente reclamo a la autoridad intelectual. En un tiempo en que ésta puede que haya dejado de ser una exigencia para no pocos, la ausencia de don Julián hace que mayor sea el vacío que se va creando a nuestro alrededor. Reconocemos ahora su voz y su pluma como defensoras de la verdad.

Sin verdad no hay libertad. Don Julián no tuvo miedo porque supo contemplar, libre y verazmente, la realidad cara a cara. “El único modo de hacer lo mismo que nuestros antecesores es hacer otra cosa; pero no otra cosa cualquiera, sino la que es aquí y ahora necesario”, escribió en unos de sus muchos iluminadores prólogos. Los que hemos tenido el privilegio de escucharle podíamos descubrir que lo que transmitía y escribía era lo que paulatinamente iba naciendo en sus días; era dar respuesta a lo necesario. Nada le era indiferente de lo que iba emergiendo en su entorno.

Con el peso de los años, que ya anunciaban el final de su peregrinación, podíamos descubrir que en su camino quedaba la huella del peregrino que, aunque distintos los lugares del itinerario, dejaba traslucir, con más nitidez, la meta, por él tan deseada para hallar para siempre a quien siempre amó. Las grandes cuestiones que han

preocupado al hombre de su tiempo y de nuestros días han sido su preocupación y ocupación. Bien se podría decir que todo lo que interesó a los hombres fue de su interés.

Pero su expresión más querida e irrenunciable ha sido la “persona”, la defensa sagrada de la criatura humana. Persona y vida han sido los faros orientadores en el océano de su vivir y pensar, de su existencia y de su pensamiento. No tuvo miedo ni temor en alarmar sobre las graves consecuencias de la “despersonalización” ni de las muertes provocadas que se cernían como el más oscuro de los peligros en la sociedad cuando el ser humano es algo y no alguien. Su valiente, y a veces incomprendido, grito ante el horror del aborto como la pandemia que atraviesa el siglo pasado, lo que no temió en definir como “la cuestión más apremiante en las sociedades occidentales”, nunca será suficientemente reconocido.

La cerrazón ante la vida denotaba la negación de la apertura a Dios. La realidad humana, por ser a “ semejanza y a imagen de Dios”, se podría sostener en su ser y evitar, así, que fuese vilipendiada su dignidad. Don Julián tuvo el coraje de denunciar el exilio y la ausencia de Dios sin la cual no se puede entender lo personal: “Dios, la realidad más personal imaginable”. Y sin la aceptación de la dimensión personal, la criatura es incapaz de amor. Dios, persona, amor son inseparables.

Don Julián no ha temido, ni ante nadie ni ante nada, afrontar la “realidad más importante”: la persona humana, sobre la que ha recogido los más bellos fragmentos de la historia del pensamiento. Supo definir con belleza y originalidad el mapa de la persona humana: el descubrimiento y la génesis de la “persona”: una de las más vigorosas aportaciones de la cultura cristiana.

Al poner en el centro de lo humano la dimensión de la persona, a Aquel por quien es creado porque es amada, le invitaba a poner en el corazón de la criatura el amor y la felicidad; amor y felicidad que se desvelan en el insondable abismo de la persona. “No se ha pensado lo bastante sobre la felicidad humana, el gran tema que condiciona nuestra vida entera”, escribía no hace muchos decenios. Ayudó a hacernos preguntas y a dar respuestas sobre la felicidad.

La mirada de don Julián tuvo siempre perspectiva de eternidad: la creación, la persona humana, la vida, la verdad, la libertad, el amor, la muerte y el más allá. La vida y el amor están llamados a la eternidad. No podemos olvidar que el profundo creyente fue amigo de la razón, el español de corazón que no renunció jamás a la búsqueda de la verdad y que creyó que es posible la libertad. Nada de lo que es efímero le interesaba a don Julián. Llevaba en su corazón el convencimiento de que la vida, el amor y la libertad están enraizados en la certeza de la eternidad; que la libertad adquiere su grandeza y gravedad cuando responde a la posibilidad de la salvación o de la condenación eterna. Don Julián vibraba ante esta dimensión proyectiva, futuriza, eterna del ser humano. Pero esta visión o perspectiva le provenía de su fe hondamente católica. Sabía que podía pensar desde la razón con la fuerza de la fe; que ésta no aminora la grandeza de la razón. Su dimensión católica nos la ofreció en el bellísimo libro *La perspectiva cristiana*, donde eros, filia y amor son comprendidos con la misma frescura que Benedicto XVI en su reciente encíclica *Deus caritas est*.

Nada se entiende —sus memorias lo testimonian— de la vida de don Julián sin la recia fibra de creyente que fue creciendo con él hasta el paso a la eternidad. Le acompañó por las distintas geografías que recorrió desde su querido Occidente —desde los Urales al Finisterre hispánico— a su no menos admirado Jerusalén en plena juventud y madurez, hasta las tierras de todo el continente americano, norte y sur, para mejor adentrarnos en la inteligibilidad de España desde su razón histórica. Amó y entendió a la España de la que heredó y admiró a los mejores desde los grandes siglos del primer milenio, y a los que le tendieron la mano para que pudiese continuar una historia llena de grandezas: desde Isidoro a Unamuno, desde Antonio Machado y Pedro Salinas hasta sus siempre queridos Ortega, Zubiri y García Morente, y otros muchos que con su siempre atenta escucha y sus incansables ojos supieron oír y acoger lo mejor de ellos mismos.

España, Europa y el ancho mundo fueron su horizonte. Lo concreto no le impidió vivir con mirada singular y única lo universal. La razón histórica de España es una idea que le acompañó y asedió

durante muchos años, buscando el sentido de los cambios pero sin despreciar la razón de lo permanente.

Don Julián, ya en el ocaso de sus días, nos dejó lo mejor de sí mismo cuando en el prefacio de su último libro escribe: “Mientras (...) me encamino a Dios e imagino cerca (...) la vida perdurable, pido tengan presente las *Rimas sacras* de Lope: ‘Vuelve a la patria la razón perdida’, cuando su luz venza mi oscuridad. Esa luz perpetua que siempre me iluminará”. Gracias don Julián porque en su paso entre nosotros ha dejado luz en nuestro camino y sabemos que el reencuentro será en la Jerusalem celeste, en la “hermosísima claridad”.

***Guión-homilía de la Misa-Funeral por
D. Julián Marías
Iglesia de La Encarnación,
Madrid, 19.XII.05, 19:00 horas***

*Antonio María Rouco Varela
(Cardenal-Arzbispo de Madrid)*

Celebramos esta Eucaristía, Memorial de la Muerte y Resurrección de Jesucristo, por nuestro querido D. Julián Marías, que el Señor ha querido llamar a su presencia. Él vivió el momento decisivo de su muerte a la luz de la verdad de Dios que resplandece en el Misterio Pascual. “En ella estaba la vida” (Jn. 1,4). Así lo prueba un texto bellísimo del prólogo de su último libro. Muy probablemente lo último que él escribió.

I.

Así dice su último texto: “Ahora aparece *La fuerza de la razón*, que como he dicho recoge mis últimos artículos. Más que nunca, son precisamente eso: últimos. Quizá, con seguridad, ya no escriba más.

La razón es divina, como nos recuerda Lope de Vega. Dios es Lógos, es Razón. Y la ha depositado en nosotros, aunque a veces se debilita debido a nuestra fragilidad. No perdamos la esperanza. Mientras gracias a esa fuerza me encamino a Dios e imagino cerca, con ilusión, la vida perdurable, pido a mis amables lectores —que me han acompañado benevolentes y atentos durante tanto tiempo— tengan presente el último verso de ese primer soneto de las *Rimas sacras* de Lope: ‘Vuelve a la patria la razón perdida’, cuando su luz venza mi oscuridad. Esa luz perpetua que siempre me iluminará. Nos iluminará, divina y admirablemente, a todos con su hermosísima claridad. Con su todopoderosa fuerza.” (Julián Marías, *La fuerza de la razón*, Madrid, marzo de 2005, 12-13).

D. Julián se encaminaba hacia la vida perdurable. Iba hacia Dios.

II.

D. Julián no sintoniza aquí con la “lamentación” en el sentido negativo de la profecía de los tiempos del Profeta Jeremías. En definitiva se trataba de una expresión humilde, pero cierta, de la esperanza apoyada en algo que “la memoria”, la memoria buena y benevolente, nunca olvida: “Que la Misericordia del Señor no termina, y no se acaba su comprensión, antes bien, se renueva cada mañana”.

Al final podría decir con el Profeta:

“El Señor es mi lote... y espero en Él. El Señor es bueno
para los que en Él esperan y lo buscan;
es bueno esperar en silencio la salvación de Dios”.

III.

D. Julián Marías

- Fue un buscador incansable de la verdad.
- Fue un humilde, firme y fuerte defensor de la misma.
- La vivió en una actitud consecuente de servicio al hombre y a la sociedad de su tiempo, especialmente en España y en Europa.

- Su servicio se hizo con “la razón” y con el discurso limpio y transparente que ésta ofrecía, dialogando en el mejor sentido de la palabra.

IV.

Servicio a la Verdad y a la razón “divina”.

- La razón como luz le llevó y nunca le separó de la fe cristiana, de la fe en “el Lógos” hecho hombre.
- En ella apoyó su esperanza y su amor.
- Amor a su esposa, a sus hijos, a sus nietos; afecto sincero a sus maestros —a Ortega— y a sus amigos.
- Amor a España, a la que quiso hacer “inteligible” en una Europa, a la que supo mirar con ojos luminosos y comprensivos.

V.

En ese amor divino-humano —en la gracia— quiso sustentar su vida austera, sencilla, entregada al servicio del “Lógos”, de una inteligencia que contribuía a iluminar “la vida”. ¡Razón vital, en verdad!

La sustentó en “la Eucaristía”, en el pan vivo bajado del cielo: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día”.

¡Cómo valoraba D. Julián la Liturgia de la Iglesia!... en su vida personal, privada y públicamente. Escribió sobre ello páginas inolvidables.

En “esa Eucaristía” nos hemos dado cita y encontrado hoy para la plegaria de la misericordia y de la vida que es la del mismo Cristo. Que es la de los Santos, en especial, la de la Virgen María, Madre de Cristo y Madre nuestra, ¡Virgen de los Dolores y de la Esperanza! Plegaria que abraza a todos aquellos y todo aquello que él amó y vivió en su vida.

Amén.

Una vida coherente

Emilio Ruíz

(Economista. Miembro del Centro de Estudios Sorianos)

“La circunstancia comprende el mundo exterior y el interior, todo aquello que es exterior al sujeto —no a su cuerpo sólo—; por tanto, todo aquello que no soy yo, todo aquello que encuentro en torno mío, *circum me*”¹.

Aquella tarde, ciertamente singular, mientras el sol se iba poniendo por la Sierra de Santa Ana, veíamos cómo un rebaño de ovejas pastaba el ricio que las últimas lluvias habían hecho posible; delante de nosotros se alzaba la Historia, el futuro, la distancia y un horizonte lleno de posibilidades. ¿Acaso todo esto, como elementos de la realidad, no había nacido de nuestra interpretación humana? ¿O acaso no estaban allí desde el principio de la Historia? ¿Era nuestra vida? —en plural— ¿O simplemente se trataba de la mía?

En el año 1950, Julián Marías publicó dos ensayos sobre agricultura: “El campesino y su mundo” y “La figura social del agricultor”. Personalmente me interesaron en gran medida, sobre todo por mi dedicación, en años posteriores, a introducir en las tareas agrícolas

1 Julián MARÍAS: *Ortega. Las trayectorias*, pág. 361.

el uso de las máquinas, algo que ya Azorín, años antes, había dejado entrever en sus ensayos sobre Castilla. “¿Qué es ser campesino? ¿Cómo se puede ser campesino en 1950? ¿Es posible un proyecto vital del labrador que sea incitante y atractivo, dada la situación real en que el mundo se encuentra?”, venían a ser las preguntas que se formulaba Julián Marías en los ensayos citados. Recordemos que las posibilidades de las “cosas” son realmente “mis” posibilidades. La vida del pastor que cuida de su rebaño, estamos en el año 2000, sin duda, se ha ido proyectando hacia un problemático futuro. La realidad es siempre dinámica e inacabada y la vida no es un hecho, sino una historia, un argumento. Ahora deberíamos preguntarnos: ¿Cómo se puede ser campesino en el año 2006? La vida es un proceso de realización. “La vida que me es dada y en la cual me encuentro no me es dada hecha, sino por hacer...”². Las posibilidades del hombre son las de su mundo, del momento en que está viviendo, y no otras. El pastor, ya al anochecer, contemplará desde un otero su mundo, siempre múltiple. De un modo u otro, regresará tal vez con acento de resignación a su cotidiano menester, tan pronto como el reloj de su vida se ponga en marcha.

Por aquellos años —1940-1941— en la calle de Serrano, 50, se podía estudiar la *Historia de la Filosofía* escrita por Julián Marías; se trataba de un centro privado de enseñanza, “Aula Nueva”, en la que su autor explicaba filosofía; Dolores Franco, literatura; María Araujo, latín; otros compañeros, matemáticas, y un largo etcétera. La publicación de este libro —1941— iba a suponer para su autor emprender una larga y áspera marcha hacia un incierto final. Como así sucedió. Una vez terminada la guerra civil, la universidad oficial le cerró sus puertas de par en par. Pese a ello, este joven rebelde e indelicado, de acuerdo con su juventud, según Marañón, fue dando paso a su obligación de hombre maduro, canalizando su rebeldía, con firmeza invariable en busca de la verdad. “El modo más humano de la virtud juvenil es la generosa inadaptación a todo lo imperfecto de la vida —que es casi la vida entera—; esto es, la rebeldía”³.

2 Julián MARÍAS: *Obras Completas*, tomo II, pág. 288.

3 Gregorio MARAÑÓN: *Amor, Conveniencia y Eugenesia*, pág. 82.

Uno de sus primeros proyectos fue la creación del “Instituto de Humanidades”: Organizado por José Ortega y Gasset y Julián Marías, “una mínima institución, absolutamente privada”. Este paso, se me antoja, que lleva implícito la presencia de un hombre independiente, que es tanto como decir liberal. Pero ser liberal quiere decir que en todo momento estoy dispuesto a escuchar a los demás aunque no piensen como yo. Se trata, por tanto, de una aptitud. Esta aptitud hizo posible el “Instituto de Humanidades” y el curso de Ortega: “Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal”. El cine “Barceló” se llenaba hasta rebosar de un público tan ávido de lo desconocido como de lo estimable.

“Aula Nueva” fue en todo momento una ventana abierta de cara a la sordidez que reinaba en aquel Madrid de la posguerra. Las ventanas se abrían enteramente, se hacían puertas a medida que uno iba descubriendo la España real, “casi soterrada, con frecuencia mal vista si no perseguida”⁴.

Los años 1949-1950 y siguientes son los años de la madurez. Julián Marías no cesa de escribir. “Una mesita ovoidal de mimbre azul y blanco que hacia buen juego con el precioso color azul celeste de la flamante máquina eléctrica Smith-Corona de mi padre, en la que parió millares de páginas en circunstancias heroicas...”⁵.

Esta es la cuestión. Una sencilla máquina de escribir y cientos de cuartillas. El resultado, una exultante plusvalía, sólo comparable a las de Velázquez, Goya y Picasso, casi en línea con la de Jesucristo cuando, partiendo de agua, obtiene vino, sin haber invertido ni un solo denario. Son los años en los que la mayor parte de los españoles están adormecidos, tal vez no dormidos. ¿Cómo despertarlos? ¿Con una simple máquina de escribir? Veamos cómo resumía Julián Marías, en parte, la situación de los españoles: “Si Vds. —cito de memoria— van a una estación de FF.CC., no les extrañe ver dentro del conjunto de vías por donde circulan los trenes, otras que no van a ningún lugar: son las vías muertas, donde van a parar algunos

4 Julián MARÍAS: *Entre dos siglos*, pág. 52.

5 Álvaro MARÍAS: “Nuestra casa en Soria”, en las *Memorias* inéditas.

vagones por los siglos de los siglos. Esto es lo que desean algunos españoles. Entrar en vía muerta. Pero, además —continuaba la lección de aquel día— hay muchos jóvenes cuya única aspiración es colocarse. ¡Cuánto le agradecería que colocara Vd. a mi hijo! Vds. saben perfectamente lo que es una acera de cualquier calle. Pues bien, para rematarla se suelen poner unos adoquines. Así —gesticulaba moviendo las manos—, bien sujeto por los cuatro lados, donde permanecerán sin moverse, tal vez cientos de años, bien colocado, sin posibilidad alguna de moverse, totalmente seguro, para toda la vida”.

Son los años en los que van apareciendo: *Introducción a la Filosofía* (1947), *Ortega y tres antípodas* (1950), *La estructura social. Teoría y método* (1964)...

En la Universidad Central, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, se hablaba, ya en los años cuarenta, de estructura económica, pero no social. La estructura económica es el resultado que hacemos del uso de los recursos originarios dados por la naturaleza.

Julián Marías, en *La estructura social. Teoría y método*, va introduciendo su discurso filosófico: la riqueza, la pobreza como algo que se puede elegir libremente, otra cosa es la miseria; lo aparentemente superfluo, el nivel de vida, como el nivel desde donde se proyecta mi vida, la holgura como posibilidad de creación, la participación en las pretensiones colectivas, creencias, ideas, vigencias... hasta llegar a la riqueza y a la estructura económica.

“¿Y en qué medida y forma la condición económica afecta a la estructura social, y más concretamente al ámbito de posibilidades de los individuos o de los grupos?”⁶ ¿Acaso no es más importante que la riqueza, la existencia o no de oportunidades?

Pero ahora estamos aquí en este mes de agosto del año 2004 que toca a su fin. Estamos situados junto a las aguas que embalsa el río Ebrillos emisario del Duero, compartiendo, de algún modo, una situación histórica, “viendo” a los fogosos corceles de los Infantes

6 Julián MARÍAS: *La estructura social. Teoría y método*, pág. 280.

de Lara ir a tierra de moros. No muy distante de nosotros pasa un velero, como una situación preparatoria, se trata de un gran sueño, para surcar el mar Océano. Y casi de improviso, en este escenario grandioso, llegan sus nietos, jóvenes, fuertes, decididos a desafiar el viento frío del atardecer, rebeldes, en pleno vigor, indelicados y audaces, que van proyectando, ya a media luz, la inferioridad del hombre que tienen delante, el cual, al mirarse en el agua como en un espejo, se ve más cerca de la muerte. Una generación comprende un período de quince años y son, a su vez, los “escenarios” y los “actores” del drama de la Historia. Pero estos jóvenes no viven en el mismo “ahora” que su abuelo, les separan cuatro generaciones. Por eso sus vidas se hallan situadas en un remoto mañana, mientras que para su abuelo descansa en un “ayer”. No obstante, podríamos decir, ambas generaciones están coexistiendo en esta tarde de apacible ensueño.

Cuando recordamos otros días lejanos, los de nuestra primera juventud, no cesa de aflorar a mi memoria todo lo que hemos perdido. “Sí —dice Julián— es el fin de muchas cosas y el principio de otras. Tenemos que seguir creyendo en la libertad humana y menos en la economía y la política”. Su rostro despide una sana alegría. “La tristeza del anciano —decía Galeno— depende de desear lo que no puede conseguir”.

En el horizonte, unos patos relucen y brillan antes de llegar a su acostadero. La ardiente luz del atardecer, como naturaleza siempre joven e intacta, va ahuyentando el espectro de la muerte de tantas cosas queridas.

España en realidad

Gregorio Salvador

(De la Real Academia Española.

Catedrático jubilado de Lengua Española)

España aparece en el título de ocho o nueve libros de Julián Marías y en otro, además, *Hispanoamérica*, y en tres, el gentilicio *español*. No cabe duda, pues, de que la atención a nuestro país, a su historia y su presencia, y la preocupación por su ser, por su estar y por su futuro gozaron siempre de una dimensión destacada en su pensamiento.

De esos títulos, hay dos insoslayables: *La España real* y *España inteligible*. El primero se repite incluso. Denominó, a principios de 1976, un libro en que se recogían artículos escritos y publicados entre julio de 1974 y agosto de 1975, al que seguirían *La devolución de España*, en 1977, *España en nuestras manos*, en 1978, y *Cinco años de España*, en 1981, que se reunieron años más tarde en un solo volumen con el espléndido título, transparente y exacto, del primero.

Yo fui lector de esos cuatro libros en su momento, cuando fueron apareciendo sucesivamente. Lector raso y anónimo: entonces Julián Marías no me conocía y yo a él le había escuchado alguna conferencia, había aprendido historia de la filosofía en su famoso manual y era lector asiduo de sus obras. Y, en este caso, lector entusiasta y

entusiasmado ante la precisión, la nitidez y la inusual coincidencia entre la España de la que se me hablaba y la España que yo estaba viendo y viviendo. Ni imaginar podía que, pasado el tiempo, yo iría a participar en la presentación, como así fue, de esa reedición conjunta de los cuatro libros que nos fueron mostrando, entre 1976 y 1981, la historia que vivíamos, un periodo tan esencial en la vida española, donde se nos fueron analizando los hechos que ocurrían y señalando las posibles trampas que se nos tendían para el futuro, con decisiones discutibles e irreales, y las consecuencias que podrían tener. Digo que no podía ni imaginar que unos años después yo ingresaría en la Real Academia Española, tendría ocasión de tratarlo personalmente y él llegaría a distinguirme con su amistad, porque acaso supo apreciar en mí una coincidencia: la valoración de la realidad, nuestra compartida adicción a lo real. El caso es que él quiso que yo participase en la presentación de la nueva versión de *La España real*, posiblemente porque en el libro se habla bastante de la lengua española y de las lenguas de España, y yo pienso que me tenía confianza como lingüista, que le merecía crédito. Y eso me llevó a releer atentamente, ya alejado de la circunstancia temporal, el nutrido volumen, las cuatro obras iniciales, y puedo decir que esa nueva lectura me lo convirtió en libro de cabecera, al que vuelvo de vez en cuando para desintoxicarme de tanta estulticia y falsedad como circula, y cada retorno me airea el juicio y me aclara los recuerdos, y siempre lo hago con gusto y me resulta de provecho, porque me sirve, y creo que nos puede servir a todos, para refrescar la memoria y para comprobar el acierto con que fue enjuiciando los acontecimientos su autor, la razón de sus temores y la clarividencia de sus augurios.

Me pregunto cuántos libros análogos de los publicados por aquellas fechas, cuántos otros textos escritos sobre la marcha, al hilo de los acontecimientos, resistirían hoy la lectura sin grave sonrojo de sus autores, sin que nos produjera a los lectores vergüenza ajena. Porque lo habitual suele ser escribir desde los deseos o las conveniencias, desde la imaginación o el prejuicio, pero desdeñando la realidad o simplemente desconociéndola u ocultándola. Julián Marías estuvo, en todo momento, muy atento a ella, la antepuso a

cualquier fantasía, eludió cualquier voluntariosa recreación, y nos la mostró tal cual. Podríamos decir que la actitud de Julián Marías fue fundamentalmente deíctica: nos señala las cosas, nos las muestra como son, nunca las disfraza ni las disimula, es siempre respetuoso con las evidencias. Si tuviéramos que distinguirlo de algún modo, que atribuirle un apelativo que lo caracterizara, podríamos llamarlo, creo, el Señalador.

De ahí la aprensión con que algunos lo miraban, el rechazo que suscitaba en los que se sentían vulnerables, descontentos de su propia condición o de su propia historia. El dedo clarificador de aquel niño del viejo cuento del rey desnudo.

La España real representa un esfuerzo intelectual impagable por presentarnos seriamente y en realidad la España de un periodo determinado, que todos hemos vivido y de resultados del cual vivimos el presente y, como es fiel y verdadero y no escamotea las cuestiones esenciales ni se pierde en vaguedades y vanos deseos, nos puede seguir aleccionando, mantiene su vigencia y su razón.

Le oí decir alguna vez que lo sorprendente no era la cantidad de artículos que había publicado a lo largo de tantos años, sino el haberle dado título a cada uno de ellos. Me detengo en los que me llaman particularmente la atención, en ese libro, desde mi ocupación y mi preocupación lingüística: “Lenguas de España”, “La significación de las palabras”, “La lengua española como instalación histórica”, “La otra lengua de Maragall”, “El horizonte hispánico de España”, “España y América: el influjo involuntario”.

Quiero decir con esto que en un asunto como el de la lengua española y las lenguas de España, donde tan fácil es desbarrar y donde lo que casi siempre encontramos, en los autores más distintos, es una mezcla de pasión y desconocimiento, Marías asombra por la exactitud de sus observaciones y la precisión de sus juicios. Él habló más de una vez de la historia-ficción. No menos grave, acaso más, sea la lingüística-ficción que se ha señoreado de España en los últimos treinta años. Acaso más grave porque la ignorancia de la realidad es mayor en ese terreno e incurren en ella, quizá de buena fe, muchas

personas que debieran estar mejor informadas. Casi siempre me irrita lo que leo, porque casi inevitablemente bascula entre la cicatería y la bobería. El tratamiento de Marías al plurilingüismo español es impecable, porque como en todo se atiene a la estricta realidad.

¡La significación de las palabras! La manipulación de la lengua también ayuda a distorsionar la realidad. Él lo vio muy bien en varias ocasiones y recuerda a Quevedo: “Hay muchas cosas que pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura”.

“Por mí que no quede” es el lema de su inexistente escudo. Y eso a no pocos les resultaba inquietante. Julián Marías, como cualquier debelador de patrañas, como cualquier desvelador de disfraces, fue criticado y atacado. Ladran, luego cabalgamos. Se dice, por ejemplo, se sigue diciendo, con sonrisa desdeñosa y desde la suficiencia pedante, que se autocitaba con frecuencia, que recuerda constantemente en sus artículos lo que escribió en tal fecha, lo que previó en tal otra. Y es que lo que de verdad irritaba e irrita es que efectivamente lo dijo, efectivamente lo previó. Su obra es, en buena parte, un memorial de avisos. De ahí la necesidad de volver una y otra vez a ella: para que nadie se duerma en sus olvidos, para que nadie se escude en que era imprevisible lo que iba a pasar. Y de ahí la gratitud que le debemos: por todas sus advertencias y por todas sus enseñanzas.

Una suma de gratitudes personales, ya que la gratitud que le debía la España oficial, tantas veces “madrastra de sus hijos verdaderos”, por su pensamiento certero y generoso, por la calidad literaria de su obra, por haber sido, en los tiempos más difíciles, un referente de dignidad personal, le fue cicateramente negada. No voy a hacer relación de los premios no recibidos, porque esa es ya una vergüenza irreparable, pero sí a recordar el caso más sangrante, el del Premio Nacional de Literatura de Ensayo, que se creó en 1943 y se ha venido concediendo cada año desde entonces, sin interrupción. Julián Marías, el ensayista español más constante, más leído y más influyente de todo ese periodo, el único además con amplia proyección en la América hispánica, que casi salía a libro por año, jamás lo recibió. En ocasión de un amistoso homenaje en vida, cuando cumplió los

ochenta años, recordé que yo había sido, en una ocasión, miembro del jurado que otorga ese premio, que había un libro suyo entre los propuestos, *Cervantes, clave española*, y que argumenté a su favor, aduciendo, aparte los valores de esa obra concreta, la iniquidad mantenida durante tantos años, en una mano la lista de todos los premiados desde su creación (nombres, en buena parte desconocidos, libros en su mayoría olvidados) y en la otra la de las obras que Marías había ido publicando en casi cada una de aquellas fechas y la ignominia cultural que tal cotejo ponía de relieve. Me oyeron en silencio, algunos proclamaron su pleno acuerdo con lo que yo decía, pero luego los votos se partieron y fue otro quien ganó. Y no entro en más detalles porque no es caso de personalizar el oprobio.

Quiero creer que el tiempo, que ya ha empezado a correr, ponga las cosas en su lugar y a cada cual en su sitio. Cabe predecir, con toda probabilidad de acierto, y ya lo he manifestado alguna vez, que en las historias de la literatura española del futuro, cuando se exponga y se analice la de la segunda mitad del siglo xx, antes de ese capítulo misceláneo que los historiadores de la literatura suelen dedicar a lo que llaman vagamente “ensayo, pensamiento, crítica”, habrán tenido que destinar uno entero y bien extenso a la obra y la personalidad de Julián Marías. Y ahí estará, definitivamente, su gloria.

Persona y vida perdurable

Ignacio Sánchez Cámara
(*Catedrático de Filosofía del Derecho de*
la Universidad de A Coruña)

Julián Marías encarna —permítaseme el empleo del tiempo verbal presente— el ejercicio pleno y auténtico de la vocación intelectual, de lo que él mismo denominó la “visión responsable”. La misión del intelectual, como afirmó Ortega y Gasset, consiste en “oponerse y seducir” para contribuir a la formación de la opinión pública. Su tarea es la búsqueda de la verdad, y su imperativo consiste en la veracidad, en decir lo que piensa, y sólo lo que piensa, que es verdad. Puede, sin duda, equivocarse, pero nunca faltar a la verdad. Podemos estar seguros de que Marías no pronunció ni escribió nada en cuya verdad no creyera. Y lo hizo en condiciones difíciles. Siempre lo son para el hombre, pero en él se dieron, por las azarosas circunstancias españolas, de manera más intensa. Esa radical vocación intelectual lo llevó a utilizar los medios más adecuados para influir en su circunstancia, sobre todo española, pero también hispanoamericana y europea: el periódico, la conferencia y el curso abierto a un público amplio, no exclusivamente académico o universitario. Sabedor de que la libertad no es un don gratuito que se recibe más o menos graciosamente de la sociedad sino que, en cierto radical sentido, se

tiene la libertad que uno se toma, pudo ejercer su misión intelectual sorteando los embates y desdenes de las “dos Españas”, mostrando acaso con su magisterio que sólo hay realmente una, la España de la libertad y la concordia. Sufrió el desdén de la España oficial franquista —ni siquiera pudo ejercer la docencia en la Universidad pública—, pero también, o más incluso, de la España izquierdista radical, poco dispuesta a perdonarle su adhesión al cristianismo y al liberalismo. Al fin y al cabo, la misión del intelectual consiste en oponerse, especialmente a las visiones hemipléjicas. Por lo demás, su actuación pública se acomodó perfectamente a la limpia y clara visión que tenía de la realidad histórica de nuestra nación, expuesta, entre otros libros, en su *España inteligible*.

Su vocación fue estrictamente filosófica. La originalidad no está reñida con el discipulado. Sólo puede ser maestro quien ha sabido ser discípulo. Si no me equivoco, su trayectoria filosófica resulta marcada por tres felices fidelidades: el cristianismo, Ortega y Gasset y el liberalismo. De la fusión de esas tres grandes realidades, de rango desigual sin duda, proceden su originalidad y su fertilidad. La polémica sobre la posibilidad de un orteguismo católico (o de un catolicismo orteguiano) resulta hoy algo pasada. El caso de Marías no es un ejemplo aislado. Ortega no hizo de la vida mundana una realidad absoluta, son sólo una realidad radical, la primera en el orden de la evidencia, y en la que las demás se dan o radican. Los análisis correctos acerca de la vida humana valen tanto para una concepción inmanentista como para otra trascendentalista. La filosofía de Ortega no cierra el camino a lo religioso y trascendente. Las tres influencias principales que nutren su obra —insisto, no las sitúo en condiciones de igualdad— conducen al rasgo que acaso constituya el núcleo de su pensamiento: la afirmación insoslayable de la condición personal del hombre. Muchas son las obras que exponen esta concepción. Baste citar, entre otras, *Antropología metafísica* y *Mapa del mundo personal*. La realidad personal del hombre se opone a todo intento de interpretación naturalista o materialista de la realidad humana. Pero en absoluto el personalismo niega la corporalidad. El hombre es intimidad, realidad personal, pero encarnada. Sin cuerpo, no hay

vida propiamente humana. Uno de los rasgos más certeros de su ética es la insistencia en la idea de “lo mejor”. La moral no consiste, primaria ni fundamentalmente, en la imposición de deberes o cargas negativas, en un sistema de prohibiciones, sino en la búsqueda y prosecución de lo mejor. Y esto es obra de la ilusión y el entusiasmo, tarea del ideal. Tal vez, entre los errores de nuestro tiempo destaque, sobre todo, la tendencia a negar esta condición personal del hombre y a reducirlo a mera cosa entre cosas.

Pensando en redactar estas líneas que sirvieran como homenaje a nuestro filósofo, he pensado que acaso sean de su agrado —y permítaseme de nuevo el necesario presente verbal— unas reflexiones sobre un aspecto decisivo, acaso el más decisivo, de su obra: las relaciones entre la condición personal del hombre y la vida perdurable. Sobre esta cuestión, merecen una atentísima lectura los últimos capítulos de su libro *La felicidad humana* (1987). Ante todo, conviene recordar que la idea de persona entraña, entre otros, los atributos de intimidad, conciencia, libertad y proyecto. El hombre no es una cosa sino un ser que se hace, que posee intimidad, que es consciente de sí, que es libre y que proyecta. Nada de esto, y otras cualidades que se podrían añadir, son propias de la cosa. La naturalización o cosificación del hombre entraña la negación o privación de todo lo propiamente humano; conduce, pues, a la deshumanización. Y nada de esto es algo que escape a la razón y que sólo sea accesible a la fe o a una especie de intuición mística. Es la realidad verdadera del hombre que se impone con indubitable certeza. Un ser así tiende necesariamente a la felicidad. El camino hacia ella sólo puede transitar por la realización de lo que la persona verdaderamente es. El mal no reside en buscar la felicidad sino en hacerlo de manera equivocada, en perseguirla allí donde no se encuentra. La felicidad, a diferencia del placer, que puede ser momentáneo, aspira a la permanencia. Una felicidad pasajera y efímera no es auténtica felicidad. La dimensión de la duración forma parte de ella. Por otra parte, se nutre de la ilusión. Mas la ilusión no se identifica con lo falso o “ilusorio” sino con lo que ilusiona, con lo que entusiasma. Sin ilusión no cabe felicidad. “Nuestra vida consiste en el esfuerzo por lograr parcelas, islas de fe-

licidad, anticipaciones de la felicidad plena. Y ese intento de buscar la felicidad se nutre de ilusión, la cual, a su vez, es ya una forma de felicidad”¹.

Teniendo la felicidad humana esta vocación de permanencia, es natural que una de las más trágicas y contundentes amenazas contra ella venga del lado de la muerte. Según Spinoza, en nada piensa menos el hombre libre que en la muerte. Este aserto puede contener, según se interprete, una radical falsedad o una profunda verdad. Es falso en el sentido de que el problema de la muerte es insoslayable para el hombre. Spinoza mismo hizo, en su *Ética*, del conato o afán de perseverar en el ser la esencia de toda cosa. Pero también es cierto que el hombre libre, o, al menos, el cristiano, cuando piensa en la muerte piensa en la vida, en la otra, en la vida perdurable. En cierto sentido, existe una radical incongruencia, no desde luego imposibilidad lógica, entre la personalidad y la mortalidad definitiva. Un ser personal, como lo es el hombre, aspira a la perduración definitiva de su vida. Otra cosa es que esa aspiración y esa esperanza se vean o no confirmadas. En cualquier caso, no hay genuina personalidad sin aspiración a la vida perdurable. No es, por ello, extraño que, cuando, como sucede con tan triste frecuencia en nuestro tiempo, se niega la realidad personal del hombre, se niegue también la vida perdurable después de la muerte y, como consecuencia, se intente hacer desaparecer la condición mortal del ámbito de las preocupaciones cotidianas. Asistimos así a un fracasado olvido o escamoteo del horizonte inevitable de la muerte. “En las concepciones hoy dominantes, la muerte no tiene puesto en la vida; simplemente ésta termina como un arroyo que desaparece en la arena. Pero esto deja a la vida sin *terminus ad quem*, podríamos decir sin ‘contraste’, en cierto modo, sin horizonte, ese horizonte que está o debe estar presente en cada momento de ella”².

La muerte y la extinción definitiva de la persona penden, como una amenaza destructora y fatal, sobre las esperanzas humanas de felicidad. El hombre superficial sólo puede intentar, sin éxito, ser

1 Julián MARÍAS, *La felicidad humana*, Madrid, Alianza, 1987, p. 385.

2 *Op. cit.*, p. 180.

feliz si se olvida de la muerte. Pero ésta reaparece justo en el momento en que toda felicidad, por erróneo que sea el lugar donde se busque, aspira a la duración indefinida. A nadie le basta con ser feliz un rato. La felicidad es un estado del hombre, no un instante improbable y efímero. “La esperanza en la inmortalidad nos aparece como condición de que la felicidad tenga alguna consistencia pero esa esperanza, que puedo tener, no está exenta de inseguridad”³. La inmortalidad deviene así condición, inexcusable y problemática, de la felicidad (terrena). No obstante, la muerte, a pesar de su dimensión de obstáculo a la felicidad humana, no deja de tener un aspecto positivo: adensa y da sentido y valor a cada momento de la vida, a cada uno de los “días contados” que forman nuestra existencia terrena. Si los días de esta nuestra vida mortal fueran ilimitados, la vida humana perdería densidad y valor, perdería urgencia y dramatismo. Al ser nuestra existencia mundana temporalmente limitada, nos fuerza a acertar en la tarea que cada día trae consigo. Es precisamente su limitación lo que hace de la pérdida de un día, e incluso de un solo minuto, algo irremediable e irremplazable. Cada instante de la vida reviste así un valor y un sentido únicos. Es ese horizonte fatal de la muerte el que nos permite discernir lo que verdaderamente importa en nuestras vidas y lo que no importa o importa menos. En este sentido, sería interesante determinar lo que seguiríamos haciendo y lo que dejaríamos de hacer si supiéramos que nos quedaba muy poco tiempo de vida. El experimento mediría con exacta precisión el grado de autenticidad de la vida de cada uno de nosotros⁴. La esperanza en la inmortalidad refuerza la felicidad en dos sentidos profundos: obliga a elegir lo que en verdad se quiere y se desea para siempre; y promete la conexión de esta vida con la otra⁵.

3 *Ibidem*, p. 326.

4 “Por cierto, si se hace a fondo y con plena sinceridad este experimento imaginario, si se piensa en nuestro estado de ánimo con la muerte inminente, a tres días de distancia, se puede medir con extraordinario rigor el grado de autenticidad de nuestra vida: si los cambios son mínimos, es que tiene un máximo de autenticidad, que nos interesa ya lo que de verdad nos interesaría en esa situación extrema; si la variación es decisiva, esto quiere decir que estamos poniendo nuestra vida a cartas que no nos interesan, que no son las nuestras” (*Ibidem*, p. 328).

5 *Ibidem*, pp. 328 s.

La felicidad está vinculada a la solución del problema del sentido de la vida, y éste al planteamiento de la cuestión de la muerte y de la vida perdurable. El sentido es condición de la felicidad. El mayor obstáculo para encontrar el sentido y, por lo tanto, la felicidad es la interpretación materialista y antipersonalista de la vida humana. Preguntarme por el sentido de la vida es preguntarme acerca de qué es lo que me importa de verdad, por lo que necesito para ser feliz, por lo que voy a necesitar siempre. Pues todo lo que verdaderamente necesito, lo necesito para siempre⁶.

Para Marías, la clave de la pretensión de inmortalidad se encuentra en el amor. La raíz de esa aspiración se encuentra en la continuidad del proyecto vital, en la necesidad de seguir proyectando. Y ésta sólo es posible a través del amor. Antes que animal racional, el hombre es animal amoroso. Amar es aspirar a que lo amado, la persona amada sea eterna. Amar es apetito de la inmortalidad ajena. Es el amor el que nos conduce a aspirar a la eternidad. Acaso por esta razón, las épocas, quizá la nuestra, menos aptas para el amor sean las que menos viven la necesidad de la inmortalidad⁷. En este sentido, el anhelo de la propia inmortalidad sería el derivado del deseo de la inmortalidad de la persona amada.

Mas es preciso distinguir entre inmortalidad y resurrección. Es este último un concepto central en el cristianismo, el fundamento de la fe. Y se trata de la resurrección de la carne. No se trata sólo de la perduración de algo, sino de la perduración de la persona. Y la persona humana es realidad corporal, aunque no sólo. Así, no aspiramos a perdurar vagamente, o a que perdure algo de nosotros, acaso un recuerdo o la memoria de nuestras obras. No aspiramos a otra

6 *Ibidem*, p. 338.

7 “Sería interesante poner esto en relación con la actitud frente a la inmortalidad. ¿No ocurrirá que haya épocas en que el hombre siente fuertemente la pretensión de inmortalidad, tiene vivo interés por ella, por seguir viviendo siempre, precisamente porque tiene una realidad intensamente amorosa? ¿No sucederá, por el contrario, que en épocas en que la capacidad amorosa decae, en que el nivel amoroso es bajo, se produce automáticamente un descenso del deseo de inmortalidad, de la pretensión de perdurar? Parece sumamente probable, y sería iluminador, considerar atentamente las cosas desde esta perspectiva” (*Ibidem*, p. 345). Y Marías recuerda la fórmula feliz de Gabriel Marcel: “Tú, a quien amo, no morirás”.

supervivencia que a la de nosotros mismos, es decir, de nuestra vida. Por lo tanto, la de nuestro cuerpo. De ahí, la idea de la resurrección de la carne. “La esperanza de la resurrección, la necesidad de esa forma particular de inmortalidad que llamamos la resurrección de la carne, tiene como raíz esa actitud radicalmente amorosa que pertenece al hombre, pero que oculta, desconoce, abandona, olvida con extraña frecuencia”⁸. Esto nos lleva a la constatación de la conexión entre esta vida y la otra. No se trata de dos realidades separadas e independientes. Cuando se desliga la otra vida de ésta, se produce un vaciamiento de la esperanza. La otra vida debe ser entendida como el cumplimiento y la plenitud de ésta⁹. “La ‘otra vida’ tiene que ser mi otra vida”¹⁰. Por eso, aunque se trate de una empresa utópica o imposible, cabe hacer un ejercicio de imaginación sobre la forma de esa vida perdurable que, necesariamente ha de ser humana y, por lo tanto, corporal. El libro concluye con una reflexión sobre la ilusión como ingrediente de la felicidad.

Queda pendiente la cuestión fundamental: ¿existe o no esa vida perdurable? No es posible contestar a esta pregunta, al menos desde el punto de vista de la razón. Pero eso significa que tampoco es posible resolverla negativamente. Y esta incertidumbre forma parte de la cuestión. Sólo es posible admitir la vida perdurable a través de la fe, y aun ésta se encuentra sometida a la zozobra de la duda. Quizá no acertemos a entenderlo, pero es seguro que es bueno, acaso inevitable, que sea así, que sobre lo que más nos importa sólo quepa la incertidumbre. “La situación es la siguiente: todo el mundo está seguro de que morirá, pero nadie puede estar seguro de que con la muerte terminará absolutamente su realidad. La seguridad de la muerte no es, ni puede ser, la seguridad de la aniquilación. Se puede creer u opinar una cosa u otra, pero la certidumbre no es accesible”¹¹. Acaso quede un argumento suplementario, a favor de la pretensión de quienes esperamos la vida perdurable frente a los negadores, un argumento menor que viene a servir de apoyo a la apuesta pasca-

8 *Ibidem*, p. 351.

9 *Ibidem*, p. 357.

10 *Ibidem*, p. 358.

11 *Ibidem*, p. 325.

liana: si existe la vida perdurable, quienes la esperamos tendremos razón, mas de nada servirá tenerla a quienes la nieguen. No existirán para tenerla. En cualquier caso, cabe recordar el testimonio del Obermann de Senancour, tan querido y citado por Unamuno: “El hombre es perecedero; pero perezcamos resistiendo, y, si nos estuviera reservada la nada, no hagamos que eso sea justo”.

Una última conclusión. La realidad personal del hombre postula, aunque no prueba, la vida perdurable, la confianza en que el hombre no es un ser para la muerte sino un ser para la vida. Relata el bíblico *Libro de los Reyes* que, estando ya próximo a morir, el rey David encabezó sus recomendaciones a su hijo Salomón con estas palabras: “Yo emprendo el viaje de todos”. La muerte es ese “viaje de todos”. Marías ya lo ha realizado. Muchos, yo al menos, confiamos en que él viva ya esa vida perdurable en la que creyó, y que nos ayudó a pensar y a esperar en ella a través de una obra, sin duda, también perdurable. La muerte, ese “viaje de todos”, no ha de ser un viaje a ninguna parte, a la nada definitiva. En cualquier caso, el olvido de la condición personal del hombre sólo puede conducir a su envilecimiento y a la barbarie.

Julián Marías y el grupo de economistas de la Escuela de la II República

Juan Velarde Fuertes

*(De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
Catedrático emérito de Economía Aplicada de la Universidad
Complutense)*

Tenía yo un poco menos de cuatro años cuando se inició la II República, y había cumplido nueve, dos meses antes del 2 de septiembre de 1936, cuando las columnas gallegas que avanzaban sobre Oviedo, al ocupar Salas, mi villa natal asturiana, hicieron que dejase de vivir en el régimen republicano. Pero he aquí que las mandaba el coronel Ceano Vivas que me consta que era muy republicano, y como tal, muchos años después, fallecería.

¿Por qué los republicanos se alzaban contra la II República? y ¿cómo el tremendo fracaso de este régimen fue capaz de llegar a los extremos que llegó? Tras mis conversaciones sobre esto en La Granda con Julián Marías, he llegado a la conclusión de la existencia, por impulso de José Ortega y Gasset, de un grupo intelectual selectísimo, que me atrevo a llamar el componente de la Escuela de la II República, mucho más que de la generación de la II República. El

término generación es, a mi juicio, siempre confuso. Por eso prefiero referirme al término escuela. La definición de ésta la ofrece así perfectamente George Stigler en sus *Memorias de un economista*: “Las escuelas del pensamiento surgen como respuesta a necesidades... (intelectuales), no se crean por acuerdo de la sociedad. Esto significa que sirven a una importante función...: mantener unido a un grupo de... (personas) que comparten una visión común acerca de una nueva dirección que consideran adecuada... El grupo refuerza sus ideas comunes sobre cuál es el programa... más apreciado para su (labor)... a través de la autocrítica, aplicaciones a diversos campos, rectificación constante y controversia habitual con los... (puntos de vista) rivales”.

Las escuelas tienen antecedentes. En este caso eran bastante evidentes. Por un lado, José Ortega y Gasset. Por otro, toda la generación del 27. Algo más atrás, los regeneracionistas, la Institución Libre de Enseñanza, y en paralelo, para los economistas de esta Escuela, Antonio Flores de Lemus, y los sucesivos discípulos de éste, desde Ramón Carande a Luis Olariaga. Existen, en algunos, ciertas influencias complementarias. Por ejemplo, en Manuel de Torres, la de los economistas italianos Einaudi, Flora y Gini, o en Perpiñá Grau, la de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y, desde luego, la de Ángel Herrera y en algún grado, la de la Escuela Austriaca, los postricardianos y los alemanes Harms y Lössch.

Estos eran los colegas que trabajaban el mundo de la economía, los jóvenes que pretendieron, con Julián Marías, hacer una II República perfectamente vivible, y sin que existieran tendencias rupturistas, como se evidencia en su alejamiento de posturas vinculadas, bien con los nostálgicos de la Monarquía de Alfonso XIII, o bien con los nacionalismos autoritarios que en aquellos años se expansionaban por Europa. Todos ellos habían escogido, para hacer progresar a España, el sendero del trabajo serio, eficaz.

Las personas señeras en ese sentido tuvieron después una vida muy diferente como consecuencia de la contienda. Unos se exiliaron, como Prados Arrarte por haber sido combatientes importantes en el ejército republicano; otros colaboraron intensamente con el bando

republicano, como José Castañeda, pero su incorporación a la vida española al concluir la guerra civil fue rápida; otros fueron encarcelados por el bando republicano, como fue el caso de Torres; otros combatieron en el bando nacional con las armas, convertidos en oficiales provisionales como ocurre con Perpiñá Grau y con Ullastres; otros, en fin, comenzaron, caso de Sardá, participando en la guerra, en el bando republicano, y al cabo de algún tiempo, desertaron, se pasaron al bando nacional, y finalizaron la contienda al servicio del Gobierno de Burgos.

Se trata, pues, de un grupo, que tiene raíces muy comunes y que, incluso, previamente al conflicto, ha tenido una reacción muy cordial. Yo escuché decir a Ullastres refiriéndose a Prados Arrarte: “¡Y pensar que él y yo, que estábamos como becarios de la Junta de Ampliación de Estudios trabajando en la misma habitación, y que ambos profesábamos admiración a nuestro maestro Flores de Lemus, pudimos habernos matado a tiros! ¡Qué barbaridad es una Guerra Civil!”.

Esta “escuela de 1931” a la que perteneció Julián Marías, en la propia etapa republicana, produjo óptimos trabajos intelectuales en el terreno de la economía. Si comenzamos por el sector agrario, vemos a Vergara Doncel señalar muy acertadamente cómo una reforma agraria bien planteada podía ser, entonces en España, una excelente arma para combatir la Gran Depresión. Torres, en las revistas *Agricultura*, por un lado, y *Economía Española*, por otro, se ocupó, de manera perfecta, de las consecuencias lamentables que originaba en el campo español la política triguera de Marcelino Domingo, aparte de haber aportado una ampliación del modelo económico de Flores de Lemus sobre la dinámica de la ganadería española. Castañeda, con su modelo econométrico sobre la demanda de tabaco en España, se colocaba en el entonces reducidísimo grupo de estudiosos de la econometría del consumo, que muy poco antes había abierto Henry Schultz con su artículo famoso “*The statistical law of demand as illustrated by the demand of sugar*”, publicado en *The Journal of Political Economy* en octubre de 1925. Prados Arrarte escribía en *Economía Española* con comentarios muy atinados sobre libros tan fundamentales y entonces tan recientes como la *International Eco-*

nomics de Harrod, y de Haberler, la *Liberale und Planwirtschaftliche Handelspolitik*, analizando así la evolución de diversos aspectos de la economía internacional, y muy pronto ganaba la cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Santiago de Compostela. Román Perpiñá Grau publicaba en el *Weltwirtschaftliches Archiv*, en enero de 1935, el artículo famoso “*Der Wirtschaftsbau Spaniens und die Problematik seiner Aussenhandelspolitik*”, que se titularía en español “De Economía Hispana”, y que revolucionó el análisis de nuestra economía, constituyendo, como me señaló Ullastres, con la del modelo econométrico del *Dictamen del Patrón Oro*, elaborado por Flores de Lemus, la base de su seguridad para dar en 1959 el giro revolucionario hacia la apertura de nuestra economía, con el Plan de Estabilización. También en 1936, aparecía la traducción por Perpiñá del libro de Gottfried Haberler, *El comercio internacional*, con un excelente prólogo sobre las últimas novedades en la teoría del comercio internacional. Por ejemplo, se analizaba con mucho sentido el ensayo fundamental en tantos sentidos de Bertil Ohlin, *Interregional and International trade*, publicado en 1933. Por otro lado, Juan Sardá, como acabar de señala en su segundo discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas Fabián Estapé, tras obtener el Premio Extraordinario en la Licenciatura en Derecho y Ciencias Económicas, estudia en el Instituto de Economía de Munich y en la London School of Economics and Political Science, justamente en el momento del estallido de la revolución keynesiana. Los más jóvenes del grupo, como José Antonio Piera o José María Naharro comienzan en el entorno de Flores de Lemus, a adelantar en el terreno de la ciencia económica, mientras el repudiado por Flores de Lemus y recogido por Olariaga, Julio Tejero, comenzaba a inundar de notas bibliográficas los números de *Economía Española*. Vemos también surgir, en Cataluña, y publicar un libro conjuntamente con Sardá a Lucas Beltrán.

Además este egregio grupo de economistas no sólo investigó. Comenzaron a ejercer, muchos, docencia universitaria en diversos ámbitos académicos, a veces en cursos tan interesantes, como los Cursos especiales de estudios económicos, políticos y admi-

nistrativos, de la Universidad Central, que se iniciaron en el año académico 1932-1933 y concluyeron, por obvios motivos bélicos, en el 1935-1936. En ellos Jesús Prados Arrarte explicaba “Política comercial”; Castañeda, “Economía de la empresa privada”, y Julio Tejero, siguiendo las directrices de la Escuela austriaca y de los neoclásicos, “Algunos conceptos fundamentales de la economía”, auxiliado por Herbert Block, un neomarginalista judío alemán que se había visto obligado a optar por el exilio y que, por ello, había recalado en Madrid.

Forzosamente todos ellos se tenían que codear con un joven y brillante recién licenciado en Filosofía, Julián Marías y, como él, cuando se estudian sus obras se observa que tenían el mismo talento básico ante las cuestiones fundamentales. El profesor Helio Carpintero, en su artículo “El legado de Julián Marías”, publicado en *Cuenta y Razón*, invierno 2006, lo sintetiza así: el “salvar... la integridad nacional junto a las diferencias culturales; la implantación de una sociedad justa, libre, democrática, integrada en Europa, y aún más en Occidente”. También, todos, como Marías, según el mismo admirable texto, se mantuvieron fieles a sus propias esencias, fieles a lo que les parecía verdadero.

Tan fue así que todos ellos, nada más terminada la Guerra Civil, trabajaron con toda intensidad para que el lema anterior fuese el nacional. Y todos, ya fallecidos en su integridad, actuaron en contra de mil frenos y obstáculos que impedían alcanzar esos ideales, y con su esfuerzo, con su integridad, como esa que tuvo siempre Marías, nos obligan mucho en estos tiempos que comienzan a parecerse peligrosamente a aquellos de la II República que desbarbolaron totalmente lo que pretendían. Hemos de sentirnos herederos de esa escuela y cargados con la responsabilidad que todos ellos, y desde luego, muy especialmente Marías, arrojan sobre nuestros hombros. Todo nos obliga a adherirnos a su actitud y, por tanto, a su escuela, y dentro de ella, a ese mensaje que en sus últimas declaraciones a Leticia Escardó hizo Marías con este mandato imperativo: “Que España siga siendo España. Que no se diluya”.